

El juego de la vida.
Todo comenzó en el lago.

EL JUEGO DE LA VERDAD

MIREIA GIMÉNEZ HIGÓN



El juego de la vida.
Todo comenzó en el lago.

EL JUEGO DE LA VERDAD



MIREIA GIMÉNEZ HIGÓN

Título: El juego de la verdad.

© Mireia Giménez Higón

1ª Edición: Mayo 2017.

©Todos los derechos reservados.

Diseño de Portada y maquetación: ©China Yanly's Design.

Info: chinayanlydesign@gmail.com

Banco de imagen: ©Shutterstock.

Es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos son productos de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia. No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, sin el permiso del autor.

SINOPSIS

-PROLOGO-

PARTE I

Elijo Atrevimiento.

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[SEGUNDA PARTE](#)

[Elijo Verdad](#)

[-PROLOGO-](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[DIEGO](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CRISTINA](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[DIEGO](#)

[CAPÍTULO 4](#)

CRISTINA

CAPÍTULO 5

DIEGO

CAPÍTULO 6

CRISTINA

CAPÍTULO 7

DIEGO

CAPÍTULO 8

CRISTINA

CAPÍTULO 9

DIEGO

CAPÍTULO 10

CRISTINA

CAPÍTULO 11

DIEGO

CAPÍTULO 12

CRISTINA

CAPÍTULO 13

DIEGO

CAPÍTULO 14

CRISTINA

CAPÍTULO 15

DIEGO

CAPÍTULO 16

CRISTINA

CAPÍTULO 17

DIEGO

CAPÍTULO 18

CRISTINA

CAPÍTULO 19

DIEGO

CAPÍTULO 20

CRISTINA

CAPÍTULO FINAL

EPÍLOGO

RELATO OBSEQUIO

“DESPEDIDA DE SOLTERA”

I

II

AGRADECIMIENTOS

SINOPSIS

Aurora es una adolescente con una terrible historia que contar. Pero,

para ello, debe empezar narrando la historia de su mejor amiga Cristina, y descubrir cómo una mala elección en un juego cambió su vida. Juntas descubrirán que todo el mundo tiene un pasado, que nadie es quien dice ser y que su mundo nunca fue el que creyeron que era. El juego de la verdad, una regla simple que los jugadores deben seguir sea cuales sean las consecuencias. Es tu turno, que opción escoges: ¿verdad o atrevimiento?

Una historia de amor y muerte, envuelta de traiciones y mentiras donde nada ni nadie es quien parece ser...

¿Te atreves a jugar?

PROLOGO

Aurora es una adolescente con una terrible historia que contar. Pero, para ello, debe empezar narrando la historia de su mejor amiga Cristina, y descubrir cómo una mala elección en un juego cambió su vida. Juntas descubrirán que todo el mundo tiene un pasado, que nadie es quien dice ser y que su mundo nunca fue el que creyeron que era. El juego de la verdad, una regla simple que los jugadores deben seguir sea cuales sean las consecuencias. Es tu turno, que opción escoges: ¿verdad o atrevimiento?

Una historia de amor y muerte, envuelta de traiciones y mentiras donde nada ni nadie es quien parece ser...

¿Te atreves a jugar?

PARTE I

Elijo Atrevimiento.



CAPÍTULO 1

Al despertarse aquella mañana, Cristina seguía sintiendo en su estómago el mismo torbellino de nervios que le acechaba desde hacía varios días. Ese día empezaba el último curso de instituto y, en tan solo unos meses, comenzaría a echar solicitudes para la Universidad. La pobre estaba entusiasmada. No sabía que el futuro daría un vuelco inesperado a su vida.

Bueno me estoy adelantando.

Sin pensarlo dos veces se levantó de la cama y fue directa a comprobar que llevaba todo lo necesario en su vieja mochila, tenía la misma desde que la conocí en nuestro primer año de instituto. Al parecer fue un regalo de sus padres cuando fueron a París como incentivo por haber ingresado en el internado para señoritas “Santa María”.

–Cristina Alcázar baja a desayunar, ya. –Ordenó su madre desde el piso de abajo a pleno pulmón harta de llamarla por tercera vez. La señora Bárbara siempre me había parecido una mujer feliz y encantada de vivir su vida. Siempre de compras, jugando al tenis o se iba a tomar un té en el club con sus amigas, una mujer totalmente ajena a la realidad.

–Ya voy mama. –Contestaba Cristina calzándose las zapatillas de ir por casa de un color lila que le encantaban.

Bajó por la escalera principal que se abría según llegabas al primer piso. Era una escalera majestuosa que siempre me había encantado; sus escalones y barandilla estaban hechos de madera de roble macizo, los barrotes que sujetaban dicha barandilla eran de un mármol oscuro con virutas más claras que simulaban pequeñas columnas dóricas. A unos cinco metros del pie de la escalera se encontraba la puerta principal de la casa custodiada en su interior por dos grandes plantas de origen africano, medían unos ciento veinte centímetros cada una, eran muy originales si destacamos sus lustrosas hojas verde oscuro, con porte de palmera, que tenían dos líneas plateadas que corrían desde la base hasta la punta de cada una de las hojas. Desde la puerta y frente a la escalera se dividía la casa en dos grandes estancias que la señora Bárbara separó con gran gusto al comprar la casa. Hacia la izquierda estaba la zona en la que los invitados disfrutaban de su estancia en el hogar de los Alcázar. Y, a la derecha, estaban las estancias familiares como el salón, el gran comedor, la cocina, etc.

–Buenos días cariño. –Saludó su madre con gran efusividad mientras servía una bandeja de pequeños croissants en una mesa repleta de bollos, muffins, fruta troceada y un montón de platos más. Otro de los hobbies encantadores de la madre de Cristina era la repostería– ¿Te gusta? –le

preguntó su madre al ver la cara de perplejidad de su hija ante tanta comida, cosa que no me extrañaba puesto que, a veces, la señora Bárbara convertía su hobby en una obsesión.

–Eh... Sí, claro. ¿Cuánta gente va a venir a desayunar, madre? –

Preguntó Cristina divertida.

–No seas tonta, es para ti. Celebramos tu último año en Santa María. –

Contestó.

–Sí, y nosotros nos beneficiamos de este grandioso día. –Se mofaba su hermano Alberto poniéndose una servilleta en el cuello de su camisa azul.

Había dejado la americana de su elegante traje en el respaldo de la silla. ¿Se nota que yo estaba loquita por él?

–¿A dónde vas con esas pintas? –Le preguntó Cristina lanzándole una miga de su tostada recién hecha.

–No te pases con tu hermano, hoy se viene conmigo al banco. –Les sorprendió su padre que apareció de la nada en su ayuda.

–¿Ahora necesitas que padre te proteja como a un gatito desvalido? – preguntó Cristina riéndose.

–No seas infantil, Cristina. –Y, mientras mojaba uno de los mini croissants, zanjó la conversación.

–¿A qué hora viene Brian a recogerte? –preguntó Miguel, padre y cabeza de la familia Alcázar. Brian era uno de los dos chóferes de la familia

al que solo llamaban de vez en cuando; era un hombre de mediana edad de origen latino-americano.

–Hoy tenemos que llegar para la comida de inauguración, sobre las doce y media deberíamos estar preparadas, vestidas y peinadas como damas.

–comentó Cristina mientras saludaba haciendo una reverencia como una señorita– Por lo que he solicitado que me recoja a las ocho y media, así llegaré al instituto a las once, una hora y media antes del gran acto.

–¿Te dará tiempo a colocar tus cosas, vestirte y peinarte? –preguntó su madre que se acababa de sentar. Como siempre su única preocupación era que su hija causara una buena impresión. “La gente se fija en cómo actúas y cómo vas vestida, así que si causas una buena primera impresión tendrás las puertas siempre abiertas.” Esa era su filosofía de la vida.

–Sí, por supuesto. Llevo dos maletas y el baúl, dividiendo la ropa y mis útiles de aseo y estudio entre ellos. En una maleta llevo todo lo necesario para ir a la comida de inauguración, por lo que solo tendré que deshacer ésta y lo demás lo iré arreglando al acabar el convite.

–¿Acaso dudabais de doña perfecta? Tan ordenada que roza la enfermedad. – comentó Alberto.

–¿Y tú qué problema tienes ahora? –Le contestó Cristina lo más desagradable que pudo.

–Basta los dos. –dijo con firmeza su padre– Tú deberías prepararte

antes de que llegue tu vehículo. –le dijo casi sin levantar la mirada del periódico que sostenía entre sus manos– Y tú, deberías de tomar algo de ejemplo de tu hermana, es organizada, estudiosa y responsable, virtudes que en tu caso están cayendo en decadencia.

–¡Ja! –se le escapó burlona provocando una mirada justiciera por parte de sus padres.

–Bueno, será mejor que suba a repasar el equipaje, ducharme y vestirme.

–Buena suerte hija. –Se despidió su padre.

Subió corriendo las escaleras de nuevo y fue directa a su habitación.

Una vez había comprobado que en la maleta pequeña estaban los zapatos, el bolso, el maquillaje, la bolsa de aseo, los útiles de peluquería y la ropa interior para el vestido que con tanto cuidado le había colgado su madre en el armario y que tanto en la maleta grande como en el baúl se encontraban el resto de sus cosas miró por última vez su habitación. Y, entonces lo vio, sobre la cama estaba observándola su osito Teddy. Hasta donde yo sabía fue un regalo muy especial de su tía Mayte, de su último viaje a Londres y que guardaba con muchísimo cariño. Lo cogió y lo guardó con mucha delicadeza en su mochila para que le acompañara un año más en sus momentos de soledad. Nadie la conocía tan bien como aquel oso de peluche. Nadie hasta hace unos meses en los que yo conocí todos sus secretos.

Entró en el baño de su habitación y dejó correr el agua de la ducha para que se fuera calentando poco a poco. Puso su mp3 en los altavoces y la música comenzó a sonar, Cristina entró en el agua y dejándose llevar por el agua, el jabón y la cantante pop que sonaba en ese momento comenzó a cantar a pleno pulmón.

Era la hora, se vistió y dejó que su pelo se seicara solo, natural, como ella era. Un poco de brillo de labios, máscara de pestañas y algo de color en las mejillas era todo lo que necesitaba.

–¿Brian eres tú? –preguntó desde la puerta de la habitación.

–Sí señorita Cristina, ¿necesita que le ayude con el equipaje?

–¡Sí! Muchas gracias.

Tan solo unos minutos después se encontraba sentada en el asiento trasero del BMW familiar en dirección al internado. Sacó de su mochila una novela de nuestro autor clásico favorito y se sumergió en una de sus aventuras, más concretamente, hacia el centro de la tierra.



CAPÍTULO 2

Unas tres horas más tarde.

Cristina llevaba un bonito vestido blanco que, según su madre,

representaba la pureza que todas las jóvenes deberíamos poseer; tan solo una cinta de seda rosa que bordeaba su minúscula cintura y unos zapatos del mismo color rompían aquella blancura absoluta. Debía de reconocer que estaba preciosa.

En la residencia del internado estaba prohibido actuar de forma anti protocolaria, sin embargo, cuando mis tres amigas se vieron después del verano no pudieron evitar salir corriendo a su encuentro. Se unieron en un largo abrazo, pero algo había cambiado. Solo eran tres. Jimena rompió el silencio entusiasmada

–Cuanto tiempo chicas, estaba deseando volver a veros.

–Sí, a mí me ha parecido una eternidad. –dijo Violeta un tanto nostálgica.

–Y a mí. Estáis guapísimas con esos trajes. –dijo Cristina que intentaba aparentar normalidad mientras las observaba de arriba abajo. Jimena llevaba un vestido azul turquesa con zapatos negros que portaban en el talón un pequeño lazo del mismo tejido que el vestido. Por otro lado, Violeta llevaba un vestido de un verde pistacho en tonos pastel y unos zapatos beige que iban a juego con sus guantes– ¿Estás preparada para el discurso de bienvenida? – preguntó a Jimena. Desde que se inauguró el internado para señoritas “Sta. María” en el año 1873, la alumna de mayor edad matriculada en el último curso, debía pronunciar el discurso de bienvenida en la comida de apertura

del año escolar.

–Sí, más o menos. Recibí a principios de agosto una carta certificada de la Directora Doña María del Rosario De la Cruz, no os podéis imaginar cuánto se merecía ese nombre la que fue mi directora, en la que me enviaba este pergamino con el discurso impreso. –les dijo mostrándoles una hoja de papel troquelado que simulaba un pergamino viejo, enroscado y atado con una pequeña cinta roja– Llevo estudiándomelo desde entonces. No por su extensión sino por como leerlo, interpretarlo y hacerlo llegar a las novatas. Jimena siempre había sido una joven con mucho sentido de la responsabilidad,

nos

trataba

siempre

como

una

madre.

Era

encantadora.

–No te preocupes Jimena, verás cómo lo haces estupendamente. –le animó Violeta, aunque sea solo por cumplir a Jimena le tranquilizó escuchar esas palabras de su amiga.

De pronto empezó a escucharse a través de las decenas de altavoces distribuidos por todo el centro la voz estridente de la directora. Siempre me había resultado curioso como cada vez que aquella mujer hablaba parecía congelar el tiempo dejando a estudiantes y profesores helados mirando hacia el altavoz más cercano como si les hipnotizara.

–Buenos días mis queridas alumnas, os habla vuestra directora. Para aquellas que recorréis nuestros pasillos, patios y salas por primera vez daros la bienvenida e informaros que deberéis acceder al comedor inmediatamente. Para las veteranas debéis ocupar vuestros puestos asignados antes de que se abran las puertas del comedor a las doce y media. Espero que para todas sea este curso un año inolvidable, que las chicas de primer año encuentren entre nosotras una gran familia. Un cordial saludo a todas.

El crujido salido de los altavoces después del saludo de la directora hacía suponer que su bienvenida había terminado.

Sin perder tiempo, mis tres amigas se dispusieron a recorrer el largo pasillo que les llevaría hasta el patio principal donde otro montón de chicas con lindos vestidos esperaban las directrices de las orientadoras. Éstas eran asignadas al llegar al instituto y se ocupaban de ti y del resto de tu clase hasta que finalizábamos los estudios en Santa María. Cristina, Violeta y Jimena se dirigieron hacia el grupo de último año donde la señorita Lola les comunicaría

las directrices a seguir durante las siguientes horas. Las condujo por el interior del internado para entrar por una de las puertas traseras del comedor. Todas las chicas avanzaban ordenadamente no sin dejar de hablar e intentar ponerse al día desde la última vez que se habían visto.

–Bueno chicas, bienvenidas de nuevo. Este año vosotras sois las más veteranas del centro y como tales os pedimos que os comportéis. –la señorita Lola se dirigió a todas alzando un poco la voz para poder ser escuchada– Como ya sabréis por años anteriores las chicas más mayores serán repartidas por todas las mesas como anfitrionas de las nuevas estudiantes, espero de vosotras que las tratéis como a hermanas pequeñas y les respondáis a cuantas dudas tengan sobre el centro y su institución, siguiendo con la tradición que muchas otras han realizado antes que ustedes y que otras realizarán después. ¿Está todo claro?

–Sí señorita Lola. –contestaron todas al unísono.

–Estupendo. Bien, señorita Salazar espéreme aquí. – Jimena se quedó esperando al lado de la puerta mientras el resto de chicas entraron en el salón. Al llegar a la primera mesa la Señorita Lola dispuso a las tres primeras anfitrionas, las señoritas Becker, Martínez y Aznar, nunca me cayeron bien esas arpías, se creían las dueñas del instituto y, a decir verdad, casi lo parecían.

La educadora de último curso fue nombrando mesa por mesa quienes

debían ser las anfitrionas y, al fin, les llegó el turno a las señoritas Salazar, Alcázar y Mendoza, es decir, Jimena, Cristina y Violeta. Las tres estaban muy contentas al darse cuenta que las habían sentado juntas pues, era evidente que la señorita Lola esta vez se había portado muy bien en la distribución pues había tenido en cuenta los lazos de unión entre las chicas.

Todas permanecieron en pie frente a sus respectivas sillas enfundadas con extrema elegancia en una tela gris perla con el escudo del instituto bordado en su respaldo. Uno a uno comenzaron a entrar los distintos grupos de señoritas de los diferentes cursos que se iban sentando según les señalaba sus orientadoras. La idea de mezclar en cada mesa chicas de distintos niveles no era otra que hermanar cada año con el anterior, de este modo todas sabrían de las experiencias de las veteranas. Por último, el profesorado liderado por la directora entraba complaciente mientras sonreían a todas y cada una de las estudiantes, escondiendo tras esa imagen maternal un mundo anclado en el pasado.

Como cada año tres fuertes y decididos golpes provinieron de la entrada principal del comedor, en silencio todas las chicas se mantenían en una posición respetuosa hasta que la directora del Centro daba su permiso a quién golpeaba la puerta para entrar. La luz del exterior se abría camino según le dejaba las pesadas puertas y con ella, las iniciadas.

–Señoritas, vayan ocupando los asientos libres en las mesas según vayan entrando en el comedor– ordenó la directora.

Recuerdo cuando yo fui novata y entré por primera vez en este local, me sentí tan pequeña, asustada e insegura. Sentía que todas las miradas se posaban en mí y tenía un miedo atroz a todas aquellas chicas que nos miraban de esa forma tan segura. Mientras las novatas que iban delante de mí se sentaban en las sillas vacías, mi corazón se aceleraba pues, no sé por qué, no quería sentarme demasiado cerca de los profesores, pensaba que, si me veían tan nerviosa el primer día y, a punto estaba de llorar, mi destino estaría firmado. Entonces vi la mesa en la que otras tres chicas y yo nos sentaríamos, no podía mirar al frente, solo miraba la hermosa y resplandeciente vajilla, los cubiertos bien alineados y la servilleta bordada con las iniciales del nombre del instituto. Fue entonces cuando una mano se posó en mi hombro y me tranquilizó, era Cristina. Miré al frente y estaban Violeta y Jimena. Desde ese día nos hicimos inseparables hasta principios de este verano cuando perdí una carrera en el lago. Una carrera que nos separó para siempre. Pero esta historia la contaré a su debido tiempo.

Volviendo a la mesa que nos ocupaba al principio. Cuatro novatas se sentaron junto a mis amigas y así completaron todos los comensales. Las pobres parecían tan asustadas como nosotras cuando fue nuestro inicio. El deber de las veteranas consistía en acogerlas e integrarlas en las normas del

Centro.

–Señoritas, pueden sentarse y espero que la comida sea del agrado de todos. –anunció la directora.

Durante la comida todas las alumnas del último curso dedicaron sus energías en explicarle a las novatas el mundo en el siglo XIX. A mí, personalmente, las instalaciones me encantaban, pero para Cristina el plato estrella era la Biblioteca. Aquella sala era enorme, llena de libros de todas las épocas, autores y géneros. Algunos de ellos hasta se encontraban dentro de vitrinas cuya única llave se encontraba en las huesudas manos de Lady Stanford, la bibliotecaria. Era una vieja británica que inició su carrera como profesora de lengua inglesa en este centro y, ahora, le dejaban que pasara sus últimos años encargándose de aquella sala. Los años aquí la habían vuelto huraña y desconfiada, pensaba que las jóvenes de nuestros días habían superado la barrera de la indecencia.



CAPÍTULO 3

Seis horas después.

Tumbada en su habitación, Cristina miraba el techo, desde que se había acabado la comida no había hecho otra cosa que ordenar la estancia. El

mobiliario era bastante austero por lo que no se podían traer demasiadas cosas personales, claro que tampoco hacían falta puesto que siempre llevaban sus uniformes durante las clases. Básicamente, la habitación estaba compuesta de dos camas individuales separadas por sendas mesitas de noche, sobre ellas había una lámpara hecha de hierro forjado para cada una; al pie de cada cama solíamos poner los baúles. Tanto en la pared derecha como en la izquierda había un escritorio, una estantería y un armario de dos puertas para cada una. Cada año organizaba la habitación del mismo modo de tal forma que utilizaba la parte izquierda del armario para los uniformes y los zapatos, al menos tenía tres piezas de cada prenda por previsión; demasiada para mi gusto, pero así era Cristina. Y, en el lado derecho del armario colgaba sus vestidos y ropa de fiesta, dejando para el baúl las camisetas, pantalones vaqueros y ropa de diario en general.

Cristina seguía tumbada en su cama mientras miraba hacia la otra parte de la habitación, vacía. Una lágrima furtiva cayó por su mejilla y cerró los ojos, necesitaba descansar.

Un golpe en la puerta de su habitación le sobresaltó haciendo que casi cayera de la cama.

–¿Señorita Alcázar, está usted ahí? –la voz de la Señorita Lola atravesó el umbral de la puerta.

–Sí, adelante. –contestó mientras pensaba en lo absurdo de la pregunta.

¿Dónde iba a estar sino a esas horas de la tarde?

La Señorita Lola abrió la puerta con suavidad.

–Buenas tardes Cristina, le traigo a su nueva compañera de habitación.

–dijo apartándose con gracia para dar paso a una joven que parecía nerviosa mirando a todas partes como si buscara algo o a alguien. Cristina estaba bastante desconcertada, sabía que alguien ocuparía mi lugar, pero no pensó que sería tan pronto– Esta es la Señorita Vanessa De la Rosa, viene de una familia que acaba de superar un momento difícil y necesitará del apoyo de una buena amiga. Espero que se lleven bien. No tarden en acostarse pues mañana empezarán las clases. Buenas noches.

–Buenas noches, Señorita Lola. –se despidió Cristina mientras observaba a la chica nueva que parecía buscar algo en la habitación– Hola, me llamo Cristina. – le dijo ofreciéndole la mano.

–Lo sé, lo he oído cuando te ha llamado a la puerta la orientadora. – respondió soberbia sin devolverle el saludo.

–¿Te han trasladado de instituto? ¿Por qué? ¿Un cambio de trabajo de tu padre, quizás? –preguntó Cristina en un burdo intento de entablar una desesperada conversación.

–No. ¿Me disculpas? –dijo la chica nueva sin mirarle siquiera a los ojos– Estoy cansada y quiero cambiarme y dormir.

–Por supuesto.

A la mañana siguiente, Cristina, Violeta y Jimena se juntaron para desayunar y ponerse al día. A pesar de haber pasado tiempo sin verse, su última reunión hizo que su amistad se quebrara por momentos. Aun así, se notaba su fidelidad e intentaron recuperar su vida, pero algo les faltaba: yo. No es que yo fuera indispensable para su amistad ni mucho menos, pero sabía que al irme provocaría una grieta irreparable.

–No sé qué hacer. No me gusta compartir habitación con alguien en quien no confío. –dijo por fin Cristina– Además, no va a ser lo mismo sin Aurora y lo sabéis.

–Yo también le echo de menos. –contestó Jimena cogiéndole la mano a su amiga.

–Dijimos que no volveríamos a hablar de ello. –dijo Violeta molesta.

–¿Por qué no? Era nuestra amiga y ya no está. – espetó Cristina.

–Bueno chicas, no pasa nada. –les intentó calmar Jimena– ¿Qué tal la chica nueva, Cristina? ¿No es esa de ahí? –preguntó señalando con la cabeza hacia la cola de la comida.

–Sí esa es. –contestó Cristina– La verdad que no me da buena espina.

Ayer intenté ser amable y entablar conversación, pero me dejó con la palabra en la boca y se fue a dormir sin más.

–Es un poco rara. –afirmó Violeta.

–Bueno, la Señorita Lola dijo que su familia acababa de atravesar una

situación complicada y que por eso cambiaban de instituto. O algo así. –les informó Cristina.

–¿Por qué no le dices que venga con nosotras? –propuso Jimena que al ver la cara de pocos amigos de Violeta e Cristina continuó– No debe ser fácil llegar nueva a un instituto, por lo menos a mí me gustaría que alguien se acercara y me tratara amablemente.

–Quizás tengas razón. –dijo Cristina resignada. Se levantó y atravesó toda la cafetería hasta llegar junto a Vanessa y le pidió que se sentara con ellas y, para su sorpresa, la nueva aceptó encantada. Era raro, muy raro. Cristina guio a la nueva hasta la mesa en la que se sentaban sus amigas– Estas son mis amigas Violeta y Jimena. –dijo mientras señalaba a cada una– Y, ella es Vanessa De la Rosa si no me equivoco. –al ver que Vanessa asentía con la cabeza continuó– Mi nueva compañera de habitación.

–Hola, encantada de conocerte. –dijeron Violeta y Jimena al unísono, lo que provocó las risas de las cuatro.

–Gracias por dejarme estar aquí con vosotras, la verdad que no he tenido un buen comienzo. –dijo Vanessa dejando desconcertada a Cristina, aquella chica que acababa de presentar a sus amigas no era la misma con la que habló la noche anterior.

–No importa, sabemos lo que es ser nueva en un instituto. –dijo Jimena.

–¿Lo sabemos? –preguntó Cristina con ironía.

–Por cierto, Cristina, siento mi comportamiento de anoche. –las palabras de Vanessa parecían sinceras– Pero es que, al entrar en esa habitación, no sé. Esa habitación tiene algo que me da escalofríos. ¿Nunca has notado nada extraño en ella? –Cristina pronto descubriría que esta nueva compañera sería en un futuro próximo su única salida y yo, en aquel momento no me di cuenta, pero Vanessa sí notó algo, me presintió a mí.

–La verdad es que no. –contestó Cristina sin darle la mayor importancia.

Al terminar el desayuno las cuatro se dirigieron hacia las habitaciones para recoger sus mochilas e ir juntas a clase. Según los horarios que habían repartido en los sobres de bienvenida, (cada año el internado prepara un sobre con la documentación necesaria para el año en curso tales como: el horario de clases, la solicitud de actividades extraescolares, un librito de normas internas, el carnet del instituto y un par de cosas más), la primera clase que iban a recibir este año escolar iba a ser Historia del Arte.

La clase estaba sumida en un murmullo permanente, todas las chicas estaban contándose sus anécdotas estivales y preguntándose quién sería la nueva profesora, pues la anterior había causado baja el último curso. La puerta se abrió y con solo el sonido de sus bisagras bastó para que todas las alumnas se pusieran en pie y esperaran en silencio a su profesora. Sin embargo, no fue

exactamente lo que ellas esperaban. Un joven apuesto vestido con un traje de chaqueta gris oscuro y camisa medio desabrochada apareció en escena. Fue gracioso ver como todas las alumnas quedaron boquiabiertas al ver como el joven se acercaba a la mesa del profesor y dejaba en ella su maletín. Las miró divertido y se presentó.

–Buenos días señoritas. Mi nombre es Diego De la Cruz y voy a ser vuestro profesor de Historia del Arte durante este curso. –su sonrisa y sus ojos las tenía tan cautivadas a todas que no podían apartar la vista de su rostro ni perder cada palabra que su boca emitía, permanecían allí de pie, esperando– Pueden sentarse si quieren. –Un ruido de arrastrar de sillas inundó la clase cuando todas, casi sin respirar, se sentaron a la vez– Como es el primer día comenzaremos repasando cuál va a ser el programa de la asignatura. – Silencio– Bien, como parece que no tienen ganas de hablar deberé empujarlas un poco. Les voy a nombrar una por una y me gustaría que cada una se presentase y nos contase un poco de su vida, quizás aficiones, aspiraciones o cualquier otra cosa que se os ocurra. Empezaré por mí. Como ya les dije al principio mi nombre es Diego, y parece evidente que soy profesor de Historia del Arte y dentro de mi profesión lo que más me gusta es quizás la arquitectura en general y la gótica en particular. Me gusta leer casi cualquier tipo de novela y me encanta la música rock. –risas vergonzosas se escucharon por toda la clase, pero el profesor siguió como si no hubiera escuchado nada– Ahora es el

turno de Jimena Salazar. –dijo mientras miraba su listado de la clase.

Jimena se levantó obediente y se presentó en voz alta. Tras ella fueron pasando todas que expusieron a toda la clase aficiones y aspiraciones, pero ninguna causaría casi curiosidad alguna salvo la que todas esperaban, Vanessa De la Rosa.

–Buenos días. Mi nombre es Vanessa De la Rosa y este es el primer año que voy a estudiar aquí. –dijo Vanessa con un hilo de voz y mirando a ninguna parte– Soy del Norte, nací y crecí allí, pero hace tan solo unos días mi padre encontró trabajo cerca de este lugar y nos mudamos. Me gusta leer y desde hace poco más de un año considero los libros mi vía de escape, donde puedo olvidarme del exterior y viajar a mundos desconocidos para mí.

–Muy bien Señorita De la Rosa. Por lo que veo tendremos que apoyarnos mutuamente en este nuestro primer año en Santa María. –dijo el profesor ofreciéndole una amplia sonrisa que provocó que la chica nueva se sentara bastante colorada.

–Señorita Alcázar, ¿está con nosotros? –Repitió el profesor al ver que Cristina se encontraba por completo sumida en sus pensamientos mientras miraba hacia Vanessa como si intentara escudriñar en su mente. Se volvió con demasiada energía hacia el profesor que la miraba fijo con sus grandes ojos verdes mientras el resto de chicas reían en voz baja.

–Eh, sí. Perdón.

–Bien, levántese. Por favor.

–Me llamo Cristina Alcázar. Como a mi compañera Vanessa también me gusta leer, en especial a Julio Verne, puedo pasar horas sin comer ni dormir leyendo sus páginas. También me gusta escribir, quisiera ser periodista en el futuro y por ello, este año me presento a redactora jefe del periódico del instituto. También pertenezco al equipo de atletismo desde que ingresé en el instituto y poco más. Gracias. –dijo Cristina casi sin respirar para poder sentarse lo antes posible e intentar pasar el resto de la clase lo más desapercibida posible. Pero no lo logró.

Sonó la sirena que señalaba el fin de la clase e Cristina consiguió respirar. Buscó en su carpeta el horario y vio que su próxima clase sería nada menos que Matemáticas aplicadas, suspiró y cambió su libro de Historia del arte por el de la nueva asignatura. Por desgracia esta vez no iban a cambiar de profesora así que se prometía una hora muy larga.

De pronto una mano se posó sobre el pupitre dándole a Cristina un susto de muerte.

–Señorita Alcázar, ¿puedo hablar con usted un momento? –cuando Cristina alzó la mirada allí estaban de nuevo aquellos dos ojos verdes que se penetraban en los suyos sin ser capaz de apartar la mirada hasta que el profesor mismo le sonrió y le invitó a que le siguiera hasta fuera de la clase—
Le he llamado porque quería hablar con usted con respecto a lo que ha dicho

hoy en clase.

–Siento mucho haberme despistado, le aseguro que no es habitual en mí. –dijo Cristina avergonzada mientras esperaba una reprimenda por su comportamiento

–No, no es por eso por lo que quería hablar con usted, aunque ya que lo menciona espero que no se vuelva a repetir– ¿siempre hablaba con tanta dulzura a sus alumnas? Su sonrisa le iluminaba de tal forma el rostro que Cristina era incapaz de concentrarse en sus palabras– Quería hablarle en lo concerniente al periódico, este año yo seré cooperante en la dirección del periódico junto a Lady Stanford y creo que podría apoyarle en la candidatura.

¿Qué le parece?

–Disculpe, ¿ha dicho Lady Stanford? –no podía creer que esa mujer malhumorada se encontrara entre los tutores del periódico– Estoy sentenciada.

–dijo en voz alta sin darse cuenta.

–¿Por qué dice que está sentenciada?

–No, me refería a que no tendré demasiada suerte este año ya que veo bastante difícil que Lady Stanford me apruebe como redactora jefa del periódico.

–Usted ha trabajado en el periódico desde que llegó a este instituto, ¿no es cierto?

–Sí, ¿cómo lo ha adivinado?

–Evidentemente porque he estudiado sus expedientes escolares y, he de reconocer, que el suyo ha sido uno de los más interesantes que he encontrado entre todo el alumnado. –Cristina no sabía si sentirse alagada o preocupada porque el profesor pensara que era una mozigata que lo único que ha hecho en su vida es pertenecer a cualquier club o institución para empollones. El profesor continuó ajeno a los pensamientos de su alumna– Creo que si usted sigue así conseguirá llegar lejos, muy lejos. –Y tras decir esto se dio media vuelta y se alejó por el pasillo, girándose por última vez poco antes de doblar la esquina– Y, con respecto a su candidatura para el periódico, no se preocupe haré lo que sea necesario.

Volvió al aula justo unos segundos antes de que la profesora Del Castillo apareciera en clase cargada de un montón enorme de hojas que todas ya sabían lo que podría ser. Estaban en lo cierto.

–Señoritas, guarden todo el material salvo un bolígrafo azul y la calculadora.

El curso comenzaba.



CAPÍTULO 4

La mañana había terminado para regocijo de todas las alumnas y en

especial para Cristina que le habían parecido todas las asignaturas un verdadero calvario. Claro que yo estaba segura de que, al menos una, había sido de su agrado.

De camino al comedor Jimena, Violeta, Vanessa e Cristina hablaron de cómo habían pasado la mañana y, por supuesto, del nuevo profesor. Todas coincidían de lo simpático, amable, gentil y buen profesor que parecía ser, pero ninguna se atrevió a decir en voz alta lo que en realidad todas pensaban. Era un joven con el que todas soñarían esa noche.

Por el medio del patio central se observaba una fila de muchachas que desfilaban en silencio hasta el comedor dirigidas por su Orientadora, la Señorita Raquel. Tan solo un grupo de cuatro chicas se animaron a mantener una conversación mientras andaban.

En la puerta del comedor se encontraba el adorado profesor Diego que observaba distraído a la hermosa Raquel, que se convirtió en seguida en la mujer más odiada de todo el instituto. Todas pensaron que era evidente que un chico como Diego eligiera a la Orientadora de primer curso. Raquel era una joven de buena familia que, como él acababa de terminar sus estudios y se dedicaba, en este caso, a realizar prácticas como Orientadora. Ella no era ajena a la atracción que desprendía Diego, por lo que intentó llamar su atención saludándolo con efusividad al pasar junto a él. Pobre ilusa. El corazón de Diego ya tenía un nombre gravado y no era el de su compañera

Raquel.

La fila del comedor siguió avanzando a expensas de lo que sucediera entre dos adultos en la puerta del comedor. Pero los ojos de Cristina solo pedían dirigirse hacia la escena que se le presentaba a tan solo unos metros. Veía como Raquel jugaba con su sedoso pelo rubio entre los dedos mientras sonreía con cada palabra que Diego le regalaba, pero los ojos de él recorrían la fila de sus alumnas hasta que se encontró con la mirada indiscreta de Cristina. De pronto, ella notó como un calor intenso invadía sus pómulos dejándolos totalmente colorados, imposible de disimular su pequeño delito de espionaje. Por suerte, el profesor Diego era demasiado bueno y, simplemente, le sonrió y volvió a su conversación con la maravillosa Señorita Raquel. O, al menos eso pensaba Cristina.

El comedor se encontraba repleto de alumnas distribuidas por mesas y cursos, nunca se juntaban los distintos niveles salvo en ocasiones especiales donde la hermandad de las alumnas era primordial. Las cuatro amigas buscaron un hueco donde hubiera cuatro sillas juntas y poder conversar durante la comida. Tuvieron suerte.

Las camareras y el servicio comenzaron a servir la comida portando grandes soperas en sus carros que hacían crujir la madera que cubría el suelo del comedor desde hacía dos siglos. Con estupenda habilidad conseguida a base de trabajo, ofrecían, mesa por mesa, un gran bol de sopa de verduras que

acompañaban con pequeños recipientes repletos de pan tostado, cebolla picada, calabacín troceado y una graciosa botellita de aceite de oliva.

–He de reconocer que está delicioso, Señora Flores. – elogió con amabilidad Vanessa a nuestra cocinera que se paseaba cual chef de etiqueta observando las expresiones que su comida generaba.

–Es Usted muy cortés Señorita. –contestó la Señora Flores mientras miraba al resto de comensales para continuar diciendo– Es poco menos que curioso que deba venir una nueva alumna para que se aprecien mis platos.

–Oh, vamos. Eso no es cierto. –dijo Cristina. –Sabe de sobra que nos encanta su cocina y que no estaríamos tan sanas y hermosas si no fuera por su sublime comida.

–Que pelota eres. –dijo Violeta riéndose en voz baja.

Sin embargo, el comentario de Cristina pareció gustarle a la Señora Flores que abandonó la mesa con una ligera sonrisa dibujada en su rostro.

Cristina dirigió su mirada hacia la mesa del profesorado y ahí estaba.

No podía evitar buscarle, pensar en él e imaginar cómo sería pasear de su mano a solas por el parque, pero lo único que consiguió fue que sus miradas se cruzaran de nuevo. Ella apartó con rapidez su mirada para dirigirla hacia el plato de sopa que tenía delante y nerviosa comenzó a echar en el plato todos los picatostes y casi cualquier cosa que pillara a su lado y se dispuso a comer sin levantar la mirada.

–¿Qué te pasa? Ninguna de nosotras pretende robarte la comida. Creo.

–bromeó Violeta.

–Me ha pillado. –contestó Cristina.

–¿Quién te ha pillado? –preguntó Vanessa casi con un susurro, pero no obtuvo respuesta.

–No –dijo Violeta boquiabierta– Te ha pillado el nuevo profesor, ¿a que sí?

–Sí. –contestó Cristina sin dejar de comer.

–Hombre, es mono. –comentó Jimena con una sonrisa pícaro.

–¿Mono? Es guapísimo. –dijo Vanessa– No me extraña que le mires.

¿Quieres que le pregunte qué piensa de ti?

–No puedes hacer eso. –dijo la aguafiestas de Violeta– Si resulta que a él le gustara Cristina estarían cometiendo un delito ante las normas internas del instituto.

–No te preocupes. –Se apresuró a contestar Cristina– Creo que le gusta Raquel, la Orientadora de Primero.

–¿Quién? ¿Barbie? –dice Vanessa mofándose.

–Sí. Los he visto antes hablando animadamente en la puerta del comedor.

–Quizás se conozcan por otras razones. –Trata de animarme Jimena.

–Da igual. No importa. De todas formas, no podía ser, ¿no? – dijo

Cristina resignada y miró de nuevo hacia la mesa del profesorado para descubrir que esa vez sería ella la observada.

El profesor Diego apartó su mirada y realizó algún tipo de comentario hacia la directora del Centro que le respondió de una manera muy fraternal.

Sentada frente al pupitre de su habitación Cristina solo podía pensar en ese dichoso profesor que la había atrapado con tan solo una mirada.

Necesitaba centrarse en otra cosa, quizás en las Matemáticas, ya que el año pasado consiguió aprobar por los pelos y, todo sea dicho, gracias a mí. Sí, parecía un buen plan, prepararse las lecciones de las clases para poder solventar sus dudas con Doña Carmen al día siguiente. Buscó en su mochila el libro de la asignatura y sin querer sacó el manual de Historia del Arte, ojeó sus páginas y pensó que quizás, solo quizás, si ella se aplicaba en aquella asignatura, el profesor le prestaría atención.

“No. Cristina céntrate. Matemáticas” – pensó. Cogió su libro, pero al abrir sus primeras páginas un duro recuerdo le abordó. Recordó como hacía tan solo unos meses, durante el curso anterior, su mejor amiga estaba sentada a su lado ayudándola a comprender cada problema. Recordó la fatídica noche en la que me perdió para siempre.

Todo ocurrió hace unos dos meses, justo a los pocos días de acabar el curso escolar. Como cada verano, íbamos casi todos los días al lago a pasar la tarde. Cristina y yo siempre hacíamos competiciones desde que éramos

pequeñas, éramos las mejores amigas siempre fuera de la pista. El primer año superamos juntas las pruebas para el equipo de atletismo donde Jimena ya competía, además, nos pusieron en la misma habitación y nos unieron como a hermanas. En fin. El caso es que aquel día decidimos quedar todas juntas por la noche y divertirnos un poco más. Llevamos algo para cenar y, por supuesto, algo más para beber. Yo comencé nuestro juego:

–¿Verdad o atrevimiento? –pregunté a las chicas dándole un último trago a mi vaso.

Por supuesto, Cristina fue la primera en contestar.

–Atrevimiento.

–Muy bien. –dije mientras me preparaba quitándome la ropa– ¿Quién se atreve a nadar hasta la bolla y volver?

–¿Es una carrera? –preguntó Jimena.

–¿Lo dudas? –contestó Cristina siguiéndome hasta la orilla en ropa interior.

–Yo paso. Estáis locas. –dijo Violeta– cómo os pase algo yo no quiero saber nada.

–Aguafiestas. –gritó Jimena mientras corría hacia nosotras.

Las tres nadamos a toda velocidad para poder ganar aquella carrera.

Recuerdo que toqué la bolla y me dispuse a regresar. Jimena e Cristina me adelantaron, pero yo no pude seguirlas. Mi pie quedó atrapado bajo el agua,

enredado en un alambre. Intenté soltarme con todas mis fuerzas, pero solo conseguí hundirme más y más. Noté como mis pulmones se encharcaban poco a poco. Quise gritar. Pero ya era tarde.



CAPÍTULO 5

La mañana se les había hecho eterna, era el día de las charlas y presentación de las distintas actividades extraescolares que ofrecía el centro. Estas actividades eran en principio voluntarias, pero, si las clases acababan a las cuatro y media de la tarde y la salida no era hasta las seis, entonces solo podías hacer tres cosas: estudiar sin parar, participar en alguna de estas actividades o morirte del asco en un aula. Cristina lo tenía claro, siempre hacía lo mismo. Por un lado, su pasión, el club de atletismo y, por otro lado, su conciencia, el periódico. Pero este año iba a tener otra actividad que no sabría hasta que el ponente hizo su aparición en el escenario del salón de actos. El profesor Diego sería uno de los profesores que, sin ser tutores de la actividad, participarían en uno de los pocos clubs mixtos de profesores y alumnas: el club de lectura.

–¿Ya sabes a lo que te vas a inscribir? –le preguntó Vanessa a

Cristina– La verdad que estoy un poco perdida con tanta actividad. –comentó

mientras ojeaba la hoja de inscripciones en la que solo había puesto su nombre y curso.

–Sí. Jimena y yo estamos en el equipo de atletismo si quieres venir con nosotras. –contestó Cristina– Además, estoy en el periódico y este año pienso presentarme para redactora jefe.

–Uf. A mí eso de ser periodista no me va mucho, la verdad. Pero creo que os acompañaré en el equipo de atletismo. –dijo Vanessa más ilusionada– ¿Cuándo hacen las pruebas?

–Supongo que la semana que viene. –contesta Jimena que estaba sentada justo detrás de ellas. –Cristina, ¿no te vas a apuntar al Club de lectura?

Cristina le hizo una mueca sacándole la lengua y las tres amigas se rieron divertidas. Pero sí, aunque no le contestara todas sabían la respuesta.

De hecho, no sería la única de mis amigas que acabaría en ese Club.

La mañana terminó y las cuatro chicas fueron al comedor. Como cada día buscaron las cuatro sillas que de un modo implícito serían de su propiedad hasta fin del curso y esperaron de pie junto al resto a que la directora hiciera acto de presencia. Antes de sentarse la Señora De la cruz les guio en una oración dándole las gracias a nuestro Señor por ofrecerles, una vez más, un plato caliente que llevarse a la boca.

–Amén. –contestaron todos al unísono. A lo que la Señora De la Cruz

respondió con su permiso para que se sentaran y disfrutaran de la comida y la conversación discreta.

–Creo que el profesor Diego viene directo a la mesa. –comentó

Vanessa que captó de inmediato la atención de sus tres amigas.

–Señoritas. –saludó el profesor y sin darles tiempo a responder

continuó– Cristina, me gustaría hablar con usted al finalizar la comida.

Reúnase conmigo en la sala de profesores a eso de las tres. Que aproveche. –y

diciendo esto se fue del mismo modo que había llegado.

–¡Ooooh! –dijo Violeta burlona– Una cita a solas.

–No seas idiota. Querrá hablarme de alguna cosa relacionada con las

clases, evidentemente. –contestó recalcando aquella última palabra.

Faltaban diez minutos para las tres de la tarde, pero como siempre nos

habían enseñado a ser puntuales en las citas formales y que un mínimo retraso

era imperdonable, Cristina prefirió esperar pacientemente en el banco que se

encontraba frente a la puerta de la sala de profesores. Cada minuto miraba su

reloj frustrada al ver que cada minuto sumaba a escondidas segundos para

hacerla sufrir.

Cuando tan solo quedaban un par de minutos decidió informar de su

presencia a Raquel que, por casualidad, ese día tenía que encargarse de la

Secretaría.

–Muy bien, espera un minuto que avise al profesor y enseguida te

llamo. –le dijo con una agradable sonrisa. Aunque en los dos últimos días Cristina había decidido odiarla para siempre no podía negar lo evidente, la Señorita Raquel era realmente simpática y jamás había escuchado ningún chismorreo de ella– Señorita Alcázar, puede pasar, le están esperando.

–Muchas gracias Señorita Barb... Raquel.

Entró en la Sala y descubrió que en una mesa grande que ocupaba todo el centro de la estancia se encontraban sentados el profesor Diego y Lady Stanford, su apreciada cita tan solo era una reunión.

“¿Qué iba a ser sino estúpida?” –pensó.

–Siéntese Señorita Alcázar. –dijo Lady Stanford con un acento británico que seguía delatando su procedencia.

Al tomar asiento ambos abrieron una carpeta que parecía ser una copia del expediente académico de Cristina. Lady Stanford se puso sus gafas apoyándolas casi en la punta de la nariz.

–Señorita Alcázar, veo que ha presentado su candidatura para redactora jefe del periódico. –dijo Lady Stanford mientras Cristina asentía con la cabeza y observaba las gafas tan cercanas a la punta de la nariz que en cualquier momento caerían, estaba segura– ¿Sabe que no es la única? – continuó la bibliotecaria ajena a los pensamientos absurdos de su alumna– Debe saber también que todas las aspirantes deben tener un miembro del profesorado que avale su candidatura para poder presentarse al cargo. Por

suerte para usted el joven profesor Diego De la Cruz apoya su candidatura por lo que podremos continuar con su preselección.

–Buenas tardes, Señorita Alcázar. –saludó cortésmente el profesor.

–Buenas tardes. –respondió Cristina.

–Mi responsabilidad es informarle de que se encuentra frente a otras dos candidatas de su mismo nivel y que han sido avaladas por diferentes profesores. –el profesor Diego tomó una pausa y continuó– Por ello hemos pensado que las tres deberéis realizar una entrevista a un miembro del profesorado que elijáis y entregarla no más tarde de la finalización de las clases de este viernes.

–¿Este viernes? –preguntó por la prontitud de la fecha.

–¿Tiene algún inconveniente Señorita Alcázar? –preguntó Lady Stanford colocándose las gafas antes de que cayeran.

–En absoluto Lady Stanford. –respondió– Tendré esa entrevista a tiempo.

–¡Eso es! –exclamó Diego– Quiero decir. Muy bien, esto es todo. –dijo con un carraspeo sospechoso.

–Puede retirarse. –Le despidió Lady Stanford dando por finalizada la reunión.

¿Quiénes serán las otras dos chicas? Eso os lo diré a su debido tiempo, aunque lo que sí os puedo adelantar es que eran de último año.

Mi ex compañera de habitación volvió paseando a la misma mientras pensaba qué profesora debería elegir para la realización de la entrevista. Debía ser alguien a quien las chicas quieran conocer de verdad y saber su vida, ni que decir tiene que ella hubiese dado lo que fuera por entrevistar a su validador, pero no podía entrevistarle, podrían pensar que la había ayudado a conseguir el puesto.

Al llegar al hall de la residencia vio que había un gran número de estudiantes que miraban el tablón de anuncios. Se acercó para ver que sucedía cuando una de las chicas le dio la respuesta.

–Ya han colgado los listados de las actividades extraescolares.

Trató de ver sobre los hombros de las alumnas que había delante de ella hasta que consiguió llegar a primera fila. Se buscó entre los listados de las actividades en las que había solicitado participar. Como cada año se encontraba en el equipo de atletismo como titular, buscó entre las aspirantes a Vanessa y vio que Jimena tenía razón, le harían las pruebas la semana que viene. Después se encontró en el Club de lectura, echó un vistazo rápido al resto de la lista y se sorprendió al ver a Violeta, ¿por qué no le había comentado nada? Curioso, pero no era lo que más le importara en aquel preciso momento. Buscaba desesperada la lista del periódico. Al fin lo encontró y descubrió que justo delante de ella aparecían dos nombres que, al igual que el suyo, iban acompañados de una leyenda que decía: “*Aspirante a*

Redactora Jefe”.

Para su sorpresa, se encontró con el nombre de Natalia Becker, una de las gemelas. No las he soportado nunca, siempre han conseguido lo que han querido a prueba del talonario de su padre, tenían hasta un aula con sus nombres y, por supuesto, el centro siempre las había tratado demasiado bien. –¿Sorprendida? –Era Sonia Becker, la otra gemela que le sonreía con verdadera malicia– Sabes que estás perdida, ¿no? Ese puesto es para mi hermana. No hace falta que realices ningún trabajo.

Todo su séquito se rio estridente alejándose de allí y dejando a Cristina sola ante el tablón.

Las odiaba. Creídas, superficiales, malcriadas y egoístas que no conocían el significado del compañerismo ni de la amistad. Encima aquel año Cristina coincidiría con las dos: con Natalia en el periódico y con Sonia en atletismo, soportando que esta última fuera la estrella de la pista.

El tercer nombre pertenecía a Violeta, por alguna razón que a mí me comenzaba a mosquear, había vuelto a no decir nada. Cristina ya llevaba dos listados en los que compartía actividad con la que creía su amiga y sin que ella le hubiera dicho nada en absoluto.

Estaba a punto de largarse cuando algo le llamó la atención del listado de Voleibol donde aparecía Vanessa como entrenadora suplente y ayudante de la Señora Pelayo. De pronto se le ocurrió una idea. Corrió hasta la habitación

con la esperanza de encontrar a su nueva compañera.



CAPÍTULO 6

Después de dos días de duro trabajo en la dichosa entrevista, consiguió terminarla poco antes de la llamada a silencio. Por suerte, Vanessa la había ayudado a teclear parte de la grabación para después fusionarlo en un solo trabajo.

Iba lo más rápido que podía a Secretaría para que le imprimieran la entrevista y así poder entregársela al profesor Diego al día siguiente después de su clase. Volvía a estar la Señorita Raquel que la atendió con mucha amabilidad, pero muy lenta.

–Disculpe Señorita, pero necesito esto lo antes posible. –instó a Raquel.

–Tranquila, no puedo ir más deprisa.

La verdad que la pobre era un poco torpe con la informática, pero Cristina, lejos de ponerse nerviosa y alterarse, decidió ofrecerse amablemente a echarle una mano con esta tarea para que Raquel pudiera continuar con aquello que estuviera haciendo antes de su llegada. Para su sorpresa le funcionó e Cristina, literalmente, saltó el mostrador que las separaba ante los

ojos estupefactos de la secretaria por un día. Miró su reloj de muñeca. Tan solo le quedaban diez minutos para silencio y tenía que imprimir nada menos que cuatro copias. Buscó entre los armarios el material para poder encuadernar el trabajo y terminó como pudo las cuatro copias más estresantes de su vida. Tan solo quedaban cuatro minutos escasos.

–Debo irme corriendo, ¿podría anotarme lo que debo y después de clase vengo a abonarlo? – preguntó suplicante.

–No puedo hacer eso. –contestó la Señorita Raquel.

–Por favor. –suplicó.

–Está bien, yo lo pagaré. Me lo debes a mí personalmente.

–Gracias, muchísimas gracias. –dijo mientras salía corriendo a toda velocidad de Secretaría. Corría a todo lo que podía por el medio del patio central rezando que no la viera la directora, subió las escaleras y recorrió el pasillo hasta llegar a su habitación justo cuando apagaban las luces.

Al día siguiente, viernes. Primera asignatura del día: Historia del Arte.

El profesor Diego apareció puntual en el aula y sin darle casi tiempo a sentarse comenzó a hablar.

–Hoy empieza la asignatura de Historia del Arte formalmente.

Comenzaremos por el Barroco que es por donde se quedaron el año pasado.

Bien abran sus libros por la página catorce, el inicio del primer tema. Señorita

Mendoza comience a leer.

– *El Barroco es un movimiento artístico que se inició en Roma a finales del siglo XVI, extendiéndose por el resto de Europa a lo largo del siglo XVII.* –Leía en voz alta Violeta mientras las demás intentaban seguir la lectura sin dormirse y en silencio.

Al finalizar la clase Cristina salió como alma que lleva el diablo tras el profesor para entregarle la entrevista.

–Profesor De la Cruz. –dijo casi gritando para que no se marchara.

–Ah, Señorita Alcázar. ¿Me trae la entrevista?

–Sí, profesor. Le he traído una para usted y otra para Lady Stanford.

–Están encuadernados y todo. –le dijo gratamente sorprendido– El domingo cuando regresen de sus casas, si es que se va a casa, tendrán los resultados.

–Muy bien. Muchas gracias.

–Estupendo. Hasta el domingo Señorita Alcázar.

–Hasta el domingo, profesor.



CAPÍTULO 7

La tarde se avecinaba tranquila en casa de los Alcázar. Cristina tan solo había llevado la maleta pequeña con uniformes sucios y la mochila con el

libro de Matemáticas para echarle un vistazo al temario de la semana siguiente. Pero la elección para Redactora Jefe del periódico y, sobre todo, los ojos verdes de Diego no le dejaban espacio para más información. Aún no habían llegado ni sus padres ni su hermano, por lo que, al llegar, solo la había recibido su nani. Lisinda se llamaba la pobre mujer. La habían contratado los padres de Cristina cuando su hermano y ella eran pequeños. En aquel tiempo, Lisinda era una joven muchacha que buscaba empleo en un país extranjero y los padres de Cristina confiaron en ella para el cuidado de sus hijos. Resultó ser mejor de lo que esperaban y terminó ocupándose de toda la casa, hasta el punto de convertirse en la madre de todos, de hecho, nadie en la casa se atrevía a desobedecerle. Tal era la confianza y el aprecio que le tenían que hace unos cinco años se casó y el cabeza de familia de los Alcázar mandó construir una pequeña casa equipada por completo al lado de la suya para los recién casados, y convirtieron a su esposo en el nuevo jardinero. Sé que de seguro esto sonará muy presuntuoso, pero también sé que a esa mujer le encantaba vivir con los Alcázar.

–Bienvenida a casa, Señorita Cristina. –Le dijo Lisinda al entrar por la puerta de la habitación.

–Buenas tardes, nani.

–Deme toda su ropa que la lave ya para poderla secar y planchar antes de que se marche de nuevo. –le ordenó sin dejarle casi ni saludar– Su madre

me dijo que iba a ir de compras y que luego tomaría un café en el club de golf y que usted tenía que ir también. En la caja que hay sobre su cama se encuentra el traje que debe ponerse. Brian le llevará a las cinco en punto.

–Está bien, está bien. –dijo Cristina tratando de relajarse. “Menudo recibimiento.” pensó– ¿Alguna cosa más? –le preguntó con recochineo.

–Sí, usted ríase Señorita Cristina, pero el tiempo corre y no será a mí a quien le llamen la atención.

–Vaaale. –contestó con desanimo quitándose la ropa para entrar en la ducha y, después, ponerse lo que sea que su madre había encargado para ella. Puso el iPhone en los altavoces para escuchar un poco de música mientras se arreglaba. Se duchó, se embadurnó de crema hidratante, se secó el pelo, se puso la ropa interior y salió del baño para ver que había en el interior de la misteriosa caja. Era un cómodo traje deportivo de dos piezas en colores malva y azul claro más unas zapatillas. Era evidente que su madre quería jugar al tenis ya que las sutilezas no eran precisamente el fuerte de la Señora Alcázar.

El fin de semana transcurrió con total normalidad, entre almuerzo familiares y partidas de tenis y cartas con las amigas de la madre de Cristina y alguna que otra hija menor que ella y, por lo tanto, aburrida.

Se había levantado con relativa prontitud para poder desayunar con tranquilidad y preparar la maleta, de nuevo. Se dio una ducha rápida y se vistió con un vestido recatado azul marino que cubría tanto hombros como

rodillas, tan solo una cinta de un azul más claro adornaba el traje. Solo quedaba ponerse los zapatos y el bolso negros para poder embarcarse de nuevo en el coche privado de su padre que le llevaría, una vez más, al internado, a punto para asistir a la misa de las once y de obligada asistencia para todos los profesores y alumnas del centro.

Una vez finalizada la misa y antes de ir a comer, Cristina salió disparada para ver si la nueva lista del periódico había sido publicada en el tablón de anuncios de la residencia. Nada. Volvió con paso lento hacia el comedor donde sus amigas le esperaban para sentarse juntas en la comida.

–Señorita Cristina Alcázar. –la voz del profesor Diego consiguió frenar sus pasos– Señorita Cristina Alcázar ya tenemos los resultados. –a tenor de su expresión Cristina pensó que había perdido, sin embargo, el profesor continuó– Aún no le puedo comunicar nada puesto que Lady Stanford cree conveniente reunirles a la Señorita Becker y a usted tras la comida en la Sala de Profesores a la misma hora.

Cristina asintió y continuó su marcha hasta el comedor. Se preguntaba por qué querría ver juntas a la arpía Becker y a ella. Las sorpresas no acabarían en aquella reunión, de eso estaba segura.

Eran las tres de la tarde y tanto Natalia Becker como Cristina se encontraban sentadas en el banco mientras esperaban a que las invitaran a entrar en la Sala de Profesores. Al fin les dieron paso y Natalia, como no, se

apresuró a entrar en primer lugar.

–Señoritas, siéntense por favor. –dijo Lady Stanford– Tras leer ambas entrevistas hemos creído conveniente citarlas a las dos para comunicarles personalmente nuestra decisión. –el profesor Diego sonrió a Cristina, pero aún no sabía por qué– La entrevista realizada por la Señorita Becker a la entrenadora de natación nos ha parecido realmente increíble. –¿A la entrenadora de natación? ¿Qué le podía haber preguntado que no sepamos ya? Era imposible que una entrevista realizada a tal personaje hubiera impactado tanto. ¡Hola talonario de papá! – Por otra parte, la Señorita Cristina Alcázar ha demostrado una gran audacia al realizar la entrevista a la nueva ayudante de la entrenadora Carmen Pelayo puesto que nadie conoce su origen y hay muchas incógnitas sobre su persona. –comenta como si Cristina no estuviera presente– Por lo tanto, considerando el buen trabajo realizado por ambas creemos que este año el periódico va a ser regentado por no una sino dos redactoras jefe. Enhorabuena.

Cristina no se lo podía creer y, con sinceridad, yo tampoco. Cómo iban a compartir liderazgo Becker e Cristina era una incógnita. Era imposible. Era la mejor y la peor noticia que podrían darle en aquel momento.

–Señorita Cristina Alcázar. –Era el profesor Diego, debía haberle seguido al salir de la Sala de Profesores– ¿Qué le ocurre? Pensé que le

gustaría la noticia. Después del esfuerzo realizado, no crea que es fácil competir con el Señor Becker.

–Perdone. ¿Qué? –nunca un profesor había dejado claro lo que todas en el centro sabíamos.

–Bueno, no es algo que no se conozca. El caso es que yo pensé que le gustaría ser Redactora Jefe en el periódico.

–Sí, así es. –Le dijo Cristina intentando esconder su odio hacia Natalia Becker y a su hermana, que siempre habían hecho lo posible por menospreciar a quienes no besaban el suelo por donde ellas pasaban– Estoy encantada. De verdad.

Se fue de allí con el odio hacia las Becker que pronto se le pasó al acordarse de Violeta, conociéndola estaba segura de que aquello no le iba a hacer demasiada gracia.



CAPÍTULO 8

El otoño había llegado con fuerza al Santa María. Todos los árboles del patio iban perdiendo sus hojas que caían al suelo ocultándolo bajo un manto rojizo, anaranjado y marrón. El frío comenzaba a hacer acto de presencia y todas intentaban soportarlo a base de capas de ropa: abrigos,

guantes, bufandas y gorros de mil colores inundaban cada rincón de las zonas exteriores del instituto. En las clases la calefacción ofrecía un refugio perfecto para todos que les hacía, incluso, querer permanecer en ella impartiesen la asignatura que fuera.

Durante el descanso, mis amigas se acercaron a la cafetería en busca de un café con leche bien caliente que llevarse a la boca. Al parecer, el resto de alumnas habían tenido la misma idea porque aquel lugar estaba repleto. Esperaron con paciencia en la cola hasta que les llegara su turno e Cristina pidió a la camarera que había tras la caja.

–Me pones cuatro cafés con leche para llevar, por favor. –Y girándose hacia sus amigas dijo– Dadme el dinero para pagar todo junto y nos largamos.

–Sí será mejor tomarlo por el camino. –dijo Violeta.

La música de la cafetería cesó de golpe dando paso a la sintonía inconfundible del micrófono de la Directora De la Cruz.

–Alumnas y personal docente del centro. Les recuerdo que con motivo de las próximas fiestas navideñas tendrá lugar una gran celebración a la que espero inviten a sus familias. –anunció nuestra directora– Primero asistiremos a la misa que se celebrará en nuestra capilla, después nos trasladaremos todos juntos al gran comedor que se abrirá por completo para poder recibir a sus familiares y, por último, iremos hasta el gimnasio el cual estará acondicionado para celebrar en él el baile que cerrará la noche. Recordad que deberéis, en el

caso de las alumnas, comunicar el número exacto de invitaciones que necesitáis a vuestras orientadoras. Que pasen una agradable mañana. –el clic que sonó tras el mensaje les indicó que la Directora De la Cruz había cerrado el micrófono y había terminado su anuncio.

Cristina cogió los vasos de café y se los pasó a sus amigas quedándose ella con el último. Con gran dificultad consiguieron salir de la cafetería.

–¿A quién pensáis traer a la cena de Navidad? –preguntó Violeta.

–Para variar a mis padres y a mi hermano. –contestó Cristina.

–¿Vendrá tu hermano? –preguntó Violeta de nuevo con una entonación que dejaba claro su ilusión de que así fuera.

–¿Por? ¿Qué interés puedes tener para que venga? –preguntó Cristina.

–¿Yo? Ninguno. Solo lo preguntaba por curiosidad. –dijo Violeta que intentaba parecer lo más desinteresada posible.

–Ya. –dijo Cristina sonriente. La verdad era, que no le hubiese

importado que llegaran a tener un romance, incluso que ese romance terminara

en una relación para toda la vida. Su hermano, aunque era un capullo con su hermana, era un buen chico y Violeta era una de sus mejores amigas, por lo que creía que podrían hacer una buena pareja.

–Bueno, y vosotras ¿a quién traeréis? –preguntó Violeta para desviar la conversación.

–Yo no sé si mi padre tendrá ganas de una celebración como esta. Es el primer año que pasamos sin mi madre y estas navidades no serán demasiado felices para nosotros. –comentó Vanessa.

–Vaya, lo siento. –dijo Violeta.

–Yo vendré con mis padres y mi hermana. –dijo Jimena un tanto desilusionada.

–¿Por qué lo dices con ese ánimo? –preguntó Cristina.

–Es que, seguramente también venga la familia Velázquez con su hijo. – Respiró con profundidad– Y, quieren que seamos algo más que amigos.

–¿Quieren casarte con su hijo? –preguntó Vanessa asombrada.

–A ver, no es un matrimonio concertado. Lo que ahora hacen es quedar una y otra vez con la familia elegida y esperar que los hijos lleguen a gustarse. Pero yo dudo que ese día llegue.

–¿Es feo? –preguntó Violeta.

–No. La verdad es que es muy mono. El problema es que él lo sabe y se comporta como un idiota al que no soporto.

Caminaron de vuelta a clase con el café en la mano mientras hablaban sobre la cena. La mayoría de las chicas hablaban de ello por todas partes, hasta las profesoras se preguntaban a quién traerían. Pero lo que en realidad les interesaba a todas era a quién traería el profesor De la cruz.

Cristina albergaba la esperanza de aprovechar el baile para hablar con

él, desde que le hicieron Redactora Jefe del periódico pasaban mucho tiempo juntos y habían comenzado a congeniar. El profesor creía que Cristina era una chica con un gran futuro, siempre alagaba todos sus artículos e, incluso, su forma de ser; de ella decía que era alegre y que tenía demasiadas ganas de aprovechar la vida. Cada minuto que pasaban juntos los sentimientos de Cristina hacia el profesor aumentaban exponencialmente y no sabía cómo frenarlo. Cada vez que le miraba, su corazón se aceleraba e imaginaba que él sentía lo mismo.

Era viernes así que, tras las clases todas se cambiaron con verdadera rapidez, pero la primera en preparar su maleta con la ropa sucia y salir disparada a por el coche que venía a recogerla fue Cristina. Se subió al coche y justo cuando iban a salir vio desde la ventanilla a Vanessa sentada en un banco leyendo su viejo libro.

–Vanessa. –gritó en voz alta para llamar su atención– ¿No vas este fin de semana a casa?

–No. Mi padre tenía un viaje de negocios y no creo que vuelva pronto.

–¿Quieres venirte a la mía? –le preguntó a viva voz de nuevo.

–¿En serio? –preguntó Vanessa abriendo los ojos de par en par– Pero no tengo nada preparado.

–No te preocupes. Sube corriendo a la habitación coge un par de conjuntos, el pijama y el cepillo de dientes y nos vamos.

La madre de Cristina las esperaba en la puerta de casa con una amplia sonrisa dibujada en su rostro. Conociéndola estaba convencida de que el día para las dos amigas acababa de empezar.

–Cristina, ¿qué tal has pasado la semana? –preguntó su madre sin darse cuenta de que Vanessa bajaba del vehículo por la otra puerta– Oh, no sabía que traías invitada como no me cuentas nada.

–Si me compraras un teléfono móvil como al resto de la humanidad...

–contestó– Esta es Vanessa, mi compañera de habitación.

–Sí, ya me acuerdo. –dijo su madre ofreciéndole la mano antes de darle dos besos– Cristina me ha hablado mucho de ti, me alegro de que hayas venido podrás acompañarnos durante la tarde de compras. Id arriba a dejar las cosas.

–¿Nos da tiempo a ducharnos? –preguntó Cristina.

–Nada, estáis perfectas. Vamos, rápido.

–¿Pero qué prisa tienes? –preguntó molesta Cristina.

El chófer las llevaría directas hasta el centro comercial donde la Señora Alcázar, sin darles tregua, les dirigió directamente a su boutique de fiesta preferida. Allí les esperaba Azucena, la dueña del local que, como siempre, les atendería personalmente. Claro que tampoco os debe de extrañar en demasía puesto que la cantidad de dinero que podían gastarse allí los padres de Cristina podría ser considerable.

La Boutique de la Pequeña Azucena, así se llamaba la tienda a pesar de que la pequeña Azucena rondaba ya los cincuenta y tantos. El local se dividía en dos espacios divididos en dos alturas, abajo se encontraban los vestidos y trajes de fiesta ya confeccionados para el gran público y arriba una serie de vestidores ocupaban toda la planta. Para ellas estaba reservado uno de los más grandes vestidores de aquella planta; constaba de una pequeña sala de estar con cuatro sillones y una mesa de café, un aparador donde habían dispuesto café, té y pastas. También había un probador enfrentado a un pequeño podio y un espejo enorme e iluminado.

La “pequeña Azucena” comenzó a mostrarles innumerables vestidos de mil y un colores, formas y cortes. Tanto ella como la Señora Alcázar se volvían locas proponiendo modelitos para Vanessa y para Cristina. Después de casi una hora de criba entre telas por fin decidieron unos diez vestidos para cada una que, por supuesto, se probaron de inmediato.

A Cristina no le disgustaba en especial salir de compras, pero hacerlo con su madre podía llegar a ser desesperante. Aunque aquel día, quizás porque Vanessa estaba con ellas, se lo estaba pasando bastante bien. Salieron como modelos profesionales que desfilaban por una pasarela de gran prestigio mientras se reían y disfrutaban de aquel momento.

Al final, Cristina se decantó por un bonito vestido largo y negro con toques lila que le restaba seriedad además de darle un toque divertido de

color que le encantaba. Vanessa, por su parte, había elegido un vestido rojo, despampanante con el que conseguiría acaparar todas las miradas y, sobre todo, la atención de cierta directora que se saldría de sus casillas.

–¿Os han gustado los vestidos? –preguntó la madre de Cristina mientras subían al coche.

–Sí. Pero Señora Alcázar, no debía haberme comprado el mío. –dijo Vanessa incomoda.

–No seas tonta. A tu padre seguro que no le importa, ¿verdad? –dijo guiñándole un ojo a su hija. Ella siempre había tenido un sexto sentido para estas cosas y seguro sabía que esta era la única oportunidad que Vanessa tendría para comprarse un vestido así y lucirlo en la fiesta.

–No te preocupes, si mi madre te lo ha comprado es porque te quedaba genial. –le dijo Cristina en voz baja a su amiga.

Vanessa sonrió con timidez, aunque seguro que estaba deseosa de vestirlo.

Para Cristina el fin de semana estaba siendo divertido con Vanessa en su casa. Durante la cena todos se dieron cuenta de las chispas que comenzaban a brillar entre Vanessa y el hermano de Cristina, lo que suponía un problema porque Violeta seguía enamorada de él. Además, Vanessa digamos que no era partidaria de reprimirse e Cristina no quería que su hermano fuera uno más en la lista.

Después de la cena fueron a la habitación de Cristina y, una vez se pusieron sus respectivos pijamas, Vanessa se tumbó bocabajo sobre la cama de Cristina.

–¿Te apetece jugar a algo divertido? –preguntó con una sonrisa maliciosa.

–Según lo que me pidas. contestó intrigada Cristina.

–A verdad o atrevimiento.

–¿Cómo? –preguntó Cristina.

–A verdad o atrevimiento, sorda. –repitió. Al ver que Cristina se quedaba pálida preguntó– ¿Te pasa algo?

–No, es solo que mi mejor amiga y yo solíamos jugar a este mismo juego.

–Lo siento, no lo sabía.

–No pasa nada. Bueno, elijo atrevimiento. Sorpréndeme. –le retó Cristina intentando olvidar.

–Me juego lo que sea a que tu padre guarda en su despacho alguna buena botella de ron. ¿Te atreves a robarle una?

–Eso está tirado. –En menos de cinco minutos Cristina volvía con su botella bajo el pijama– Vamos a hacerlo más interesante. Si fallas, bebas. Ahora dime, ¿verdad o atrevimiento?

–Verdad.

–¿Te gusta mi hermano? –preguntó mientras Vanessa daba por sentado que no iba a responder sirviéndose un chupito de la botella– ¿En serio no me vas a contestar? Quien calla otorga. –Esperaba una respuesta que le satisficiera, pero nada.

–Son las reglas ¿no?, imagínate la respuesta. –dijo guiñándole un ojo– Me toca. ¿Verdad o atrevimiento?

–Verdad.

–¿Te gusta el profesor de Historia del Arte? –preguntó. Esta chica cada vez me caía mejor.

–No beberé, es demasiado evidente la respuesta.

–¿Qué es?

–Sí.

–Lo sabía. –dijo Vanessa– subamos un poco el nivel. Escojo atrevimiento.

–¡Genial! Déjame que piense. –le dijo mientras buscaba una prueba entre las mil ideas que albergaban en su cabeza– Lo tengo.

Las dos chicas siguieron jugando lo suficiente como para conocerse mejor, descubrieron la una de la otra sus vidas hasta que la botella acabó y Vanessa dio en el clavo.

–¿Así que eliges atrevimiento?, ya era hora de que te soltaras la melena. –No tardó ni tres segundos en pensar cuál sería su próxima locura–

Tienes que confesarle al profesor lo que sientes.

–No puedo hacer eso. ¿Estás loca? Me penalizarán.

–Te lo pondré más fácil. No hace falta que le digas quién eres. –dijo

Vanessa con una mueca de aburrimiento– ¿Contenta?

–Venga vale.

–Esa es mi chica. Toma, este es el teléfono del profesor. –dice

entregándole un papelito doblado en el que hay escrito un número– Tienes que llamarle, no hace falta que digas tu nombre, para decirle lo que sientes.

–No puedo.

–Vamos, no sabrá quien ha sido y el lunes en clase veremos su cara buscando entre las alumnas su posible candidata.

Al final aceptó y cogió el teléfono inalámbrico de su habitación.

Marcó el número escrito en el papel que le había dado Vanessa y tras dos tonos escuchó su voz al otro lado de la línea. Dudó unos instantes tras los cuales consiguió declarar sus sentimientos hacia él y colgar. Rezó para que nunca supiera quién había sido aquella chiflada que le había llamado a media noche.

A la mañana siguiente, al llegar al internado, subieron primero a la habitación y pegada en la puerta encontraron un sobre cerrado a nombre de Cristina García. No sabían de quién podía ser, no parecía una carta enviada por correo postal y, además, ese tipo de correspondencia las alumnas debían

recogerlo en Secretaría. Vanessa miró a Cristina con curiosidad a la espera de que abriera el sobre, pero ella prefirió guardarlo en su mochila y leerla más tarde a solas.

Se cambiaron y fueron hacia la capilla para escuchar la misa del domingo. En la puerta esperaba el profesor Diego que le indicaba con un gesto que se acercara. Nerviosa, Cristina obedeció.

–Buenos días, Cristina.

–Buenos días, profesor.

–¿Puedo hablar con usted un momento?

–Sí, por supuesto. –contestó a la vez que le decía a Vanessa que fuera cogiendo sitio– ¿Pasa algo?

–No, tranquila. Quisiera preguntarle, ¿cuál es su color preferido?

–¿Perdón? –A qué venía esa pregunta solo él podría saberlo, en cualquier caso, Cristina contestó– El morado.

–Estupendo. Muchas gracias. Puede volver con sus amigas. –le dijo largándose con una amplia sonrisa y dejándola totalmente perpleja, de pie, en la puerta de la capilla.

Al terminar la misa Cristina recordó que en su mochila llevaba el misterioso sobre que había colgado en la puerta de su habitación. Decidió que aquél era el momento perfecto para salir de dudas y leer su contenido.

–Chicas, voy a quedarme un rato aquí leyendo, ¿vale? –les dijo a sus

amigas.

–¿Quieres que te hagamos compañía? –preguntó Jimena.

–No, me apetece sentarme un rato en un banco.

–Es que cuando hemos llegado había un sobre colgado de nuestra puerta de la habitación y quiere leerlo ella sola, no tengo ni idea de lo que puede haber dentro. –les informó Vanessa mientras se alejaban hacia la cafetería.

Cristina, en cambio, se dirigió a uno de los bancos más apartados del patio para estar tranquila, ya no solo por el sobre, sino porque lo necesitaba.

Necesitaba aclarar sus ideas con respecto al profesor, ¿debería olvidarle?

Se sentó y buscó entre los libros de su mochila el sobre cerrado. Lo observó con atención para ver si encontraba alguna pista de quién podría ser, pero no encontró nada en absoluto. Decidió abrirlo y de él extrajo una hoja en la que había escritas tan solo cuatro líneas a mano alzada, no había firma, pero conocía esa caligrafía.



CAPÍTULO 9

Ya había llegado el día, la fiesta sería esa noche e Cristina estaba

bastante nerviosa. Durante toda la semana no había hecho otra cosa que leer y

releer la dichosa nota que había en el interior del sobre:

“Sé que fuiste tú.

Espero verte en la fiesta de navidad,

hablar contigo durante cada tarde,

cada día ha hecho que vea en ti algo más que a una dulce estudiante.

No sé si me equivoco al escribir estas líneas

pero también yo necesitaba que lo supieras.”

No podía evitar pensar que pudiera ser su querido profesor, de hecho, deseaba que fuera él. Cada paso que había dado desde que lo vio por primera vez había sido para estar más cerca de él, que le viera como una mujer adulta capaz de llenarle como persona y como compañera. Decidió darse una ducha para relajarse bajo el agua, antes de que llegaran las estilistas para peinar, maquillar y vestir a su madre y a ella mismo.

Por primera vez estaba agradecida de que su madre fuera tan obsesionada con la imagen pues se veía muy hermosa frente al espejo, su vestido fue acertado, le encantaba. Antes de salir una de las estilistas se acercó a su habitación para darle unos últimos retoques en el maquillaje, aunque no llevaba mucho porque no le gustaba parecer una de esas chicas que se escondía bajo una máscara de colores, prefería fijar la atención en unos ojos bien maquillados y llevar tan solo un poco de brillo en los labios.

–Señorita Cristina, ha llegado este paquete para usted. –le dijo la

dulce Lisinda mientras le tendía un pequeño paquete envuelto con papel negro y un lazo malva– También han traído esta tarjeta.

–¿Sabes de quién es? –preguntó intrigada.

–No, no han querido decirme el remitente. De hecho, querían dárselo a usted personalmente, pero no podía permitirles entrar a la estancia de una Señorita. –dijo con real indignación mientras cerraba la puerta tras de sí.

–¿Podría dejarme a solas, por favor? –le dijo a la estilista que se marchaba sin pronunciar palabra.

Abrió el pequeño sobre que portaba la tarjeta y lo leyó: “*Espero que te guste. Diego.*” Ni en un millón de años podría creer lo que acababa de pasar, había conseguido su atención. Jamás se habría imaginado que una llamada anónima derivada de un juego de niños le abriría la puerta hacia el profesor. Desató con precaución el lazo que cerraba el envoltorio y abrió la caja que había en su interior. Era un bonito collar de perlas color malva. Era precioso y no dudó en ponérselo.

Bajó al salón.

–¿Y ese collar? –le preguntó su madre poniéndole el abrigo.

–Es un regalo de un amigo. –contestó sin darle demasiada importancia.

–De un amigo. Por supuesto. –dice con media sonrisa sin preguntarle nada más antes de subir a la limusina que, como cada año, los padres de Cristina habían alquilado para ir al baile.

Antes de ir al instituto pasaron por la casa del padre de Vanessa para recogerla y llevarla con ellos. Cuando salió del portal se quedaron todos boquiabiertos, estaba preciosa y el hermano de Cristina no dudó en bajar y prestarle su caballerosa ayuda para subir al lujoso vehículo. Ella le cedió el honor amable y tierna a la vez, y con una sonrisa se sentó al lado de Cristina.

–Tu hermano es un caballero. –le dijo en voz baja– Por cierto, he traído algo que nos alegrará la noche.

Durante la misa y la cena, Vanessa y el hermano de Cristina no dejaron de hablar, parecía que congeniaban bastante bien. Un detalle que no fue desapercibido para Violeta.

Cristina, mientras tanto, intentaba buscar al profesor Diego entre la multitud de amigos y familiares que habían concentrado en el gimnasio. Decidió salir un momento a tomar el aire, cogió su abrigo y se puso los guantes. Su cabeza empezó a darle vueltas al pensar que todo podría haber sido nada más que una ilusión, un juego.

–Cristina. Por fin te encuentro, ¿dónde estabas escondida? –preguntó Diego.

–Buenas tardes, profesor. –Consiguió responder Cristina a duras penas.

–Por favor, esta noche no. Llámame Diego.

–Lo intentaré. –contestó. El corazón le palpitaba a cien por hora y no

era capaz de mirar a sus ojos verdes.

–Veo que te has puesto el collar, ¿he de entender con ello que puedo cortejarla?

–Yo. Yo, no lo sé. –“Madre mía Cristina reacciona”, pensó– Puede ser.

–dijo levantando una ceja haciéndose la interesante.

–¡Estupendo! –dijo Diego alegre– ¿Te gustaría dar un paseo?

–Sí, me encantaría. Pero si no le importa debo comunicarlo primero, para que sepan dónde estoy.

–Muy bien, aquí te espero.

Buscó con desesperación a Vanessa entre la multitud que, por supuesto, se encontraba bailando con su hermano.

–Vanessa. –le dijo tocándole en el hombro– Necesito hablar contigo, ¿nos dejas un momento hermanito? –y se llevó a Vanessa a la zona de las bebidas– ¿Recuerdas la carta del profesor Diego? –Esperó a que asintiera y siguió– Bueno, pues hoy ha hecho que me llegara este collar de perlas y me está esperando fuera para ir a dar una vuelta, ¿podrás cubrirme?

–Por supuesto. Don't worry my friend. –dijo con un estúpido acento inglés– Por cierto, ¿verdad o atrevimiento?

–¿Tú qué crees? –Alzó una ceja desafiante.

–Así me gusta. Toma. –Vanessa le dio una botellita con la mayor discreción posible, en cuyo interior había un líquido que no consiguió

reconocer— Pon un poco en tu copa y otro poco en la del profesor.

—¿Estás segura?

—Claro. ¿Prefieres dar una vuelta sin decir palabra? Coge, aunque sea un refresco sin alcohol y échalo en los dos vasos, ¿de acuerdo?

No sabía si sería buena idea, pero decidió seguir con el juego, pensó que era preferible arriesgarse que mantenerse callada por vergüenza. Pero hay algo que nunca debía haber olvidado. Pero lo hizo.

Añadió el aliño misterioso, tal y como le había dicho Vanessa, en dos copas que había pedido en la barra que se había montado de forma provisional en el gimnasio.

—Toma, te he traído un coctel. —le dijo mientras le ofrecía una de las dos copas.

—Imagino que esta situación te resultará no menos extraña que a mí. — dijo Diego— Pero quiero que sepas que yo me encuentro igual. Durante todos estos días he visto en ti a una chica con la que me gustaría quedar fuera de estas paredes, conocerla de verdad.

—Yo he de reconocer que me gustaste desde que entraste por primera vez en clase.

—Lo sé. — dijo sonriente.

—¿Cómo?

—No eres muy buena actriz. — dijo riéndose.

–No es cierto, soy muy buena lo que pasa es que lo disimulo a la perfección. –dijo Cristina provocando que ambos rieran abiertamente.

Parecía que lo que le había dado Vanessa funcionaba pues eran incapaces de dejar de hablar. Cristina se encontraba sin miedos ni vergüenzas, capaz de comerse el mundo. Ambos pasearon un buen rato mientras charlaban hasta que Cristina empezó a encontrarse mal, tenía mucho frío.

–¿Te encuentras bien? –Sin esperar respuesta Diego la cogió y la llevó medio a rastras hacia uno de los edificios. Cristina no sabía muy bien donde se encontraba, pero se dejó llevar. Llegaron a una habitación y Diego la tumbó en la cama. Cristina miró a su alrededor sin comprender donde estaba– Cristina, ¿estás bien? Yo también me encuentro algo mareado, tiene que haber sido la bebida. Trata de incorporarte. –Cristina se sentó como pudo en el borde de la cama a la vez que Diego le quitaba el abrigo y los guantes– Toma bebe un poco de agua. –bebió del vaso que le ofrecía Diego y empezó a sentirse mejor. Sobre la mesita pudo ver una foto de la Directora De la Cruz. Diego la vio observarla– Es la habitación donde mi ti duerme cuando se queda en aquí, en el internado, tranquila aquí estaremos bien.

–¿Así que es tu tía de verdad? –Diego asintió– Ya me encuentro un poco mejor, pero si no te importa me voy a descalzar, no soporto estos zapatos.

–Sí, yo también. –Diego se deshizo de sus zapatos y de su americana,

se desató la corbata y desabrochó un par de botones de la camisa— Ahora estoy mejor.

Se sentó a su lado y hablándole de sus años de universidad, conversaron sobre las distintas posibilidades que tenía Cristina al acabar el instituto y, sin darse apenas cuenta, se encontraba besando sus labios. No podía creer lo que estaba a punto de hacer, pero tampoco podía parar. Poco a poco, Diego la fue tumbando en la cama sin dejar de besarla. Un fuego ardiente recorría todo su cuerpo y solo quería deshacerse de la ropa que Diego le quitaba con delicadeza. Ella, a cambio, desabrochó los botones de su camisa, de su cinturón, de sus pantalones.

Su corazón latía con fuerza mientras su cabeza trataba de impedir lo inevitable. Le sintió dentro de ella, suave, despacio.

Los dos se quedaron mirando el techo mientras trataban de recuperar la respiración. Cristina notó como el brazo de Diego la rodeaba y la atraía junto a él. Le dio un beso dulce en los labios y se relajaron. Cristina ya no se encontraba mal, todo el mareo, la angustia, la inestabilidad habían desaparecido. Toda esa atracción desenfrenada había resultado como una explosión que les había liberado.

—Deberíamos volver. —dijo Diego ayudándole a incorporarse— ¿Cómo estás?

—Bien, no te preocupes. —contestó Cristina mientras buscaba el

conjunto de lencería que había acertado en estrenar justo aquel día.

Se vistieron y adecentaron antes de volver a la fiesta. Diego le ayudó con el peinado y ella misma se retocó el maquillaje. Perfecta. No había pasado nada.

–Estas guapísima. No te preocupes, nadie se dará cuenta. –trató de tranquilizarla Diego, dándole de nuevo uno de sus dulces besos.

Regresaron al baile y nadie parecía haberse dado cuenta de su falta.

Diego cogió la mano de Cristina sin importarle nada más.

–Deberíamos tener cuidado. –dijo– Baila con otros chicos, pero resérvame un para mí, ¿de acuerdo? Voy a buscar a mi tía para que no sospeche demasiado.

Cristina no podía creer lo que acababa de hacer, se sentía en una nube, se sentía feliz, liberada. Creía que en su vida de estudiante ejemplar necesitaba correr una aventura, pero jamás pensó que sería esta. Su cabeza daba mil vueltas a la misma idea. Ahora pensaba que tan solo había sido un juego para él, ahora que era el hombre de su vida. La pobre no sabía que pensar.

–¿Dónde has estado? –Su madre la encontró al lado de los cocktails.

–Había salido a respirar un poco de aire, tanta multitud me abruma. Ya lo sabes. –contestó Cristina.

–Lo sé, eso lo has heredado de tu padre que, por cierto, ha

desaparecido también. –dijo buscándolo a su alrededor– Bueno, ¿quieres una copa?

–Por supuesto, mamá.

Los dos amantes buscaban sus miradas furtivas a través de la multitud que se aglomeraba dentro del gimnasio. Él hablaba con un grupo de profesoras

de forma animada y ella conversaba con su madre mientras tomaban sus copas.

–¿Te pasa algo, Cristina? –preguntó su madre– Estás un poco pálida.

–No es nada, es que estaba un poco mareada cuando salí a tomar aire, pero ya me encuentro muchísimo mejor.

–Estupendo. ¿Has visto a tu hermano? –dice señalándolo con la mano con la que sostiene la copa– Parece que tu amiga le gusta mucho, ¿qué tal es?

–Como amiga me ha aportado mucho, ha sido un soplo de aire fresco en esta escuela anclada en siglos pasados. Es divertida, simpática e inteligente. Aunque un poco alocada y, de vez en cuando, rompe las normas.

–Bueno, tu hermano es mayorcito, espero que sepa lo que hace.

–Señoritas. –Diego irrumpió en la conversación– Buenas noches, Señorita Alcázar, ¿esta encantadora mujer es su madre?

–Sí, así es. Mamá este es mi profesor de Historia del Arte el Señor Don Diego De la Cruz.

–Encantada. ¿No es usted un poco joven para ejercer como profesor?

–Bueno, me licencié el año pasado y la directora de este centro quiso a bien ofrecerme esta oportunidad.

–Oh, es cierto. La directora... María del Rosario De la Cruz se llamaba, ¿no es cierto?

–Así es. Mi tía, aunque he de comunicarle que no es precisamente la mejor oportunidad ofrecida pero siempre uno termina inclinándose a favor de la familia.

–Fue el primero de su promoción, madre. –dijo Cristina tratando de echarle un cable a Diego puesto que su madre había decidido someterle al tercer grado.

–He venido para pedirle un baile a su hija y hablar del periódico si no es molestia.

–Para nada. Que disfruten del baile.

La fiesta acabó y todos se despidieron para regresar a sus casas a pasar las fiestas navideñas con sus familias. Esta era la época del año que más me gustaba. Decorar la casa junto a mis padres, montar el árbol y encender las luces. Pero, por desgracia, este año solo podría verlo desde fuera.

–Se me va hacer eternos estos días sin vosotras. –dijo Jimena.

–Bueno, pero este año vas a estar mejor acompañada, ¿no? –dijo Cristina riendo.

–Puede ser. Aunque vosotras no tendréis queja, este año habéis tenido

un bonito regalo antes de la Navidad. –respondió Jimena, comentario que a Violeta no le sentó demasiado bien.

–Bueno, Cristina se lo merecía. Ya iba siendo hora de que saliera de su pequeño cascarón. Además, el profesor es guapísimo. –dijo Violeta con intención de apartar a Vanessa de la conversación.

–Vanessa. –El hermano de Cristina apareció de repente– Quería despedirme antes de marcharme y preguntarte si podrías venir a cenar algún día, seguro que a Cristina no le importará compartir su habitación contigo. –Este chico siempre había tenido el don de la oportunidad.

–Claro, vente. –dijo rápidamente Cristina para terminar la conversación lo antes posible, sin mirar a Violeta.

–Quizás pueda ir algún día. Se lo preguntaré a mi padre. –contestó Vanessa y ambos se separan del grupo.

–¿Pero a ti qué te pasa? –le reprochó Violeta a Cristina.

–Yo no puedo hacer nada.

–Gracias Cristina. –Violeta se marchó enojada sin mirar atrás.

–¿Qué quiere que haga yo? –dijo Cristina a Jimena en busca de auxilio.

–No te preocupes Cristina, seguro que se le pasará. –dijo Jimena– Felices fiestas.

–Igualmente, Jimena. Habla con ella por mí, ¿vale?

–Tranquila. –miró sobre los hombros de Cristina– Por cierto, se nos

acerca un joven profesor, ¿espero?

–Sí, un poco. Que no sepa que os lo he contado.

–Señoritas Salazar y Alcázar, vengo a despedirme hasta el próximo año.

–Oh, mis padres me esperan. Tengo que irme. Que pasen unas felices fiestas. –dijo Jimena despidiéndose con la mano.

–Igualmente, Jimena. –contestó Cristina mientras comprobaba que se quedaban solos– ¿Qué haces aquí?

–Bueno, no hay nada extraño en felicitarle las navidades a una alumna.

–Cierto. ¿Qué harás durante las mini vacaciones?

–Bueno, tengo bastante trabajo, pero encontraré algún hueco para que sepas de mí.

–Eso espero. Mis padres me observan, tengo que irme. –Diego rozó su mano con la de Cristina antes de que ésta se marchara lo que hizo que le recorriera un escalofrío por todo el cuerpo.

–Felices fiestas Señorita Cristina Alcázar. –dijo alzando la voz para que Cristina le oyera antes de marcharse.



CAPÍTULO 10

Hacía cuatro días que se habían ido del instituto para disfrutar de las vacaciones de Navidad con sus familias. La casa de los Alcázar estaba vestida en cada rincón con adornos navideños de colores azules y plata. Cada año, la madre de Cristina, contrataba a un decorador que le aportara un aire nuevo a la Navidad, por lo que cada año su casa se vestía de colores diferente que nunca coincidirían con, al menos, cinco años anteriores. Esa era su regla. Como cada mañana Cristina salió al porche a sentarse en unos de los bancos, tapándose con una manta y un café calentito esperaba el correo con la esperanza de recibir noticias de Diego.

–Buenos días Señorita. –le saludó el cartero– Aquí le traigo su correo.

–Muchas gracias.

Buscó entre los sobres alguna carta con su nombre y ahí estaba, su caligrafía impresa en un sobre de papel. Entró con rapidez y dejó el resto del correo en la mesa de la cocina para que lo pudiera ver su madre o quien fuera. Subió las escaleras hasta llegar a su habitación y se echó en la cama. Abrió el sobre y sacó una tarjeta de felicitación. Era un gracioso osito polar con un gorrito de Papá Noel rodeado de regalos. Abrió la tarjeta y un papel cayó de su interior. Lo cogió y vio que era una entrada al teatro para una obra ambientada en el libro de Julio Verne: *La vuelta al mundo en 80 días*. Era para el día siguiente por la tarde. Después, leyó la tarjeta:

“Espero que en estos días no te hayas olvidado de mí,

*dentro del sobre tienes una sorpresa que
espero compartas conmigo mañana.*

Te estaré esperando.

Diego.”

Necesitaba una excusa para poder salir sola la próxima tarde. Bajó a tomar un café junto con su madre y su hermano que conversaban en la cocina.

–Buenos días. –Saludó su madre– Me comentaba tu hermano si sería posible invitar a tu amiga Vanessa a cenar con nosotros en Noche Vieja.

–Claro, que haga lo que quiera. –contestó Cristina. Descubrió que el que antes era su mayor enemigo en la casa se podría convertir en aliado–

Puedo llamarla yo, si quieres.

–Sí, gran idea. –dijo Alberto.

–Vale, pues me acercaré antes de comer por su casa dando un paseo con la bici y se lo comentaré.

–No, espera. –dijo su madre– No se puede invitar a alguien de palabra, le mandaremos una invitación. En el despacho de tu padre hay tarjetas y sobres, escríbele una invitación y mándasela.



–Muy bien. Alberto, ¿me acompañas? –le preguntó a su hermano haciéndole una señal para que fuera con ella sin rechistar. Fueron hasta el

despacho de su padre para estar a solas– Necesito tu ayuda.

–¿Mi ayuda?

–Sí, necesito que me respaldes cuando le diga a mamá que mañana he quedado toda la tarde con Vanessa.

–Y, ¿a dónde irás exactamente?

–Al teatro.

–¿Con quién?

–Con un amigo.

–¿No será el profesor?

–¿Por? –Cómo lo había sabido estaba claro, Vanessa.

–Porque es tu profesor. –dijo indignado.

–Tiene tu edad, no es tan mayor.

–Pero es mayor que tú.

–Igual que tú con Vanessa, ¿no? –dijo Cristina desafiante– Si quieres mantener una relación con ella tendrás que apoyarme o haré todo lo posible para que padre no lo apruebe.

–Jaque-mate. Pero si te hace algo...

–Tranquilo Alatraste, siempre se porta bien conmigo. –dijo guiñándole un ojo.

La cita esperada llegó. Cristina había cogido un taxi para llegar hasta el teatro a pesar de la insistencia de Diego por recogerla en casa. Él estaba

guapísimo con un traje negro y una rosa roja en su mano. Le sonrió al verla bajar del taxi y se acercó para entregarle la flor y un beso.

–Vamos, ¿habrás traído la entrada? –le dijo cogiéndole de la mano para ir hasta la puerta y entregarle las entradas al mozo que les indicaría por dónde debían entrar para llegar a su palco– He conseguido que este palco sea solo para nosotros.

Estaba maravillada, nunca había estado en un teatro. Era increíble.

–Estas sentada en los mismos asientos en los que muchos aristócratas se han sentado desde 1832. –Le contó Diego– Imagínate, cuánta gente habrá pasado por aquí desde entonces. Cuántos habrán disfrutado de obras sentados en estos mismos bancos hasta llegar a nosotros.

Cristina era incapaz de pronunciar palabra mientras observaba cada rincón del teatro, el escenario, los palcos, los pasillos y la gente que los ocupaba y transcurría por ellos.

–¿Te gusta? –preguntó a la vez que entrelazaba su mano con la de ella para no soltarla hasta el final del espectáculo.

–Me encanta.

El final de la obra dio paso a una explosión de aplausos que aumentaba de nivel cada vez que salía alguno de los actores, llegando al máximo cuando los protagonistas repetían su aparición en el escenario para agradecer la atención prestada.

Salieron por fin del edificio y antes de que el frío invadiera el cuerpo de Cristina, él lo cubrió con su abrigo que había portado desde el mismo instante en que se habían encontrado. Decidieron ir a tomar una copa en un club cercano, de camino Diego vio un fotomatón y ambos entraron para hacerse unas cuantas fotos divertidas que les recordara aquél maravilloso día. Después pasearon por la ciudad cogidos de la mano mientras hablaban y hablaban de cientos de temas en común, Cristina se sentía tan cómoda a su lado que no se dio cuenta del tiempo transcurrido. Diego la acompañó hasta que pudo conseguir un taxi que la llevara a casa y se despidió con uno de esos besos tan dulces y que tanto le gustaban. Pero, justo antes de subir al vehículo la agarró con fuerza del brazo para darle la vuelta y sumergirse en un eterno beso que la dejó sin aliento y con el recuerdo de una noche maravillosa.

–No veo el momento de volver a vernos. –dijo Diego.

–Yo tampoco, pero espero que sea pronto. –contestó Cristina

lanzándole un beso desde la ventanilla mientras se alejaba en dirección a su casa.



CAPÍTULO 11

Aquella noche se celebraba en casa de los Alcázar la cena de Noche

Vieja, por lo que se esperaba que Vanessa llegara a su casa a lo largo del día. Mientras, Cristina pasaba las horas entre apuntes y libros e intentaba terminar las actividades y trabajos que los profesores habían tenido a bien enviarles para que no se aburrieran en Navidad, no vaya a ser que no tuvieran nada mejor que hacer y les apeteciera descansar sin más o salir a tomar algo. El timbre de la puerta sonó e Cristina escuchó los pasos acelerados de su hermano hasta la misma. Ella se asomó para ver si era en realidad Vanessa y bajar a saludarla, pero en lugar de su amiga había un hombre, un repartidor de alguna empresa de mensajería privada.

–Cristina. –gritó Alberto– Es para ti.

Era un sobre cerrado, como no. Hacía días que no se veían y tampoco podrían hacerlo hasta que regresaran al instituto. Pero Cristina estaba encantada con solo leer sus palabras, quería pensar que Diego se acodaba de ella en esos días tan especiales, incluso cuando el correo ordinario no tenía servicio, él se molestaba en pagar uno privado.

Al fin llegó Vanessa e Cristina no podía evitar sentirse mal por Violeta, sabía que siempre le había gustado su hermano y él tuvo algún desliz con su amiga el año pasado, aunque no llegaron a nada más. A Alberto no le interesaba Violeta en lo más mínimo, era cierto que le gustaba que las amigas de su hermanita se sintieran atraídas por él, pero Violeta lo vivió de otra manera.

La noche transcurrió como se esperaba, los padres de Cristina intentaban sonsacarles anécdotas personales, su hermano hacía todo lo posible para acaparar la atención de Vanessa e Cristina inmersa en sus pensamientos que de vez en cuando dejaba a un lado para hablar con sus padres o con su nueva compañera de habitación.

Al acabar la velada, tanto Vanessa como Cristina subieron a la habitación. Esta vez no fue Vanessa quien comenzó el juego.

–Esta vez será un trago la prenda a pagar. –dijo Cristina divertida mientras sacaba una botella de debajo de su cama– ¿Sabes qué es esto? – preguntó enseñándole uno de los comics que su hermano guardaba bajo siete llaves– Tienes que devolvérselo.

–Primero bebamos un poco, estoy sedienta. –dijo Vanessa que, una vez se habían bebido la botella, decidió emprender su misión, solo que tenía otra idea en mente– No me esperes despierta. –murmuró guiñándole el ojo. Cristina esperó unos minutos incapaz de creer que su amiga iba a ser capaz, pero estaba equivocada por completo.

El resto de la semana trató de vivirla entre libros y cartas, entre ilusiones y recuerdos, entre paseos por el parque y balanceos en la hamaca del porche; solo quería que llegara el día en el que debería regresar al internado. Y, llegó. Convenció a su madre para que le dejara ir antes al instituto para deshacer las maletas con tranquilidad ocultando sus verdaderas intenciones.

Subió a su habitación con la esperanza de encontrar una carta esperándole en la puerta como en la primera vez, pero no había nada. “Quizás la haya metido deslizándola bajo la puerta”, pensó. Nada.

Metió las maletas en la habitación desilusionada, empujó la puerta para que se cerrara, pero el golpe nunca llegó. Se acercó a empujarla, pero era imposible, miró hacia abajo en busca de la causa y allí estaba, una zapatilla se había interpuesto entre la puerta y su destino. Cristina abrió y frente a ella estaba Diego que traía consigo una botella de champán y un par de copas.

–He pensado que podíamos brindar por el nuevo año, ya que no pudimos hacerlo en su momento.

–Me parece bien. –contestó ella– Pasa, iba a deshacer el equipaje.

–Bueno, puedo hacerte compañía mientras.

Cristina se dispuso a organizar su armario colgando uniformes, faldas, camisas..., pero Diego frenó sus acciones y puso ante la chica una de las copas de champán. Brindaron y sellaron el año nuevo con un beso. Estaban solos en toda la residencia así que no había motivos para no dejarse llevar, una vez más.



CAPÍTULO 12

Pasaron dos meses.

Para Cristina y Diego era muy complicado mantener la relación dentro del instituto, más de lo que esperaban. Se mantenían distantes y solo podían quedar los fines de semana y a escondidas, donde nadie los viera. A veces, se encontraban en la biblioteca para fingir que trabajaban en el periódico, lo que terminó por ser verdad para no levantar sospechas y para su frustración.

Cristina empezaba a encontrarse enferma, decaída, un malestar general invadía todo su cuerpo y no tenía ganas de hacer nada. En las carreras de atletismo no era capaz de rendir como antes y la entrenadora comenzaba a reprochar su actitud. Aún no sabía que le pasaba y sería una sorpresa para todos.

Habló con Jimena y con Violeta que le recomendaron acudir a la enfermería para que le echaran un vistazo por si era algo tan simple como el estrés que todo aquello que estaba viviendo le suponía e incluso quizás le estaba superando en demasía. Sin embargo, cada vez que se encontraba con Diego quería seguir adelante y la ilusión crecía cada día cuando le veía en clase o fuera de ella.

Al llegar a la enfermería le contó a la sanitaria del centro los síntomas. Le contó que, por las mañanas, en ocasiones, se levantaba mareada y con angustia; que, cada vez más, se fatigaba demasiado cuando salía a correr y que, no le apetecía otra cosa que dormir. Ésta le preguntó si comía bien y, ese

no era el problema, pues de hecho comía más que nunca y algún kilo que otro había subido en su balanza. La enfermera le dijo que se quedara allí porque iba a llamar al Doctor Fuenlabrada, también del centro.

No tardó ni cinco minutos en aparecer por la consulta y le miró sonriente y con actitud que más parecía la de un padre que la de un Doctor, algo sorprendente en él.

–Señorita Cristina Alcázar, ¿qué tal se encuentra?

–Pues un poco regular, ya se lo he comentado a la enfermera.

–Sí, por eso me ha mandado llamar. –dijo el Doctor sentándose al otro lado de la mesa– Dígame, ¿desde cuándo se encuentra con esos síntomas?

–Pues hará cerca de unos quince días. –calculó Cristina con un tanteo aproximado.

–Y, ¿cuándo fue la última vez que tuvo el periodo?

–¿El periodo? –Por primera vez Cristina se daba cuenta de lo que insinuaban, pero pensó que debían estar equivocados, estaban exagerando seguro– La verdad es que no lo recuerdo, he estado muy liada con los estudios, el periódico y demás actividades de la tarde.

–¿Más de un par de meses? –Cristina asintió mientras calculaba mentalmente– No obstante, le voy a pedir que se haga la prueba de embarazo para, en cualquier caso, poder ir descartando posibilidades.

–De acuerdo, pero ¿usted cree que es posible? –preguntó asustada.

–Dígame usted.

–Gracias, Doctor. –contestó– Tengo que irme a clase.

–Le espero en dos días con los resultados de la prueba o informaré. –
amenazó el Doctor o eso le debió parecer a Cristina.

Caminó por los pasillos con la cabeza gacha pensando en lo que acababa de suceder. ¿Y si era verdad? ¿Y si estaba embarazada? Aquellas preguntas pronto tendrían respuesta y el solo pensarlo la mareaba, necesitaba huir, necesitaba correr hasta su habitación. Pero las normas son las normas y buscó a Lola, la orientadora, para pedirle permiso e irse a dormir, la pobre llevaba tan mala cara que ni siquiera Lola le negó el descanso.

Cristina se metió entre las sábanas de su cama y se tapó por completo, las lágrimas brotaban de sus ojos sin permiso hasta que quedó dormida.

Se despertó al oír la puerta de la habitación cerrarse, pero prefirió ignorar a quien estuviera allí. Sin embargo, la persona que entró no tenía las mismas intenciones y notó como se sentaba al borde de la cama. Una mano se posó sobre su hombro cubierto por la sábana.

–Cristina, soy yo. –dijo Vanessa– ¿Estás bien?

–No. –contesto con rotundidad.

–¿Qué ha pasado? ¿Por qué no has vuelto a clase? –Insistió. Por un lado, Cristina quería que la dejaran en paz, pero por otro necesitaba contárselo a alguien y ella era la única que sabía que no le iba a juzgar.

–Si te lo cuento prométeme no juzgarme. –dijo con lágrimas en los ojos– He ido a la enfermería y les he contado lo que me ocurre y, creen que estoy embarazada.

–¿Cómo? –dijo con claridad sorprendida– Pero, ¿te has hecho ya un test de embarazo?

–No, pero, al parecer, son síntomas evidentes y, después de pensarlo, es muy posible que sea verdad.

–Bueno, tranquila. Ya se han acabado las clases por lo que podemos ir a la ciudad y comprar un test en la farmacia– Le aconsejó Vanessa.

–Yo no puedo comprar un test de embarazo en la farmacia, me muero si alguien me ve.

–No te preocupes lo compraré yo, luego regresaremos y lo harás.

Después ya pensaremos que opciones tienes, ¿de acuerdo? –Cristina asintió cual niña pequeña que gimoteaba tras ser castigada– Muy bien, pues vete a la ducha y adecéntate un poco, que nadie sepa que estás mal.

Y así lo hicieron.

Volvieron a la habitación y se sentaron en las camas una frente a la otra, en silencio. Cristina tenía la caja que contenía el test de embarazo entre sus manos y no era capaz de abrirlo. Tenía miedo, sí, esa era la palabra.

Miedo. No quería enfrentarse a la realidad, estaba segura del resultado y no quería verlo en un test de embarazo. Vanessa se lo quitó de las manos y lo

abrió para sacar el prospecto.

–Cristina, tienes que hacerte a la idea y realizar el test. –dijo mientras miraba a su amiga a los ojos– Aquí pone que puedes hacerlo directamente a la vez que orinas u orinar en un recipiente limpio y sumergir el test.

–Ya.

–¿Me estas escuchando? –preguntó Vanessa mientras intentaba captar su atención– Esto lo estamos haciendo por ti, Cristina espabila.

–Está bien, dame el test. –dijo dirigiéndose al cuarto de baño.

–Acuérdate de poner el test durante unos diez segundos bajo el chorro.

–dijo Vanessa desde el otro lado de la puerta del baño.

–Vale, no hace falta ser tan explícita.

–A no, ¿y cómo te lo digo de otra manera? –dijo mientras conseguía arrancarle a Cristina la primera sonrisa desde hacía horas.

–¿Cuánto tengo que esperar? –preguntó Cristina al salir del baño.

–A ver, aquí pone que tienes que volver a tapar el test y poner la prueba en una superficie plana con las ventanas de control hacia arriba y esperar tres minutos. –leyó en el prospecto Vanessa.

–Tres minutos. –repitió mientras dejaba la prueba sobre su escritorio.

Las dos chicas esperaron con toda la paciencia de la que eran capaces sin intercambiar ni una sola palabra, tan solo miraban el reloj de pared que había colgado sobre la puerta y que parecía haberse detenido en el tiempo.

Cuando por fin transcurrieron los tres minutos ninguna de las dos se atrevió a levantarse para coger la prueba y comprobar el resultado, ninguna hasta que Cristina consiguió reunir la fuerza suficiente para superar aquel momento y afrontar lo que la prueba tuviera preparado para su futuro.

Se acercó a la mesa y miró la prueba, tenía una raya en cada ventana, miró a Vanessa y le preguntó qué significaba aquello. Ésta volvió a coger el prospecto y buscó el apartado de la lectura de resultados:

–En el prospecto pone que dos líneas coloreadas significan que probablemente sí que estés embarazada. Lo siento.

Cristina creyó marearse de tal forma que solo pudo llagar a sentarse en una de las sillas. Escondió su cabeza en el regazo. Sentía que su mundo se desmoronaba por momentos. Sentía que su mundo había terminado.

–¿Qué vas a hacer? –preguntó Vanessa.

–No lo sé, debería decírselo a Diego.

–No creo que eso sea una buena idea, tenemos que mirar las opciones.

–y mirando a Cristina a los ojos Vanessa hizo la pregunta que su amiga más temía– Cristina, ¿tú quieres tener al bebé?

–No tengo ni idea, aún no me creo lo que está pasando. –Sus ojos volvieron a llenarse de lágrimas saladas que recorrían sus mejillas sonrosadas.



CAPÍTULO 13

Un par de días después.

Cristina no tenía ningún interés en ir a ver al Doctor Fuenlabrada y, más, al saber qué le iba a decir. Estaba a punto de cavar su propia tumba con cada paso que daba hacia la enfermería, pero ¿qué más podía hacer?

–Bienvenida, Señorita Cristina Alcázar. –saludó el Doctor mientras la invitaba a sentarse frente a él con un gesto de la mano– Entiendo que ya tiene los resultados.

–Así es. –contestó nerviosa.

–¿Y bien?

–Dio negativo. –Mintió. Ni yo misma podía creer que lo hubiera hecho, pero si bien era cierto que en aquel momento no podía enfrentarse a un embarazo y, mucho menos, a lo que ello conllevaba.

–¿Negativo? Eso lo cambia todo. –dijo el Doctor llevándose una mano a la barbilla y frotándola como si ello hiciera que descubriera por arte magia qué le ocurría a su paciente– Debe ser algún tipo de virus de la gripe que haya mutado. No sé, deberé hacerte algunas pruebas.

–No hace falta, la verdad es que me encuentro muchísimo mejor. –Por

supuesto, seguía con las mentiras.

–¿Seguro?

–Sí, de verdad.

El Doctor, aunque no creyó ni una palabra, la dejó marchar sin más.

Quizás pensó que debería enfrentarse ella sola a una decisión demasiado importante para su edad o, quizás pensó que tarde o temprano ella volvería para pedir su consejo o, quizás pensó simplemente que podía haberse equivocado. Eso nunca lo sabremos, pero lo que sí es cierto, es que Cristina se enfrentaba a algo más grande que un bebé.

Indecisa, salió del instituto dando gracias al Doctor por haberle confiado la presunción de inocencia y haberla dejado ir pues, en aquel momento lo único que necesitaba era pensar. Andar y pensar. Se fue del instituto para dar una vuelta en solitario. Llevaba el uniforme escolar todavía pero no le importaba, no le apetecía ir a la residencia a cambiarse y ver a Vanessa juzgándola. No le apetecía encontrarse con nadie. Solo quería pasear. Quería aclarar sus ideas. Quería saber qué debía hacer.

El cielo nublado amenazaba lluvia, pero no le importaba. No llevaba abrigo. No llevaba paraguas. Pero no le importaba. Solo quería pasear. Quería pensar. Meditar. Quería saber qué se esperaba de ella.

Solo andaba y andaba. Dándole vueltas a la cabeza. Pensaba. Tenía miedo. No sabía a quién recurrir. Notó como sus ojos se cubrían de lágrimas

una vez más y era incapaz de disimular su pesar. Yo quería abrazarla y decirle que seguía allí, pero nada podía yo hacer salvo observar.

Había llegado hasta el parque y buscó un árbol que le resguardara del agua que empezaba a caer sobre ella. Por suerte las gotas de lluvia que caían del cielo disimulaban las suyas. Vio pasar decenas de personas por delante de ella. Algunos andaban con paso firme y rápido para no mojarse. Otros habían sido previsores y llevaban consigo un paraguas que les protegiera de la lluvia. Y todos parecían saber dónde debían ir, sabían su destino. Cuánto les envidiaba.

La lluvia cada vez era más fuerte, pero por alguna extraña razón se negaba a regresar. Pensaba que debería buscar el apoyo de sus padres, pero la matarían en cuanto se enteraran. Su madre se moriría del disgusto y su padre seguro le repudiaría para siempre. Pensó que lo más probable sería que la tirarían de casa, que no la dejarían seguir adelante con el embarazo. Ni siquiera sabía si ella quería seguir con el embarazo. Pero nadie se esperaba su destino final.

¿Quería tener al bebé? ¿Dudar sobre su vida significaba que era una mala persona? Quizás solo fuera una niña egoísta que solo pensaba en ella sin contar con la vida que crecía en su interior. Pero la realidad era otra. Ella no quería arrebatarse la vida a nadie. Ella quería tener al bebé y buscar algún trabajo que le ayudara a mantenerle.

Pensó que debía decírselo a Diego, pero no podía hacerlo. El cuerpo docente se enteraría y les expulsaría a ambos. Diego tendría una mancha imborrable en su historial y la culparía a ella. Vanessa tenía razón, no se lo podía contar a Diego porque la odiaría para siempre, la odiaría por ser tan tonta de quedarse embarazada y destruir su futuro.

Tampoco podía contar con sus padres así que solo le quedaba su hermano, pero no sería buena idea. Lo primero que Alberto haría sería ir a buscar a Diego pidiéndole unas explicaciones que ni él mismo sabría contestar y, por supuesto, delataría al profesor, le echarían y, otra vez, terminaría odiándola. Después, su hermano se lo contaría a sus padres y la historia se repetiría de nuevo.

Sonaron las campanas de la pequeña iglesia que presidía la plaza en la que la entrada principal del parque desembocaba. Eran las ocho y solo quedaba media hora para el cierre de puertas en el internado. Unió las pocas fuerzas que le quedaban y trató de regresar al instituto a tiempo. Intentó aligerar el paso porque se encontraba a una distancia considerable y no quería que, además, tener que soportar ninguna reprimenda por una tontería.

La lluvia fue cesando poco a poco, parecía que había querido acompañar a Cristina en su pesar y ahora se marchaba dando paso a un hermoso cielo iluminado por la luna llena. Quizás las nubes y el cielo querían decirle que la calma podía llegar. Quién sabe.

Llegó justo a tiempo, antes de la llamada a la cena. Vio al conserje acercarse hasta la puerta principal con su manajo de llaves para cerrar la entrada. La miró con severidad preguntándose con seguridad por qué llegaba a esas horas vestida con su uniforme. Cristina le ignoró y caminó directa al comedor.

Las miradas se dirigían hacia ella, pensaban que no se daría cuenta.

Siguió su camino. No miró a nadie. Solo quería que la vieran en la cena y

largarse a la habitación, pero en el comedor aquello suponía una tarea difícil.

Cristina no tenía ganas de hablar así que buscó una de las mesas más apartadas con intención de que nadie más se sentara allí. Evidentemente, se equivocó de cabo a rabo.

–¿Dónde has estado? –preguntó Vanessa quitándose la rebeca y dejándola en el respaldo de la silla– Te he buscado por todo el centro.

–Me he ido a dar una vuelta. Necesitaba pensar. Estar sola.

–No te preocupes. Lo entiendo. –dijo Vanessa comprensiva– No hace falta que hablemos si no quieres. Simplemente estaré aquí, cenando contigo.

En silencio.

–Gracias. –dijo Cristina dándose cuenta por primera vez, de que sí necesitaba que alguien estuviera ahí, aunque fuera en silencio.

El personal de servicio sirvió los platos como cada noche. Las dos amigas cenaron sin mediar palabra mientras en el comedor se escuchaban los

cientos de conversaciones que el resto de chicas mantenían. Cristina no levantó la mirada del plato en ningún momento, no era capaz de soportar ninguna mirada furtiva hacia ella en busca de una información que se negaba a dar.

–Creo que esta noche eres el plato fuerte de esta cena. –dijo Vanessa–
En todas las mesas descubro miradas despistadas que tratan de observarte. –
Cristina seguía en silencio– Bueno, si tu intención era no llamar la atención lo has hecho fatal. No me negarás que el aspecto desaliñado por la lluvia y el haberte sentado en esta lúgubre mesa te ha ayudado demasiado.

Cristina no contestó. No le importaba. Siguió cenando sin alzar la mirada de su plato.

–Le he mentado al Doctor. –habló por fin– No me he atrevido a contarle la verdad.

–¿Y te ha creído? –preguntó Vanessa.

–Creo que no. Aun así, ha dejado que me marchara sin más explicaciones. –dijo Cristina mientras jugaba y removía la crema de calabacín con la cuchara.

–Quizás sí que te ha creído. O, a lo mejor, espera que encuentres el momento oportuno.

–Quizás.

La cena terminó sin ningún otro comentario y Vanessa acompañó a su

amiga hasta la habitación que compartían.

Cristina solo quería dormir.



CAPÍTULO 14

Semana Santa.

Durante todo ese tiempo Cristina había intentado disimular su situación, pero cada vez le costaba más y más y más. Con Diego había tratado de mantener cierta distancia de “seguridad”, pero le resultaba bastante difícil puesto que él siempre trataba de provocar encuentros casuales, bien fuera por los pasillos, bien fuera por el patio o bien por el comedor. Ella, sin embargo, trataba de evitarlo a toda costa y en cada rincón del instituto a pesar de que ello provocara distanciarse de él.

Ahora solo pensaba en su regreso a casa durante las vacaciones de Semana Santa. Dudaba en decirles a sus padres la situación en la que se encontraba porque temía que le repudiaran y le echaran de casa. Su madre pensaría que la había defraudado y su padre la vería como el pecado personificado.

Unos golpes en la puerta llamaron la atención de Cristina que se dirigió a cederle el paso a quien fuera que estuviera al otro lado. No le dio

tiempo. La puerta se abrió dando paso a Lola, la orientadora de último curso.

Tras ella entró una mujer totalmente desconocida para Cristina.

–Cristina, ¿estás preparando tus cosas para irte a casa?

–Sí, por supuesto. –contestó Cristina– ¿Pasa algo?

–Bueno, ella es la psicóloga del centro y pregunta por ti.

–¿Por mí? –dijo confundida.

–Sí, así es. –contestó la psicóloga– Me ha mandado llamar el Doctor Fuenlabrada y me ha pedido que mantuviera una conversación privada con usted, si no tiene inconveniente.

–No. Creo que no tengo inconveniente.

Acto seguido Lola las dejó a solas y la psicóloga se paseó por la habitación mientras echaba un vistazo a todas las cosas de Cristina que se encontraban a simple vista. Prestó especial atención a cada libro, foto y cuaderno que estuviera a mano. Al cabo de unos minutos en completo silencio decidió por fin sentarse en el borde de la cama de Vanessa.

–¿Es esta tu cama?

–No, es la de mi compañera. –contestó Cristina y señalando la suya dijo– La mía es esta de aquí.

–Veo que eres realmente ordenada y organizada. Imagino que querrás saber qué hago yo aquí.

–Tengo cierto interés, no lo puedo negar. –dijo Cristina sentándose en

la silla del escritorio.

–¿No consigues hacerte una idea? –preguntó. Yo creo que sí lo sabía, pero pensó que era mejor hacerse la tonta y ver si tenía suerte. Que equivocada estaba– La razón por la que me he presentado antes de que te fueras a casa es porque el Doctor Fuenlabrada cree que puedes tener un problema grave y que quizás necesites ayuda para afrontarlo. ¿Está en lo cierto?

–No lo sé. Dígamelo usted. –contestó Cristina a la defensiva.

–Imagino por su reacción que así es. Quiero que sepa que yo no estoy aquí para juzgarla, ni siquiera para ayudarla si no quiere. Sin embargo, considero que tiene ante usted una buena oportunidad para sincerarse y, además, creo conveniente comunicarle que a su regreso el Doctor Fuenlabrada pretende realizarle unas pruebas para comprobar su estado y, entonces, deberá comunicárselo a sus padres.

–¿A mis padres?

–Sí, es el protocolo habitual. ¿Quiere hablar ahora y buscar soluciones?

–Creo que sí. –con seguridad Cristina debió pensar que era el momento de hablar y saber qué debía hacer.

–Muy bien. Le escucho.

–Sé desde hace casi dos meses que estoy embarazada pero no sé qué

hacer. No quiero comunicarlo al centro porque provocaría habladurías que no estoy dispuesta a soportar. Además, del menosprecio del resto de mis compañeras y el juicio silencioso que presidirá la directora.

–¿Y tus padres?

–No creo que lo acepten. Mi madre se sentirá decepcionada y mi padre me culpará del malestar general que provocaría una noticia así en mi familia.

–Ya veo. Y tú, ¿qué quieres hacer?

–No lo sé. Por un lado, me gustaría que esta situación no hubiera llegado jamás, deshacerme del bebé y olvidar lo sucedido. Pero, por otro lado, no soy capaz de matar a un ser que está creciendo dentro de mí.

–¿Has ido al ginecólogo?

–No, no me atrevo. El ginecólogo es amigo de la familia y les alertaría de mi situación.

–Pero debes tener un control en tu estado actual. Si yo te pidiera cita con el mío dentro de un par de días, ¿vendrías conmigo?

–¿Me acompañaría? –preguntó casi entusiasmada ante tal oferta.

–Por supuesto. Allí podrás solventar tantas dudas tengas con relación al embarazo y, después, podremos ir a mi consulta y hablar del tema.

–Me encantaría. –se sentía aliviada. Asustada, pero aliviada.

Terminó de recoger sus cosas y ambas salieron de la habitación.

Era hora de regresar a casa.

Dos días más tarde.

Cristina le dijo a su madre que había quedado con una amiga para ir al centro. Varios sentimientos se aglutinaron dentro de ella mientras esperaba al taxi. Tenía miedo, ansiedad y estaba realmente nerviosa, pero también, tenía esperanza.

El taxi la dejó justo en la dirección que la psicóloga le había escrito en su agenda hacía dos días. Ella estaba en la puerta sonriéndole.

–Has venido. –dijo– He de reconocer que dudé un poco, pero has demostrado una gran valentía solo por haber llegado hasta aquí.

Las dos entraron en la clínica y la psicóloga dio el nombre de Cristina a la recepcionista que les invitó a esperar unos minutos en la sala contigua.

Los nervios afloraron poco a poco en forma de sudor, un sudor frío que invadía las palmas de sus manos. Por suerte no tardaron más de cinco minutos en llamarle y entraron juntas a la consulta.

Tardaron unos veinte minutos en salir de la consulta de ginecología. Al parecer, Cristina tenía un embarazo normal, sin riesgos de momento. El bebé se encontraba dentro del percentil correspondiente a los cuatro meses de gestación y, a pesar de haber tardado en realizar la primera consulta, parecía que todo iba realmente bien. Si Cristina decidiese continuar con el embarazo ese ginecólogo sería quien la tratara, no quería tener nada que ver con el mismo que trataba a su madre.

–Creo que ahora ya sabes lo que tienes que hacer, ¿no? –le dijo la psicóloga– Debes decírselo a tus padres. Cuanto antes mejor.

–Lo sé. –contestó Cristina mientras trataba de hacerse a la idea.

Anduvieron un par de calles hasta llegar a un edificio de despachos donde parecía que tenía su consulta la psicóloga y subieron por el ascensor hasta la séptima planta. En una de las cuatro puertas se podía leer escrito en una placa dorada: Dra. Silvia Fernández Puerto, Psicóloga. Bueno, al menos ya sabíamos cómo se llamaba la nueva consejera de Cristina.

La Doctora Fernández Puerto abrió la puerta y entraron en una amplia habitación en cuyo interior solo había un par de estanterías en una de las paredes, un escritorio con montones de expedientes, un par de sillones reclinables y un mueble bar. La Doctora invitó a Cristina a sentarse en uno de los sillones reclinables mientras ella se acercaba al mueble bar y le ofrecía a su paciente un café o zumo.

–Deberíamos hablar de cómo plantearles la situación a tus padres. –
empezó a hablar Silvia.

–No sé cómo hacerlo. Les temo demasiado.

–Piensa cuál de los dos te parece más accesible y habla con él primero. Luego, según cómo evolucione tendrás que enfrentarte al progenitor.

–Quizás hable primero con mi padre, sé que sorprende, pero sabe mantener la calma en situaciones difíciles y, aunque ésta le supere, sé que

evitaré una discusión sin final con mi madre.

Tras casi media hora Cristina salía de la consulta de la psicóloga con la fuerza suficiente para hablar con su padre y sincerarse al fin con él. Tenía miedo, mucho miedo, creyó que cuanto antes se enfrentara antes acabaría todo.



CAPÍTULO 15

Llegó a casa y comprobó que su padre se encontrara a solas en su despacho, estaba sentado en su sofá leyendo el periódico mientras tomaba una copa de coñac. También comprobó que su madre no estuviera cerca y, viendo la hora, supuso que se encontraría en el club con sus amigas criticando a otras amigas que no se encontraran presentes.

Llamó a su puerta. Nunca había notado su corazón palpar con tanta fuerza y rapidez. Sus manos volvían a sudar y de pronto quiso escapar, huir. Pero la voz de su padre invitándola a entrar desde su despacho la pilló de improviso. Reunió toda la valentía de la que fue capaz y traspasó el umbral de la puerta que le separaba de su padre.

Él la sonreía invitándole a sentarse a su lado y haciéndole aquella confesión más difícil. No sabía ni cómo empezar por lo que decidió coger uno de los libros de la estantería y sentarse a leer junto a su padre. El reloj de la

pared marcaba cada minuto con intensidad, su sonido parecía imitar el de un martillo que golpeaba un clavo en la pared y le hacía estremecerse cada vez. Cristina no conseguía concentrarse y solo pensaba en cómo decírselo a su padre.

Inspiró con profundidad y sin pensárselo dos veces consiguió hablar.

–Papá tengo que contarte algo muy importante. –esperó a ver en él algún indicio de que le escuchaba para seguir. Al fin plegó su periódico sobre las rodillas– Papá, tengo un grave problema y no sé por dónde empezar.

–Hija, sabes que puedes contarme lo que quieras. Eres mi ojito derecho, no como el desastre de tu hermano– Estoy segura de que aquellas palabras no se lo pusieron nada fácil.

–No sé por dónde empezar. –repitió. Cogió aire– Papá, hoy no he ido con ninguna amiga al centro. –su expresión mostraba curiosidad y preocupación a la vez. No soportaba hacerle aquello a sus padres– Papá lo siento mucho. –dijo rompiendo a llorar.

–Pero Cristina ¿qué ha pasado? –preguntó su padre cogiéndole con ternura entre sus brazos.

–Papá, estoy embarazada. –consiguió decir al fin.

Su padre le retiró el abrazo e Cristina vio como el dolor se apoderaba del rostro de su padre. Le había decepcionado. No iba a perdonarla jamás.

–Papá. Dime algo, papá. –Le imploró.

–Vete.

Solo una palabra. Nada más.

Salió del despacho de su padre. Antes de cerrar la puerta volvió la vista atrás, su padre le había dado la espalda, ahora miraba por la ventana.

Distante.

Cristina subió las escaleras. No podía parar de llorar. ¿Qué había hechos?, se preguntó. Había destrozado todo: su futuro, la reputación de su familia, su relación con Diego..., su vida.

Lloró tumbada en su cama hasta quedarse dormida.

Unas voces subidas de tono la despertaron. Eran sus padres y, era bastante evidente que hablaban de ella. Su hermano irrumpió en la habitación, estaba enfadado, lo veía, pero, al menos, mantuvo la calma.

–¿Qué has hecho Cristina? –le preguntó dolido.

–¿Qué está pasando en la planta de abajo? –Intentó evadir la respuesta.

–¿Tú qué crees? Hablan de ti. De verdad Cristina, parece mentira la educación que se te ha impartido. La educación que nos han impartido.

–Lo sé, pero ahora ya no puedo hacer nada.

–Sí. Sí que puedes. –le dijo mirándola fijamente a los ojos.

–¿Pretendes que aborte? –preguntó entre confundida y enfadada– Estoy de cuatro meses, no creo que pueda hacerlo ya.

–Aún puedes y yo conozco quien puede ayudarnos.

–¿Ayudarnos? Que yo sepa el bebé es solo mío. Tú no pintas nada aquí. –le dijo con el mayor desprecio del que era capaz.

–De acuerdo. Tú misma.

En el mismo instante en el que Alberto salía por la puerta su madre le hacía el relevo.

–Cariño, ¿cómo estás? –su voz era suave y dulce, Cristina no se lo podía creer, quién creía que pondría la casa patas arriba al enterarse era la persona que mayor comprensión parecía mostrar.

–Estoy preocupada por vosotros. –contestó Cristina sin saber por qué.

–¿Por nosotros? No te preocupes, a tu padre se le pasará. Yo hablaré con él para buscar una solución, ¿de acuerdo? –Cristina asintió con la cabeza sin decir nada– Muy bien, ahora descansa que mañana iremos al ginecólogo.

–Mamá. –le dijo antes de que se fuera– Ya he ido hoy.

–Lo sé, me lo ha contado tu padre, pero irás al nuestro. –dijo imperativamente.

Le dio un beso en la frente y salió de la habitación dejándola sola.

Cristina pensó que quizás fuera cierta aquella sensación en el parque, quizás sí que había esperanza y todo saldría bien. Por primera desde hacía días Cristina consiguió dormir toda la noche.

Ojalá hubiera sabido lo que ahora sé y hubiera podido avisar a mi

amiga de qué planes había pensado su madre para ella. Ojalá hubiera sabido cómo contárselo. Pero no podía. Nadie me veía. Nadie me oía.



CAPÍTULO 16

Ha pasado una semana.

Durante aquellos días sus padres habían discutido cada mañana, tarde y noche como si Cristina no pudiera escuchar cada palabra hiriente. Pero parecía que las aguas estaban volviendo a su cauce y las voces volvían a su tono habitual. Por suerte, pronto volvería al internado y todo eso se olvidaría, o no.

Cristina había permanecido la mayor parte del tiempo encerrada en su habitación, a pesar de las innumerables citas propuestas por Diego, no había querido salir ni un solo día. Tenía miedo de que sus padres se enfurecieran de nuevo si veían que ella le restaba importancia a su situación y prefirió salir solo con sus amigas alguna tarde suelta pues, nada más lejos de su intención, ella solo quería que la perdonaran y que todo aquello acabara de una vez.

Mientras esperaba sentada en el sillón de su habitación leyendo los temas entrantes para el próximo trimestre escuchó unas voces desconocidas en el recibidor que hablaban de ella. Cerró el libro de texto y lo dejó en el suelo

junto al sillón para acercarse hasta la puerta y escuchar mejor la conversación. Parecía un chico de mudanzas que traía con su carretilla un montón de bultos y los dejaba en el mismo recibidor cosa que, al parecer, estaba poniendo de los nervios a su madre que le decía al mozo lo vergonzoso que le parecía que no trasladase todas aquellas cosas al piso de arriba. Cristina no pudo evitarlo y se acercó hasta el borde de la escalera para ver qué sucedía exactamente. Lo que vio la dejó horrorizada y sorprendida. Eran sus cosas.

–Mamá. –gritó mientras bajaba las escaleras con celeridad– ¿Qué hacen mis cosas aquí?

–Cristina, no deberías correr en tu estado. –dijo con una intención torpe de desviar la atención hacia otro tema– Sube a tu cuarto y échate un rato.

–De eso nada. –dijo frunciendo el ceño– Esas son mis cosas. Deberían estar en el internado. –Su madre no le dio opción a discutirle y la mandó de nuevo escaleras arriba empujándola con suavidad hacia ellas.

–Cariño, tu deja que sea yo quien se encargue de todo, ¿de acuerdo? – no había nada más que hablar.

Habían llevado todas sus cosas: su ropa, sus libros, sus maletas y su baúl. Todo estaba allí, en el recibidor de su casa. No entendía nada. No entendía por qué nadie quería explicarle lo que sucedía. Por qué nadie la tenía en cuenta para nada. Hasta su hermano había estado evitándola durante todo el día y su madre siempre respondía con evasivas. No es hasta

que llegó su padre para la cena cuando por fin su madre decidió que ya era hora de que saliera de su habitación y la invitó a cenar con ellos. Presentía que no iba a ser una velada agradable y no le faltaba razón.

–Siéntate cariño. –dijo su madre señalándole su lugar habitual en la mesa del comedor. Tomó asiento en silencio y esperó a que alguien comenzara alguna conversación que, para variar, no le tuviera como protagonista.

La velada se mantenía en un intenso silencio incómodo para todos. Tan frío, tan sólido que podía cortarse con un cuchillo romo. Al fin, durante el postre, su madre se atrevió a hablar y ponerle al día de sus intenciones.

–Cristina, tu padre y yo hemos estado hablando todos estos días sobre cómo íbamos a solucionar tu situación. –dijo solemne mientras buscaba en la mirada de su marido su aprobación. – Hemos pensado que lo mejor será que pases el último trimestre con nosotros en casa. Ya está todo hablado, dos veces por semana vendrá un enviado del instituto para traerte las tareas y llevarse las hechas para que sean corregidas y, al final del trimestre, realizarás los exámenes durante el fin de semana, cuando ya no haya ninguna alumna en el centro.

–Pero mamá yo no quiero quedarme aquí encerrada. –dijo desesperada.

–Hija mía, es lo mejor para todos. –contestó su madre.

–Pero yo no quiero. –volvió a repetir.

–¿Qué tú no quieres? – De pronto la voz del cabeza de familia inundó el comedor– ¿Acaso crees que nosotros queremos? Tenerte aquí durante todo el día viendo como hechas tu futuro a la basura después de haberte pagado los centros más caros del país. Pues no es así, te informaré. No me importa si quieres o no. Acatarás lo que nosotros te digamos si quieres seguir perteneciendo a esta familia.

Cristina quedó en silencio intentando no derrumbarse ante las duras palabras de su padre. Era evidente que había cometido un error, pero eso no podía ser motivo para que la odiaran con tanta fuerza. Notó como sus ojos se humedecían y sin esperar su permiso se levantó de la mesa angustiada. Abandonó el comedor para correr hasta su habitación mientras escuchaba tras ella los reproches de su padre. Su madre corrió tras ella hasta alcanzarla en la puerta de su habitación.

–Cristina, no puedes comportarte así. –le increpó su madre– Tienes que tener en cuenta la posición social de tu padre, llevas un apellido de mucho peso en esta ciudad y, prácticamente, del país. Debemos tener una conducta ejemplar y lo sabes. –Aquella mujer siempre había sido así, no le importaba su hija, solo el qué dirán, solo su reputación– Has cometido un error, pero en cuanto tomemos las medidas oportunas todo se solucionará.

–¿Medidas? ¿Qué medidas?

–Hija, tú no te puedes hacer cargo de una criatura con tu edad. Tu hermano nos ha comentado que habló contigo sobre un amigo suyo que puede terminar con esto inmediatamente. –dijo su madre que trataba de aparentar que era por el bien de su hija– No nos queda demasiado tiempo porque la interrupción del embarazo tiene un límite de tiempo que tú estás a punto de alcanzar.

–Mamá, ni se te ocurra pensar en ello. –contestó entre sollozos.

–Es lo mejor, Cristina. –su hermano acababa de entrar en la habitación junto a su padre.

–¿Lo mejor para quién? –dijo Cristina enfurecida.

–¿Acaso lo quieres tener? –preguntó su padre.

–No lo sé. –contestó– Pero no puedo pensar en matarle.

–Está bien. Lo tendrás y luego lo daremos en adopción. –Ordenó su padre sin opción a replica.

Los tres salieron de la habitación dejándola de nuevo sola con sus lágrimas y sus pensamientos. Tenía que buscar una salida como fuera.



CAPÍTULO 17

Un mes después.

Estaba embarazada de cinco meses e Cristina cada vez se sentía más pesada. Permanecía encerrada en su habitación, cual princesa en su torre de piedra, madera, mármol y seda rosa. Sus padres habían vetado cualquier tipo de visita, ni ordenador, ni internet, ni teléfono. Nada. Solo podía recibir noticias del exterior gracias a las cartas que furtivamente, su querida Lisinda, recogía en su nombre a la vez que mandaba las que Cristina escribía. Había estado dándole muchas vueltas a la decisión tomada por su padre y no veía escapatoria. Se sentía atrapada. Angustiada. Deprimida. Dolida. Desesperada.

De pronto una luz iluminó la oscuridad: Diego.

Hasta la fecha Diego había creído que permanecía encerrada en su casa debido a una grave enfermedad que, a pesar de tener salvación, debía permanecer en reposo absoluto y con el menor número de visitas posible. Ésa era la versión oficial que tanto los padres de Cristina como la Directora De la cruz habían acordado transmitir a todo el mundo. De hecho, solo sabían la verdad, además de la familia y la directora, el Dr. Fuenlabrada, la psicóloga Silvia y Vanessa, la cual se convirtió en el correo personal de alumna y profesor.

Era bastante difícil mantener una relación de ese modo, pero ambos estaban dispuestos a esperarse o, al menos, eso pensaba Cristina. Necesitaba ser sincera con su amado y, por ello, decidió mandarle otra carta en la que le

contaba la verdadera razón de su encierro. No sabía si la escribía porque quería contarle la verdad o porque necesitaba que alguien la sacara de aquel infierno, pero fuera como fuera escribió:

“Querido Diego,

Sé que crees que todo esto me está superando y estas en lo cierto, pero la razón es totalmente distinta a lo que te han contado. No estoy enferma. Nunca lo he estado.

Me cuesta un poco decirte la verdad, sobre todo después de haberte tenido engañado durante tanto tiempo. La razón por la que mis padres han decidido mantenerme alejada de las aulas es porque estoy embarazada. Sí, lo has leído bien. Estoy embarazada de tu hijo.

Perdóname si he tardado en decírtelo, pero no quería perjudicarte en tu trabajo, sin embargo, ahora..., ahora he decidido contártelo por fin porque no puedo más. No soporto estar aquí encerrada. No soporto la actitud de mis padres. No soporto que mi hermano me mire como si hubiera enterrado a nuestros padres. Como si yo fuera la culpable de todos sus problemas.

No puedo más. Por favor Diego. Sácame de aquí.

Te quiere,

Cristina Alcázar.”

Dobló la carta y la metió dentro de uno de los sobres de color malva

que tenía en su escritorio. Escribió en él la dirección de Vanessa fingiendo que era para su amiga y esperó a que Lisinda le llevara la comida para darle el sobre y que lo enviara por correo postal.

–Señorita Cristina, no debería decirle esto, pero su padre está investigando, quiere saber quién es el responsable de su embarazo. –le confesó Lisinda, su única amiga en la casa.

–¿Por qué?

–Creo que tiene intención de ofrecerle tu mano e, incluso, obligarles a que se casen y hacerle responsable del niño que viene en camino.

–Pero, ¿lo ha descubierto? –preguntó Cristina esperando un no como respuesta y así fue– Estupendo. Necesito que mande esta carta urgentemente.

¿Podrá?

–Sí, no hay ningún problema.

Cristina se sentó a comer tranquilamente mientras veía una película en la televisión de su cuarto para tratar de olvidar por una hora el mundo y su realidad. Por desgracia su hermano prefirió no liberarla ni por un segundo de su angustia y entró en la habitación sin previo aviso.

–Cristina, tengo que hablar contigo. –dijo Alberto– ¿Estás comiendo?

–No para nada. –contestó Cristina poniendo los ojos en blanco ante lo evidente.

–Muy graciosa. La razón por la que estoy aquí es porque papá está

buscándote un marido.

–¿Un marido? Será al padre de mi hijo. –contestó haciéndose la tonta.

–Ésa era la primera intención, pero al ver que no saca nada en claro ha decidido indagar entre sus amigos que tengan hijos varones, a alguno que esté dispuesto a casarse contigo lo antes posible a cambio de una jugosa oferta.

–¿Cómo? No puede hacer eso. –dijo ofendida.

–Bueno, yo creo que sí que puede. Te lo aseguro.

–¿Y qué voy a hacer? Yo no quiero casarme con otro que no sea Diego.

–Pues díselo, si es un hombre acatará sus responsabilidades.

–Acabo de enviarle una carta a Vanessa para que se la dé a Diego.

Podrías hablar con ella para que se dé prisa en entregársela y así Diego pueda reaccionar a tiempo.

–Si es que reacciona.

–Alberto, por favor. –imploró.

–Está bien. Por cierto, seguramente la semana que viene venga Vanessa a comer a casa, estoy convenciendo a papá para que te deje bajar con nosotros y cuando lo consiga intentaré que Vanessa se quede el fin de semana.

–¿En serio? Muchísimas gracias. –dijo emocionada lanzándose a sus brazos quizás y, después de todo, sí tuviese un aliado en su hermano.

–Bueno, no te ilusiones tanto que lo hago por mí.

–Ya. –dijo sarcástica y con una sonrisa de medio lado de medio lado.

–Bueno, me tengo que ir. –se despidió dándole un beso en la frente–
Descansa.



CAPÍTULO 18

Una semana más tarde.

El día anterior el padre de Cristina le había anunciado que esa tarde tendría visita, una visita importante que requería de su presencia. La realidad volvía a golpearle de frente. Su padre seguía su cruzada particular buscando un joven que fuera lo suficiente idiota como para casarse con ella. Un joven que, casi con seguridad, no había conseguido nada mejor que la hija de un colega de su propio padre y que se había quedado embarazada y que necesitaba un hombre que limpiara su imagen en aquel mundo de mentiras. La madre de Cristina le había traído un traje que disimulaba bastante bien su tripa, imaginó que era para crear una buena impresión al joven pretendiente. Arregló el pelo de su hija y la maquilló como si fuera el día de su boda.

Cuando bajaron y el padre de Cristina los presentó, el mundo de ella terminó de derrumbarse. Le conocía, era David Rodríguez, hijo de uno de los socios de su padre. Le llevaba un par de años y siempre había estado colado

por Cristina, pero era un capullo engreído a quién no le importaba nada más que conseguir lo que quería cuando quería. No había opción a replicas bajo su bastón.

–Buenas tardes, David. –saludó Cristina fingiendo una sonrisa que no sentía– ¿Qué te trae por aquí? –preguntó mientras esperaba una buena respuesta.

–Buenas tardes, Cristina. Cuanto tiempo sin verte. –contestó David que fijó sus repulsivos ojos marrones en ella– He venido hoy porque tus padres...

–Ha venido a hacernos una visita y traernos este fantástico vino de la bodega de su padre, mi buen amigo el Señor Miguel Ángel Rodríguez. –rápido como el viento su padre evitó la contestación que arruinaría todo su plan.

–Ya veo. Estáis todos muy alegres esta tarde, ¿puedo preguntar a qué se debe? –siguió preguntando con la intención de que alguien se descarase y le contara la verdad.

–Cariño, tenemos visita. Haz el favor de comportarte. –le regañó su madre.

–Sí, no me avergüences una vez más. –dijo su padre en voz baja para que solo le escuchara su hija.

–No. Me niego. –dijo para sorpresa tanto a sus padres como a su hermano y al propio David– No voy a permanecer callada y a la espera de ver como decidís por mi vida sin que yo pueda hacer absolutamente nada.

–Cristina. –gritó su padre.

–No papá. Estoy cansada. –replicó– Estoy cansada. –reiteró– Cansada de aguantar durante toda mi vida cuales son mis obligaciones como hija de esta estúpida familia. Cansada de soportar la presión que supone ser perfecta intentando ser la mejor en todo para que os sintáis orgullosos de mí. Cansada de ser la hija que vosotros queréis que sea. Cansada de que me digáis cómo debo comportarme para conseguir un buen marido como si yo no fuera capaz de triunfar por mí misma. Estoy harta de que controléis mi vida como si no me perteneciera.

–Cariño, nosotros no pretendemos... –intentó decir su madre, pero Cristina volvió a atacar antes de dejarla terminar.

–Lo siento mamá, pero yo no quiero ser una mujer florero como tú que cuya única misión en la vida es estar perfecta para su marido. –gruñó como un animal enjaulado y herido a punto de atacar– No voy a permanecer aquí haciendo como si no supiera lo que pretendéis. Me largo.

–De eso nada. Irás a tu habitación y cuando te calmes más te vale volver a bajar– Ordenó su padre.

La rabia superaba a Cristina que no le dejaba pensar con claridad, pero algo tenía muy claro y era que no aguantaba más, necesitaba salir de allí como fuera. Necesitaba escapar. Daba vueltas por la habitación nerviosa.

Buscó un abrigo y unos guantes en su vestidor, cogió su bolso, las llaves y

bajó las escaleras enfurecida. No le importaba que viesen como salía por la puerta principal. No le importaba nada.

Cristina. –gritó su padre desde la puerta. Cristina no se giró. No le miró. Siguió hacia delante buscando un taxi que le llevara a cualquier parte lejos de allí. Lejos de sus padres– Cristina –Volvió a gritar su padre– Si coges ese taxi no te molestes en regresar esta noche.

No le importó lo más mínimo la amenaza de su padre pues no pensaba volver ni esa noche ni ninguna otra. No sabía dónde ir por lo que tan solo le dijo al taxista que acelerara y que le diera una vuelta por la ciudad.

Necesitaba pensar. Necesitaba calmarse.

El taxi le llevaba por el centro de la ciudad mientras Cristina observaba por la ventana como las farolas de las calles comenzaban a encenderse. Observaba a cada una de las personas que paseaban por la acera, que charlaban en las terrazas de los bares, que paseaban a sus mascotas o que corrían haciendo footing para mantenerse en forma. El coche giró por una de las principales avenidas y una de las casas le llamó la atención. Una casa conocida.

–Disculpe. –dijo en busca de la atención del taxista– Páreme aquí, por favor.

Pagó la cantidad que marcaba el contador y bajó del taxi. Vio que había luz en el interior, por lo que albergó la esperanza de encontrar a su

amiga en casa. Llamó al timbre y un hombre de avanzada edad al que no había visto nunca le abrió la puerta.

–Buenas tardes. Busco a la Señorita De la rosa, ¿se encuentra en casa?

–preguntó Cristina con amabilidad.

–Sí. Y, ¿quién digo que la busca? –le dijo quien parecía ser el mayordomo con una voz quebrada por la edad.

–Discúlpeme, debí haberme presentado primero. Soy la Señorita Cristina Alcázar.

–Muy bien. Pase, por favor, mientras voy a buscar a la Señorita De la rosa.

Nunca había entrado en la casa de Vanessa, era oscura, lúgubre, solitaria. Prácticamente todas las ventanas estaban cerradas y las luces apagadas, tan solo ciertas lámparas colocadas con cierta estrategia iluminaban las diferentes estancias.

–Cristina, ¿qué haces aquí? –le preguntó Vanessa sorprendida.

–¿Verdad o atrevimiento? –preguntó intentando bromear ante la preocupación de Vanessa– Me he escapado de casa. –dijo al fin– Bueno, no exactamente, pues mis padres han visto como me largaba.

–Estas helada, ven a la cocina te prepararé un café con leche caliente.

–Está bien. Pero sin café, no puedo tomar mucha cafeína. Ya sabes. – dijo paseando su mano en círculos sobre su barriga.

–Tengo que llamar a tus padres para decirles que estas bien. –dijo

Vanessa.

–No. No quiero que sepan nada.

–Bueno, déjame hablar al menos con Alberto. – Trató de convencerla.

– Si se entera de que has venido a mi casa y no le he dicho nada me matará.

–Vale, pero no le dejes que venga a por mí. No me apetece volver a casa. Además, mi padre me ha dejado claro que no quiere que regrese.

–No lo diría en serio. Toma, tómatelo. –dijo Vanessa entregándole una taza humeante de leche caliente para después ir a coger el teléfono inalámbrico.

Tarda unos minutos en regresar.

–He conseguido que te deje que te quedes a dormir, pero dice que mañana vendrá a recogerte sin falta. –dijo alzando los hombros en señal de rendición– Bueno, cuéntame que ha pasado exactamente.

–Lo de siempre. Prefiero hablar de otras cosas. ¿Qué tal están las chicas? – dijo Cristina refiriéndose a sus amigas Violeta y Jimena.

–Ellas están bien, no te preocupes. –contestó Vanessa mientras bajaba su mirada al suelo para evitar la de Cristina.

–¿Qué sucede? Me estas ocultando algo, lo sé.

–No, en absoluto.

–Dímelo.

–Nada, es que ya no voy con ellas.

–¿Por qué? Te han dejado de lado por mi culpa. –Cristina no dio opción a respuesta. Estaba totalmente convencida de que así era.

–Entre otras cosas. Violeta dejó de hablarme en cuanto se enteró de que mi relación con tu hermano se hacía oficial y lo extendió hacia ti, culpándote de lo ocurrido. Y, Jimena, ya conoces a su familia, no quieren que tenga nada que ver con la chica que se ha quedado embarazada de un joven desconocido. –le explicó con el mayor tacto del que era capaz– Sabes que, aunque traten de ocultar ciertas cosas éstas terminan saliendo a la luz.

No le mencionó que quién había traicionado su confianza había sido Violeta. Había escrito un artículo anónimo al periódico presa de la ira al haber perdido. En él contó casi todo, escribió entre líneas para quien lo supiera entender, quién era el padre y qué se debía hacer con él. Las chicas aún no lo sabían, pero pronto la desesperación, los rumores, la cobardía, las mentiras y, sobre todo, la venganza, haría que en un futuro muy próximo el internado Santa María se cobraría otra joven víctima. Pero aún no podía suceder. No, aún no.

–No me lo puedo creer. Bueno, ¿Y el profesor?

–¿Diego? –preguntó y, al ver que en la mirada afirmativa de Cristina la respuesta continuó– Bueno, hace unos días que dejó de dar clases.

–¿Le han expulsado? –preguntó Cristina angustiada– Pero si nadie sabe

que él es el padre de...

–Eso no es del todo cierto. –dijo Vanessa sin dejarle terminar la frase–

Él sí lo sabe. Cuando leyó tú carta se largó inmediatamente y a toda velocidad sin decirle nada a nadie. Al día siguiente una nueva profesora ocupó su lugar.

No dieron explicaciones.

–No puede ser. No me ha dicho nada. –dijo confundida.

–Cristina, no quiero ser portadora de ciertas noticias, pero no creo que vuelvas a saber de él.

Vanessa, no podría haber estado más acertada.

Los días pasaron e Cristina seguía sin saber nada de Diego.



CAPÍTULO 19

A pesar del número montado días atrás, la madre de Cristina había logrado que David regresara una noche más a cenar con la familia Alcázar.

Para que su hija no se sintiera incómoda, había permitido que Alberto invitara a Vanessa. Sinceramente, sí fue una idea acertada, por lo menos Cristina tendría un hombro sobre el que llorar aquella noche.

–Buenas noches, David. –saludó Cristina con cortesía.

–Buenas noches, Cristina. –respondió y le ofreció su brazo para

guiarla hasta la mesa— Me alegra que hoy estés de mejor humor.

—Buenas noches, Cristina. —Vanessa se encontraba sentada junto a su hermano.

—Buenas noches, Vanessa. —contestó sentándose frente a ella.

David se sentó a la izquierda de su prometida y enfrente de Alberto, mientras que los padres de Cristina se sentaron cada uno en una de las esquinas de la mesa, de tal forma que los caballeros se encontraban separados de las damas por una barrera invisible que caía sobre el centro de la mesa del comedor.

—Buenas noches, chicos. —saludó la Señora Alcázar— Vanessa, te veo muy guapa esta noche.

La cena transcurrió con total cordialidad. Su padre, su hermano y David hablaban animadamente de negocios y deportes que no le interesaban lo más mínimo a Cristina, salvo cuando se hablaba de atletismo, pero no era el caso. Sin embargo, a su madre y a Vanessa les había tocado la ardua tarea de mantener a Cristina animada y complacida, por suerte, aquella noche había decidido no ponérselo demasiado difícil. Aquella noche, Cristina se dio cuenta de cuál debía ser su destino y acatarlo, aunque no de la manera que le habían enseñado.

—Si os parece podemos ir a tomar el café a la sala principal. —propuso la Señora Alcázar, tan buena anfitriona como siempre— Allí los hombres

podréis disfrutar también de una buena copa de coñac.

Todos se levantaron de la mesa y esperaron a que el cabeza de familia saliera el primero del comedor y que los guie a todos hasta la sala principal. Cristina se pasó el resto de la velada observando a David, no lo podía soportar. Aquel chico era horrible, jamás se habían llevado bien y ahora actuaba como si ella fuera el amor de su vida. Seguía sin saber cuál era el premio que le habían concedido por sacrificarse de ese modo, pero no le importaba. Seguiría con aquella farsa porque era lo que tenía que hacer, aún quedaba tiempo para cambiar de plan.

–Entonces, decidido. –anunció su padre.

–¿Decidido? –repitió la madre demasiado contenta para el gusto de Cristina y, por qué no, para el mío propio.

–Así es querida. Cristina, tengo el honor de comunicarte que nuestro David se ha convertido oficialmente en tu prometido. –era evidente– Y celebraremos la unión el próximo sábado.

“¿El próximo sábado? ¡Tan solo faltaba una semana!”

Su hermano y Alejandro observaron la expresión de Cristina incapaz de disimular la angustia y la desesperación que se habían apoderado de todo su ser. No podía permitirlo. Si se casaba con él su vida se tornaría oscura, sería un infierno, sería infeliz para el resto de su vida. De niños siempre le había visto la crueldad en sus ojos que, a medida que crecían el demonio

crecía con él y, ahora, la entregaban a sus brazos para siempre.

Cristina intentó disimular hasta el final, a pesar de que sus ojos vidriosos la delataban. Al terminar la velada solo quería subir a su habitación y estar sola, así que le pidió a su madre que pidiera preparar la habitación de invitados para Vanessa.

Subió a su habitación no sin antes pasar primero por el baño de sus padres para coger del botiquín un par de botes que escondían al final del pequeño estante. Se echó en la cama. Estaba sola. Nadie la iba a ayudar.

Se sentó en su escritorio, cogió su último diario y empezó a escribir, lo necesitaba para poder deshacerse de todo el daño que portaba en su interior.

Escribió que ya no podría volver a clase porque hasta sus mejores amigas le habían traicionado. Escribió como la inquisición liderada por la Directora De la cruz le perseguiría durante toda su vida cerrándole todas y cada una de las puertas de las mejores universidades. Escribió la decepción que había descubierto en sus padres al verlos tan defraudados que sólo querían deshacerse de ella lo antes posible. Escribió como su hermano y Vanessa se mantenían distantes para poder salvar su propia relación y que, aun así, no se lo reprochaba, al menos ellos seguían a su lado. Escribió con manos temblorosas el dolor que sentía al pensar en Diego, él le había abandonado. Todas sus cartas, todas sus palabras, todo había sido una farsa, una mentira. Escribió como se sentía ella. Se sentía dolida con sus amigas porque

siempre había pensado en Violeta y Jimena como las hermanas que nunca tuvo y resultó que la desconocida recién llegada al centro había sido más amiga que ninguna otra. Se sentía dolida con sus padres porque siempre había luchado por ser la mejor en clase para agradecerles y nunca les había fallado salvo ahora y no habían sido capaces de ofrecerle su ayuda sincera. Se sentía dolida con Diego, por no haber dicho nada cuando tuvo la oportunidad para mantenerle al margen y salvaguardar su reputación, para obtener como única respuesta el silencio.

Y, ahora, una boda que odiaba con toda el alma. Una boda que arruinaría su vida para siempre y que parecía no importarle a su familia. Una unión que la enterraría en vida y a nadie le importaba.

Cristina leyó una y otra vez sus propias palabras, ya no le quedaban más lágrimas que derramar así que leía con el pesar de su corazón buscando una salida que no encontraba. Pensó que su vida se acababa. Pensó en la horrible vida que le esperaba a ella y por primera vez pensó en el bebé, ¿qué vida le esperaba a su pequeño? No podía salvarlo a él tampoco.

En un ataque de furia arrancó la página de su diario, lo arrugó y lo tiró hacia una esquina de la habitación. Miró los dos botes de pastillas que había robado, uno de ellos era para la ansiedad, un antidepresivo parecía y el otro, ni idea. Vació un puñado de pastillas en la palma de su mano y se fue al baño a por agua.

Con las pastillas en una mano y el vaso de agua en la otra se sentó en la cama. Buscó en la habitación aquella bola de papel arrugado en el que se había resumido su vida. Escuchó como abajo en el salón la conversación seguía animada ajena a su persona. Inspiró aire lleno de valor y se metió aquel coctel mortal en su boca y, ayudada por el vaso de agua, se lo tragó. Se tumbó en la cama dispuesta a dormir para siempre. Abrió los ojos un minuto y juraría que me vio, sus ojos se abrieron desorbitados entre sorpresa y socorro. En aquel momento supe que tenía que entrar en acción y busqué a la única persona que podría ayudarnos. Si Vanessa no tenía la sensibilidad que yo pensaba no podría hacer absolutamente nada.



CAPÍTULO 20

Vanessa se giró hacia donde yo le estaba gritando con la expresión confundida. No supe de dónde saqué aquella fuerza, pero conseguí que ella sintiera como yo estiraba de su brazo.

–Alberto, voy a ver a tu hermana. –dijo Vanessa en voz baja– Creo que algo no anda bien.

–Tranquila, estará bien.

–No, tengo un mal presentimiento. –y poniéndose en pie se excusó– Si

me disculpan voy a comprobar cómo se encuentra Cristina.

Al llegar a la habitación el espectáculo que vio casi le paraliza el corazón. Cristina estaba tumbada en la cama, blanca como la cal. Estaba fría y respiraba a duras penas.

–Alberto. –gritó con todas sus fuerzas– Alberto.

Miró a su alrededor en busca de una respuesta hasta que vio aquellos botes sin tapa. Vanessa comenzó a golpear a Cristina esperando que despertara, pero nada le hacía volver en sí.

En unos minutos la calma cesó en aquella casa y la locura invadió el hogar.

Alberto entró en la habitación y corrió hasta el cuerpo de su hermana.

Buscó entre sus bolsillos su teléfono para marcar el número de urgencias y llamar a una ambulancia.

–Tápala con una manta o algo. Que no pierda el calor. –le ordenó

Alberto a Vanessa– Yo voy a intentar conseguir una ambulancia y si no nos la llevamos nosotros.

–¿Qué está pasando? –Beatriz, la madre de Cristina, entraba desconcertada en la habitación– Esta niña nunca va a dejar que estemos tranquilos. –gruñó ante los ojos vidriosos de Vanessa que no daba crédito a lo que escuchaba.

–Ya vienen para acá. –dijo Alberto– Vanessa busca en su armario algo

de abrigo que ponerle.

El padre de Cristina llegaba al fin a la estancia, había tenido que despedir a David en vista de las circunstancias excepcionales que acontecían en aquellos momentos.

Al fin llegó el SAMU que con rapidez y pericia cargaron el cuerpo de Cristina para llevárselo a toda velocidad al hospital más cercano.

–Puede venir una persona con nosotros si así lo desean. –dijo el conductor de la ambulancia. Al ver que dudaban prosiguió interrogante– ¿Y bien?

–Ve tú Alberto. –consiguió decir Vanessa.

Tras los sanitarios que portaban la camilla sobre la que descansaba Cristina, salieron todos los demás. Todos salvo Vanessa. Se sentó en el borde de la cama de su amiga para observar cada rincón de aquella habitación para después dejar su mirada perdida. Tras unos largos minutos comprendió que era momento de irse y, quizás, ir al hospital junto a su amiga y Alberto. Se levantó aún con la mirada gacha y allí, en aquel suelo encontró una bola de papel que, sin saber por qué, llamó su atención. La cogió y, al desplegarla encontró las palabras que hacía tan solo unos momentos había escrito Cristina. Leyó en aquellas letras el dolor, la desesperación y la angustia de una chica que con tan solo diecisiete años ya había experimentado. No pudo más que guardarla con cuidado en su bolsillo para, más adelante, darle el uso que

merecía.

Salió de la habitación justo para ver como un mensajero le entregaba una carta al Señor Alcázar que, aún apenado, la abría tembloroso. A su lado, su mujer nerviosa no hacía más que caminar de un lado para otro increpando y maldiciendo la mala suerte que corría. Vanessa, no parecía no dar crédito a lo que veía, pero pensó que quizás sería la acumulación de sentimientos en una situación como aquella. Pensó que debía otorgar el beneficio de la duda y comprender.

–Disculpen. –dijo con voz suave.

–¿Aún sigues aquí? –preguntó la Señora Alcázar– Pensé que te habías ido cuando llegó el SAMU.

–No, creí que quizás necesitarían mi ayuda, pero si no es así iré al hospital junto a Cristina y Alberto.

–Espera. –dijo el padre de Cristina y, dirigiéndose ahora a su esposa, prosiguió– Cariño, creo que deberías ir con Vanessa al hospital. Puede que necesiten datos del seguro o cualquier otra cosa.

–¿Tú no vienes?

–No, prefiero ocuparme de cierto asunto antes. –contestó el Señor Alcázar que mantenía aquella carta cogida entre sus manos con tal fuerza que parecía que la fuera a desintegrar en cualquier momento.

Las dos mujeres salieron de la casa y se marcharon con el coche de la

Señora Beatriz camino del hospital dejando en aquella enorme casa al padre de Cristina. Éste volvió a mirar la carta para leerla con atención e indignación. Era una carta para su hija de su amante.

“Mi pequeña Cristina,

Siento haber desaparecido sin dejar rastro alguno, sin decirte nada.

Quiero que sepas que cada acto que he realizado ha sido para acercarme más a ti. He tenido que precipitar mi salida del instituto para buscar trabajo en otro centro y poder pedir tu mano. Sí, lo has leído bien.

En cuanto Vanessa me entregó tu carta y leí que estabas embarazada me sentí el hombre más feliz del mundo. No quise decirte nada para que fuera una sorpresa y ahora estoy aquí.

Sé que tu padre es muy tradicional por lo que he esperado a tener un nuevo trabajo para pedir tu mano formalmente. Es un colegio cercano a tu casa, de tal forma que podré visitarte cada tarde y esperar a que tengas al niño para casarnos.

Solo espero que me des tu consentimiento y así ir lo antes posible a tu casa.

Por favor, llámame al teléfono que te adjunto en mi tarjeta. Dile a tus padres la verdad sobre nosotros y que te dejen llamar.

Siempre tuyo,

Diego.”

El Señor Alcázar no pudo más que sentir rabia e ira ante aquel hombre que, a su parecer, había acabado con la vida de su pequeña. Buscó dentro del sobre la tarjeta de visita que Diego había creído a bien adjuntar a su carta y en ella vio el nombre del instituto en el que ahora trabajaba. Esta vez era el internado para chicos que había justo a unos diez kilómetros por la carretera secundaria que salía desde aquella parte de la ciudad.

Estaba decidido, aquel sinvergüenza debía de pagar por lo que había hecho. Por lo que le había hecho a su familia. Sin pensárselo dos veces cogió su coche y se largó en pos de la venganza. La ira y el odio no le dejaban pensar con claridad, estaba muy oscuro y en aquella carretera apenas había luz. Aceleró aún más a pesar de las curvas y la penumbra. El cielo comenzó a chispear, vaticinaba la tormenta que estaba por llegar. El agua empezaba a cubrir el camino de pequeños charcos que el coche de aquel hombre embravecido intentaba sortear no sin esfuerzo. La suerte iba en aquel vehículo hasta que en una curva cerrada se formó una considerable aglomeración de agua que produjo el patinaje y posterior descontrol del coche. El padre de Cristina no fue capaz de controlar aquel imprevisto y se salió de la carretera con toda la fuerza y velocidad que ya llevaba. La suerte, en aquel momento, decidió salir del coche dejando al Señor Alcázar solo antes de estrellarse contra un enorme árbol.



CAPÍTULO 21

Vanessa y la Señora Beatriz llegaron al hospital minutos después que la ambulancia. Entraron por las enormes puertas correderas que daban a la zona de urgencias y preguntaron a la chica que estaba tras el mostrador de recepción e información.

–¿Ya estáis aquí? –Alberto las había visto llegar desde la sala de espera en la que le habían hecho quedarse– ¿Y papa?

–Ha querido quedarse para solucionar no sé qué cosa. –contestó su madre.

–¿Sabes algo ya? –preguntó Vanessa.

–No, aún no. Han dicho que esperemos por aquí hasta que nos den el aviso.

–Está bien. Voy a ir a por un chocolate a la máquina, ¿queréis algo? –dijo la Señora Beatriz.

–No, muchas gracias. –contestó Vanessa y refiriéndose a Alberto continuó. - ¿No te han dicho nada en absoluto?

–Nada. Pero es que no entiendo que le ha pasado a esta niña por la cabeza. –decía Alberto sentándose en una de esas incómodas sillas de la sala

de espera— ¿Qué esperaba?

—Tienes que entender que ella no sabía lo que iba a suceder.

—Me da igual. Es mayorcita para acarrear con lo que hizo.

—Alberto, no puedes hablar así. —era evidente que se encontraba afligido por todo lo que estaba pasando— Tranquilo, ya verás como todo sale bien. —continuó Vanessa para después darle un beso en la mejilla.

—Eso espero. —Alberto cogió la mano de Vanessa entre las suyas.

Los minutos pasaban y nadie les decía nada en absoluto. Alberto comenzó a preocuparse al ver que su madre no regresaba y decidió salir en su búsqueda. Vanessa, se mantuvo por aquella zona por si acaso llegaban noticias de Cristina cuando vio como una nueva ambulancia descargaba otra camilla.

—Varón de unos cincuenta años de edad. Ha sido en un accidente de coche, al parecer se ha salido de la carretera. Pulso muy débil. —decía uno de aquellos hombres de bata blanca que había bajado de la ambulancia mientras se colaban por una de las puertas internas del hospital.

Pronto regresaron madre e hijo al lugar en el que Vanessa se encontraba. Sus caras mostraban un gran pesar y dolor. Al parecer la Señora Beatriz había estado llamando al móvil de su marido sin obtener respuesta.

—Ni siquiera da tono. —decía.

—No se preocupe Beatriz, verá como está bien. Seguramente se haya quedado sin batería en esta noche tan larga.

–Será mejor que esperemos aquí. –dijo Alberto refiriéndose a la Sala de espera del hospital– Si permanecemos juntos padre nos encontrará nada más llegar.

–¿Familia de Cristina Alcázar? –preguntó un hombre alto vestido con una bata blanca con una plaquita que rezaba Dr. López Mateos.

–Sí somos nosotros. –respondió Alberto levantándose de un brinco y acercándose con rapidez a la altura del Doctor– ¿Cómo está Cristina? Soy su hermano.

–Vengan conmigo por favor. –dijo aquel Doctor retirándose fuera de la sala de espera para una mayor intimidad– ¿Es usted su madre? –preguntó dirigiéndose a la Señora Beatriz esperando su asentimiento para proseguir– Discúlpeme, pero debo comunicarles un asunto un tanto más urgente que la situación de su hija. -sin esperar reacción alguna por parte de los familiares de mi amiga, el Doctor siguió con su pequeño monólogo clínico– Acaba de llegar su esposo.

–¿Dónde está? –escudriñando con la mirada cada rincón del hospital al que tenía alcance.

–Señora, su marido se encuentra en estado muy grave, ha tenido un accidente y ha perdido demasiada sangre. Tiene el pulso muy débil y ha sufrido una contusión en la cabeza que...

–¿Perdón? –preguntó Alberto incrédulo.

–Su padre acaba de ser ingresado y se encontraba en un estado muy crítico que siento comunicarles no ha podido superar ...–continuó el médico esta vez mirando hacia Alberto quien parecía derrumbarse por momentos.

–¿Qué nos está diciendo Doctor? –preguntó la Señora Beatriz antes de que el médico pudiera terminar la frase.

–Lo siento señora, siento de corazón lo que le está pasando, sin embargo, ahora debe centrarse un momento en su hija, en su estado...–volvió a

verse interrumpido por la Señora Alcázar que se derrumbó ante él. Vanessa creyó que era el momento de intervenir y llevarse a la Señora Beatriz lejos de allí y dejando a Alberto a solas con el Doctor– Lo siento de verdad, pero su hermana también se encuentra muy débil, hemos conseguido estabilizarla. –esperó con intención de que su interlocutor asimilara todo aquello que le estaba contando– Su estado, aunque grave, es reversible y, el bebé sigue vivo y sin complicaciones aparentes. –Alberto intentaba mantenerse concentrado en las palabras del Doctor a pesar del dolor punzante de la noticia de su padre– El problema es que su hermana se encuentra en lo que denominamos comúnmente en coma.

–¿En coma? –preguntó perplejo Alberto.

–Sí. Por suerte es reversible pero no sabemos cuándo despertará, ni

siquiera sabemos si recordará su pasado. Pero lo más importante, es su estado. Ahora mismo contamos con los medios suficientes para mantener al feto con vida en el interior de la madre, por lo que no deben preocuparse por ello y pueden comunicárselo al padre para su mayor tranquilidad.

–¿Al padre? –la Señora Beatriz había regresado junto a Vanessa a tiempo de escuchar las últimas palabras del Doctor– Ese hombre no pisará ni conocerá de forma alguna la circunstancias que rodean a Cristina ni este hospital.

–Pero Señora... –intentó hablar el Doctor López.

–Doctor López Mateos, usted y yo conocemos hasta dónde es capaz de llegar mi familia y si digo que ese hombre jamás pisará este hospital así se hará. –y acercándose aún más si cabe al sorprendido doctor terminó su amenaza– ¿Me he explicado con suficiente claridad?



CAPÍTULO 22

Habían pasado tan solo dos días y a nadie del instituto parecía importarle la locura que había llevado a una de sus alumnas al límite de su vida. Vanessa que intentaba mantenerse al margen se pasaba los días de clase a su habitación y de su habitación a clase.

En sus manos cayó el periódico del alumnado y vio como la que un día fue amiga suya ahora vengaba su cobardía a través de artículos que ponían en entredicho el buen nombre de Cristina. Leyó como se decía que había sido la culpable de la caída del internado que había sufrido la indecencia entre sus alumnas.

Pero, ¿y sí pagábamos con la misma moneda? Recordé que en el bolsillo de la chaqueta de Vanessa se encontraba la página del diario de Cristina. Si la dueña del abrigo podía sentir lo que yo sentía sabría qué hacer así pues provoqué la caída de aquel papel a los ojos atónitos de Vanessa. Ella sonrió mirando al techo.

–¡Lo sabía! Sabía que estabas aquí. –dijo sin dejar de sonreír.

Se levantó de la silla y cogió las cortas memorias de Cristina. Era tarde, poca gente abría por los pasillos a esas horas. Se coló en la editorial del periódico con gran pericia y juntas pusimos en marcha la impresora. Cogió

aquella hoja que había robado de la habitación de su amiga e hizo tantas fotocopias como folios encontró.

A la mañana siguiente cada puerta, cada tablón, cada árbol, cada silla, cada aula del internado tenía una copia grapada. Vanessa subió a lo más alto del campanario y desde allí, a las ocho en punto, con el sonar de las campanas, lanzó todas las copias que le quedaban.

Así era su amiga Cristina Alcázar a quien todos criticaban.

FIN

PRIMERA PARTE

SEGUNDA PARTE

Elijo Verdad

PROLOGO

El dolor había invadido todos y cada uno de los corazones de la familia Alcázar. La pérdida del cabeza de familia había sido un golpe muy duro, sobre todo cuando ya se había recibido uno en el mismo lugar. No podía llegar a compartir lo que aquello suponía, pero imaginaba un corazón en la diana de Robin Hood, quien no contento con darle justo en el centro, provocando un dolor insoportable, conseguía darle una segunda vez astillando la primera flecha. ¿Qué podía ser más doloroso?

Tal y como marcaba el protocolo de la morgue, habían pasado cerca de cuarenta y ocho horas desde el fallecimiento del Señor Alcázar y ahora tocaba la despedida definitiva y velar por su alma. Amigos y familiares de los Alcázar se habían reunido en la capilla principal de la iglesia de San Miguel para darle el último adiós. El silencio podía cortarse con un cuchillo, tan solo se escuchaba algún carraspeo aislado y algún asistente al que de pronto le entraba tos. En la primera fila de asientos se encontraban la Señora Beatriz de Alcázar, Alberto y Vanessa.

Me pareció poco menos que curioso que una mujer que acababa de ver como su hija quedaba ingresada en coma en un hospital y que acababa de sufrir la pérdida irreversible de su marido consiguiera aparecer en el propio velatorio como la imponente mujer que era. No perdió ni un ápice de su elegancia y porte, vestida con un traje negro y una pamelita de la que caía un modesto velo negro. Aunque tenía los ojos vidriosos no derramó ni una sola lágrima salvo en algún momento puntual en el que alguien le preguntaba su estado de ánimo.

En nada se parecía su hijo Alberto, el hermano de Cristina estaba destrozado. En su rostro se podía ver el dolor que albergaba su corazón hasta el punto que sus ojos hinchados eran incapaces de ocultar las lágrimas derramadas. Cogía la mano de Vanessa como si tuviera miedo a perderla y ésta le respondía con toda la dulzura de la que era capaz, pendiente de cada necesidad de su novio roto.

La misa transcurrió sin mayores incidencias, todos escucharon al padre dar su sermón, respondieron santiguándose, con *meas culpa* y *amén*. Después, como era de esperar, un coche fúnebre trasladó el ataúd que contenía el cuerpo sin vida del Señor Alcázar hasta camposanto. Allí sucedieron dos actos muy relevantes para esta historia que trato de contaros.

El primero de ellos trata sobre mí, sobre el desencadenante que inició mi futuro, mi segunda vida por decirlo de algún modo. Una vez estábamos

todos en el lugar exacto del entierro, un hombre de unos cincuenta años nos observaba desde un chopo cercano. Me quedé mirándolo sorprendida al reconocer su identidad y él quedó aún más al descubrir que yo le estaba observando. Estuvimos mirándonos fijamente durante poco menos de un minuto hasta que él tomó la iniciativa y se acercó hasta mi posición.

–Aurora, ¿eres tú?

–Sí Señor Alcázar, soy yo.

Permanecimos juntos durante un buen rato mientras su hijo Alberto pronunciaba unas palabras de alabanza hacia su padre. Éste sonrió, no parecía tan afectado como uno espera al descubrir que está muerto; al revés, daba la sensación de estar preparado para irse allá a donde le deparara la eternidad. Pero antes, me hizo prometer que enmendaría todo aquello, que sabía que se había equivocado, tarde sí, pero se arrepentía. Eso es bueno, pensé. Casi a la altura del chopo en el que lo había visto por primera vez aquel día apareció una especie de portal iluminado por una luz blanca muy débil, por alguna razón el Señor Alcázar no la vio hasta que yo le llevé ante ella. Sin embargo, él sí podía ver lo que había al otro lado cosa que para mí era imposible. Dijo que veía caras conocidas, sonrisas y que, una sensación de paz absoluta lo embriagaba y le empujaba a entrar. Pero algo le detuvo para girarse hacia mí:

–Hasta las flores más bellas tienen espinas.

En aquel momento no logré entender a qué se refería, ¿qué flores? Más

tarde descubriría que no era un qué sino un quién. Un quién que forma parte de la segunda historia.

Sucedió que tras la desaparición del Señor Alcázar por aquel vórtice de luz blanca otro hombre, gran protagonista de esta historia, hizo acto de presencia ante la mirada estupefacta de la mayoría de los presentes.

–¿Qué haces aquí? –preguntó Alberto lleno de rabia contenida y acercándose hasta el recién llegado a pasos agigantados.

–Me enteré de lo sucedido y quise prestar mis respetos, ¿qué problema tienes? –contestó Diego con sorpresa y preparado para contraatacar por si fuera necesario.

–No eres bien recibido. –continuó Alberto con más ira aún si cabe. Sin saber aún como sucedió Alberto le atestó un fuerte puñetazo en la boca del estómago a Diego quien cayó arrodillado al suelo con los brazos cruzados justo donde había recibido el golpe. Diego intentó levantarse, pero Alberto, lejos de dejarle en paz, se preparó para darle una patada en el costado. Yo corrí para interponerme entre ambos, pero cual figura de etérea no produjo efecto alguno, pero Diego, que vio venir la patada, rodó para esquivarla.

–Que alguien haga algo. –grité olvidando que nadie podía escucharme.

–¡Parar de una vez! –ordenó Vanessa corriendo hasta el punto en el que se encontraban los dos contrincantes– ¿Se puede saber qué os pasa? –preguntó con la mirada fija en su novio– Él solo ha venido a presentar su respeto, por el

amor de dios.

–Por su culpa mi hermana está en coma y mi padre muerto, ¿acaso lo has olvidado? –contestó Alberto con rabia.

–No fue culpa suya. Alberto, ¿qué te está pasando? –Vanessa estaba desconcertada, aquél no era el hombre del que ella estaba enamorada. Alberto se derrumbó en un mar de lágrimas pidiendo en voz baja que Diego se alejara de allí.

–Será mejor que te largues. –dijo una voz a sus espaldas– Vamos Alberto, ven conmigo. Ya te lo advertí, no puedes confiar en ella. –Vanessa vio cómo su novio se alejaba de la mano de Violeta.

Diego, sorprendido por aquella reacción creyó conveniente desaparecer y alejarse de aquella familia. Por lo menos, de momento.



CAPÍTULO 1

DIEGO

Desde el entierro del cabeza de familia de los Alcázar, Diego no había vuelto al hogar de aquella familia, sin embargo, sí que iba cada día al hospital en el que Cristina se encontraba postrada en una cama, inconsciente. Y cada día, la misma persona, le daba las mismas evasivas: “*Lo siento, pero no*

puedo dejarle pasar” .

Jamás dejaron que la viera, solo podía esperar en esa sala repleta de enfermos que esperan a ser atendidos, o de familiares de los mismos quienes esperan a tener noticias de ellos. Día tras día. Semana tras semana. Hasta que un día una horrible noticia llegó de manos de Vanessa, la nueva mejor amiga de Cristina, por así llamarla. Ella iba cada día, como Diego, a visitar a su amiga y, cada día, al salir, saludaba a su exprofesor sin mediar palabra pues no iba sola, no. Alberto la acompañaba cada vez. Pero aquel día, ni Alberto, ni la Señora Beatriz pudieron hacer nada en absoluto cuando Vanessa decidió acercarse hasta Diego. Las lágrimas en sus ojos la delataban, algo no iba bien. Sin embargo, la noticia que recibiría aquel día fue la más terrible de todas. Cristina había tenido que ser intervenida de urgencia, el bebé no crecía, no aceptaba la situación de la madre y la cesárea era la única opción. Por desgracia, el bebé no superó la intervención.

–La Señora Beatriz dice que nada se ha podido hacer por el bebé, lo siento tanto. –consiguió decir Vanessa entre sollozos.

–No, no puede ser. –contestó Diego para sí– E Cristina, ¿cómo está?

–Creo que todo ha salido bien para ella.

–Vanessa, vámonos. –dijo una voz masculina desde el hall del hospital, era Alberto– Con ese no tienes nada de qué hablar. Él tiene la culpa de todo.

Vanessa se despidió de Diego con todo el pesar que ocupaba su

corazón. Yo solo podía observarlos pues nada podía ya hacer, ¿o sí?

Desde entonces el semblante de Diego cambió, su rostro reflejaba la pena que inundaba su alma. El dolor era demasiado fuerte e intenso, tanto que las noches las pasaba despierto pensando en aquella pequeña criatura que jamás conocería. Se dio cuenta que ese pequeño ser que crecía en el vientre de Cristina era mucho más importante de lo que jamás hubiera imaginado. Que su pérdida había ahondado en su alma cubriéndola de pesar hasta el punto de llorar cada vez que lo recordaba. Pensó que jamás superaría aquel pesar, el dolor de un padre que jamás conocería a su hijo. Pero las horas y los días pasaron sin importarles nada que Diego estuviera deshecho en lágrimas que poco a poco se fueron secando con la esperanza de, al menos, recuperar a Cristina.

En fin, por suerte las aguas se fueron calmando y Diego intentó sobreponerse a aquella situación cuando a sus oídos llegó la gran noticia, Cristina al fin estaba despierta. Ese mismo día se presenció de nuevo en el hospital y allí, ante los ojos sorprendidos de todos los familiares, entró en la habitación. Burló a cuantas enfermeras, médicos y demás personal de seguridad intentó pararlo. Fue como un sueño relámpago, una visión instantánea o un espejismo en el desierto, pues no tardaron en obligar a Diego a abandonar aquel lugar. Esa fue la última vez que vio a Cristina. Quizás el tiempo haría que se volvieran a ver, pero Diego no estaba

dispuesto a esperar demasiado, necesitaba saber de ella más de lo que nunca creyó. Fue entonces cuando empezaron de nuevo las cartas, bueno, más bien tarjetas, pues cada día hasta que Cristina fue dada de alta en el hospital, Diego le enviaba una rosa y una tarjeta.

–Bueno días, ¿usted otra vez por aquí? –preguntó la mujer de recepción con sus mismas gafas de pasta horribles mientras tecleaba frenética, palabras terminadas todas en *itis*, en su ordenador.

–Pues sí, aquí estoy de nuevo. –contestó Diego con su amplia sonrisa.

Desde luego otra cosa no, pero del profesor no se podía decir que no le ponía al mal tiempo buena cara y, así le iba con todo el mundo que, al final, todos pasaban por su aro. Salvo los Alcázar y sus tentáculos, claro.

–Sabe que tenemos órdenes de no dejarle pasar y no me apetece que repita el numerito de ayer. –sentenció mirándole esta vez por encima de esas gafas de pasta que se apoyaban sobre su nariz aguileña– Por favor, no me haga llamar a seguridad, no se lo merece.

–Tranquila, me portaré bien. Solo necesito un favor. –dijo mientras observaba en aquella mujer de bata blanca y esperaba ese gesto que indica que tu apelación a su corazón ha dado su fruto– Solo quiero que le hagas llegar a Cristina esta rosa.

–¿Solo eso? –el rostro de aquella mujer cambió de inmediato dejando ver por unos segundos cierta empatía hacia quien le hablaba– Está bien.

–Muchas gracias, eres la mejor enfermera de todas. –dijo con una sonrisa.

–Soy administrativo.

–Pues también. –contestó Diego guiñándole un ojo con complicidad.

Y así todos los días del mundo, uno tras otro. Aquella mujer de la recepción podía fingir cien años que las visitas de Diego no le importaban en absoluto, pero lo cierto era que el único familiar de todo el hospital que había conseguido un huequito en su corazón era, precisamente, Diego. En realidad, todos en aquel lugar, tenían cierto aprecio hacia el profesor que pretendía cada día a la dulce chica en coma. Cosa que resultaba curiosa pues, a pesar de aquel sentimiento que despertaba, nadie quiso contarle la verdad de la Señora Beatriz. Pero esto es algo que aún no puedo desvelar.

Lo que sí puedo contar es la amistad que creció entre Vanessa y Diego a espaldas del hermano de Cristina. No es que Vanessa quisiera ocultarle nada en concreto a Alberto, solo era que no entendía por qué culpaba al profesor de todos los males del mundo. Tal era esa extraña amistad que cada día, por la mañana, quedaban en una cafetería de moda al otro lado de la ciudad, querían evitar miradas indiscretas. No es que tuvieran nada que ocultar, ya lo dije, pero tal y como estaban las cosas era mejor que nadie les viera juntos. Y qué razón tenían. Nunca sabes cómo alguien interpretará solo lo que ve.

La cafetería era de un encantador estilo francés, todo en aquel lugar era

de colores rosas y malvas y algún azul pastel que se había colado en los motivos que decoraban paredes y tapicerías. Era curioso pero aquel lugar era uno de nuestros favoritos, tanto Cristina, como Violeta, Jimena y yo, solíamos ir al menos un par de veces por semana. Los viernes por la tarde eran sagrados para nosotras y, tras las clases, cogíamos el primer autobús que pasaba y viajábamos por las calles de la ciudad hasta llegar a aquel local. Siempre pedíamos lo mismo, un té negro con chocolate y rosas con un poquito de leche y, para acompañar, un delicioso pastel de manzana recién horneado. ¡Qué ricos estaban! Todas salvo, Jimena, que prefería no tomar nada con el té para evitar esos kilitos de más que solo veía ella. Echaba tanto de menos todo aquello...

En fin, el caso es que fue Vanessa quien le dijo a Diego la buena nueva: Cristina había salido del hospital. Era una gran noticia si no fuera porque la madre y el hermano habían decidido mantenerla dentro de casa hasta llegado el nuevo curso, si bien es cierto que solo quedaban unos quince días, para los dos enamorados parecían años. Más para Cristina que para Diego, todo hay que decirlo, pues él, como siempre, veía las cosas con otra perspectiva. En cualquier caso y, a sabiendas que cualquier intento de comunicación con Cristina iba a ser un fracaso, una nueva luz se encendió en su oscuro camino. Puesto que Cristina debía repetir el curso, le dejaron utilizar el ordenador para poder estudiar y así fue como comenzaron los emails de amor, como los llamaba yo.

Diego pronto comenzaría las clases en el nuevo internado para chicos donde el curso anterior había conseguido trabajo. Así pues, decidió que era el momento de ir trasladándose a su nueva habitación.

Como cada mañana, aquel día se levantó a primera hora, tenía demasiadas cosas que preparar. Se sentó en el borde de la cama y buscó a tientas y con sus pies las zapatillas de ir por casa que, por cierto, eran horribles, seguro que si Cristina las hubiera visto el encanto que desprendía Diego sobre ella se hubiera esfumado en medio segundo. Eran de abuelo, azul marino y con un escudo de a saber dónde, bordado en el empeine. El caso es que las encontró, encendió la lámpara que tenía en su mesita de noche y la poca luz que desprendía, alumbró aquella pequeña habitación. Era un cuarto oscuro y viejo, muy deprimente, las paredes estaban forradas con un papel de color beige con motivos marrón oscuro que simulaban una especie de flor de lis, como esas que adornan los palacios reales de Francia. Por suerte, los muebles se notaban que habían sido cambiados pues eran bastante más contemporáneos y seguían unas líneas rectas y funcionales que conseguían que aquella estancia no fuera un lugar tan lúgubre ni solitario. La habitación, además de contar con una cama enana, una mesita, lámpara y zapatillas de hace un siglo, tenía un par de armarios, un escritorio bastante grande situado bajo la única ventana que había y una mesa redonda, no muy grande, pero cumplía su función, con dos sillas que parecían muy cómodas. Por último, una

pequeña puerta situada frente a la cama, a la otra punta de la estancia, daba a un baño que era casi tan grande como la habitación.

Se acercó hasta la mesa en la que se encontraba su viejo portátil y lo arrancó, después fue hasta el baño para darse una rápida ducha fresca, lavarse los dientes y ya, porque los hombres pocas cosas hacen más por las mañanas. Regresó de nuevo al escritorio y, tras escribir los buenos días a su colegiala, se vistió con unos pantalones vaqueros y una camisa y bajó a desayunar a la cafetería del internado. Había dos cafeterías, una para estudiantes donde los profesores podían entrar y, otra para profesores donde los estudiantes sin entraban perdían la vida. Quizás sea un poco exagerada pero más o menos era así.



CAPÍTULO 2

CRISTINA

Mi mejor amiga llevaba poco menos de un mes despierta y tan solo una semana en casa de sus padres. Es cierto que las cosas habían cambiado bastante, sobre todo su relación con Alberto, su hermano, quien la culpaba de todos los males acontecidos en los últimos meses. Sin embargo y, gracias a Vanessa, lo que podría haber roto aquella relación fraternal solo consiguió

herirla, claro que no era suficiente para Cristina.

Se encontraba encerrada en su habitación, sentada al borde de su cama mirando al infinito mientras acariciaba la suave colcha rosada. Pensaba en todo lo que había sucedido y lo poco que le quedaba para enfrentarse a su destino, un nuevo curso en el internado, con todo el mundo observándola y juzgándola. Unos golpes en la puerta llamaron su atención y, sin que le diera tiempo a responder, su madre abrió la puerta para entrar en la estancia.

–Buenos días cariño, ¿qué tal te encuentras hoy? –preguntó con una dulce sonrisa como hacía tiempo que Cristina no veía en el rostro de su madre. Era curioso, como desde que despertó del coma, su madre parecía haber vuelto al origen, antes de que toda aquella locura hubiera tenido lugar. Cristina, pensó que quizás quería borrar de la memoria familiar todo lo acontecido y volver a ser una familia feliz o, al menos, lo que quedaba de ella. Una vez más, estaba equivocada.

–Estoy mucho mejor, aunque echo de menos salir a la calle con mis amigas y ver, para variar, el sol.

–Bueno, quizás, solo quizás, si te portas bien pronto tengas una visita.



–contestó su madre mientras le guiñaba un ojo con complicidad.

–¿En serio? –preguntó Cristina con verdadera ilusión– ¿Quién?

–De eso nada. Es una sorpresa. –y tras aquellas palabras la Señora Beatriz salió tal cual había entrado.

Cristina, ilusionada como estaba, se levantó con agilidad de la cama donde estaba sentada, se acercó hasta el ventanal de su habitación y lo abrió de par en par dejando que el dulce aroma de las flores de su jardín entrara en su habitación invadiendo cada rincón. Corrió las cortinas para que el sol iluminara toda la estancia para descubrir que los colores que adornaban la habitación no se habían ido, solo la estaban esperando, en silencio, a que regresara.

Se acercó hasta su escritorio donde se encontraba su ordenador, eran ya las once de la mañana y ni siquiera había abierto el correo. ¿Le habría escrito ya Diego? Apretó el botón de encendido y mientras aquel cacharro prehistórico, parece mentira el dinero que tenían, arrancaba encendió la minicadena y la música regresó a su corazón. Normalmente, sólo con leer a Diego le sobraba para sonreír, pero aquel día, aquel día iba a ser diferente, lo presentía.

Al fin la pantalla se encendió y tras escribir la contraseña para iniciar la sesión y un par de minutos, un sobrecito apareció en el icono del Hotmail. Era él. Cristina abrió rauda como el viento el dichoso sobrecito y leyó con atención las palabras de quien se había declarado, su novio. Por desgracia y, de momento, solo podían saber el uno del otro a través de aquellos correítos

electrónicos, claro que podía haber sido peor.

“Buenos días mi colegiala;

¿Qué tal despertaste hoy? Ojalá pudiera estar ahí contigo y abrazarte cada mañana. No puedo dejar de pensar en el día que despertaste, quisiera tanto haber estado a tu lado, nada me hubiera gustado más que tu primera visión no fuera otra que yo sosteniéndote tu linda mano.

Quiero que sepas que pronto todo esto cambiará, aún no sé cómo ni cuándo, pero conseguiré sacarte de allí. Mientras solo quiero que pienses en que pronto comenzarán las clases y nadie podrá evitar que nos veamos. No habrá excusa para que puedas salir a la calle y yo, cada tarde estaré ahí esperándote.

Te quiero con locura.

Diego.”

Unas lágrimas resbalaron sobre el rostro de Cristina, necesitaba tanto verle. Había sido realmente duro despertar y comprobar que todo había cambiado. Que su padre había fallecido en aquel estúpido accidente de tráfico, que su hermano ya no era su hermano sino un chico con el que convivía

y que ya nada compartían. Pero el peor golpe de todos fue perder a su bebé, nunca tuvo tan claro que lo quería hasta que despertó y ya no estaba. ¿Cómo había podido ser tan egoísta? Aquel pequeñín no tenía la culpa de nada y ella

lo había matado por su inconsciencia, de hecho, no estaba segura, pero creía que tanto Alberto como Diego se lo reprochaban pues sobre ella caía la muerte de dos almas.

Cerró sus ojos para intentar cambiar sus pensamientos y recordar que aquel día había amanecido para sorprenderla, para hacerle sonreír por fin. Le daba igual cual fuera la visita inesperada, quería ver a sus amigas ya que sabía que Diego jamás pisaría aquella casa mientras Beatriz y Alberto vivieran en ella. Se dispuso a responder a Diego cuando otro sobrecito apareció en pantalla, era Jimena. Le contaba lo feliz que estaba casada y que tenía muchas ganas de verla, quería enseñarle las mil y una foto que se hicieron en el viaje de novios y le prometía que pronto iría a visitarla. Pero de todo el mensaje hubo algo que le llamó la atención y que no entendería hasta mucho tiempo después. Jimena le decía que pasara lo que pasara ella siempre protegería a quien tuviera que proteger, que la considerara como a un ángel guardián de su fruto.

Aún era demasiado pronto para descubrir que no todo en aquel mensaje era cierto, pero esto a su debido tiempo.

Se dispuso a escribir cuando, de nuevo, unos golpecitos en la puerta anunciaban visita. Cristina, que tenía terminantemente prohibido cualquier contacto con su antiguo profesor, apagó de inmediato la pantalla a tiempo de ver como su hermano aparecía en escena. Por su gesto podría decirse que

estaba algo más calmado con su hermana que en ocasiones anteriores donde ni siquiera se habría molestado en visitarla.

–¿Qué haces hermanita? –preguntó con una sonrisa un tanto triste, ¿podría estar arrepentido de su comportamiento para con su hermana?

–Nada, ¿qué quieres? –espetó Cristina mientras se levantaba con algo de dificultad por la cicatriz que le había dejado la cesárea de emergencia. Sí, fue intervenida mientras seguía en coma pues al parecer el bebé no soportaba el estado de la madre.

–Solo quería hablar un rato contigo. –Alberto parecía en realidad arrepentido, su tono de voz era casi imperceptible y sus ojos, sus ojos eran tristes e incapaces de levantar su mirada del suelo– Bueno, si te parece bien.

–Y, ¿de qué quieres hablar? –Cristina se mantenía un tanto recelosa, supongo que debía ser normal ya que su hermano la había poco menos que repudiado desde que despertó.

–La verdad es, que no lo sé. Siento haberte molestado, sigue con lo que



estuvieras haciendo. –dijo mientras se daba la vuelta para salir por la puerta.

–Espera. –dijo Cristina alzando un poco la voz, a fin de cuentas, era su hermano y tenía parte de razón pensaba ella– Quédate un rato si quieres, ¿ha pasado algo?

–La verdad es que sí. –contestó mientras cerraba la puerta tras de sí y recorría toda la estancia hasta acomodarse en uno de los sillones que había enfrentados hacia el ventanal– Creo que la estoy cagando con Vanessa.

–¿Y eso? –preguntó perpleja Cristina mientras repetía la acción de su hermano en el otro sillón.

–No sé, desde que despertaste... las cosas han cambiado mucho Cris.

–consiguió decir antes de esconder su cara entre sus propias manos– Ella tampoco es que se portara como uno espera de su novia y Violeta, bueno, ella nos ha apoyado desde el principio y yo...

–Espera, espera, espera. –Atinó a contestar Cristina con una rapidez inaudita en un ser humano– ¿Qué pinta Violeta en todo esto?

–Nada, da igual. –contestó Alberto mientras se levantaba y se dirigía directamente hasta la puerta– Lo siento Cris. Lo siento de verdad. –dijo antes de desaparecer tras la puerta de la habitación.

Cristina se quedó allí, perpleja, sin saber muy bien qué había sucedido. ¿Por qué su hermano le pedía perdón con aquel tono de arrepentimiento sincero? Pronto lo descubriría. Un pitido en el ordenador la reclamó de nuevo.

Encendió una vez más la pantalla para descubrir un nuevo sobrecito, era Diego.

“¿Te has olvidado de mí? Pronto empiezas, jajaja.”



Cristina no tardó en responder, para nada se olvidaría de la persona más importante de su vida. Por suerte ya no hubo más interrupciones y la charla entre amantes pudo durar más que un suspiro, como parecía ya una costumbre. Tal era el anhelo entre ambos que ninguno se dio cuenta del tiempo que había pasado hasta que el timbre de la casa de los Alcázar sonó devolviendo a Cristina a una realidad que nada tenía que ver con lo que estaba viviendo. Comprobó que era ya la hora de comer y no pudo más que despedirse.

“Debo dejarte, ha sonado el timbre de la puerta y no sé quién será, pero siendo las horas que son seguro que viene a comer, jajaja. Mañana espero verte por aquí. Ya te contaré mi visita sorpresa que tal sorprendente es.

¡Un besazo enorme guapetón!”

Ni siquiera esperó a que Diego pudiera despedirse de ella, buscó con el ratón el botón de apagar y ejecutó.



CAPÍTULO 3

DIEGO

Quedaba tan solo una semana para el inicio de clases así que para el profesorado el curso había comenzado ya. Diego se levantó, no sin demasiadas ganas, pero era lo que tenía que hacer. Ni siquiera le dio tiempo a desearle los buenos días a Cristina, solo ducha, cara, peinar, dientes y listo. Se acercó hasta el armario para buscar unos pantalones de traje azul marino y una camisa blanca con motivos azules muy discretos. Aun hacía demasiado calor por lo que la corbata y la americana se quedaron colgadas en el interior del armario. Cogió su maletín de cuero, la cartera y las llaves y, tras un último vistazo en el espejo de cuerpo entero que había justo al lado de la puerta, salió por esta al pasillo de la residencia para maestros. Tan solo vivían allí un par de profesores más, ambos mayores que él, pero con quienes se llevaba estupendamente.

Justo en el instante que Diego cerraba su puerta el profesor de Historia, de seguro era el más viejo de todos, poco le quedaba pues para jubilarse. El hombre se llamaba Tomás y tendía a tratar a todos sus alumnos como si fueran nietos a quienes contar millones de aventuras. Alguna que otra profesora del Santa María podía aprender de aquel hombre que conseguía mantener durante toda la clase a todos sus alumnos pendientes de sus palabras.

–Buenos días, Profesor. –saludó Diego mientras se acercaba hasta él.

–Buenos días, Diego. –contestó Tomás con su eterna sonrisa– Has

madrugado hoy.

–Me apetecía desayunar con tranquilidad para variar.

–Sí que ayer casi te atragantas con el café. –contestó Raúl a sus espaldas provocando las risas de los tres. Era el profesor de matemáticas, en clase era un auténtico peñazo, pero la verdad era, que fuera de ella era un buen tipo.

–Tú cállate, ¿a qué horas llegaste anoche donjuán? –preguntó Diego desviando la conversación.

–Bueno jovencitos, a ver si voy a tener que reprenderles. –dijo el viejo Tomás– Vamos a desayunar que hoy va a ser un día largo.

–¿Sí? ¿Por qué? ¿Hoy no es solo reunión de profesores para aprobar el temario a impartir en el curso? –preguntó Diego incrédulo– Yo el mío lo tengo

preparado casi desde que me dijeron que sí iba a trabajar aquí.

Raúl no pudo más que reír antes de contestar. – Si solo fuera eso. Esta mal que yo lo digo, pero el director es un tanto especial, le gusta meter la nariz en todos los agujeros.

–Bueno tampoco será para tanto. –continuó Diego– Te aseguro que de donde yo vengo sí que te atan en corto.

–Ya sabemos tus ataduras.

–Eres un capullo.

–Vale los dos, me vais a dar el desayuno. –les recriminó al fin Tomás–

A ver, ¿qué vais a querer? Hoy invito yo.

–Yo un café con leche y un par de esas enormes tostadas con mermelada de ciruela. –pidió Raúl.

–¿De ciruela? ¿En serio? Creo que eres la única persona del mundo por quien hacen esa mermelada. –dijo Diego– Para mí lo mismo, pero con mermelada de fresa o melocotón, como las personas normales. ¡Au! –gritó llevándose una mano al hombro para calmar el dolor, si se puede llamar así, que el mini puñetazo de Raúl le había provocado.

–Nenaza. –se burló Raúl como única respuesta mientras ambos se sentaban en su mesa habitual para esperar al viejo Tomás.

–Bueno, Diego, ¿cómo va Cristina? ¿Sabes algo nuevo? –preguntó Tomás tras tomar asiento junto a ellos.

–Pues no mucho más de lo que me cuenta por correo electrónico.

–La verdad es que es una putada. –dijo Raúl mientras cogía su taza con las dos manos y se acercaba el humeante café hasta su nariz para inspirar su amargo aroma– No entiendo como no vas a esa casa y te la llevas sin más.

–Sí, claro. Muy maduro Raúl. –siguió Diego mientras ponía los ojos en blanco– No puedo hacer ni siquiera algo parecido. ¿Para qué? ¿Para qué me denuncien por secuestro o saber qué? Ni te imaginas la cara que puso su hermano cuando me vio aparecer en el funeral de su padre. Sin contar la que

me liaron por ir a ver a Cristina cuando despertó. Esa familia es demasiado complicada como para liar aún más las cosas. Prefiero...

–Señores, es la hora. –dijo una voz masculina a sus espaldas interrumpiendo la conversación.

En aquel momento no lo sabían, pero si aquella conversación hubiera tenido su final quizás, solo quizás, hubiera cambiado el curso de su historia.

Pero, no fue así y la historia continuó como pocos esperaban.

En cualquier caso, los tres compañeros recogieron sus respectivos maletines, a cuál más horrible, y se dirigieron hacia la puerta donde el secretario de dirección les esperaba. Aquel hombre tenía una apariencia que para nada se correspondería con una persona carismática o, al menos, simpática. No, era todo lo contrario. Su rostro reflejaba el mal humor que corría por sus venas y lo poco que le gustaba su trabajo. Tenía el pelo negro, bueno así debió ser en un pasado pues ya poco le quedaba de dicho color, más bien era gris, eso sí, muy abundante. Igual eran sus cejas, grises y abundantes, me recordaban a esas cejas que tienen todos los magos del cine fantástico como Gandalf en *El Señor de los Anillos* o Albus Dumbledore en *Harry Potter*, pero por desgracia de mago solo tenía eso, las cejas. En fin, les dirigió por todo el patio hasta llegar al edificio más emblemático del centro, el cual tenía hasta reloj y campanario en su torre más alta que, casualmente, se encontraba en el centro. Entraron por aquella torre y subieron las escaleras

hasta la sala de conferencias, una enorme sala de conferencias. En el centro tenía una gran mesa de madera maciza en cuyos bordes se dibujaba una especie de trepadera que, a su vez, se deslizaba por cada una de las patas. A su alrededor había, al menos, unas veinte sillas de la misma madera y con los mismos motivos, éstas estaban tapizadas en un color crema sin dibujo alguno. Cuando llegaron, Diego, Raúl y Tomás, quedaban libres tan solo cuatro sillas, las suyas y la que presidía aquel lugar, la silla del director. Nadie comentó nada pues la evidencia de que les estaban esperando era evidente.

–Buenos días señores. –saludó Tomás primero.

La sala entera contestó con educación. Diego y Raúl tenían suerte de acompañar al viejo profesor pues, de un modo que no sabría explicar, pude comprobar como el resto del profesorado sentía un gran respeto por aquel hombre. Tomás gozaba de una autoridad adquirida por los años y tenerlo como compañero debía ser un privilegio.

Tanto Diego, como Tomás y Raúl, se sentaron en sus respectivas sillas y esperaron la llegada del director del centro. El rostro de Diego era un verdadero reflejo de sus pensamientos, sus ojos recorrieron cada rincón de aquella sala observando cada cuadro, estante, figura o mueble. Observó también las caras de sus nuevos compañeros a quienes apenas conocía o, ni siquiera había visto con anterioridad. En general parecían buenas personas

salvo alguna cara agria como la del viejo mago que tenían contratado de secretario y algún otro profesor, de seguro sacado de cualquier otro libro de Harry Potter.

Al fin hizo su llegada el director, para sorpresa de ambos, la de Diego y la mía propia, aquel hombre emanaba serenidad, seguridad y tranquilidad, era un hombre alto y apuesto. De joven seguro fue un tipo guapo donde los haya. Daba confianza y su forma de hablar te invitaba a escucharle casi sin pestañear. Desde luego no era la imagen que Raúl había ofrecido de él minutos antes de ir a desayunar o, quizás sí. Tampoco viene demasiado a cuento.

En cualquier caso, la reunión les secuestró durante toda la mañana.



CAPÍTULO 4

CRISTINA

Se acercaba la fecha de inicio de las clases, Cristina estaba un tanto nerviosa por la nueva situación que se le avecinaba, claro que, si supiera su verdadero destino, aquella situación le parecería absurda. Mi amiga se encontraba en su rincón favorito de su habitación, esos sillones que se encaraban hacia el gran ventanal donde un hermoso jardín se abría ante sus ojos era, cada día más, su lugar de evasión del mundo. Podría decir que se

pasaba allí sentada devorando sus libros, día tras día. A veces, se levantaba para acercarse al ordenador y comprobar si tenía algún correo de Diego o de sus amigas quienes le contaban su vida fuera de los muros que la encerraban. Hoy era uno de esos días, Cristina se encontraba presa en la lectura de una novela romántica juvenil, en la que una chica de su edad viajaba hasta california por vicisitudes de la vida. Allí conocía a un surfero guapísimo, un par de años mayor que ella, universitario, cuerpo atlético y unos ojos que la tenían embriagada. Le gustaba aquella historia, quería tanto disfrutar de un amor consentido, sin escondites, ni miedos, ni reproches y, por supuesto, sin prohibiciones. Debía ser duro para una chica enamorada encontrarse con que su gran amor era un amor prohibido. No podía imaginar el dolor que podía albergar en su interior.

Después estaba aquella cicatriz que le recordaba cada día un pasado turbio en el que había perdido una parte demasiado importante en su vida. Una parte que nunca creyó fuera de tal importancia para ella. Sin embargo, un día comprendería que debía vivir con ese pasado que le atormentaba y proseguir con su vida. Y ese día muy pronto llegaría. Un día que cambiaría toda su vida y que le haría al fin, plantear sus prioridades. Pero ese día aún no había llegado.

En cualquier caso, allí estaba mi amiga, leyendo un libro que su amiga Violeta le había traído hacía poco menos de una semana. Resultó que la

famosa visita sorpresa no fue otra que la visita de Violeta. Llevaba ya tiempo sin verla pues, al parecer, su relación con Vanessa y Alberto se había enfriado un poco, hasta que ella consiguió abrirle los ojos al hermano de Cristina. Por lo visto, Violeta había convencido a Alberto que su novia era una muy mala influencia para Cristina, que había sido ella quien había empujado a mi amiga a los brazos de Diego. Y, por supuesto, no se le olvidó aquella locura de hojas que cayeron del cielo con la carta de suicidio de Cristina.

–No te preocupes Cristina, yo te entiendo. No te culpo en absoluto por lo que pusieras en aquella hoja. Estabas asustada y era normal que lo vieras todo negro, incluso que pensaras que yo podría haberte dado la espalda. –le dijo Violeta con un tono reconciliador– Mira, te he traído este pequeño regalo como prueba de mi amistad, para que veas que no te guardo ningún rencor. – siguió mientras miraba de reojo a Alberto buscando una aprobación que se manifestó en forma de media sonrisa.

Violeta le entregó a Cristina un paquete envuelto en un bonito papel de regalo en color blanco roto y atado con un exquisito lazo turquesa. Cristina, aun defraudada por aquella visita, recibió con gusto su regalo. Lo desenvolvió y leyó el título de aquel libro juvenil, *El amor verdadero de Marta*. Nunca había escuchado el nombre de su autora, ni siquiera el título le sonaba, pero al leer la sinopsis de la novela pensó que quizás podría hacerle olvidar, por unas horas, el mundo en el que vivía. Hubo una vez hace mucho tiempo que alguien

le dijo una frase que jamás olvidaría, “No hay nada mejor que leer un libro e ignorar al mundo”. Que gran frase le parecía entonces.

Así transcurrió aquella comida con su ansiada visita sorpresa y frustrada. No era que Violeta no fuera de su completo agrado, sino que, por alguna razón que había olvidado, sentía que ya no podía confiar en ella como cuando estaban juntas en el Santa María.

–Buenos días hermanita. –saludó Alberto desde la puerta rescatando a Cristina de sus recuerdos– ¿Qué haces? No me contestes. Leer.

–Pues sí. –contestó esta mientras le mostraba la novela por encima de su cabeza sin darse si quiera la vuelta para ver a su hermano– ¿Qué quieres?

–¿No te ha dicho nada madre? –preguntó extrañado.

–¿Nada de qué?

–Qué raro. –se sorprendió Alberto haciendo una mueca mientras enarcaba una de las cejas.

–Bueno, ¿me vas a contar qué pasa? –preguntó Cristina con verdadera curiosidad.

–A no, si madre no te ha dicho nada yo no seré quien estropee la sorpresa. –contestó Alberto con tono condescendiente mientras hacía ademán de salir de la habitación.

–Ni se te ocurra moverte de ahí. –ordenó Cristina ya de pie mirando a su hermano desafiante– ¿Qué sorpresa? ¿No será otra estúpida visita sorpresa,

¿no?

–Pensé que la visita de Violeta te gustaría, siempre estas quejándote de que no ves a tus amigas y lo reclusa que te sientes entre estas paredes y no sé cuántas cosas más.

–Pues sí, estoy cansada de permanecer aquí encerrada, estoy harta de que vigiléis hasta los emails que envío, que abráis mis cartas en busca de a saber qué. ¿Te gustaría que te ocurriera a ti?

–Perdona, pero yo no fui quien tiró todo su futuro por la borda por querer tirarse a un profesor que, encima te dejó embarazada y se olvidó de ti.

–Eso no es verdad.

–Sí lo es y lo sabes.

–No. –es lo único que alcanzó Cristina a contestar al darse cuenta que estaba a punto de desvelar su mayor secreto. Bajó la vista al suelo y una pequeña lágrima se escapó de sus ojos para recorrer su rostro. Se la limpió con la mano y respiró con profundidad, no pensaba volver a llorar nunca más.

–Cristina, yo lo siento. –dijo Alberto tras darse cuenta de que aquella conversación no llevaba a ninguna parte y que, quizás su hermana tenía, en parte, algo de razón– Sé que lo estás pasando mal, de verdad que lo siento.

–Tranquilo. –contestó Cristina mientras se sentaba de nuevo en el mismo sillón que se encontraba antes de que su hermano la interrumpiera.

–¿Puedo sentarme? –preguntó cauteloso.

–Claro.

Ambos permanecieron en silencio observando el paisaje que se abría a través de la ventana. En la casa el silencio reinaba casi por completo, solo se escuchaba de vez en cuando el sonido de algún cacharro venido de la cocina donde, de seguro, se encontraba Lisinda preparando la comida. Al fin, el sonido de un camión llamó la atención de ambos hermanos.

–¿Qué es eso? –preguntó Cristina extrañada.

–De eso venía a hablarte antes de la discusión.

–¿Qué sucede? –preguntó asustada. Quizás pensó en la última vez que un pequeño camión trajo sus cosas del internado asestándole un fuerte golpe al descubrir que jamás regresaría al Santa María. Por suerte, la historia había cambiado y aquel año regresaría a su instituto para terminar los estudios e ingresar al fin en la Universidad. Ilusa.

–No es nada de lo que crees. –la sonrisa de Alberto iluminó su rostro– Hoy sí que va a ser un gran día. Prepárate. –respiró hondo y, tras comprobar que sí había conseguido la atención de Cristina y su curiosidad iba en aumento, decidió continuar alegre– Madre ha decidido que tu clausura ha llegado a su fin y además...

–¿En serio? –Cristina no creía lo que sus oídos escuchaban, la ilusión la inundaba de tal forma que era incapaz de disimular su felicidad. Saltó para abrazar a su hermano, deseaba tanto salir, pasear por la calle simplemente, que

no daba crédito.

–Espera aún no he terminado. –consiguió decir Alberto entre risas al ver a su hermana feliz por fin.

–No hay nada que me haga más feliz.

–Yo creo que sí.

–¿No será...? –preguntó sin preguntar Cristina dudosa.

–¿Diego? Ni lo sueñes. –el semblante de Alberto cambió de nuevo, su sonrisa había desaparecido y en su rostro se conseguía descifrar el odio que le tenía al profesor.

–Perdón, yo solo...

–Tranquila, pero debes de olvidarte de él y espero que hoy sea ese día.

–¿Por qué? –preguntó Cristina sin saber que su hermano no le diría toda la verdad.

–Porque, querida hermanita, madre te ha preparado una fiesta sorpresa en la que vendrán tus amiguitas. –dijo con sorna.

–¿En serio? ¡No me lo puedo creer! –exclamó mi amiga– ¿Y, por qué sorpresa? ¿Qué se celebra?

–Alberto. –llamó la Señora Beatriz desde la puerta de la habitación–

Ni se te ocurra contarle nada más, que bastante has hecho ya. –dijo con una sonrisa dulce que hacía que su reprensión quedara en una simple y tonta advertencia sin consecuencias– Cristina cariño, hoy espero que sea un gran día

y que tu vida comience de nuevo, eso es lo que vamos a celebrar.

–Muchas gracias madre. –acertó a decir Cristina mientras abrazaba a



su madre con fuerza y dejaba que ésta le acariciara su larga melena mientras calmaba su sollozo, un sollozo que advertía más felicidad que tristeza.

–De nada cariño, ahora quiero que te duches y te arregles pues tengo algo para ti. Lisinda. –llamó alzando la voz para que la nani la escuchara.

Ésta no tardó en llegar portando una funda de traje y una caja de zapatos que dispuso sobre la cama. Todos sabíamos lo que allí había, un lindo vestido para la ocasión. Para una ocasión más especial de lo que jamás hubiéramos imaginado.

Cristina se quedó a solas en la habitación feliz, como hacía muchísimo tiempo no lo había sido. No podía evitar con una sonrisa se dibujará en sus labios, que sus ojos brillaran llenos de ilusión y que su corazón palpitara a cien por hora al pensar que pronto, muy pronto, podría volver a disfrutar del calor de Diego. De pronto se acordó, aquel día no había abierto todavía el correo electrónico y debía contarle a Diego todo lo que le estaba pasando. Sabía que, en cuanto se lo contara, él haría todo lo posible por volverse a ver y seguro le daría un vuelco el corazón.

Abrió la sesión de su ordenador tras comprobar que, tanto su madre

como su hermano, se habían largado a preparar su fiesta sorpresa que ya poco tenía de sorprendente pero que le encantaba. Esperó a que el correo se actualizara y su sobrecito matutino apareciera en la pantalla, sin embargo y, en lugar de eso, apareció en la pantalla un dulce osito que portaba en sus manos una caja con forma de corazón. Por supuesto era Diego quien había abierto el chat en cuanto vio que Cristina se había conectado.

Cristina: *Buenos días señorito, ¿qué tal has despertado?*

Diego: *Regular, sabes que no despertaré feliz hasta que no estés a mi lado.*

Cristina: *Pues tengo una gran noticia que contarte, ¿estás sentado?*

Diego: *No, de normal chateo de pie.*

Cristina: *Eres tonto.*

Diego: *Me quieres.*

Cristina: *Sí, tonto de remate. ¿Quieres que te lo cuente o no?*

Diego: *Pues claro que quiero tontina.*

Cristina: *Mi madre me ha quitado el veto, ¡mis días de cautiverio han terminado!*

Diego: *¿En serio?*

Cristina: *¿A qué es increíble? Estoy tan feliz. De hecho, ella y mi hermano me han dicho que me van a hacer una fiesta en la que vendrán mis amigas. Hace tanto tiempo que no las veo... Es triste que tú no puedas estar*

aquí conmigo, pero piensa que pronto nos podremos ver, el primer día que me dejen salir correré allá donde estés.

Diego: *Todavía no me lo creo.*

Cristina: *Tengo que dejarte, creo que mi madre viene a ver cómo me queda mi vestido nuevo. Ya te contaré. ¡Te quiero!*

Mi amiga cerró el ordenador a tiempo de ver como su madre asomaba la cabeza por el umbral de la puerta.

–¿Aún no te has duchado?

–Ya voy mamá, no tardo nada.

Cristina se dispuso ya a ducharse y a prepararse para una fiesta sorpresa que tardaría mucho en olvidar. Abrió la cremallera de aquella funda que guardaba un bonito vestido verde pistacho, era un color atrevido pero el corte lo hacía más bien divertido. Los zapatos eran de color crudo, muy sencillos, sin adornos ni apliques ni nada. Decidió dejarse el pelo suelto sujeto solo por una simple diadema del mismo color que los zapatos. Un poco de máscara de pestañas y brillo de labios y lista. Volvía a ser ella, volvía a ser Cristina.

Cuando bajó las escaleras le sorprendió lo vacía que se encontraba la casa, debían estar todos esperándola en el jardín y así era. Salió despacio, como si la luz del sol dañara su piel. Un fuerte aplauso sonó por todo el jardín. Cristina no era capaz de distinguir de quien venía cada piropo recibido

hasta que sus ojos, poco a poco, se fueron acostumbrando a la luz del sol. Allí estaban todas sus amigas, incluso aquellas que durante el curso pasado y años anteriores habían sido lo más parecido a enemigas que había tenido. Había ido todo el mundo. Todos salvo Diego.



CAPÍTULO 5

DIEGO

Se sentía un poco extraño con las últimas noticias que Cristina le había dado por chat, le parecía poco menos que raro el hecho de que su madre y su hermano hubieran decidido de la noche a la mañana concederle un privilegio tan deseado como la libertad. Necesitaba saber que había tras esa buena nueva. Sobre todo, a sabiendas de que Alberto no quería siquiera verle cerca de su casa y mucho menos de su hermana. Qué les había hecho cambiar de opinión era algo que pronto averiguaría.

Unos golpes llamaron a su puerta con intensidad.

–¿Quién es? –preguntó un tanto malhumorado por quien turbaba sus pensamientos de una manera tan brusca.

–Abre que soy yo, tu más mejor amigo. –dijo con sorna Raúl tras la puerta.

Diego puso los ojos en blanco y sonrió ante la tontería que acababa de soltar su amigo. Se levantó y le abrió la puerta para que éste pasara. Raúl, como si de su propia casa se tratara, entró directo hasta la mesa y dejó sobre ella un par de cafés enormes del Starbucks y una bolsa con el logotipo de la misma cafetería. Se sentó y mientras echaba un par de sobres de azúcar a su vaso y removía bien para que éste se mezclara con el líquido amargo, preguntó:

–¿Cómo estamos hoy? ¿Ya has hablado con tu queridísima chica?

–Bueno, acabo de hablar con ella y me ha contado algo muy raro.

–¿A qué te refieres?

–No sé tío, lo veo todo muy extraño. –contestó Diego mientras se sentaba en la otra silla y cogía el segundo vaso de café e imitaba a su colega de profesión– ¿Qué es esto que has traído?

–Mi pago por tus confesiones. –contestó Raúl arrebatándole la bolsa a Diego antes de que éste pudiera ver en su interior.

–Eres un puto extorsionador.

–Na’ –dijo abriendo en exceso su boca para enfatizar en la expresión– Tú que te vendes demasiado barato.

Ambos rieron y Diego consiguió su objetivo cuando Raúl le devolvió la bolsa. En su interior había cuatro donuts caseros; un par glaseados con chocolate y un par originales sin demás ingredientes. Diego cogió uno de los

segundos y le pegó un bocado.

–Joder, están buenísimos. –afirmó con la boca llena.

–Bueno, empieza a largar. ¿Qué ha pasado con tu chica?

–En realidad, se supone que es algo bueno, pero hay cosas que no me cuadran.

–¿Quieres contármelo de una vez?

–Ya voy, cansino. Cristina me acaba de contar que su madre y su hermano le han dicho que su encierro ha terminado, así sin más.

–¿Y qué tiene eso de malo? Al fin os podréis ver, ¿no es eso lo que queríais?

–Sí, por supuesto. Pero, ¿no ves algo raro en todo esto? Desde que sucedió... bueno, ya sabes. No han dejado siquiera que la llame por teléfono, ni una sola visita y, ahora, ¿le dejan salir sin más?

–Quizás se han dado cuenta que el castigo fue desproporcional a la falta cometida.

–Puede ser.

–Claro. –exclamó Raúl– Le das demasiadas vueltas a todo, tío.

Ambos se quedaron allí hablando de sus cosas y bromeando sobre mil historias mientras desayunaban. Tenían pensado salir después a dar una vuelta por la ciudad, quizás ir a alguna librería en busca de nuevos ejemplares que leer o quizás, simplemente a pasear. Aún no habían empezado las clases y, por

tanto, su trabajo todavía se veía todavía bastante flojo. Seguían preparando el curso y las clases, pero poco más.

Se encontraba Raúl esperando en el pasillo de la residencia a que Diego cogiera su cartera y las llaves para ir a tan ansiado paseo. Diego pensó que le vendría bien caminar por lo que no tuvo objeción alguna a salir aquella mañana. Cerró la puerta de su habitación y se dispuso a cerrarla con llave cuando su móvil comenzó a sonar dándole un susto de muerte. No solía recibir llamadas a esas horas y mucho menos a su móvil, ya que había pocas personas que conocieran su número de teléfono. Lo sacó del bolsillo y su rostro palideció.

–Vanessa, ¿qué pasa? ¿No estabais en la fiesta de Cristina?

No era raro que se quedara blanco al ver de quién procedía la llamada, Vanessa jamás le había llamado a aquel teléfono, solían quedar simplemente en el café siempre los mismos días a la misma hora. Alguna vez un WhatsApp si había cambios, pero poco más. En cualquier caso, Diego estaba en lo cierto. Aquella llamada no traía nada bueno.

Entre jadeos Vanessa le contó que todo aquello había sido una trampa, que ella pensaba que Cristina lo sabía, pero no, nadie le había dicho nada. Al parecer, Violeta se había encargado de invitar a todas sus compañeras de curso a una fiesta sorpresa en la que despedían a Cristina.

–¿Cómo? –preguntó Diego sin dar crédito a lo que escuchaba a través

del auricular.

–Durante la fiesta, la criada se encargó de preparar las maletas y hasta un arcón. –continuó Vanessa– De pronto, y sin venir a cuento, la Señora Alcázar dijo que quería darle una sorpresa a su hija y, delante de todo el mundo, comunicó que en la puerta había un taxi que la llevaría hasta el aeropuerto, que ya estaba todo preparado y que se iba a uno de los mejores institutos internos de Estados Unidos, creo que a California. –Vanessa paró durante unos segundos para coger aire y después, como si de una orden se tratara exclamó– Diego, tienes que ir ya al aeropuerto. Tienes que detenerla o se largará y no os volveréis a ver.

Diego dudó durante unas milésimas de segundo que parecieron horas.

Raúl seguía observándolo incrédulo mientras intentaba descubrir qué estaba sucediendo, aunque era evidente que fuera lo que fuere, no era bueno. Al fin Diego colgó el teléfono sin mediar palabra con su interlocutor, miró a Raúl quien esperaba una explicación y dijo.

–¡Hijos de puta! –exclamó con rabia y la mirada clavada aún en el teléfono móvil. Alzó sus ojos verdes y miró a su amigo– Llévame cagando hostias al aeropuerto.

A Raúl no le hizo falta ninguna otra explicación. Ambos corrieron hasta el coche de éste y salieron como alma que lleva el diablo hacia aquellas instalaciones donde aviones venidos de todas partes sobrevolaban su cielo.

Por el camino Diego le comentó lo que había sucedido, sabía que aquella fiesta, que aquellas noticias escondían algo, pero jamás pensó que harían todo lo posible para deshacerse de Cristina. Estaba seguro que ella jamás hubiera aceptado algo así por propia voluntad y era evidente que ellos también lo sabían.

Al llegar al aeropuerto buscó entre los vuelos de la pantalla la puerta de embarque hacia el avión con destino a Los Ángeles, California. Corrió todo lo que pudo, esquivando a cientos de personas que le miraban con cara de pocos amigos cuando pasaba por su lado como una exaltación. Divisó al final de un pasillo la puerta de embarque por la que debía haber entrado Cristina justo en el momento en el que dos chicas vestidas con el uniforme de la línea aérea cerraban tras de sí aquella puerta. Diego gritó con todas sus fuerzas para que esperaran, pero nadie pareció escucharle tras aquellas hojas de metal que le separaban del avión que portaba en su interior a una triste Cristina.

Cabizbajo Diego se acercó hasta el enorme ventanal en el que se veía un enorme avión de color blanco, con dos líneas de color rojo y amarillo que desembocaban en sendas letras en su cola. Creyó ver en una de las ventanas a su pequeña colegiala quien tenía la mirada perdida, quiso llamar su atención, pero no sirvió de nada. El avión se alejó despacio hasta la pista desde la cual iniciaría el despegue. Tan absorto estaba despidiéndose de Cristina en silencio que no se dio cuenta de la mano que tenía posada sobre su hombro.

–Diego, no hacemos ya nada aquí. –dijo su amigo Raúl.



CAPÍTULO 6

CRISTINA

El vuelo estaba llegando a su fin e Cristina no había dejado de pensar en Diego, sus amigas y aquella estúpida fiesta. En cómo había sido tan tonta de creer que al fin la habían perdonado, otra vez había sido traicionada por su familia y amigas, quienes le habían hecho creer que todo iba a cambiar. Claro que iba a cambiar. ¡Se habían deshecho de ella como si fuera un trapo sucio! Y, lo peor de todo es, que ni siquiera le habían dejado despedirse de Diego. El piloto del avión anunciaba por la megafonía del aparato que todos los pasajeros volvieran a sus asientos y se abrocharan los cinturones, estaban a punto de llegar. Cristina, al menos, tuvo la suerte de ir sentada en el lado de la ventana, en la parte delantera del avión, allí donde se sentaban la primera clase. Se asomó para ver el paisaje que creaba según se iban acercando, el mar parecía cristalino y sus playas limpias, llenas de sombrillas y toallas, pero limpias. Era seguro que si aquellas vistas se las hubieran ofrecido en otra ocasión le parecerían maravillosas sin embargo en aquel momento solo podía pensar en ellas como una especie de nueva cárcel de lujo, pero cárcel, al fin y

al cabo. Poco a poco aquella imagen fue dando paso a una carretera infinita, el avión dio un par de saltos suaves indicando a sus pasajeros que estaba tomando tierra y, acto seguido, un ligero deslizamiento por la calzada que provocó un sonoro aplauso de todos los que se mantenían a bordo de la aeronave.

Todos los pasajeros salvo Cristina se levantaron prestos y rápidos para ir salir y reencontrarse con aquello que deseaban, bien fuera por su regreso a casa, bien con las estupendas playas que había visto momentos antes para disfrutarlas por sus vacaciones, bien porque viajaban para ver a familiares que no veían desde hacía tiempo. Pero a Cristina no le movía ninguna de aquellas motivaciones sino todo lo contrario, no había nada ni nadie que pudiera hacerla feliz en aquel lugar, todo lo había dejado en casa o, al menos eso creía. Cuando vio que tan solo quedaban ella y los tripulantes del avión tuvo que hacerse a la idea de desembarcar. Con total desgana cogió su mochila y su bolso y salió, atravesó ese pasadizo extensible que le llevaba hasta su destino. Al salir de la zona internacional comprobó que ya prácticamente no quedaba nadie, llamó su atención una pareja que se estrechaba en un fuerte abrazo, seguro que ansiaban aquel viaje tanto como Cristina lo detestaba.

–Señorita Alcázar. –una voz masculina llamó su atención. Se giró y vio que era un hombre de origen sur americano con un cartel que rezaba su

apellido quien le hablaba– Señorita Alcázar, ¿es usted? –esperó a que mi amiga le afirmara con un movimiento de su cabeza y continuó– Mi nombre es Roberto y el instituto interno de Los Ángeles me ha enviado para recogerla, ya guardé sus maletas en la limusina.

–Está bien, muchas gracias. –contestó Cristina sin mayor ánimo.

Mi amiga siguió al tal Roberto hasta una preciosa limusina de color grisáceo que esperaba aparcada bajo el techado de un reservado. La tristeza de Cristina hacía que ella no fuera consciente de la curiosidad que despertaba entre las gentes que la veían avanzar y subir en aquel carruaje. El chófer abrió la puerta para que Cristina subiera y, tras esperar a que ésta se sentara, la cerró.

Cristina buscó entre las cosas del interior de su mochila su libro preferido de Julio Verne, ojeó sus páginas hasta encontrar una foto. Sonrió al recordar aquella noche en la que Diego la invitó al teatro a ver, precisamente, la obra de aquel libro. Unas lágrimas escaparon de sus ojos humedecidos. Escondió de nuevo aquella foto en el libro y lo guardó en la mochila. Cerró los ojos y se dejó llevar. La luz intensa del sol hizo que quisiera ver tras la ventana, miró como un maravilloso paseo marítimo daba paso al mar, al océano pacífico que se abría en la inmensidad hasta juntarse en el horizonte con el azul del cielo. No pudo evitar bajar la ventanilla para poder sentir ese olor a agua, arena y salitre. Como si de un aroma embrujado se tratara

consiguió que Cristina sonriera de nuevo, era increíble aquella estampa que se dibujaba frente a ella. Mi amiga no se dio cuenta, pero hasta Roberto sonrió al verla disfrutar de aquel modo.

Al cabo de unos largos minutos el vehículo se adentró por una enorme avenida llena de palmeras y lujosas casas. De pronto aquel lujo quedó atrás y solo se veían grandes palmerales a un lado y otro de la carretera, ésta a su vez, estaba flanqueada por unas hermosas farolas ornamentales. Cristina solo podía contemplar cada paisaje, vio en la copa de los árboles unos bonitos pájaros de colores que en un momento dado se asustaron dando paso a un cielo rojo, verde y azul intenso. Eran tantos que su aleteo conseguía enmudecer el piar histérico de sus dueños.

Al fin llegaron a una enorme puerta de forja negra, parecían ir a juego con las farolas que les habían acompañado durante el último tramo del trayecto. Roberto bajó la ventanilla y mostró una tarjeta a la cámara que le observaba y, casi al instante, aquellas puertas se abrieron de par en par. La carretera mantenía el mismo estilo que la que le había llevado hasta allí durante un par de kilómetros y, entonces, se abrió ante ella una enorme plaza en cuyo centro había una gran fuente y, en su interior, una estatua de una sirena apoyada sobre una roca escupía agua de sus labios. La limusina se paró frente a un gran edificio, de unos cuatro pisos de altura. Cristina esperó a que el chófer le abriera de nuevo la puerta para salir del vehículo. Roberto descargó

las maletas y el baúl y, tras despedirse cortésmente, se largó con su flamante limusina por donde ambos habían venido.

Cristina se quedó allí, sola, sin saber muy bien qué hacer. Observaba la imponente puerta que se alzaba frente a ella como si intentara descubrir que se iba a encontrar en su interior. Para su sorpresa ésta se abrió y una mujer de unos cuarenta y pocos años apareció ante ella. Vestía falda por las rodillas de color negro y camisa estampada donde el color rosa predominaba sobre el resto, en sus pies unos zapatos de corto tacón y también de ese mismo color rosa. Mi amiga comprobó sorprendida como aquella mujer le sonreía de una forma un poco exagerada, se acercó a ella y le tendió su mano amistosa.

–Cristina Alcázar, ¿verdad?

–Así es señora. –contestó mientras respondía al saludo estrechando su mano.

–No me llames Señora que me haces vieja antes de tiempo. –dijo aquella mujer todavía sin presentarse ante la atenta mirada de Cristina– Perdóname, aún no me he presentado. Mi nombre es, curiosamente, Elisabeth White. –Cristina se quedó sorprendida ante el cambio radical que había tomado su acento al pronuncia su nombre.

–Encantada. –acertó a decir Cristina.

–Coge tu mochila y alguna maleta y acompáñame.

–¿Y el resto de mi equipaje?

–Tranquila, vendrán a por él. Verás, soy la jefa de estudios de este instituto para chicas.

–¿Jefa de estudios? –preguntó extrañada.

–Sí, así es.

–No pareces mayor.

–Vaya gracias. –sonrió la tal Elisabeth– Me alagas. Nos llevaremos bien. –al fin Cristina sonrió de verdad por primera vez desde que había aterrizado– Me gustaría mostrarte las zonas comunes y tu habitación, así como a tus compañeras, he intentado buscarte una estancia en la que tuvieras compañeras de habla hispana. Por suerte, aquí casi todas hablan español pues en esta parte de hay mucho inmigrante venido de España, además de Suramérica. Eso sí, las clases son inglés. ¿Qué tal lo llevas?

–Pues creo que no lo suficientemente bien como para seguir una clase de Matemáticas. –ambas rieron.

–No te preocupes, ya pensaremos en eso. Quizás tendrás que estar una hora más al día con un tutor para que tu inglés fluya lo mejor posible, ¿te parece?

–Lo agradecería.

–Así me gusta. –Elisabeth e Cristina recorrieron un corto pasillo, aunque impresionantemente ancho, que les llevó hasta otra puerta de dimensiones parecidas a la de entrada– Aquí está el patio principal, como

verás está rodeado de cuatro edificios principales, éste que acabamos de atravesar contiene las salas de profesores y habitaciones de los mismos. Aquel de enfrente es vuestra residencia, a la derecha las aulas y a la izquierda las salas comunes como la biblioteca, sala de estudio, sala de ordenadores... –al decir esta última sala pareció que la jefa de estudios recordó algo importante– Por cierto, hablando de sala de ordenadores, aquí está terminantemente prohibido el uso de teléfonos móviles y demás aparatos con acceso a internet, solo se puede acceder a él a través de los ordenadores de la sala, ¿entendido? –Sí señora, digo Elisabeth.

–Estupendo, vamos hacia la residencia de alumnas.

Según iban paseando por aquel patio inmenso Cristina se iba percatando de cuan nuevo era todo, no tenía nada que ver con su anterior internado. Éste estaba limpio y bien cuidado, no es que el Santa María no lo estuviera, pero su aspecto anticuado y viejo hacía que no lo pareciera. Al fin llegaron a la residencia, al entrar había una especie de cajetín con montones de puertecitas. Elisabeth, al ver la curiosidad de su nueva alumna le dijo que aquello eran los buzones de correos de las distintas habitaciones y que ya le diría qué dirección debía comunicar a sus familiares y amigos para que le escribieran si lo deseaban. Hacia derecha e izquierda se veían decenas de puertas, todas tenían tras de sí, habitaciones. Parecía como un hotel de lujo. Frente a ellas unas amplias escaleras se abrían majestuosas, modernas y

lineales, pero eso no le restaba majestuosidad. Cristina se dispuso a subir las cuando la jefa de estudios le comunicó que la siguiera.

–¿Hay ascensores? –preguntó alucinada Cristina, desde luego aquel lugar nada tenía que ver con el Santa María.

Las dos subieron al elevador y mi amiga vio cómo su acompañante pulsaba el número tres, había aún un piso más, pero a ella le había tocado el tercero. Salieron y se dirigieron hacia la derecha, todas las puertas tenían un número y una placa de metal en la que se podía leer los nombres de las chicas que vivían en cada una de las habitaciones. Al fin llegaron a la suya, la 313, un número malo si eres supersticiosa.

–Bueno Cristina, esta será tu habitación. Como ves hay cuatro camas, no hay demasiado mobiliario, pero al menos es nuevo y limpio. Tus compañeras se encuentran ahora mismo dando una vuelta por la ciudad, o en la playa, o vete tú a saber. –dijo como si fuera lo más habitual del mundo.

–¿Se puede salir?

–Claro, esto no es una cárcel, es un centro de estudios. Eso sí, siempre y cuando respondas con buenas notas. Tenemos un alto nivel de estudios y un buen número de exalumnas en las mejores universidades del país, no podemos bajo ningún concepto bajar el listón. No sé si me comprendes.

–Sí.

–Cristina, no sé con exactitud que sucedió en tu antiguo centro ni

quiero saberlo, solo sé que has repetido curso y que tu familia movió cielo y tierra para tu ingreso en este centro. No voy a juzgarte, pero sí te diré que espero de ti un sobreesfuerzo si es necesario.

–Lo haré, puede estar segura.

–Estupendo. –contestó mientras se dirigía hasta la puerta– Voy a ordenar que te traigan el resto del equipaje, puedes ir colocando tus cosas en aquella parte de la habitación, la que pone tu nombre. –dijo señalando a una esquina en la que se encontraba una cama sin vestir y una mesita– Después si quieres puedes ir a dar una vuelta o pasear por las instalaciones para ir conociendo el lugar. Bye.

–Gracias señorita White. – Pero Elisabeth ya se había ido.

Cristina se acercó hasta su cama, se sentó sobre el colchón. Parecía cómodo. A los pies del mismo se encontraba un juego de sábanas por lo que decidió que sería mejor vestir la cama mientras le traían las cosas. La habitación era grande, había cuatro camas, cada una en una de las esquinas de la habitación y, al lado de cada una, una mesita y una lámpara, todas igual. En las paredes de los extremos se encontraban los armarios, dos en cada lado, desde luego eran más grandes que en su anterior instituto, tenían tres puertas y altillo. En el centro una gran mesa con cuatro sillas, en el centro de la misma había un flexo con cuatro copas que se dirigían a cada extremo de la mesa.

¿Y si quizás, solo quizás, aquel lugar estuviera mejor de lo que

pensaba? ¿Y si realmente aquel lugar conseguía que olvidara todo lo horrible de su anterior vida?



CAPÍTULO 7

DIEGO

Aquella mañana Diego se levantaba sin fuerzas y cansado de las trabas que aquella loca familia le iba poniendo en el camino hacia Cristina. Sin embargo, no podía amedrentarse pues ese día las clases comenzaban al fin. Un nuevo grupo de alumnos llegaría al instituto para chicos y debía mostrarse profesional y cercano. Necesitaba que sus alumnos se volcaran con la asignatura para mostrarle a su nuevo jefe, el director del centro, que era el mejor en su materia. Que no se habían equivocado al contratarle y que los fantasmas del pasado eran solo eso, fantasmas.

Se levantó sin ganas de la cama, se duchó, afeitó y preparó para un nuevo día, el primero de su nueva vida. Se repitió una y otra vez que todo saldría bien, que debía hacerse a la idea de que Cristina seguía encerrada en aquella habitación en casa de sus padres y que podrían aguantar unos meses más sin verse. Seguirían hablando por correo electrónico y, si todo iba bien, podría ir a visitarla en vacaciones de navidad o semana santa. Poco a poco la

tristeza que le había mellado durante estos últimos días fue desapareciendo y, con aquella nueva actitud, se acercó hasta el armario y cogió uno de los trajes. Aún hacía calor por lo que la americana quedó colgada en la misma percha y tan solo puso los pantalones y una camisa de manga larga que arremangó hasta el antebrazo. Sin corbata, para qué, pensó.

Cogió su maletín y, tras comprobar que llevaba todo el material para su primera clase, salió de su habitación para dirigirse hasta la cafetería de siempre donde esperaba encontrarse con su compañero y amigo Raúl.



Tras el desayuno, Diego decidió irse a la sala de profesores pues, aquel día, su primera clase no comenzaría hasta las diez menos cuarto. Le tocaba los chicos que comenzaban secundaria por lo que vaticinó que serían jóvenes asustadizos con expectativas demasiado altas. Sería una clase fácil. Ya en la sala de profesores, Diego abrió el ordenador portátil que llevaba consigo. Era uno de esos pequeños que ocupan poco más que la mitad que un portátil normal, pero para el uso que le daba era más que suficiente. Inició la sesión y esperó a que se conectara al wifi del centro. Mientras anduvo comprobando el libro de primer curso, leyó una vez más el primer tema y subrayó algunas frases que le vendrían bien para introducir la materia. Al fin el icono de internet le daba a entender a Diego que la red estaba

en funcionamiento. Abrió su correo para ver si tenía alguna novedad, pero solo vio correos relacionados con el trabajo y poco más. Nada de Cristina. Era horrible no saber nada de ella, de eso estaba segura. Al pobre se le veía entristecer cada vez que buscaba en su buzón alguna entrada de mi amiga para descubrir que no había nada. No le reprochaba nada, imaginaba que en el lugar al que le hubieran mandado no tendría internet, o no le dejarían usarlo. Sin embargo, decidió una vez más ser él quien le escribiera.

“Hola Cristina;

¿Cómo estás? Espero que allá donde tu familia te haya mandado sea un lugar más agradable que éste. Necesito saber de ti. Necesito saber que estás bien pues pensar que estés sufriendo me reconcome por dentro. Me odio a mí mismo por no haberte podido ayudar, de haber sido tan imbécil de haber confiado en tu hermano y en tu madre. ¿Cómo no pude prever sus intenciones? Te juro, cariño mío, que de un modo u otro conseguiré sacarte de donde estés y que regreses a mi lado.

Siempre tuyo.

Diego.”

–Ejem. –un carraspeo desde la puerta llamó su atención. Se giró y vio a Raúl apoyado en el marco de la puerta– ¿Qué haces?

–Nada, estaba escribiéndole un correo a Cristina.

–¿Otro más? –preguntó Raúl acercándose hasta su amigo y sentándose

en una silla contigua— ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que se fue?

—No llega a una semana, pero se me está haciendo eterno. Además, no me quito de la cabeza que quizás si yo hubiera estado más atento, pendiente de ella, todo esto no hubiera sucedido. —respiró profundo y continuó— Y, sobre todo, la pérdida del bebé. No te imaginas lo que supuso para mí no poder despedirme de él. Ni siquiera me dejaron verle y yo, yo no puedo más.

—¿Un momento? ¿Nunca llegaste a ver a tu hijo?

—Qué va. No me dejaban ni verla a ella. —contestó Diego sin tener ni idea de por dónde iba su amigo.

—¿Y cómo sabes que murió? —Diego le miró perplejo ante aquella pregunta, seguro que jamás se había planteado aquello— Sí, ya sé que tu amiga, esa tal Vanessa te lo confirmó, pero...quiero decir, ¿cómo puedes estar tan seguro? —Raúl apartó la mirada de Diego, daba la impresión de que estaba haciendo conjeturas sin saber, pero estaba más acertado de lo que él mismo imaginaba.

—No creo que esa familia sea tan retorcida como para mentir en una cosa así. Son una familia religiosa y muy católica. —Diego negó con la cabeza— No, no creo que sean capaces de algo así.

—Está bien, entonces respóndeme a una sola pregunta. —Raúl miró directamente a los ojos de su amigo— Si tan católicos son como dices deberían haber enterrado al niño, ¿no crees? Pues dime, ¿dónde está enterrado tu hijo?



CAPÍTULO 8

CRISTINA

–Muy bien chicas, la clase ha terminado. Podéis salir. –sentenció la profesora al finalizar la clase– Cristina, por favor, usted espere aquí. Cristina esperó a que el resto de sus compañeras abandonaran el aula, llevaba tan solo un par de días y, entre eso y que era la nueva se sentía un tanto desplazada. Además, se tenía que quedar todos los días una hora más para perfeccionar su inglés y que aquello no fuera un impedimento para aprobar el curso. Debía ser espantoso vagar por el centro sin que nadie se atreviera a acercarse a ti, encima para cuando ella salía por fin de las clases, el resto de las alumnas ya habían salido a donde quiera que fueran.

Terminó su segunda clase de inglés y con ella su tercer día en aquel lugar. Echaba tanto de menos a Diego, a Vanessa y Jimena, incluso me atrevería a decir que a Violeta a pesar de sus locuras transitorias. Recogió sus cosas del pupitre y las metió en la mochila para después ir hasta su habitación, con suerte sus compañeras se abrían marchado ya y podría disfrutar de unos momentos de soledad. Paseó sin prisa por aquel patio enorme rodeado de edificios y vegetación hasta llegar a la residencia, por el camino vio como

otras alumnas se marchaban en grupos riendo y hablando ajenas a su presencia. Al llegar ni siquiera se planteó coger el cómodo ascensor, le apetecía andar, aunque fuera subiendo las escaleras. Era la primera vez que elegía aquel camino por lo que pudo comprobar pequeñas cosas que antes le habían pasado desapercibidas o que, simplemente, ni siquiera había visto. En cada rellano habían dispuesto varios sillones alrededor de sendas mesas de té a modo de salón de estar o de reunión, todas estaban enfrentadas a grandes ventanales que hasta ahora no había visto. Éstos, a su vez, estaban flanqueados por dos pequeñas palmeras de tronco más bien grueso. Siguió subiendo peldaños y un olor salino le recordó al primer día que llegó a California, ese olor a océano, a playa le embriagaba. Llegó por fin a su habitación y, como era de esperar, estaba totalmente vacío de alumnas. Dejó sus cosas bien colocadas en la mesa del centro, en el cuadrante que el resto de compañeras le habían adjudicado, en verdad no tenía ningún problema en la forma en que ellas se repartieron la habitación, de hecho, fueron bastante equitativas en todos los sentidos.

Decidió que sería mejor pegarse una ducha y despejarse un poco, después, quizás, iría a la biblioteca en busca de alguna de sus novelas favoritas por si la tuvieran en inglés y así poder ir cogiendo práctica y soltura en el idioma. Buscó en el perchero que tenía al lado de su armario el albornoz, las chanclas que tenía justo a los pies, cogió el gel y el champú y se dirigió

hasta las duchas.

Los baños eran comunitarios pero independientes a su vez. Era una amplia habitación donde las duchas se encontraban separadas en habitáculos individuales e independientes, cada uno con su puerta, una silla de plástico y un par de ganchos donde colgar la toalla o el albornoz o lo que a cada uno le diese la gana. Se recreó en sobremanera bajo el agua, el ruido de ésta al salir de la ducha y el golpear contra el suelo conseguía envolver a Cristina en una especie de burbuja que la apartaba del mundo exterior. Sin querer, como si de un torrente se tratara, mi amiga comenzó a llorar sin consuelo. Yo imaginé que

se sentía tan protegida allí dentro que pensó que nadie la escucharía. Las lágrimas brotaban de sus ojos sin consuelo, intentaba retenerse de vez en cuando, pero necesitaba llorar, soltar todo lo que tenía dentro hasta que ellas mismas decidieron no salir más.

Cuando ya, más o menos, estuvo calmada terminó de lavarse el pelo y salió despacio, como si temiera que alguien la hubiese escuchado. Cogió sus cosas y se acercó hasta las pilas que había un poco más al centro y se miró en uno de los espejos que había sobre ellas. Tenía los ojos hinchados y rojos por el sofoco que había tenido minutos antes. Respiró hondo salió cabizbaja hasta su habitación con la esperanza de no encontrarse con nadie por los pasillos que pudiera verla en aquel estado. Por suerte consiguió su objetivo, tampoco

le sorprendió pues, a esas horas pocas chicas solían haber por allí.

Por suerte mi amiga no era de esas chicas que se hunden sin luchar, siempre había tenido una fuerza sobrehumana para anteponerse a casi todas las trabas que la vida podía ponerle. Decidida cogió el primer vestido veraniego que encontró al abrir su armario, unas sandalias y su bolso era todo lo que necesitaba. Salió de la habitación y recorrió aquel pasillo desierto hasta llegar de nuevo a las escaleras. Otra vez ese olor a mar inundó sus fosas nasales llenando sus pulmones por completo. Cerró los ojos por unos instantes para recrearse en aquella sensación para después proseguir con su camino.

Salió de la residencia más animada, supongo que pensaría que llorar ya no le servía de nada y, en verdad, tenía razón. Tan solo era un año, ¿no?

Se dirigió hasta el edificio donde se encontraban las salas comunes en busca de su ansiada biblioteca. Justo al entrar había un gracioso panel con señales que indicaban las distintas zonas. Las señales simulaban aquellas viejas estacas clavadas en el suelo en las que unas placas de madera, con forma de flecha, indicaban la dirección que había que tomar para ir a un lugar u otro. Buscó la biblioteca y siguió la dirección marcada.

Cristina llegó hasta el final del pasillo donde una puerta doble cerraba el paso. Era una puerta de considerables dimensiones, debía medir al menos cuatro metros en punto más alto. Tenía forma de arco y, justo donde acababa el semicírculo se encontraban las hojas de madera blancas, de hecho, toda la

puerta era de eso mismo color puro. En el semicírculo se dibujaba una especie de sol naciente cuyos rayos estaban hechos también de madera y, entre rayo y rayo un cristal blanquecino cubría la superficie. Mi amiga abrió con sigilo la puerta y asomó su cabeza con cautela. Aquella sala estaba en completo silencio, entró y descubrió que justo al entrar, a la derecha, se encontraba una chica sentada tras una mesa.

–Buenas tardes. –saludó Cristina.

–Buenas tardes, ¿es usted alumna? –preguntó aquella con amabilidad.

Al ver que Cristina afirmaba con la cabeza le preguntó– ¿Puedo ver su carnet de estudiante?

Cristina le mostró aquella tarjeta, la chica, que debía ser la bibliotecaria, por cierto, nada que ver con Lady Stanford, le sonrió y le invitó a pasar. Cuando entró tanto mi amiga como yo nos quedamos impresionadas. Aquel lugar engañaba desde fuera pues su interior era impresionante.

Montones de librerías recorrían las paredes sin dejar ni un solo hueco. Éstas eran también lacadas en blanco, un blanco roto que hacía de aquella habitación un hermoso santuario de la literatura. Cristina recorrió todos y cada uno de los pasillos de aquel lugar recreándose en cada título, para su sorpresa había casi los mismos títulos en castellano que en inglés, claro que el segundo idioma superaba al primero, pero allí tenía libros suficientes para olvidarse del mundo durante ese año entero y más.

Sin embargo, aún le quedaba una sorpresa mejor, la biblioteca parecía estar dividida en tres sectores principales, una antesala, por llamarlo de algún modo, en la que se encontraba la bibliotecaria y un par de mesas grandes para estudio con varias sillas alrededor de cada una; también, tenía un par de pequeñas estanterías con revistas y periódicos. Esta sala quedaba cerrada por un tabique que, aunque no llegaba hasta el techo, no dejaba ver lo que había a continuación. Después, se encontraba la colección de libros, es decir, la biblioteca en sí. Enorme, por cierto. Comprendía el espacio más grande de los tres, estaba dividido en varios pasillos donde se disponían los libros por materias, como las estanterías eran tan altas, todas tenían una escalera que se enganchaba a una barra y se movía de una punta a otra del pasillo como un carrusel. Tras pasar esta estancia que nos había enamorado venía lo mejor, subiendo unas escaleras se llegaba a una terraza totalmente cerrada por un grueso cristal, tan transparente que podías ver el mundo a través de él. Allí, en aquel lugar tan idílico donde podías ver la inmensidad del océano, su playa y su vegetación, se encontraba la sala de lectura y estudio. Lo primero que pensé cuando vi aquella maravilla arquitectónica fue, ¿cómo narices podían estudiar aquellas chicas en ese lugar? Estaba convencida de que si hubiera ido a aquel instituto aún seguiría allí, sin salir, mirando todo el tiempo hacia el océano. Había varios apartados dispuestos del mismo modo que los rellanos de la residencia: una mesa de té rodeada de cuatro o cinco sillones. Éstos se

encontraban todos orientados hacia el exterior mientras que las mesas de estudio ocupaban un segundo lugar. En aquel mismo instante Cristina decidió que aquel lugar sería su refugio.

Bajó de la sala de estudio en busca de un par de libros que ojear, casi cogió los primeros que vio pues deseaba sentarse en uno de esos sillones para evadirse del mundo en su lectura y la cálida luz del sol. Cuando volvió a subir se percató de algo que no había visto la primera vez. En una esquina, algo más escondida que el resto de la sala, había una serie de ordenadores pegados a la pared. Cristina se acercó y encendió uno de ellos, no pedía ni usuario ni contraseña. Probó suerte clicando en el icono de internet esperando que éste funcionara, hacía tanto tiempo que no sabía nada de sus amigas, nada de Diego. Al fin la pantalla le indicó que sí tenía acceso a la red y se precipitó a entrar en su correo electrónico, deseaba contarle a Diego todo aquello. Prefería contarle su gran descubrimiento antes que preocuparle con su berrinche de la ducha.

Una sonrisa se dibujó de nuevo en el rostro de mi amiga cuando vio que en la bandeja de entrada tenía varios mensajes de su querido profesor. Abrió todos y cada uno leyéndolos con ilusión, por alguna razón ver como Diego se preocupaba de aquella forma por ella le hacía sentir la chica más especial del mundo. En seguida se puso manos a la obra y se dedicó a escribirle, le contó todo lo que había visto, el lugar donde se encontraba y lo

mucho que le echaba de menos pero nunca le contó lo desdichada que se sentía al encontrarse a tantos y tantos kilómetros de casa.

–Hola. –dijo una voz a su espalda. Al girarse Cristina descubrió a una chica de piel blanca y melena oscura, sus ojos eran como el agua del océano, profundos y de un verde oscuro e intenso– Disculpa que te moleste, ¿te llamas Cristina, ¿verdad? Yo me llamo Rachel, vamos juntas a clase.



CAPÍTULO 9

DIEGO

La vida le estaba dando una segunda oportunidad y no pensaba desperdiciarla. Por un momento pensó en contarle a Cristina sus dudas, pero tras leer el correo que ésta le envió, no quiso más que alentarla a continuar con sus estudios. Aquel viaje debía ser una experiencia positiva para poderla recordar después. Sacarse allí los estudios podía significar una oportunidad única para la persona que más quería y no podía ser él quien, por segunda vez, le arruinara la vida.

Estaba en realidad feliz por el rumbo que estaba tomando su vida, si todo salía bien, pronto estarían todos juntos y eso era lo único que le importaba. El pobre no sabía qué le iba a deparar ese futuro incierto.

Tras hablar con Raúl, una horrible sensación le atormentaba cada noche, ¿y si tuviera razón? Necesitaba hablar con alguien de todo aquello. Esa misma tarde había quedado con, su ya buena amiga, Vanessa. Le sorprendía la madurez de aquella chica a pesar de la edad que tenía. Podía hablar con ella de casi cualquier cosa sin temor a que ésta le juzgara. Diego se puso unos vaqueros y un polo de manga corta rojo. Esta vez prefirió coger el transporte público, un autobús que salía, desde el instituto hasta la ciudad, media hora después del término de clases, y regresaba a las nueve de la noche. Le apetecía sentarse en uno de esos asientos que daban a la ventana y observar el paisaje mientras ponía en orden toda la información de la que disponía. De pronto el teléfono móvil le vibró dándole un susto de muerte. Era un mensaje de Vanessa, le decía que ya estaba en la cafetería de siempre y, que se había adelantado para ir a una librería cercana en busca de un manual que le habían recomendado en la Universidad. Era curioso como pasaba el tiempo, mis amigas, quienes hacía tan solo un año jugaban como crías, ahora eran universitarias. Cuanto habría dado por llegar a ese momento y saber qué significaba, pero así era la vida, o la muerte. Aunque pronto Diego, Vanessa y hasta yo misma, descubriríamos que no todo fue culpa del destino. No tardó más de quince minutos en llegar a su parada correspondiente. Bajó sólo, pues pocos habían tomado aquel transporte, y ninguno había llegado

tan lejos. Paseó hasta el final de la calle donde un paso de peatones le invitó a cruzar al otro lado. La cafetería se encontraba a un par de manzanas en aquella misma dirección y no tardó en divisar a Vanessa tras el cristal. Se encontraba enfrascada en su nuevo libro, ojeando con rapidez todas sus páginas en busca de algo que llamara su atención, miraba las fotos y leía los pies de página en busca de aclaraciones sobre dichas imágenes. Ni siquiera se percató de que Diego estaba ya sentándose en la silla que había quedado libre justo a su lado.

–Que aplicada te veo.

–Perdóname Diego, no me di cuenta. –contestó Vanessa mientras cerraba su libro con cuidado– ¿Cómo estás?

–Pues no tan bien como esperaba, necesito ponerte al día de algo increíble.

–¿Increíble? Ya no sé qué más nos puede sorprender.

–Te aseguro que esto te dejará muda. –tras decir aquellas palabras hizo un gesto a la camarera para que se acercara– ¿Podrías traerme un limón granizado, por favor?

–Por supuesto.

–Gracias. –y regresando a Vanessa continuó– Verás, ayer estuve hablando con mi amigo Raúl, ¿te acuerdas?

–Sí, el de Matemáticas.

–Ese. El caso es que me dijo algo que me heló la sangre. –cayó un

momento para observar a Vanessa y comprobar que le prestaba atención, lo que Diego no sabía es que su nueva amiga tenía una noticia aún mejor– Me dio a entender que quizás Cristina no perdiera al bebé. Verás, sé que es una locura, pero, ¿y si fuera cierto?

Vanessa enmudeció, se quedó blanca ante la expresión de incertidumbre de Diego. Él no entendía nada, no sabía porque el rostro de Vanessa expresaba aquella sorpresa, como si hubiera visto un fantasma. Curiosa expresión si hubiera sabido lo que venía después.

–¿Estás bien? –preguntó Diego extrañado.

–Diego, necesito hablar contigo, creo que vas a pensar que estoy loca, pero nada más allá de la realidad.

–No te entiendo.

–Aquí tiene su limón granizado. Que aproveche. –interrumpió la camarera posando sobre la mesa un gran vaso que rebosaba limón y largándose por el mismo camino por el que había venido.

–Es un poco difícil contar esto, sobre todo si tienes en cuenta que llevo huyendo de esta locura desde hace mucho tiempo. De hecho, preferiría contártelo lejos de estas paredes.

–Pero, ¿y si nos ven?

–No creo que eso tenga ya importancia.

Ante la rotundidad con la que Vanessa había hablado Diego no

discutió, al revés, pidió inmediatamente que le volcaran su brebaje en un vaso para llevar. Vanessa prefirió no llevarse nada, su estómago se había cerrado y su garganta amenazaba con hacer exactamente lo mismo si aquello no salía como esperaba.

Ambos salieron de la cafetería y se dirigieron dando un paseo a un parque cercano. Era un parque enorme donde Vanessa solía esconderse para pensar. Entraron por una de las puertas principales y siguieron un sendero de piedrecitas que esquivaba islas de vegetación. Al fondo se veía un pequeño estanque lleno de patos y peces de colores. Un hombre de avanzada edad echaba pan duro a los animales que se aglutinaban cerca de él para conseguir sus trocitos de aquel ansiado manjar. Justo al otro lado de aquel señor, había un banco cobijado bajo las ramas de un hermoso sauce que casi cubría los rostros de quienes allí se sentaran. Era un lugar perfecto, retirado y tranquilo. Diego cedió a Vanessa el paso para que ella se sentara primero y él le siguió después. Ella estaba cabizbaja, tenía los ojos humedecidos y rojos, se notaba que trataba por todos los medios no romper a llorar. Diego, que siempre había sido un tipo atento, posó su mano en el hombro de su amiga no sin miedo a quien pudiera malinterpretar aquel gesto. Por suerte nadie les vio. Al fin Vanessa alzó su mirada y llenó sus pulmones de aire, repitió hasta cuatro veces aquella inspiración con su posterior expiración. Se calmó y comenzó hablar. Sus palabras iban dirigidas a Diego, de eso no cabía duda,

pero su mirada se dirigía a ninguna parte, como si mirar a su interlocutor supusiera perder el hilo de su monólogo.

–No sé cómo empezar esta historia, es un tanto complicado y creo que no se la he contado a nadie desde que estoy aquí.

–Tranquila, ¿quién soy yo para juzgarte? –quiso tranquilizarla mientras sujetaba su mano con dulzura, como si de un hermano se tratara.

–La verdadera razón por la que vine a esta ciudad no tiene nada que ver con la separación de mis padres, aunque sí la causa de su separación. – respiró para hacer una pausa– Verás, cuando era pequeña conocí a una niña de mi edad con la que compartía todos mis secretos, todos mis juegos. Éramos inseparables, tanto que la mayoría de veces se quedaba a dormir en casa. Se llamaba Marta, aunque todos la llamaban Martita. Era estupenda, siempre con su sonrisa y esos ojos del color del cielo, tan brillantes y llenos de ilusión. Un día, cuando Martita y yo estábamos en mi habitación leyendo un libro, Peter Pan para ser exactos. – Sonrió Vanessa ante el recuerdo. – Mi madre entró en la habitación, me vio junto a ella, hablando y riendo. Al verla me giré y la saludé como siempre pero su rostro, su semblante cambió al instante. Al descubrir hacia donde miraba le dije que era Martita, mi amiga era quien leía el cuento, pero para mi sorpresa mi madre no consiguió verla. Me obligó a salir de la habitación a toda velocidad para cerrar tras de mí la puerta. Me cogió en brazos y bajamos corriendo hasta el comedor donde mi padre veía

tranquilamente la televisión. Mi madre, entre jadeos, le contó que había algo en la habitación que movía las hojas del cuento, que éste levitaba a mi lado. Sin mediar más palabras ambos acordaron que aquella noche dormirían en casa de mis abuelos y al día siguiente comenzarían a buscar un nuevo hogar.

–¿Era un fantasma? –preguntó con incredulidad Diego.

–Un espíritu más bien. Al principio mis padres creyeron que era una amiga imaginaria y yo no le di mayor importancia, pensaba que me lo decían para fastidiarme. Realmente creía que Martita era una niña de verdad y en su día lo fue, supongo. No pude despedirme de ella, ni siquiera supe que le pasó.

–Pero, no entiendo. ¿Por qué me cuentas todo esto?

–Todo a su tiempo. Necesito contarle todo desde el principio. –

Vanessa esperó el consentimiento de Diego para continuar– Tras aquello nos fuimos a otra casa, en otro pueblo y todo parecía haber vuelto a la normalidad. Pasaron un par de años y descubrí a un hombre que cada día permanecía en el mismo sitio, apoyado en la pared, como si esperar a alguien. Vestía con ropas iguales a las de las fotos esas que se encuentran en los desvanes de los abuelos, me parecía extraño. Un día le pregunté a mi padre sobre aquel hombre, él parecía no ver a nadie y me preguntó por él. Le conté todo lo que veía y él simplemente me escuchó. Poco a poco aquellas personas a las que nadie veía se iban haciendo más y más patentes en mi vida, hasta que no pude soportarlo más. Cada día iba al colegio sin mirar a ningún lado, sin desviar la

mirada del suelo por medio a encontrarme a quien ya no se encontraba entre nosotros. De forma física claro. Mis padres vieron cómo me iba apagando poco a poco, dejé de salir con mis amigas y me pasaba el día con la televisión o la radio encendida para no escuchar sus voces. Buscaba por internet a gente como yo que pudiera ayudarme, la mayoría eran falsos brujos o médiums que solo buscaban sacar el dinero de los pobres que buscaban su consejo. Sin embargo, un día di con la persona adecuada. Una mujer mayor, de unos setenta años que vivía en un pueblo cercano. Cogí el autobús y fui hasta su casa, aquella mujer me escuchó con detenimiento, sabía lo que me pasaba. Me dijo que ella, cuando era joven, tenía el mismo don. Una maldición le contradije yo. Ella simplemente me sonrió y me dijo que un día agradecería tener esta supuesta virtud que me diferenciaba de la gente normal. No obstante, me regaló este medallón que ella misma portaba en su cuello. Me dijo que me ayudaría a soportar todo esto, que dejaría de ver lo que no quería ver. Casi al instante dejé de ver tantos espíritus a mi alrededor, tan solo alguno parecía romper la barrera del amuleto. Sin embargo, no fui capaz de superar todo aquello y me consumí en una horrible depresión. Mi madre no fue capaz de soportar aquella situación y un día nos abandonó, me dijo que esperaba que algún día entendiera que ella era demasiado escéptica para estas cosas y que quizás, podría llegar a perdonarla. Pues bien, aún no he sido capaz.

–Perdóname Vanessa, pero es que estoy alucinado. –Diego trataba de

escuchar a su amiga sin ser demasiado escéptico, pero le resultaba bastante complicado.

–Ya imagino. El caso es que esta piedra no es demasiado efectiva y, aunque ya no hay tantas almas perdidas a mí alrededor, sigo escuchándolos. Al comenzar el instituto sucedió de nuevo y en el peor momento. Era la hora del almuerzo y yo había conseguido al fin un buen grupo de amigas y me sentía por

primera vez en mi vida parte de un todo. El caso es, que una voz comenzó a hablarme, era la madre de una de mis nuevas amigas. No hacía más que repetirme que necesitaba contarle algo y yo, como una idiota accedí. Le conté todo, pensé que la estaba ayudando, pero según ayudaba a una la otra se iba alejando de mí. Al día siguiente todo el mundo me miraba como un bicho raro y, entonces, mi padre decidió venir aquí.

–¿Me estás diciendo que hay un muerto rondándome? Porque no me haría mucha gracia por no decir que me está dando un poco de yuyu.

–Bueno, sí y no.

–No me ayudas.

–Hombre es que no es tan fácil.

–¿En serio? Después de todo lo que me has contado, ¿esto no es tan fácil? –dijo Diego poniendo sus ojos en blanco.

–Está bien. –suspiró– ¿Recuerdas a Aurora?

–¿La chica que se ahogó en el lago?

–Sí. Bueno pues desde que llegué he sentido su presencia y desde hace meses tengo cierta sensibilidad hacia ella.

–¿Sensibilidad?

–Sí, siento sus sentimientos y reacciones. Es extraño, nunca antes me había pasado. De hecho, desde hace unos días hay un sueño que se repite cada noche. Hay imágenes que se mezclan de una forma caótica. Todo empieza en una escapada al lago junto a Cristina, Violeta y Jimena, todas nos metemos en el agua y de pronto siento como mis pulmones se van encharcando poco a poco, miró hacia arriba y veo como unos ojos familiares me observan y dejan que me hunda en las aguas del lago. De pronto veo a Cristina, dormida en su habitación del hospital. Un niño llora, es un bebé recién nacido que agita sus bracitos tumbado en su cuna, unas manos lo cogen y lo calman. Se lo llevan de la habitación. Trato de evitarlo, pero no lo consigo y me despierto entre sollozos.

–No sé a dónde quieres llegar Vanessa, todo esto es un poco raro.

–¿No lo entiendes? Diego, creo que tu hijo está vivo.

–¿Por qué? Precisamente yo quería preguntarte por su entierro y dónde podía encontrarlo. –Diego estaba desconcertado, confuso. En su cabeza se formaban mil y una hipótesis sobre la desaparición del niño.

–No hubo entierro. Todos acatamos la noticia tal y como Beatriz nos la

contó. Además, creo que Aurora estuvo en el momento en el que el bebé desapareció de la habitación.

–¿Y lo del lago? No tendrá nada que ver con el bebé, ¿no?

–No, creo que es algo que sucedió aquel día, el día en el que Aurora perdió la vida. –desde luego sabía mucho más de lo que Vanessa pensaba en aquel momento– De hecho, creo que podremos sacar algo en claro cuando vayamos al hospital, seguro que allí conseguimos más información.

–Y Alberto, ¿no puedes hablar con él?

–Creo que no sabe nada. Cuando Beatriz nos dio la noticia creí que desfallecería al instante



CAPÍTULO 10

CRISTINA

Desde el mismo día en que Rachel habló por primera vez con Cristina en la biblioteca del internado, se hicieron inseparables. Rachel era una chica un año menor que Cristina, pero iban al mismo curso, no compartían habitación, pero no les hacía falta. Ella era hija de un exitoso magnate español y madre norteamericana, de Nebraska para ser más exactos. Como Cristina había llegado allí aquel año y no conocía a nadie, la única diferencia era su

inglés fluido que le hacía mucho más fácil entablar conversación con el resto de alumnas. Mi amiga, por el contrario, se sentía totalmente desplazada, no es que no entendiera a sus compañeras de clase, pues de otro modo no podría seguir el ritmo de las clases, sino que le daba vergüenza comunicarse con ellas en su idioma anglosajón.

Pasaron los días y su nueva amiga invitó a Cristina a dar una vuelta por el boulevard, cosa que a mi amiga le hizo especial ilusión. Si bien era cierto que disfrutaba en aquella enorme biblioteca de ensueño, también lo era que necesitaba salir de aquellas instalaciones por muy estupendas que fueran. Le apetecía mucho pasear por las calles y conocer los misterios que rodeaban el internado. Las dos amigas cogieron un autobús privado del centro, el cual hacía un par de viajes de ida a la ciudad y dos de vuelta. Cristina volvió a ver por la ventana aquellas palmeras que le dieron la bienvenida el primer día y con ellas regresó la melancolía. En su rostro se reflejó la tristeza que su corazón sentía, “como espejo del alma”, así solía decir mi abuela. Sus ojos se volvieron vidriosos y su nariz se encendió por intentar ocultar lo evidente, tanto lo era que hasta Rachel se dio cuenta.

–Cristina, ¿estás bien?

–Sí, no te preocupes, son cosas que pasan. –como pudo se limpió los ojos y sonrió– Hoy nos toca disfrutar de esta tarde que bastante hemos tenido esta mañana.

Las dos amigas se referían a su profesora de física, era una mujer que poco le faltaba para alcanzar la jubilación y que tenía un carácter, digamos, un poquito especial. El caso fue que aquel día la señora tuvo la genial idea de hacerles un examen sorpresa, la parte buena era que sólo habían alcanzado a dar unos tres temas, la parte mala era que ninguna los había estudiado y, encima, contaba para la nota final. Pero ahí no había acabado la cosa, pues tampoco es que fuera algo como para fustigarse. A Cristina la expulsaron de clase con el correspondiente aviso a su madre, además no había sido culpa de mi amiga sino de una compañera que no la dejó en paz en prácticamente toda la prueba haciéndole preguntas que ni ella misma sabía responder. Esto podría ser una tontería para cualquier otra persona, pero conociendo a Cristina era de las peores cosas que le podrían haber pasado.

Al fin llegaron el autobús llegó a su parada de destino, Cristina casi no se había dado cuenta de que ya habían alcanzado la ciudad, ni siquiera reparó en el gran número de personas que paseaban por las calles mirando escaparates unos o corriendo otros. Lo que sí tenían todos en común eran sus ropas, vestían siempre con pantalones cortos y camisetas, o vestidos frescos. El sol era un mal, o un bien según se mire, con el que aquellas personas convivían casi todo el año. Mi amiga pensó que lo primero que debía buscar era un lugar en el que vendieran protección solar cien mil porque en un par de horas se convertiría en una especie de gamba carbonizada.

Rachel y ella recorrieron la avenida principal donde se encontraban las grandes tiendas de conocidas marcas de ropa, zapatos, bolsos y demás complementos. La verdad que todo aquel lujo era poco menos que abrumador, pero a las chicas les encantaba. Ambas pensaron que sería ideal irse de allí, al menos, con un par de conjuntos para salir el fin de semana, aunque fuera a tomar una copa y regresar a la residencia.

La primera tienda en la que entraron parecía un club con estilo, una chica un par de años mayor que ellas se les acercó con una sonrisa desproporcionada.

–Buenas tardes, ¿puedo ayudarlas?

–Sí, nos gustaría encontrar un vestido de coctel, fresco y de corte divertido. –dijo Rachel como si pasara cada día en aquella tienda.

–Muy bien, ¿y usted?

–La verdad que yo no sé muy bien que busco. –contestó Cristina quien no era muy dada a la moda, cosa que no quería decir que no le gustara comprarse ropa y probarse modelitos de vez en cuando.

–No se preocupe, creo que tengo algo perfecto para usted. –dijo la dependienta y ofreciéndoles asiento en sendos sillones de diseño continuó–
¿Quieren tomar algo mientras les saco los modelos de los que disponemos?

–Sí, tráiganos un par copas de lo primero que se le ocurra, eso sí, que sea bien fresco. –dijo Rachel tomando de nuevo la iniciativa. Después,

dirigiéndose a Cristina preguntó— ¿Qué te parece este lugar?

—Abrumador. Sí, esa es la palabra. —ambas amigas rieron al unísono.

Al verlas eché de menos aquellas tardes de risas y compras con Cristina. Recordé un día en concreto en el que fuimos juntas a una de esas tiendas de moda donde la música estaba a tal volumen que a una le entraban ganas de pedir una copa en la caja. El caso fue que, una vez cogimos tantas prendas como se nos permitía, entramos a los probadores. Cristina se probó unos pantalones vaqueros que le quedaban estupendamente y, justo cuando se los estaba quitando para volver a ponerse su ropa, se cayó al suelo el cacharrito ese con tinta roja que pita al salir por la puerta. Las dos nos quedamos mirándonos y antes de que a Cris se le ocurriera arrepentirse, metí los pantalones en mi mochila y, como la conocía bastante bien, la obligué a salir delante de mí sin mirar atrás. Después, salí yo con nuestro botín cual pirata satisfecho de su tesoro recién obtenido. Echaba tanto de menos todo aquello...

En fin, la dependienta no tardó mucho en regresar con dos copas con muy buena pinta. Cristina lo probó recelosa para descubrir que no era más que agua con gas, un poco de limón y menta, un par de cubitos de hielo y dos rodajitas de lima. Mi amiga sonrió al darse cuenta de lo absurdo que había sido pensar que le traerían cualquier bebida que tuviera un mínimo de alcohol. Acto seguido, la joven que les estaba atendiendo volvió con una de

esas barras con ruedas donde cuelgan montones de modelos para trasladarlos de un lugar a otro sin apenas esfuerzo.

–Bueno chicas, aquí os traigo unos cuantos modelitos para que os probéis.

La chica de la tienda le ofreció un par de trajes a cada una para que se los llevaran a los probadores. Los vestidos iban metidos dentro de unas fundas opacas que no dejaban ver nada de su interior hasta que no abrías la cremallera. Cristina cogió sus vestidos y siguió a Rachel y a la dependienta hasta los probadores, donde esta última le indicó a cada una por qué puerta debían entrar. Si la tienda era increíble, los probadores eran alucinantes. De hecho, me parecían extremadamente grandes para una única persona y, tanto mi

amiga como Rachel, debieron pensar lo mismo porque no tardaron ni medio minuto en juntarse en un único probador. Éste era lo suficientemente grande como para albergar en su interior un sofá de dos plazas, una mesita y una alfombra redonda y gigante de color beige. Me sorprendió lo limpia que estaba la alfombra esa, para mí que la cambiaban cada vez que un cliente salía por la puerta.

Cristina sacó el primer vestido de su funda y, al ver su color pistacho, una ola de sentimientos la inundó. De pronto recordó aquella noche en la que se atrevió a hablar con Diego por primera vez. Recordó la música que sonaba

cuando él la invitó a bailar. Recordó el aroma que flotaba suspendido en el aire al salir al patio del internado. Recordó cuanto le echaba de menos.

Echaba de menos sus ojos de un intenso verde que resaltaban sobre su tez morena. Echaba de menos sus labios dulces y tiernos. Echaba de menos sentir sus brazos cuando la abrazaba y la reconfortaba en los momentos de debilidad.

–Cristina, ¿estás bien? –preguntó Rachel.

–Sí, es solo que echo de menos a alguien. –contestó Cristina con añoranza.

Sin dejar que las lágrimas empañaran sus ojos guardó de inmediato aquel vestido lleno de recuerdos y abrió la siguiente funda. Esta vez se encontró con un conjunto de dos piezas muy veraniego. Era una falda corta, con un poco de vuelo y de color azul celeste muy suave. La parte de arriba era una camiseta de tirante fino, del mismo material que la falda, pero de color blanco y con un par de grandes flores celestes en un costado. La verdad era que le quedaba perfecto y, como no tenía otra cosa en la que gastarse el dinero que su madre le transfería cada semana, decidió comprarlo. También adquirió unos zapatos de tacón bajo y sin puntera de color azul claro.

Las dos amigas salieron de la tienda más que contentas por sus compras. Con dos enormes bolsas cada una decidieron dar una vuelta por el paseo marítimo e ir a tomar un refresco en alguna terraza. El día estaba siendo de lo más entretenido para Cristina que había conseguido durante casi toda la

tarde olvidar sus penas. Al fin vieron una terraza desde donde podían ver el océano en su magnitud sin ser molestadas, pues no había mucha gente.

–Hola chicas, ¿qué os traigo? –el camarero era un chaval un par de años mayor que Cristina. Era el típico californiano, moreno, ojos azules y pelo

castaño muy claro y, sinceramente, una sonrisa de infarto.

–Para mí una cola, por favor. –pidió Rachel.

–Yo solo quiero una botellita de agua muy fría. –dijo Cristina–

Gracias.

–Madre mía como está el camarero.

–Es guapo sí.

–¿Guapo? Está buenísimo. –Rachel no paraba de mirar al interior del local buscando a su recién adquirido amor– Creo que me he enamorado.

–¿En serio?

–Pero tú tienes ojos en la cara, ¿verdad?

–Vale sí, está bueno.

–¿Quién está bueno? –preguntó de pronto el camarero con una sonrisa que reflejaba que había escuchado gran parte de la conversación.

–¿Qué? No, nada. –contestó Cristina roja como un tomate.

–Te digo que a ese chico le gustas. –dijo divertida Rachel cuando el camarero ya se había marchado.

–¡Qué va! No digas tonterías y bebe. Además, yo ya tengo novio te recuerdo.

–¿Quién? ¿El profesor ese? Mira Cris, no te lo tomes a mal, pero tu profesor no creo que te espere, ni siquiera sabe si regresarás y, en caso de que lo hagas, ¿quién le asegura que tu familia le dejará regresar a ti?

–No, eso no sucederá. Me escaparé si es necesario. – Aunque no quería, los ojos de Cristina se pusieron vidriosos contra su voluntad. Rachel se dio cuenta enseguida del dolor que le causaba aquella situación a su nueva amiga y, posó su mano sobre la de Cristina. – Gracias. – Contestó mi amiga.



El día anterior había sido estupendo, hacía tanto tiempo que no salía, que haber ido simplemente de compras, le había liberado de nuevo. Quizás era eso lo que le faltaba, salir de allí, correr. Sí, correr le aliviaría. Tras las clases fue con rapidez hasta su habitación, buscó entre sus cosas hasta encontrar sus viejas zapatillas runner de vivos colores, buscó unos pantalones cortos y su camiseta deportiva y, sin tiempo de pensárselo dos veces salió a correr.

Hacía un día increíble, el tiempo en aquel lugar acompañaba a la perfección para entrenar. Echaba de menos su equipo, a su gente, a sus amigas. Días antes había preguntado dónde podía hacer un poco de deporte y le

explicaron que allí había unas buenas instalaciones deportivas. Fue a un ritmo suave hasta llegar a las pistas donde descubrió a un grupo de chicas haciendo series de velocidad. Curiosa, se acercó hasta quien parecía ser la entrenadora.

–Buenas tardes. –saludó con respeto.

–Hola, ¿quién eres? No te había visto antes por aquí.

–Me llamo Cristina, soy una alumna nueva.

–Muy bien y, ¿qué quieres? –preguntó la entrenadora quien volvió a dirigir la mirada hacia la pista para dar un par de directrices a su equipo.

–Sé que ya es tarde para apuntarme, pero puesto que yo pertenecía al equipo de atletismo de mi anterior instituto he pensado, que quizás pudiera entrenar con ustedes. Ni siquiera tendría que enviarme a las competiciones, pero me gustaría entrenar de nuevo.

La entrenadora miró de arriba abajo a Cristina y, tras no pensárselo demasiado, le dejó entrenar junto al equipo esa tarde. Se notaba que mi amiga estaba algo desentrenada, pero a pesar de ello, consiguió demostrar quién fue en su día.

–Chica nueva. –gritó la entrenadora al acabar el entrenamiento– Si realmente quieres pertenecer a este equipo, ven mañana tras las clases, te estaré esperando.

–¿En serio? ¡Muchísimas gracias!

–Sé puntual. –sentenció dando por finalizada la conversación.



CAPÍTULO 11

DIEGO

Tras varios intentos al fin habían conseguido cita con la administración del hospital. Tanto Diego como Vanessa necesitaban encontrar la partida de nacimiento del bebé y descubrir, si así fuera, a quién había sido dado. Diego temblaba al pensar que su pequeño estuviera en algún centro de adopción, tan pequeño y solo. Deseaba con todas sus fuerzas encontrarle. No podía imaginar lo que aquella pobre criatura estaría sufriendo sin unos padres que le dieran ese calor fraternal que tanto necesitan los recién nacidos. Le dolía pensar cómo se sentiría su hijo cuando por instinto buscaba el latir del corazón materno y nunca lo encontraba. Sí, Diego estaba en lo cierto, su hijo sufría por no encontrar ese abrazo.

–Buenos días. –saludó la chica de recepción– ¿En qué puedo ayudarles?

–Buenos días, soy Diego. Hablé con usted hace un par de días.

–Sí, le recuerdo. Espere un momento y, en cuanto pueda pasar le avisaré.

–Muchas gracias.

Se fueron a lo que parecía ser la zona de espera. Una esquina con cinco sillones y una mesa de cristal en la que reposaban unas pocas revistas.

El lugar era un tanto austero, sin flores ni cuadros ni nada. No pasaron ni cinco

minutos cuando la chica de recepción comunicó a Diego que ya podía pasar.

–Buenos días. Mi nombre es Pilar García, ¿en qué puedo ayudarles? –

aquella mujer tendría alrededor de cuarenta años, un pelo castaño y brillante recogido en una coleta alta y unos ojos, color miel, enormes.

–Hola Pilar, soy Diego De la cruz. Llamé hace un par de días en relación a un recién nacido desaparecido.

–¿Desaparecido?

–Así es. –intervino Vanessa.

–¿Y usted es...? – preguntó la mujer enarcando una ceja como si acabara de descubrir la presencia de Vanessa.

–Es una amiga y compañera de la madre de la criatura que buscamos. – contestó con audacia Diego.

–Ya. –contestó la mujer mirando a uno y a otro un par de veces– Bien, ¿cuándo dicen que sucedió esa supuesta desaparición?

–Hace cerca de dos meses. No recordamos la fecha exacta. –por supuesto, esa información era falsa pero no podían asegurar que los informes sobre el supuesto fallecimiento del bebé ser realizaran en el mismo día del

parto.

–¿Cómo se llamaba la parturienta?

–Cristina.

–¿Cristina qué más?

–Alcázar.

–Lo siento, pero no tenemos nada sobre ese parto fuera de la normalidad.

–Pero si ni siquiera ha mirado el ordenador. –levantó la voz Vanessa indignada.

–Disculpe señorita, pero sé muy bien qué sucede en este hospital y no hay nada que pueda yo hacer.

–¿Cómo que sabe muy bien qué pasa en este hospital? –preguntó Diego.

–No tengo más que contarles. Si me disculpan, debo recibir una llamada en el despacho contigo. –dijo mientras se levantaba. – Les agradecería que miraran nada del ordenador en mi ausencia y que, en cuanto puedan, se marchen– diciendo esto, la tal Pilar salió por la puerta.

–¿Qué ha querido decir? –preguntó Vanessa aún perpleja sin saber muy bien que pensar mientras Diego se levantaba como un rayo y bordeaba la mesa hasta ocupar el sitio de la administrativa– ¿Qué haces?

–Esto es increíble. Está todo aquí. –decía Diego sin apartar la mirada

de la pantalla. – ¡Nos ha dejado el expediente abierto!

–No puede ser.

Ve a la impresora. Rápido. –ordenó Diego mientras le daba a imprimir el documento– Deben salir diez páginas.

–Esto va muy lento. ¡Nos van a pillar!

–Anda ve a la puerta y comprueba que no viene nadie.

–Oigo pasos.

–¿Se acercan? Joder, que lento va esto.

–Sí. ¡Dios, nos van a pillar!

–¿Quieres callarte ya? Me estás poniendo histérico. –Diego miró hacia la impresora, contó siete hojas y la octava estaba saliendo.

–Diego, viene por la otra puerta. Hay que salir ya.

–Mierda. –dijo mientras cogía la última hoja antes de que ésta terminara de imprimirse.

Ambos huyeron de la oficina como si de espías de la KGB se tratara.

Vanessa hasta se puso sus gafas de sol ante la extraña mirada de la chica de recepción.

–Vanessa quítate las gafas que la gente te está mirando.

–Me reconocerán. –contestó en voz baja.

–¿Quién? ¿Tus fans? O te quitas las gafas o te coges un bastón que estás dando el cante.

A Vanessa le sorprendió que Diego pudiera tener esa capacidad de hacer sonreír en momentos como ese. Era curioso que, a pesar del dolor que pudiera albergar su corazón, él tratara de disimularlo siempre con su sonrisa. Desde luego Cristina tenía suerte de haber encontrado a un hombre como él. Alguien que antepusiera la felicidad de Cristina a la suya propia y luchara por la que, Vanessa estaba convencida, sería una hermosa historia de amor. A la vez un pinchazo en su corazón hizo que su rostro se ensombreciera al recordar

su mala suerte para con Alberto, no cabía tanto dolor en su corazón al saberlo perdido. Jamás comprendería ese odio hacia ella, pero lo que sí tenía muy claro es que, al igual que Diego, ella también lucharía por su amor.

–¿En qué estás pensando? –preguntó Diego una vez hubieran salido del hospital.

–En nada en particular, ¿dónde tienes los informes? –preguntó a su vez Vanessa al comprobar asustada que no los tenía a la vista.

–Tranquila, están a buen recaudo. –contestó Diego guiñándole un ojo mientras golpeaba el lado izquierdo de su pecho haciéndole entender que los llevaba guardados bajo su chaqueta– Deberíamos ir a algún lugar tranquilo en el que poder leer de forma exhaustiva los documentos que imprimí.

–¿Qué te parece esa cafetería de ahí? –señaló Vanessa hacia un establecimiento que se encontraba a escasos pasos de donde se encontraban.

Era un local pequeño, muy acogedor. Estaba ambientado en esas heladerías de los años cincuenta o sesenta, con sus sillas tapizadas en cueros azul celeste simulando los asientos de un coche de la época. Las mesas, en cambio, eran de madera y estaban pintadas en color rosa palo y bordeadas por una fina filigrana a juego con el tapizado de las sillas. Una chica muy amable, que vestía con el típico uniforme de camarera sesentera, con su pequeño delantal blanco y con puntilla, les indicó una mesa en la que sentarse. Tanto Diego como Vanessa acertaron en pedir un par de cappuccino.

Diego metió su mano bajo la americana y sacó los papeles que habían imprimido minutos antes. Estaban hechos un canuto arrugado y casi destrozado, sin duda fruto de las prisas con las que los había guardado. Los desenroscó y los depositó sobre la mesa, pasando su mano una y otra vez sobre ellos con la intención de plancharlos un poco.

–Hola chicos, aquí tenéis vuestros cappuccino y un detallito por parte de la casa. –dijo la camarera con una estupenda sonrisa que bien podría ser protagonista de un anuncio de dentífricos.

–Muchas gracias. –contestaron los dos amigos sin apartar su mirada de aquellos documentos desplegados sobre la mesa.

–Madre mía que pedazo de café. –dijo Vanessa sorprendida al ver la enorme taza que le habían acabado de traer y, no era para menos. Resultó que era una taza más bien grande, de cristal transparente, donde se veía con

claridad en la parte más baja una buena cantidad de chocolate, de café después y, por último, la nata espolvoreada por encima con chocolate en polvo.

Además, en el mismo plato en el que les habían traído sendos cafés, había un par de pequeños croissants rellenos de chocolate.

–¡Dios! Esto no puede ser verdad. –dijo Diego sacando a Vanessa de su encantamiento.

–¿Qué sucede?

–No me lo puedo creer.

–Pero, ¿qué pasa?

–Léelo tú misma. –contestó Diego pasándole a su amiga parte del informe.

Vanessa leyó con detenimiento y con miedo de encontrar alguna fatídica noticia. Por unos instantes pensó que se había equivocado, que yo me había equivocado al hacerle sentir que el bebé estaba vivo. Pero lo que leyó no se acercaba en nada a aquellos sentimientos de dolor. Sin comprender la razón por la que Diego había entristecido su rostro siguió leyendo. ¿Qué era aquello que le había hecho cambiar tan drásticamente su comportamiento? Al fin creyó descubrirlo.

–Pero esto no puede ser. –sentenció mirando fijamente a Diego a los ojos– Debe de haber un error.

–No lo hay. Ellos tienen la culpa. –el rostro de Diego empezaba a

cambiar de nuevo. Donde antes había tristeza ahora se encontraba una rabia contenida. Sus ojos llenos de ira le delataban— Maldita familia de energúmenos. ¿Cómo han podido hacer algo así? Tengo que ir a esa casa. — sentenció levantándose de la mesa en dirección a la puerta.

Vale, ya pago yo. —dijo Vanessa acercándose rápidamente a la barra para decirle a la camarera atrapada en el tiempo que le dejaba seis euros en la mesa y que se quedara con el cambio, esperando que fuera suficiente para pagar ambos cafés.

Justo en el instante que Vanessa salía vio como Diego conseguía para a un taxi y, mientras abría la puerta de pasajeros, buscaba con desesperación a su alrededor hasta que sus ojos se cruzaron. Fue entonces cuando Diego le hizo una señal con la mano para que acelerara el paso y le acompañara en el taxi.

Así fueron los dos hasta la casa de los Alcázar, casi sin mediar palabra. Diego sólo podía mirar por la ventana mientras intentaba entender las razones por las que la familia de Cristina había actuado de aquel modo.

Quería respuestas, las necesitaba y tenían que ser ya. ¿Quiénes se creían que eran para decidir sobre la vida de nadie? Estaba harto de que personas como ellos se creyeran el centro del mundo, haciendo y deshaciendo a su voluntad sin pensar en nadie más que ellos mismos.

A su lado, Vanessa se encontraba en un mar de dudas y sentimientos.

Ella venía de ese mundo y conocía muy bien a Alberto, sabía que él era incapaz de realizar semejante barbarie. Sin embargo, el informe había vuelto su mundo del revés. En aquel instante, quería que me escuchara, contarle lo que sabía, pero sus sentimientos eran tan fuertes que nublaban su intuición, por llamarlo de algún modo.

El taxi no tardó en llevarles a su destino. Diego pagó al chófer y se dispuso a bajar y golpear con fuerza la puerta de la casa. Pero, al llegar a la verja no pudo más que frenar. Había tantos recuerdos, dolorosos cuanto menos. Vanessa se acercó a él apoyando su mano sobre su hombro. Éste, totalmente abatido, se giró para enfrentarse a ella. Sus ojos estaban rojos e intentaban esconder las lágrimas que luchaban por escapar. Vanessa lo miró y le capturó en un fuerte pero cariñoso abrazo con la esperanza de devolverle la fuerza y compostura que Diego necesitaba en ese momento.

–¿Ves? Te lo dije y no me creías.

Una voz femenina llamó la atención tanto de Diego como de Vanessa, que miraron hacia dónde provenía. Lo que vieron no fue tal sorpresa al descubrir que era Violeta quien hablaba, pero cuando la figura que había tras ella se hizo presente, Vanessa se paralizó. Alberto los miraba con una expresión difícil de describir. En sus ojos se leía ira, dolor y anhelo.

–Tu llorando por ella y mírala. –se escuchó decir a Violeta. Su rostro mostraba la increíble suerte que pensaba le estaba brindando aquel momento,

pobre idiota.

–Alberto...yo... –intentó hablar Vanessa.

–No necesito saber nada más. –dijo Alberto sin dejar que ésta terminara– Lo que no entiendo es para qué habéis venido.

–Alberto, te juro que no es lo que piensas. –rogó Vanessa– Si me dejaras hablar contigo, aunque solo fueran unos minutos.

–No la escuches. –dijo Violeta en un susurro casi inaudible. Hacía tiempo que ya había averiguado sus intenciones y más tras saber la verdad que se escondía tras mi muerte.

–¿A no? –continuó el hermano de Cristina entre el dolor y el odio haciendo caso omiso a Violeta– ¿Y por qué llevas días quedando con él a mis espaldas? ¿Crees que no me iba a enterar?

–¿Cómo puedes pensar así? ¿Quién te ha contado semejante historia? – preguntó Vanessa herida y con los ojos humedecidos por las lágrimas que intentaba contener. Desde el entierro las cosas no habían ido demasiado bien entre ambos, pero pensé que, tarde o temprano, se solucionaría claro que la cosa había ido empeorando con el tiempo pues Alberto cada vez se alejaba más y Vanessa, por miedo a un enfrentamiento como el que estaba teniendo lugar, no había regresado a aquella casa.

–Ahora mismo no puedo pensar con la claridad que quisiera. –contestó Alberto sin levantar la mirada del suelo.

–¿Qué me estás queriendo decir Alberto?

–¿Quieres que te lo explique yo? –y ahí estaba, la tercera en discordia, otra vez esa voz chillona de Violeta. ¿Pero qué coño le pasaba a esa chica?, para ser sincera estaba alucinada con quien un día fue una de mis mejores amigas. Cogió del brazo a Alberto con dulzura mientras mantenía altiva sus ojos clavados en los de Vanessa– Vamos Alberto, deberías elegir mejor con quien decides pasar el resto de tus días.

–Espera. –dijo con un hilo de voz Vanessa con intención de retener a Alberto.

–Vanessa, no es un adiós. Es simplemente que ...

–¿Perdona? –dijo Violeta sin dejar que Alberto acabará su frase–

¿Acaso debo recordarte las grandes hazañas de tu amiguita? Te recuerdo que no fue otra persona nada más que ella quien fomentó esa absurda relación con el profesor aquí presente y ¿quién fue quien repartió aquella página del diario por todas partes dejando en evidencia a tu familia?

–Ella no hubiera hecho nada si tú no hubieses publicado aquel estúpido artículo en el periódico del internado. –espetó Diego ante el asombro de todos. Me resultó graciosa la cara de estupefacción que se le quedó a Violeta eso fue para verlo en directo– Alberto, siento lo ocurrido, pero sabes de sobra que quiero a tu hermana y ...

–El que faltaba. –espetó Violeta que no podía mantener su boca

cerrada ni un minuto. Juro que en aquel momento me hubiese encantado seguir viva y explicarle un par de cosas a esa estúpida– Cariño, vamos dentro y déjalos que sigan con su falsa preocupación por tu hermana. Valiente excusa para vuestro romance. –dijo mientras arrastraba a Alberto hacia el interior de la casa con intención de cerrarles la puerta en las narices.

–Alberto, te lo ruego, escucha a Vanessa. –intervino Diego a pesar de la dura mirada que le dirigió el hermano de Cristina, quizás en otro momento le habría helado la sangre, pero ese día el profesor iba a por todas– No pienso irme hasta que al menos le echés un vistazo a estos informes y me expliques por qué fingisteis la muerte de mi hijo. –sentenció ante la mirada atónita de Alberto.

Al ver la reacción de sorpresa que Alberto mostraba ante semejante afirmación hizo que, tanto Diego como Vanessa, intercambiaran una mirada inexpresiva, sin comprender las razones por las que Alberto enmudeció. Por otra parte, la reacción de Violeta fue mucho más visceral, la ira apareció en su mirada mientras dirigía su vista hacia Vanessa.

–No sé con qué derecho vienes aquí a sembrar falsedades hacia esta honrosa familia. –escupió Violeta fuera de sí– No haces más que mentir, volviendo loco a Alberto con tus dimes y diretes. ¿Acaso no has hecho suficiente daño ya?

–Violeta cállate por favor. –por primera vez Alberto tomó las riendas

de aquella absurda conversación ante el asombro de todos los allí presentes.

Ahora la pelota volvía a estar en el tejado adecuado.



CAPÍTULO 12

CRISTINA

Mi amiga estaba más que ilusionada con lo que se le avecinaba a la mañana siguiente. Había pasado cerca de diez días desde que realizó la prueba para el equipo de atletismo y ya formaba parte del titular que correría en la competición del sábado.

–Aún no puedo entender como la entrenadora ha dejado que corras mañana. –dijo Rachel antes de sorber por su pajita el frío granizado de limón que había pedido en la heladería donde vieron por primera vez al camarero de ojos azules, como lo llamaban ellas.

–¿Y por qué no? –preguntó Cristina fingiendo sentirse ofendida.

–Oh, no me lo tomes a mal, es simplemente que la entrenadora tiene fama de ser muy escrupulosa a la hora de elegir a su equipo. Entre nosotras, odia perder. –dijo bajando la voz por precaución de que alguien las escuchara.

–Quizás quiera ponerme a prueba.

–Pues si es así ya puedes ganar u olvídate de continuar en el equipo.

–Me estás poniendo nerviosa, ¿lo sabías? Desde luego no eres buena manager.

Ambas chicas rieron a carcajadas sin darse cuenta que el turno en el local había cambiado y, ahora tendrían otro camarero que no dudó en unirse a la fiesta.

–Hombre chicas, ¿otra vez por aquí?–las dos amigas pararon su risotada al unísono para dirigir sus miradas expectantes a quien osaba interrumpirlas para descubrir que era su famoso camarero de ojos azules–
¿Qué pasa? ¿Se os ha comido la lengua el gato? –rio mostrándoles de nuevo su perfecta sonrisa repleta de unos dientes perfectamente alineados y tan blancos como la nieve.

–Hola. –consiguió saludar Cristina– No te habíamos visto.

–Ya veo, me ha parecido escuchar que competirás mañana. ¿Puedo saber en qué?

–Claro. –contestó Rachel entusiasmada, haciendo caso omiso a la mirada inquisidora de su amiga– Verás, aquí mi amiga ha conseguido entrar en tiempo récord en el equipo de atletismo femenino del instituto.

–No me digas. –dijo el camarero mientras dirigía su vista hacia Cristina.

–No le hagas caso, es el único equipo que hay. –intentó quitarle

importancia mi amiga.

–Venga ya. –exclamó de nuevo Rachel– Ha sido una pasada. Verás...

–Rachel. –dijo Cristina enfatizando el nombre para hacerle comprender a su amiga que debía dejar de hablar si apreciaba lo más mínimo su vida. Hecho que no pasó desapercibido para el camarero.

–Entonces, además de guapa y gran deportista, eres modesta.

–Creo que nos tenemos que ir ya, ¿verdad Rachel? –dijo con rapidez Cristina, no entendía por qué, pero la sonrisa de ese camarero la estaba volviendo loca y ella ya estaba enamorada, su corazón correspondía a Diego.

–Es viernes Cristina, relájate. –contestó su amiga con una sonrisa pícaro que no dejaba lugar a dudas de sus intenciones y obligando a Cristina a sentarse de nuevo.

–Cristina, ¿es ese tu nombre? Me gusta.

–El mío Rachel, gracias.

–Yo me llamo Gabriel.

–Muy bonito. ¿Nos podemos ir ya? –inquirió Cristina una vez más.



–Está bien, que pesada estás hija. –accedió finalmente Rachel con desgana, se estaba entreteniendo con aquella historia.

–Bueno, supongo que nos veremos mañana. –se despidió Gabriel.

–Supones bien. –contestó Rachel mientras su amiga aceleraba el paso para alejarse cuanto antes de allí. Rachel, corrió hasta alcanzarla– ¿Se puede saber qué te pasa?

–¿Acaso no te das cuenta? Yo tengo a Diego, él me quiere y ese chico es, exasperante. –sentenció en un burdo intento por evitar lo que su corazón le estaba diciendo, por evitar lo que parecía inevitable– No puedo volver allí.

–Cris. –Rachel no pudo más que decir su nombre de la forma más cariñosa que pudo, acababa de darse cuenta de lo que estaba sucediendo– Volvamos al internado dando un paseo, ¿te apetece?

–Gracias. –dijo Cristina con una sonrisa triste pero agradecida desde el interior.

Después de lo que había sucedido el día anterior, Cristina se encontraba demasiado nerviosa, situación que no le pasó desapercibida a la entrenadora quien le mandó calentar de forma individual para calmar sus ánimos.

–Quiero que des cinco vueltas a un ritmo de cinco minutos, suave y relajada. Luego ven a verme.

Cristina ni siquiera protestó por el ritmo tan bajo que le había marcado, quizás le vendría bien trotar un poco y poner en orden sus pensamientos. Desde que vio a Gabriel no podía quitárselo de la cabeza y, el simple hecho de saber que él se sentía interesado por ella, le abrumaba. Sabía

que esos sentimientos estaban mal, que su corazón ya tenía dueño y le estaba esperando al otro lado del océano. Pero esos ojos azules volvían a aparecer, haciendo de los de Diego un recuerdo borroso.

Apartó aquel pensamiento a la vez que alzaba la mirada para ver cómo algunos curiosos o adeptos al deporte comenzaban a entrar en el estadio y ocupaban sus respectivos asientos. De pronto recordó aquellas palabras que le habían atormentado durante toda la noche, Gabriel iba a ir. Buscó entre el gentío al camarero sin resultado, lo que la tranquilizó de sobremanera. Ahora ya, más tranquila, trotó hasta el mismo lugar donde se encontraba la entrenadora con el resto del equipo.

–Muy bien, ya estamos todas. –dijo la entrenadora– ¿Te encuentras mejor?

–Sí, señora. –contestó Cristina más relajada.

–Estupendo, te necesito al cien por cien con nosotras para esta prueba.

Sam, tú eres la estrella de esta prueba, necesito que tires de Cristina para conseguir una buena puntuación para el equipo, ¿está claro? –la entrenadora esperó a que la chica asintiera con un movimiento de su cabeza y continuó–

Cristina, hiciste una prueba estupenda en el kilómetro, quiero que mantengas esa energía, te olvides del mundo y solo pienses en vencer a Sam. –Cristina asintió del mismo modo que hizo con anterioridad su compañera– Bien, vosotras dos ya os podéis retirar hasta que llegue vuestro turno, no quiero que

os enfriéis. El resto escucharme...

Mi amiga y Sam se retiraron hasta los vestuarios para enfundarse de nuevo el chándal y no quedarse frías durante la espera. Como consecuencia del extraño horario que debía seguir Cristina, no había tenido demasiadas oportunidades para coincidir con el resto del equipo. Esto hacía que se sintiera un tanto incómoda en aquel momento pues, con esa chica no había cruzado más que un par de palabras de cortesía cuando se cruzaban por los pasillos. Cristina la observó mientras se ajustaba la sudadera y se cercioraba que llevaba los cordones de las zapatillas bien atados. Aquella chica parecía no importarle en absoluto la compañía, ni siquiera la miraba. Estaba concentrada rebuscando en su bolsa y organizando algo en la taquilla. Cristina quería hablarle, pero le resultaba imposible pues por su forma de actuar parecía que Sam no estaba muy interesada en conversar con ella.

Al final, optó por sentarse en el banco y comprobar como las manecillas del reloj que había sobre la puerta iban recorriendo con suma tranquilidad la esfera en la que se encontraban anclados. Cuando ya solo faltaban diez minutos decidió que era hora de volver a calentar, trotar un poco haría que el tiempo pasara más rápido. Se levantó del banco para quitarse los pantalones del chándal y quedarse sólo con la pantaloneta.

—¿Dónde vas? —preguntó Sam dándole un susto de muerte.

—Faltan sólo diez minutos para la prueba, creo que me vendrá bien

trotar un poco.

–Sí, creo que nos vendrá bien. ¿Puedo acompañarte?

–Claro. – contestó Cristina sorprendida aún.

–¿Sabes? Creo que te irá bien estrenarte en esta competición. –dijo

Sam mientras se deshacía de sus pantalones y los guardaba bien doblados en la taquilla– No es una gran oportunidad porque solo competimos los tres colegios femeninos de la zona, pero hay muchísimo nivel.

–¿En serio? – dijo Cristina algo asustada.

–¡Oh! No te asustes, verás como todo sale bien. –Sam e Cristina se

dirigieron ya hacia las pistas para trotar un poco cosa que no impidió mantener

la conversación– Tengo que confesarte una cosa.

–¿El qué?

–El día que la entrenadora te citó para realizar la prueba yo os escuché. Sinceramente, al principio no me hizo mucha gracia que pudieras ingresar en el equipo de forma tan sencilla. Cuesta mucho hacerse un hueco aquí, ¿sabes?

–Lo siento, no lo sabía.

–No, no te disculpes. Es absurdo. –dijo Sam ofreciéndole una sonrisa amable– El caso es, que regresé al día siguiente. Quería ver de qué pasta estaba hecha “la nueva”, ya me entiendes. Te vi correr el kilómetro y, chica,

para no haber corrido en mucho tiempo, lo hiciste fenomenal, supe que pronto alcanzarías el ritmo adecuado y, ahora, mírate. Primera competición y ya estás dentro.

–Habrá sido suerte.

–De eso nada...

–¡Mierda! –dijo Cristina en un arrebató que nada pegaba con su vocabulario mientras abría sus ojos como platos.

–¿Qué ha pasado? –preguntó Sam asustada buscando la razón de su mirada– ¿Es por Gabriel?

–¿Cómo sabes su nombre?

–Porque soy su hermana querida. –dijo entre risas Sam– Ahora entiendo todo.

–¿El qué entiendes? –preguntó Cristina un tanto molesta– Te está saludando y yo creo que es mejor que me largue.

–¿Por qué? Te aseguro que no muerde. –rió Sam– Gabriel baja, está aquí tu amiga. –gritó sin poder parar de reír.

–¿Qué haces? –Cristina se quedó paralizada viendo como su camarero bajaba por las gradas con gracia hasta llegar donde ellas estaban.

–Hola hermanita. –Saludó el camarero– Hola Cristina. –dijo con esa sonrisa que derretía su corazón.

–Hola. –contestó Cristina sin mirarle si quiera a la cara.

–¿Estáis preparadas?

–Por supuesto. –aseguró Sam– ¿No me habías dicho que la chica de los granizados fuera a mi instituto?

–Bueno, tampoco lo sabía. ¿Sabes? Es que Cristina no es una chica de palabra fácil. –contestó Gabriel como si mi amiga no estuviera en la conversación.

–Ya, es un poco rara.

–Perdonar, pero estoy aquí. –dijo molesta Cristina.

–No te enojas, si lo haces bien quizás luego te invite a uno de esos granizados que tanto te gustan.

–Anda, lárgate que la estás poniendo nerviosa y nos va a costar el primer puesto. –dijo Sam empujando a su hermano entre risas– No le hagas caso, es un gran chico. Te lo digo yo, que lo conozco toda mi vida.

–Ya, bueno. Vamos con la entrenadora.

En una cosa sí tenía razón Sam, su hermano la había puesto demasiado nerviosa y ahora le temblaba cada músculo de sus piernas.

El momento esperado había llegado y ya se encontraban todas las atletas en sus puestos de salida. Cristina no quería hacerlo, pero su mirada buscaba entre la multitud esos ojos azules que la penetraban haciendo que todo su cuerpo se erizara. Escuchó la primera señal para adoptar la posición. Ya sólo quedaban unos minutos y aquella tortura terminaría. Decidió no mirar a

ninguna parte en concreto, concentrarse en la voz del juez y prepararse para el disparo que daría la salida.

Un pequeño estruendo surcó el aire. La salida. Solo quedaba correr e intentar atrapar a su compañera a toda costa. Corrió como nunca, aquella acumulación de sentimientos estaba aflorando en una explosión de adrenalina que hacía que sus piernas solo buscaran terreno que recorrer a la mayor velocidad posible. Comenzó a alcanzar puestos a un ritmo vertiginoso, ya sólo quedaba una chica más y su meta estaría al alcance de su mano. Ya sólo quedaba media vuelta, los últimos doscientos metros. Tenía que darlo todo.

Mostrar quién era. Por primera vez en mucho tiempo volví a ver a mi amiga,

esa gran atleta que corría como una pantera. Alcanzó al fin el segundo puesto y corrió al rebufo de su compañera hasta la meta. Lo habían conseguido.

Las dos chicas se abrazaron mientras escuchaban los aplausos y griterío de las gradas. Sus compañeras corrieron a unirse en ese abrazo conjunto y, sin saber cómo, Cristina comenzó a ser bamboleada por el resto del equipo. Hasta cinco veces la lanzaron al aire. Cristina volvía a sonreír.

Cuando al fin la bajaron vio a Gabriel que se despedía de su hermana con un beso en la frente y miraba hacia donde ella estaba. Por alguna razón Cristina esperó a que él llegara hasta su posición a pesar que su razón le pedía alejarse de allí.

–Enhorabuena. – la felicitó el camarero de nuevo con esa sonrisa perfecta.

–Gracias. – consiguió responder Cristina apartando su mirada de aquellos ojos azules que la atrapaban.

–Bueno, esperaré aquí a que estés lista.

–Lista, ¿para qué?

–Te prometí un granizado de la victoria, ¿recuerdas?

–Está bien.

Aún no sabía cómo había aceptado. En los vestuarios esperaba Sam con una sonrisa de oreja a oreja. Sus ojos delataban la ilusión que le hacía ver a mi amiga con su hermano. Cristina le hizo una mueca sacándole la lengua mientras cogía su albornoz para dirigirse a la ducha. El único problema era que no había llevado nada más que el chándal del equipo y no era así como quería que la viera. De pronto, un recuerdo regresó a su memoria: Diego. *“¿Qué más da que ropa lleve? Esto no es una cita, es sólo un nuevo amigo y nada más. Cristina, no hagas estupideces.”* , pensó. Así es como se enfundó en su chándal, recogió su pelo en una larga coleta y decoró sus labios con un poco de gloss de un rosa suave. Eso era todo lo que ese Gabriel iba a encontrar aquel día. O eso pensaba Cristina.

–Estás guapísima. –dijo Gabriel.

–Voy de chándal. –contestó Cristina enarcando una ceja provocando

así la risa de Gabriel.

–¿Me dejas ayudarte con la bolsa de deporte? –preguntó mientras le arrebatava, literalmente, dicha bolsa de los hombros de Cristina.

–No hace falta. De verdad. –contestó mi amiga en un ademán de recuperar su pertenencia.

–Tranquila, no me importa. Dime, ¿dónde prefieres ir?

–Me da igual, yo no conozco nada de aquí.

–Perfecto.

Sin más conversación Gabriel dirigió a Cristina hasta el paseo marítimo por el que anduvieron tranquilamente mientras charlaban. Al final, el camarero entró en una heladería y compró un par de enormes cucuruchos de chocolate para tomárselos frente a la orilla del mar, sentados en la arena. Pasaron la tarde hablando de mil cosas. Él le contó que en realidad estaba estudiando en la universidad, que le encantaba el periodismo y que le gustaría especializarse para trabajar como corresponsal de guerra. Quería conocer de primera mano qué mueve al mundo a realizar semejantes atrocidades para autodestruirse. Cristina, descubrió en él una persona nueva, en absoluto era ese chico engreído que le había parecido en un principio. Era un joven con aspiraciones muy parecidas a las suyas, con quien podía mantener una conversación amena y disfrutar de una tarde cálida a las orillas del mar. Ella le contó parte de su historia, sí le habló de Diego, pero no le

contó toda la verdad. No tenía claro por qué hacía aquellas cosas, quizás para que él no se hiciera una idea equivocada de ella y funcionó, y tanto que funcionó.

La oscuridad comenzaba a abrazarles en señal de lo tarde que se les había hecho. Gabriel le ofreció acercarla hasta el internado en su coche, a lo que Cristina aceptó. Comenzaba a sentirse muy a gusto a su lado. Sin embargo, el trayecto en coche transcurrió en silencio, no de esos incómodos en los que no sabes de qué hablar, sino de esos que hacen que te recrees en cada momento. Llegaron al fin a las verjas que separaban sus mundos. Cristina bajó del coche y se dirigió al maletero para rescatar su bolsa de deporte, pero cuando fue a cerrarla una mano atrapó su cintura volteándola de forma que su espalda quedaba apoyada en el coche. Gabriel se acercó a ella despacio con miedo a ser rechazado, pero en los ojos de Cristina solo vio expectación. Cristina, en cambio, intentó desviar su mirada agachando su rostro para evitar el de Gabriel, pero éste tomó con su mano la barbilla de mi amiga y la alzó de nuevo. Aquellos segundos en los que sus rostros comenzaron a estrechar la distancia que les separaba parecían eternos. Al fin sus labios se encontraron. Cristina notó como por su cuerpo entero recorrían mil escalofríos y su corazón

palpitaba con fuerza. Pensaba en lo equivocada que estaba aceptando aquella intromisión, pero en su interior un fuego ardiente comenzaba a hacer acto de

presencia. Fue así como respondió a aquel beso entreabriendo sus labios y dándole paso a Gabriel.



CAPÍTULO 13



DIEGO

Mail de Diego a Cristina.

“Mi pequeña Cristina,

No sabes hasta qué punto te echo de menos. Tengo ganas de que regreses y volver a abrazarte por fin.

Tengo muchísimas cosas que contarte, cosas que hasta hoy no sabía si debía decirte por estar tu fuera de casa y tan lejos. Sin embargo, creo que ya es hora de conozcas la verdad.

Cariño, hay una gran noticia que debo contarte y pido que por favor me perdones por haberte mantenido al margen hasta ahora. Cristina, nuestro hijo sigue vivo. Todo fue una farsa, aunque aún no sabemos qué sucedió exactamente. Gracias a ello, tu hermano vuelve a hablarme y parece que el asunto entre él y Vanessa comienza a mejorar. Es cierto que se

mantiene un tanto distante, quizás porque aún guarda cierto recelo por todo lo que sucedió y no lo culpo.

Te cuento todo esto porque necesitaba que lo supieras. Necesitaba que tuvieras una razón para seguir y volver triunfante porque lo mereces.

Después de todo lo que te han hecho sufrir, ahora tienes derecho a ser feliz.

Tenemos derecho a ser felices con nuestra propia familia.

Te quiero más que nunca.

Siempre tuyo.



Diego.”

Hacía tiempo que no recibía noticias de Cristina y temía que algo malo le estuviera sucediendo en su nuevo instituto, tan lejos de casa y sola. Aquella situación le partía el alma y Diego sólo podía tener la esperanza que al leer aquel correo electrónico Cristina reaccionara. Hasta que ella no regresara el corazón de Diego estaría incompleto. Era horrible verle así sin poder hacer nada.

Tras dos semanas indagando sobre su hijo decidió retomar el contacto con Alberto, quedó con él y con Vanessa en la misma cafetería donde se reunía con su exalumna. Se llevó todos los informes y se preparó para una ardua tarea, pues hubo algo que se les pasó por alto y debía descubrir dónde estaba

su hijo.

Esta vez decidió coger su coche y aparcar en un garaje cercano, no le apetecía aguantar miradas, ni empujones, ni conversaciones banales de esas que se dan en el transporte público. Antes de salir se miró por el espejo retrovisor, ya no parecía un indigente tal y como Vanessa solía decirle, pero no

estaría mal ir a un barbero para que le arreglara ese pelo alborotado. Sin más, colocó de nuevo el espejo retrovisor en la posición correcta y arrancó el coche. No tardaría más de media hora en llegar si el tráfico se portaba.

Al llegar descubrió que Vanessa y Alberto ya se encontraban en el interior. Vio como la pareja mantenía una conversación un tanto seria y como Vanessa buscaba con los dedos de su mano la de Alberto. Y como él huía de su contacto ensombreciendo así la mirada de Vanessa. No podía evitar pensar que era un idiota dejándola escapar, pero era evidente que él todavía estaba dolido y confuso por todo lo que había acontecido los últimos meses.

–Hola chicos, ¿cómo estáis? –intervino Diego al fin.

–Aquí andamos, hablando del pasado. –contestó Alberto sin levantar la mirada.

–Entiendo. –habló de nuevo Diego sin hurgar más en la herida abierta de sus amigos– Os he llamado porque he descubierto algo muy curioso y, por otra parte, evidente.

–Y, ¿qué es? –preguntó Vanessa con curiosidad.

–El pequeño fue dado en adopción. –sentenció Diego mientras esperaba la reacción de ambos– En la primera página, donde aparecen los datos del niño, pone que fue adoptado. Sin embargo, no aparece nombre alguno ni persona con la que podamos hablar.

–¿Cómo es posible que se nos pasara semejante dato? –preguntó Vanessa sorprendida.

–Supongo que porque buscábamos respuestas a las preguntas equivocadas. –contestó Diego– Alberto, ¿tú sabes algo de esto?

–Ni idea, mi madre jamás ha vuelto a hablar del tema a pesar de mi insistencia. Sólo repite una y otra vez que cómo es posible que crea a cualquier persona antes que a mi propia madre.

Lo que el pobre no sabía era la razón de tal fingida perturbación por la poca credibilidad que le otorgaba su propio hijo. Pero esto, como siempre, será algo que revelaré a su debido tiempo.

Resultó que Alberto conocía a la persona que figuraba como agente de asuntos sociales y les ofreció ponerles en contacto con él.

–Será una tarea ardua, viendo quién llevó la adopción. –dijo Alberto–

Lo extraño es que no aparezca el nombre de los padres adoptivos en esos informes.

–No aparece nada, los he leído más de cien veces y nada. –habló

Diego.

–Déjame verlos. –dijo Vanessa arrebatándole los papeles a Diego de las manos– Creo que aquí faltan papeles. Fijaos, en la esquina inferior derecha aparece el número total de páginas. Aquí solo tenemos siete hojas y al parecer el informe está compuesto de once. –Miró entonces a Diego– Nos fuimos antes de que saliera todo el expediente.

–¿Qué podemos hacer ahora? Yo necesito saber dónde está mi hijo, por mí, pero sobre todo por Cristina.

–Se lo has contado. –Vanessa afirmaba aquellas palabras como si martillearan en su interior.

–No podía ocultárselo más. –dijo Diego suplicante– Ella se marchó con todo este pesar en su cabeza y necesitaba darle ánimos. Llevo demasiado tiempo sin saber de ella.

–¿Crees que estará bien? –preguntó entonces su hermano.

–Espero que sí. –contestó Diego.

–Está bien. –dijo casi en un susurro Vanessa quien conocía de sobra las razones por las que Diego llevaba tiempo sin tener noticias de su pequeña colegiala, como él la llamaba. Al ver que los dos jóvenes la miraban esperando una explicación continuó– Justamente ayer hablé con ella por Messenger. –Mintió– Dio la casualidad que las dos nos encontrábamos en nuestras respectivas bibliotecas y charlamos un poco.

–¿Entonces? –preguntó Diego con el temor de que Vanessa le descubriera lo que más temía.

–Tranquilo, simplemente es que anda liada. ¿Recuerdas que consiguió entrar en el equipo de atletismo? Pues, al parecer había una competición y ella se encontraba en el equipo titular por lo que le ha absorbido la mayoría de su tiempo. –al ver la cara de Diego entristecerse continuó– Y, se me olvidó



decirte que Cristina me dio un recado para ti. –el rostro de Diego volvió a iluminarse ante aquellas falsas palabras que Vanessa le estaba regalando– Me dijo que no la odiaras por no compartir contigo este pequeño sueño que le hacía más llevadera la estancia allí, alejada de ti. Y que no había momento de su vida en el que no pensara en ti y en el momento de regresar a tu lado.

–Muchísimas gracias Vanessa. –dijo Diego agradecido y abrazándola de forma fraternal.

Desde luego Cristina tenía una gran amiga en este lado del charco. Eso nadie podría negarlo y más cuando supiera lo que faltaba por llegar.

–Bueno chicos, creo que ha llegado la hora de marcharme. –se despidió Alberto– Mañana mismo llamaré sin falta al agente de asuntos sociales y concertaré una cita. Diré que es para mí, así no creo que ponga inconveniente alguno.

–Alberto. –dijo Vanessa en un intento de quedarse junto a él.

–Nos vemos pronto Vanessa. –dijo Alberto, pero esta vez, sus ojos mostraban ese cariño perdido y Vanessa descubrió que quizás, solo quizás, volvería a tener una oportunidad.

Tras la despedida de Alberto, Diego se ofreció para llevar a Vanessa hasta el colegio mayor donde se hospedaba y ésta le invitó a cenar. Subieron ambos hasta la habitación de Vanessa. Diego nunca había estado allí y, al entrar, le vinieron cientos de recuerdos de su estancia en la Universidad. La estancia principal a la que daba la puerta de entrada, hacía las veces de comedor y de salón que, tanto Vanessa como su compañera, habían separado visualmente reorganizando los sillones del salón de espalda a la mesa del comedor. A su vez, en la zona en la que se suponía estaba reservada para el comedor, había dos grandes alacenas y un mueble bajo de cocina con una pila, un pequeño fogón y un microondas. Después, en la zona del salón, en la pared más alejada, había dos puertas las cuales Diego supuso acertadamente, daban a las habitaciones de las estudiantes.

–Hola. –saludó una chica que salía de una de esas puertas en albornoz y con una toalla enroscada en la cabeza– Vanessa, no me habías dicho que ibas a traer visita. –dijo con cierta sonrisita maliciosa.

–Hola Marta. –saludó Vanessa poniendo los ojos en blanco– No seas tonta, él es Diego el novio de mi amiga Cristina, ¿recuerdas?

–Vaya, lo siento. Encantada entonces. –dijo Marta extendiendo su mano para que Diego la estrechara.

–Igualmente. Vanessa, quizás debería irme.

–No. No te preocupes, yo hoy estaré inmersa estudiando para un examen que tengo mañana y que me lleva de cabeza. –dijo Marta.

–Podemos pedir pizza. –ofreció Vanessa y, al ver que Diego asentía con la cabeza, miró a su compañera– Si quieres cuando llegue te aviso y te unes a la cena, así te despejas un poco.

–Vale, genial. Muchas gracias guapa. –dijo Marta lanzándole un sonoro beso al aire mientras regresaba a su habitación.

–Siéntate mientras llamo a la pizzería, ¿quieres un refresco mientras? –

le dijo Vanessa a Diego mientras rebuscaba en su bolso el dichoso móvil.

Una vez hizo la pertinente llamada, Vanessa se acercó hasta el sillón

donde Diego se encontraba y le tendió un vaso con cola que había servido en

la pequeña cocina. Frente a los dos sillones había una pequeña mesa de café y

a la derecha se encontraba un sofá del mismo diseño que los sillones. Vanessa

dispuso en la mesa que tenían frente a ellos un par de platos con patatas y

aceitunas para mitigar el hambre mientras esperaban.

Había llegado el momento de confesarle a Diego algo que a Vanessa le

corroía desde hacía muchísimo tiempo. Algo que yo le insinué en sueños y que

hasta hacía pocos días no había conseguido esclarecerle, pues Vanessa se

encontraba tan sumida en depresión que no era capaz de ver las señales que yo le lanzaba.

–Diego, tengo algo nuevo que contarte. –dijo al fin Vanessa quien ya había cogido confianza con él para no andarse con rodeos al hablar de mi existencia.

–¿Otra vez Aurora?

–Así es. Estoy asustada por Alberto.

–¿Por qué? ¿Qué ha pasado? Sabes que tarde o temprano regresará a ti, no debes de preocuparte por eso.

–No, me preocupo por su vida. –al ver la cara de circunstancia que Diego le brindaba continuó sin darle apenas tiempo a reaccionar– Verás, esos sueños que te contaba en el que me encontraba con las chicas en el lago ahora son mucho más claros. Sé de quién eran esos ojos que me observaban.

–No te entiendo. ¿Quieres decir que Aurora fue asesinada?

–Eso es. El sueño ahora comienza de forma diferente. Cristina y Jimena ya se han despojado de sus ropas, mientras que Aurora intenta convencer a Violeta de que se una a ellas sin conseguirlo. Sin embargo, ésta le ofrece a Aurora un chupito de la amistad antes de que ella se lance al agua. Aurora no se dio cuenta en aquel instante, pero al entrar en el agua, cuando tan solo llevaba unos metros nadados, un ardor horrible comenzó a instalarse en sus pulmones. No podía respirar y, entonces, se giró buscando la ayuda de

Violeta pues Cristina y Jimena se encontraban demasiado adelantadas nadando hacia su meta. Lo peor fue cuando sus miradas se cruzaron y Aurora pudo comprobar como quien creía su amiga sonreía de una forma casi demoníaca. – tragó saliva para continuar mirándole entonces a los ojos– Diego, Violeta envenenó a Aurora. Ella la mató.



CAPÍTULO 14



CRISTINA

Mail de Cristina a Vanessa.

“¡ Hola Vanessa!

Necesito hablar contigo y contarte todo lo que me está sucediendo.

Sé que me dijiste que tuviera cuidado con mis sentimientos, pero hay algo en mí que no puedo controlar cuando veo a Gabriel.

Sé que pensaras que soy una persona horrible por lo que quiera que le esté haciendo a Diego, pero me resulta tan difícil en la distancia seguir amándolo. No creas que he olvidado su amor por mí y me siento fatal pero ya sabes el dicho: En el amor y en la guerra todo vale. Creo que me estoy

haciendo un lío y necesito que tú me ayudes. Necesito que me digas qué está bien y qué está mal.

Necesito pensar y para ello necesito escribirte estas líneas y así puedas ayudarme. Por otro lado, está el asunto de mi hijo al que Diego dice que va a encontrar, pero mi hijo está muerto, mi madre me lo dijo. No me mentiría en algo así, ¿verdad? Creo que se ha obsesionado y yo... yo no sé qué pensar.

Verás, con Diego me siento segura y amada como nunca lo he sentido. Es mi validador y mi protector. La persona que descubrió el mundo por mí y a quien no puedo olvidar cada noche cuando me voy a dormir.

También, cada mañana, al despertar pienso en qué estará haciendo en ese momento y si seguirá enamorado de mí. Luego recuerdo a mi familia, esa



que no acepta nuestra relación por la diferencia de edad, por su trabajo. Y recuerdo todas las citas a escondidas por el qué dirán y mi mundo vuelve a derrumbarse al saber que cuando regrese mi vida seguirá igual.

Sin embargo, con Gabriel es distinto. Tan sólo me lleva un año y está en la Universidad. Con él puedo ir donde me plazca sin miedo a ser juzgada por nadie. Él es atento y divertido, gentil y noble, es perfecto. Me gusta estar con él y que venga a recibirme al salir de clase para ir, simplemente, a

tomar un granizado o un helado.

No le digas nada a Diego todavía por favor, pues aún no estoy preparada para afrontarle. ¿Qué debo hacer Vanessa? Estoy perdida.

Un besazo.

Cristina.”

Mi amiga, en aquel momento jamás podría imaginar las repercusiones de sus palabras. Vanessa recibió el correo mientras se encontraba en la biblioteca estudiando y, al ver que era de Cristina lo abrió, al leerlo no sabía muy bien cómo atender a la petición de su amiga por lo que nunca contestó. Ella al menos.

Tras las clases, Cristina decidió visitar una vez más la biblioteca junto a su amiga Rachel, quien quería buscar una nueva novela para leer. A Cristina le pareció buena idea refugiarse en aquel maravilloso lugar que descubrió al poco tiempo de llegar al internado. Casi había olvidado el olor de los libros usados y leídos por cientos de alumnas, ese olor era inconfundible e incluso adictivo para ella.

Las dos amigas recorrieron los pasillos repletos de estanterías llenas de libros y más libros. Mientras Rachel buscaba una nueva novela romántica con la que deleitarse con sus protagonistas, Cristina encontró un libro de su niñez: *Alicia en el país de las maravillas*. Era una edición especial cuya cubierta estaba forrada con piel y las letras grabadas en oro, la imagen era de

esa escena en la que el sombrerero loco invita a tomar un té a la pequeña Alicia y ese dichoso conejo blanco observaba desde la esquina su curioso reloj de bolsillo. Esa historia le encantaba y le traía tantos recuerdos de su infancia, cuando eran una familia feliz. Suspiró y atrajo hacia sí el libro, abrazándolo con fuerza como si ello hiciera borrar el último año de su vida.

–Cristina, ¿estás bien? –preguntó Rachel desde la otra punta del pasillo.

–Sí, creo que cogeré este. –contestó mi amiga– Aunque aún quisiera dar una vuelta más y ver mi correo si no te importa.

–Claro, yo ya tengo lectura para esperarte en la terraza. –dijo Rachel guiñándole un ojo mientras se acercaba hasta su posición– ¿Alicia en el país de las maravillas? Interesante.

–Oye, es una historia increíble.

Las dos chicas rieron divertidas mientras se dirigían hasta la gran terraza en la que se encontraban los ordenadores. Rachel se sentó en uno de esos cómodos sillones que adornaban la zona para leer y devorar a su primera víctima literaria, mientras esperaba que Cristina comprobara su correo electrónico.

Cuando mi amiga descubrió un par de pequeños sobres en la pantalla el corazón le dio un vuelco, pero cuando comprobó que uno de ellos venía de remitente Diego su corazón dejó de latir. Un escalofrío recorrió todo su

cuerpo

al pensar que él pudiera saber algo de lo sucedido con Gabriel, pero era absurdo, Vanessa jamás le haría algo así. Entonces abrió el dichoso sobrecito para comprobar que Diego sí sabía de sus andaduras con Gabriel. De hecho, la tachaba de malcriada y de lo idiota y ciego que había estado al creer que una niña como ella sería capaz de amar. Pero había algo más, su hijo que sí estaba vivo, sería para él, esa sería su lucha para el futuro. Y ella lo había perdido todo.

Por alguna razón que no llegó a entender tuvo la reacción más estúpida que jamás imaginó. Se levantó de un brinco, cogió su libro y sin darle tiempo a

Rachel a seguirla, corrió hasta su habitación. Buscó un conjunto adecuado, odiando a Diego con cada movimiento, notaba como sus lágrimas brotaban de sus ojos sin control, pero le daba igual. Pensó que la culpa era toda de ese maldito profesor que la embaucó, que nada de todo aquello habría pasado si él no hubiera aparecido en su vida y, ahora, ahora estaba libre para hacer lo que quisiera.

Una vez vestida corrió hasta la parada del autobús que le llevaría hasta su destino. Miró el reloj, llegaría a tiempo, de eso estaba segura. Cuando al fin el vehículo llegó, Cristina subió buscando ya un asiento alejado de todos, donde poder mirar por la ventana y pensar en lo dichosa que había sido al

conocer a alguien que la entendía de verdad. A alguien como Gabriel.

–¿Qué haces aquí a estas horas? –preguntó Gabriel al verla en el local donde trabajaba.

–¿No te alegras de verme? –dijo Cristina como respuesta.

–Por supuesto, yo siempre me alegro de verte y lo sabes. Sólo es que no te esperaba.

–¿Habías quedado con alguien?

–¡No! –contestó él asombrado ante aquella pregunta que por otra parte no entendía– ¿Por qué me dices algo así? ¿Qué te pasa Cristina?

–Nada, he tenido un mal día y necesitaba verte. –dijo ella entre sollozos.

–Está bien, cálmate. Siéntate en esta mesa que voy a traerte algo caliente, ¿de acuerdo? –Cristina asintió. Gabriel no tardó más que cinco minutos en reaparecer, pero para ella se hicieron eternos– Ya estoy aquí, toma te he traído un café con leche condensada y un montón de nata, ¿qué te parece?

–Cristina sonrió lo que hizo que Gabriel descansara al ver que su pequeña broma surtía efecto– Ahora, ¿me vas a contar que ha pasado?

–En verdad es una tontería, nada importante. Ya estoy bien. –dijo mientras forzaba una sonrisa con la esperanza de engañar a Gabriel– ¿Te apetecería ir al cine conmigo esta noche?

–Pero si es martes.

–¿Y?

–Está bien, sólo que aún me queda media hora para terminar.

–No pasa nada, esperaré mientras saboreo el dulce néctar del café. –
dijo entre risas.

Gabriel le dio un furtivo beso en los labios e Cristina creyó morir en ese instante. Sabía que aquello era lo correcto y Diego se lo había puesto muy fácil. Le parecía increíble que pensara así de ella conociéndola como la conocía. ¿Quién se creía que era para tratarla así? Nadie había hablado de romper ninguna relación y lo de Gabriel era algo inocente, jamás habían hecho

nada más que darse cuatro besos. Claro que tampoco habían tenido ocasión de nada más, pero eso tendría fácil solución.



CAPÍTULO 15

DIEGO

Había pasado las dos últimas noches sin pegar apenas ojo, sin poder conciliar el sueño por el tormento que le producían las palabras de aquel maldito correo que Vanessa le envió. En él pudo leer como Cristina confirmaba que estaba enamorándose de otro hombre, de alguien a quien

apenas conocía. Diego no podía más que fustigarse con maldiciones por lo idiota que había sido en confiar un amor imposible con una niña que creyó mujer. “*¿Cómo he sido tan imbécil de pensar que esta historia saldría bien?*”, pensaba una y otra vez, atormentándose tumbado en la cama. Me encantaría decirle que no era tal estupidez y que debía luchar por esa relación porque era como debía ser. Merecían ser felices juntos, como una familia. Pero yo nada podía hacer para que me escuchara y sólo podía contemplar su dolor. Le veía ahí tumbado, sin cambiarse de ropa desde que llegó a la habitación, tal y como vagaba hacía tan solo unos meses. Ni su compañero Raúl ni el viejo profesor Tomás fueron capaces de hacerle entrar en razón.

Unos golpes en la puerta le hicieron regresar de nuevo y como cada vez que eso sucedía, no contestó. Los golpes insistieron cada vez con mayor energía, quien fuera que estuviera al otro lado de la misma tenía especial interés en hablar con él.

–Dejarme, no quiero hablar con nadie. –gritó sin levantarse ni un ápice de la cama.

–Diego soy yo, Alberto. Tengo que hablar contigo.

–Ya voy. –dijo con desgana levantándose con pesadez– No tengo mucho ánimo de hablar con nadie, ¿Qué quieres? –preguntó tras abrir la puerta

y darle paso a Alberto.

–Ayer escuché hablar a mi madre por teléfono sobre el asunto del crío.

–No sé ni cómo quiero seguir con esto. –dijo más para sí que para que lo escuchara Alberto– A ver, cuéntame que has averiguado.

–Todo.

–¿Cómo todo? Explícate. –sus ojos delataban que Diego comenzaba a regresar.

–Verás, estaba en el despacho de mi padre organizando su mesa y comprobando todos los documentos familiares porque quiero empezar a trabajar desde casa y su despacho es perfecto para ello. El caso es, que quería volver a llamar al agente de asuntos sociales para confirmar la cita de la semana que viene, pero al descolgar el teléfono escuché la voz de mi madre. Por supuesto, iba a colgar inmediatamente cuando escuché tu nombre y me pregunté con quién podría estar hablando de ti. –paró su alocución por un momento para comprobar que Diego seguía el hilo de la conversación sin perderse absolutamente nada– Mi madre estaba diciéndole a alguien que quizás debieran decirte quién tenía al bebé pues eso era lo correcto. Hasta ahí todo bien, pero cual no fue mi sorpresa al descubrir quién se encontraba al otro lado de la línea. Jamás creí que fuera capaz de hacer nada parecido y mucho menos que mi madre se involucrara de ese modo.

–Pero, ¿quién era la otra persona? –preguntó con verdadera inquietud–

¿Sabrá dónde está mi hijo? Debemos ir a ver a tu madre de inmediato.

–No será necesario. Déjame terminar la historia. –intentó tranquilizarle

Alberto– Diego, tu y yo sabemos que durante un largo periodo de tiempo te he, incluso, odiado, pero ahora creo que debes escuchare con atención. Ahora, confío más en ti que tú mismo. –esperó a que Diego se tranquilizase y volviera a escuchar lo que tenía que decirle– Diego, quien ha dado en adopción a tu hijo ha sido Violeta con el consentimiento de mi madre.

–¿Cómo? ¿Por qué?

–Eso mismo me pregunté yo y esperé a que ellas terminaran la conversación para ir a hablar con mi madre. Te aseguro que ella está especialmente arrepentida pues, jamás pensó que su actuación haría que perdiera a su hija y a su nieto en tan corto período de tiempo.

–Sinceramente, no sé qué creer.

–Sé que no ha sido una madre ejemplar, pero debes entender su situación. Ella jamás ha vivido de forma distinta a ser premiada con joyas, ropas y caprichos, no entiende de nada más. Sí, es así de frívola, pero también es madre y sus hijos duelen igual. Sin embargo, no conseguí que me dijera nada más tan solo vi cómo se derrumbaba entre lágrimas en mis brazos.

–Debemos ir a verla. –sentenció Diego.



CAPÍTULO 16

CRISTINA

Se despertó con los rayos del sol que empezaban a filtrarse por la ventana de la habitación, al principio estaba desconcertada al no reconocer dónde se encontraba pues desde luego no estaba en el internado. Poco a poco llegó a su memoria cómo la noche anterior había decidido quedarse con Gabriel en su piso, miró a su derecha y le descubrió mirándola, sonriente.

–Buenos días preciosa. –saludó él con una dulce sonrisa– ¿Has dormido bien?

–Estupendamente. –contestó Cristina un tanto sonrojada por la situación.

–Me encanta cuando te sonrojas.

–No me digas eso. –dijo Cristina tapándose con las sábanas al notar que sí se estaba poniendo realmente colorada por culpa de sus palabras.

Notó como las manos de Gabriel al sujetaban por la cintura atrayéndola hacia él. Le encantaba el calor que desprendían sus manos y la calidez con la que le trataba. Comenzó a sentir sus suaves labios sobre su espalda mientras él le regalaba incontables besos llenos de ternura. Aquella

sensación le encantaba y sólo quería dejarse llevar una vez más Gabriel la giró para enfrentar sus rostros y que sus miradas se cruzaran una vez más, fue entonces cuando una lágrima escapó de los ojos de Cristina. Gabriel, asustado por si ella se sentía forzada, acarició su rostro mirándola con ternura, sin embargo, aquello hizo que Cristina se sintiera aún peor.

–¿Qué te sucede preciosa? –preguntó Gabriel aun sabiendo que la respuesta no iba a ser la que él esperaba.

–Nada, es sólo que creo que debo irme ya.

–¿No quieres desayunar si quiera?

–No, de verdad Gabriel, debo marcharme. –contestó Cristina mientras escapaba de su abrazo y buscaba sus ropas para vestirse a la mayor brevedad posible.

–Cristina. –le llamó Gabriel con una voz quebrada– Dime qué pasa.

–Yo, creo que no he sido honesta contigo. –dijo al fin entre lágrimas– Ni siquiera lo he sido conmigo.

–Es por el profesor, ¿verdad?

–¿Por qué dices eso? ¿Cómo sabes tú que yo...? –preguntó Cristina con sus ojos abiertos como platos. Ella no se había dado cuenta, pero en cada conversación, en cada buen momento que le había narrado a Gabriel aparecía quien un día fue su gran amor– Lo siento muchísimo Gabriel.

–Yo lo siento más, créeme. Pero no puedo forzarte a que me quieras,

¿verdad? –sus ojos imploraban estar equivocado y que Cristina se quedara a su lado.

–Gabriel, es un chico estupendo, de verdad y, si yo no hubiera sido tan idiota, si yo te hubiera conocido antes...

–No pasa nada. –dijo él sin dejarle terminar de hablar mientras se acercaba sobre la cama hasta el lugar en el que ella se encontraba. Sujetó el rostro de Cristina con ambas manos y la besó con dulzura, sin pretender nada más que mantener sus labios unidos por unos minutos antes de decirse su último adiós.

Cristina no pudo más que derramar cuantas lágrimas le fueron posibles al pensar en el daño que había causado durante los últimos días. Dos hombres increíbles habían entregado su corazón para que ella lo recibiera entre sus manos y no supo más que destrozarlos con sus malas decisiones y con sus



arrebatos. Deseó que nada de todo lo que había sucedido en las últimas semanas hubiera ocurrido jamás sin saber que pronto su historia cambiaría de rumbo.

Regresó a la residencia del internado con el corazón encogido por la culpa. Pensar que podía haber tenido una preciosa historia de amor junto a Gabriel le atormentaba de sobremanera. Había sido incapaz de pasar página y

ahora Diego tampoco estaría para ella y, sin embargo, no podía quitárselo de la cabeza. Por su culpa no podría seguir adelante con su vida pues en su corazón siempre estarían gravados los ojos verdes de su profesor.

–¿Dónde estabas? –preguntó Rachel preocupada– No sabía nada de ti.

–Me quedé con Gabriel en su piso. –dijo con voz pesada.

–Hija, con ese ánimo quien diría que has estado con ese Dios de ojos azules y sonrisa perfecta.

–Ha sido un día complicado, eso es todo.

–¿Ha pasado algo?

–Sí, que soy una idiota.

–Bueno Cris, no te preocupes ya conocerás a alguien que no te deje dormir por las noches y que su recuerdo haga que te pierdas en su memoria.

–Ya lo tuve una vez y lo he perdido.

–Venga mujer, ánimo.

–No, necesito esconderme en mi habitación y olvidar todo lo sucedido.

–Está bien, te llamaré para comer.

–Gracias. –dijo Cristina regalándole a su amiga la mejor sonrisa que pudo ofrecerle.

Cuando llegó a su habitación descubrió con gusto que sus compañeras no estaban lo que tampoco le sorprendió siendo domingo como era. “*Seguro que se han ido al paseo marítimo a patinar*”, pensó a sabiendas que eran

unas patinadoras empedernidas. Se sentó en el borde de su cama y comenzó a descalzarse cuando vio que en su mesita había una nota.

“Cristina, ha llamado una tal Violeta.

Dice que es amiga tuya y que tiene que decirte algo muy importante.

*Me ha dado su número para que la llames cuanto antes,
está apuntado detrás de esta nota.*

Nos vemos.”

Aunque le pareció poco menos que curiosa aquella llamada decidió hablar con su amiga cuanto antes. Hacía mucho tiempo que no hablaba con ella y más cuando supo lo que le estaba haciendo a Vanessa. Cristina siempre había sabido que Violeta estaba enamorada de su hermano, pero no le daba ningún derecho a inmiscuirse en las vidas de Alberto y Vanessa. Se acercó hasta el teléfono que había en la habitación y marcó el número que su compañera le había dejado escrito tras la nota. Tan solo sonaron un par de tonos cuando la voz de Violeta se escuchó al otro lado de la línea.

–¿Quién es? –preguntó Violeta.

–Soy Cristina. –respondió mi amiga con verdadera curiosidad de aquello tan importante que Violeta tuviera que contarle.

–Cristina me alegro muchísimo de oír tu voz, ¿cómo estás?

–Muy bien gracias. Violeta, no tengo mucho tiempo, ¿qué era eso tan importante que debías contarme?

–Espero que estés sentada porque lo que voy a contarte hará que te caigas al suelo de la impresión. –dijo Violeta esperando alguna reacción que nunca llegó– Cris, siento ser yo quien te diga esto, pero Vanessa y Diego se están viendo a escondidas. Yo misma les he visto quedar en numerosas ocasiones en nuestra cafetería especial, ¿te acuerdas de la que hablo?

–Violeta, ya sé que quedaban continuamente, ¿a qué viene esto?

–¿Lo sabías? –preguntó entre la sorpresa y el fastidio que aquello le suponía– Pues chica deberías tener más cuidado con quien te juntas porque tu amiguita Vanessa fue quien le mandó tu email a Diego, pero no te preocupes. Yo me encargaré de todo. –dicho lo cual colgó sin darle opción a Cristina a la más mínima replica.

Mi amiga se quedó pensativa sin poder reaccionar ante las palabras que Violeta le había dicho. Algo no estaba bien, Vanessa no haría eso y Diego, está claro que en aquellos momentos la odiaba, pero sabía a la perfección que jamás les haría daño a manos de su amiga. Fue entonces cuando una turbadora idea asaltó a su mente, ¿cómo sabía Violeta lo del email?



CAPÍTULO 17

DIEGO

La Señora Beatriz se encontraba sentada en el salón cuando Alberto y Diego entraron en casa de los Alcázar. La pobre mujer no se parecía en nada a la señora altiva, guapa y buena anfitriona que fue en tiempos pasados. La culpa la estaba consumiendo hasta el punto de no importarle en absoluto las visitas que llegaran a casa ni como la verían vestida con aquella vieja bata que su marido le regaló en un viaje a Francia, o con el pelo recogido en un moño mal hecho y despeinado donde los mechones se escapaban sin control. Eso sí, sus pies seguían vestidos con unos hermosos zapatos, los cuales conseguían mantener ese poco glamour que le quedaba. En su mano derecha aguantaba una copa de lo que parecía ser Brandy, lo agitaba en círculos y observaba como el líquido oscuro recorría la anchura del cáliz. Ni siquiera se giró para ver quien entraba en su casa, su mirada estaba perdida.

–Madre, he traído visita. –saludó Alberto en busca de la atención de la matriarca. No recibió respuesta por lo que siguió acercándose a ella mientras le comentaba a Diego que su madre llevaba mucho tiempo en ese estado– No tiene ganas de nada, sólo bebe y, de vez en cuando, come algo de dulce y nada más.

–No parece la misma mujer que un día conocí.

–Porque ya no lo es. Espera aquí un momento, por favor. –dijo Diego señalándole el lugar en el que se encontraban en ese instante, justo detrás del sillón en el que Beatriz se encontraba. Mientras, Alberto, se acercó hasta

encarar a su madre, se acuclilló para estar a la altura de sus ojos y con sus manos apoyadas en las rodillas de ella continuó con voz dulce— Madre, estoy aquí. Soy Alberto, tu hijo.

—Hijo mío. —dijo al fin la Señora Beatriz acariciando con ternura el rostro de Alberto con la mano que le quedaba libre.

—Madre, ¿te acuerdas de Diego?

—¿Diego? Querrá matarme, me odia. —dijo entre sollozos.

—No la odio Señora Beatriz, estoy aquí por su hija, por su nieto. —
acertó a decir Diego.

—Mi nieto. —repitió la Señora Beatriz antes de ponerse a llorar sin consuelo.

—Madre, mamá escúchame por favor. Necesitamos saber qué sucedió.

—Ya te lo dije hijo, vuelves a creer a cualquiera de la calle antes que a tu propia madre. —dijo la Señora Beatriz cambiando de pronto su estado de ánimo y regresando la mujer altiva que nunca desapareció del todo.

—Señora Beatriz, ¿me recuerda? Soy Diego. —dijo el profesor acercándose con cautela hasta posicionarse a la vista de la Señora Beatriz.

—Tú. —los ojos de Beatriz se abrieron como platos ante la visión de aquel hombre que había destrozado a su familia— ¿Qué haces aquí?

—Señora, he venido a que me cuente la verdad sobre mi hijo.

—Yo no tengo nada de lo que hablar contigo. Lárgate de mi hogar.

–No. –sentenció Diego y con una mirada advirtió a Alberto de que no se largaría de allí hasta que no le dijeran donde estaba su hijo.

–Madre, sé que estás enfadada pero también sé que estás arrepentida por Cristina. Tú misma me lo dijiste y yo te creí cuando os descubrí hablando por teléfono, ¿recuerdas?

–¿Por teléfono?

–Sí, con Violeta.

De pronto el rostro de la Señora Beatriz volvió a oscurecerse, a perder su mirada en el infinito y su copa volvía a agitarse para mover, una vez más, el líquido de su interior en círculos. Tanto Alberto como Diego cruzaron sus miradas sin entender muy bien que estaba sucediendo, pero fuera lo que fuera, tenía relación con Violeta.

–Violeta. –dijo la Señora Beatriz en voz baja ante la sorpresa de su hijo y de Diego– Ella me lo prometió. Lo prometió.

–¿Qué prometió madre?

–Violeta, me dijo que todo iría bien pero no es verdad. –de pronto, giró su rostro hacia donde se encontraba su hijo y con sus ojos clavados en él continuó– Violeta está obsesionada contigo hijo mío, ¿cómo no lo vi antes? Cada paso que da es para acercarse más y más a ti. No le importa cuanta gente caiga en su cruzada si consigue su Cáliz, si te consigue a ti.



CAPÍTULO 18

CRISTINA

Ya la noche comenzaba a hacer acto de presencia e Cristina seguía inquieta ante las palabras de Violeta en su conversación telefónica. No dejaba de dar vueltas dentro de su habitación como un león enjaulado hasta que sus compañeras regresaron. Cristina no podía seguir allí dentro, necesitaba hablar con alguien. Rachel.

Salió de la habitación como alma que lleva el diablo y se dirigió hasta la habitación de Rachel con la esperanza de encontrarla allí. Golpeó la puerta tres veces, como habían acostumbrado para saber que eran ellas, pero quien abrió la puerta era su compañera quien le dijo que seguramente, Rachel, estaría en la biblioteca. Tras agradecerle la información, Cristina salió corriendo de nuevo para alcanzar a su amiga antes de que se le ocurriese ir a otro sitio y así estar todo lo que quedaba de día, corriendo de un lado para otro. Llegó casi sin aliento hasta la biblioteca, entró en ella ya más calmada y buscó con desesperación a su amiga.

–Cris, ¿qué haces aquí? –preguntó Rachel sorprendida al ver a su amiga fuera de la habitación.

–Necesito hablar contigo sobre la llamada que te comenté.

–¡Ah! Violeta era la chiflada esa, ¿no?

–Sí, me está volviendo loca.

–Escúchame, ¿por qué no vas a uno de esos estupendos ordenadores que tenemos aquí y le mandas un correo a tu amiga y que ella te cuente todo?

–No sé si quiero.



–Sí, quieres. –dijo Rachel sonriente– Anda vamos, yo te acompaño.

Las dos amigas se acercaron hasta la zona de ordenadores e Cristina abrió su sesión. No tenía muy claro qué palabras iba a utilizar para expresar todos sus temores, pero lo que sí tenía claro, era que debía conocer la verdad de todo lo que allí estuviera sucediendo.

–Es muy tarde, no creo que esté conectada. –dijo Cristina.

–Eso no importa, escríbele y cuéntale tus temores y ella ya te contestará. Pero si no preguntas tus dudas, jamás obtendrás respuesta.

Cristina comenzó a teclear en el ordenador con habilidad, era rápida escribiendo y me recordaba a una de esas secretarias cuya única meta en su vida es comprobar cuantas pulsaciones por minuto consiguen escribir. Una vez finalizó su correo le pidió a Rachel que lo leyera.

“Hola Vanessa;

Siento escribirte tan tarde, pero esta mañana recibí una llamada de Violeta que me dejó un tanto preocupada. Sé que te acusé a ti de enviar aquel email a Diego, pero no encontraba otra explicación, hasta que recibí la llamada. Vanessa, siento en mi interior que Violeta está tramando algo y no puedo hacerme a la idea de lo que puede ser. Ella me dijo que tú enviaste el email tal y como yo pensaba, pero, ¿cómo podía ella saberlo? ¿Cómo supo Violeta que yo te había escrito sobre Gabriel? Es todo muy raro. Por favor, Vanessa te pido que sigas ahí, siendo mi amiga como siempre. Ahora sé que me equivoqué como parece ser que hago con cada decisión que tomo.

Espero tu respuesta con apremio.

Un fuerte abrazo.

Tu amiga, Cristina.”

–Está perfecta, ella lo entenderá. Ya verás. –le animó Rachel– Y, como bien dices en tu carta, ya es tarde para seguir danzando por ahí. ¿Vamos a cenar?

–Sí, debería alimentarme de vez en cuando. –contestó Cristina provocando la risa de ambas.

–Antes quiero coger un par de libros y devolver los que cogí el otro día.

–¿Ya los has leído? He perdido mi ritmo de lectura. –dijo Cristina para

sí.

–Te recuerdo que soy la devoradora de libros.

–Ya veo. Intentaré cogerte en cuanto mis ideas regresen a su orden.

–Lo dudo.

Las dos chicas salieron riendo de la biblioteca. La verdad era que a Cristina le venía muy bien la compañía de Rachel, era una chica estupenda y siempre le hacía reír. Recorrieron juntas todo el camino hasta la cafetería en la que solían cenar los fines de semana, salvo que lo hicieran fuera del recinto, claro está. Podían ir al comedor donde la comida entraba dentro de los gastos del internado, pero preferían ese aire un poco menos serio que ofrecía el otro local.

Al entrar descubrieron que no había muchas chicas, quizás porque aún era pronto para cenar, pero a ellas les parecía la hora perfecta. La cafetería era una mezcla de estilos moderno y antiguo que combinaban a la perfección, era como ir a un local de moda donde los muebles parecían sacados de una revista especializada. Al entrar te encontrabas con una barra de madera, parecida a las de las películas del oeste, pero con el frontal forrado con cuero rojo y capitonés del mismo color. Las sillas altas que recorrían la barra de punta a punta eran de forja y cojín del mismo material y color que el frontal de dicha barra. El resto del local estaba decorado con mesas colocadas de forma discrecional, sin un orden aparente salvo el de que no se molestaran unos

comensales a otros. Alrededor de las mesas había sillas y sillones de todo tipo, como si hubieran ido a una tienda de ocasión y hubieran comprado todo lo que allí hubiera.

Tanto Cristina como su amiga se acercaron a la barra primero para leer una de las cartas que había distribuidas a lo largo de la misma, aunque en realidad se la sabían de memoria.

–Buenas tardes chicas, que pronto habéis venido hoy. –saludó Mini, la camarera del local con una sonrisa afable.

–Sí, bueno. Es que aquí mi amiga lleva casi todo el día sin probar bocado y la tengo famélica. –respondió Rachel– ¿Se puede pedir ya?

–Por supuesto, ir a la mesa que ahora me acerco yo.

–Muchísimas gracias. –contestaron las dos amigas al unísono.

Se sentaron en una de las mesas que daban al patio central, cerca de la misma pared en la que se encontraba la salida pues sabían que en un rato aquello estaría lleno de alumnas y salir de allí se podía convertir en toda una aventura. A los pocos minutos apareció de nuevo Mini, Cristina no tenía muy claro de dónde venía aquel diminutivo, pero no le hacía justicia a la pobre mujer. Esa camarera tendría ya cerca de los cincuenta años, llevaba casi toda su vida trabajando allí junto a su marido, el cocinero del local. Ella era una mujer robusta, grande y con un carácter encantador, le encantaba charlar con las chicas y más de una acudía a ella cuando un problema le resultaba

demasiado difícil para sobre llevarlo lejos de la familia. Sí, Mini se había convertido en una especie de madre de reserva para muchas de las chicas que allí estaban.

En realidad, ni Cristina ni Rachel tenían demasiada hambre por lo que decidieron pedir una fuente mediana de fingers de pollo y unas patatas con queso, un manjar que les encantaba. Para beber pidieron un poco de agua con limón que hacía Mini y que estaba buenísima. Como Cristina no tenía demasiadas ganas de hablar, pero a la vez necesitaba evadirse y olvidar por unos minutos lo que tanto le atormentaba, le pidió a Rachel uno de los libros que había cogido de la biblioteca. Se trataba de una obra que ella había leído en reiteradas ocasiones y que conocía bien: *La hora de las brujas* de Anne Rice. Aunque no era muy devota de las novelas de esta autora debía reconocer que la trilogía de la familia Mayfair le parecía fascinante. Podía devorar aquel libro en cuestión de pocas horas y, en ellos estaba, inmersa en su historia cuando Rachel volvió a llamar su atención.

–Creo que Sam viene hacia aquí. –dijo Rachel al darse cuenta que Cristina ni siquiera se había dado cuenta que el local se había llenado casi hasta rebosar de alumnas.

–Dios, ¿qué hago? –dijo Cristina nerviosa.

–Nada, relájate. Deja que ella hable primero.

–Hola Rachel. –saludó Sam con amabilidad para después dirigirse a

Cristina en un tono algo más despectivo— Cristina, no quiero ni saber qué sucedió entre tú y mi hermano, pero creo que deberías hacer examen de conciencia y desaparecer de mi vista. Eso incluye el equipo. —esperó a que Cristina dijera algo, pero ella era incapaz de articular palabra, sabía lo que había hecho y el daño que ello producía— Bien, si no tienes nada que decir me iré. ¡Ah! Se me olvidaba. Esto es para ti. —se despidió dejando sobre la mesa una pequeña cajita con una nota.

Cristina se quedó petrificada, sin saber muy bien qué responder o qué decir ante lo que acababa de suceder. Miraba aquella cajita de color azul celeste atada con un hermoso lazo blanco y que reposaba sobre un pequeño sobre sin membrete. De pronto notó como sus ojos comenzaban a llenarse de agua salada amenazante, su nariz se volvía colorada por la congoja y sus labios habían empezado a temblar por la angustia. Por suerte, Rachel estaba allí y como si leyera su pensamiento pidió la cuenta y, tras pagar, cogió a su amiga para largarse de allí de inmediato.

Juntas subieron por la gran escalinata hasta el piso de en el que se encontraba la habitación de Cristina, por suerte sus compañeras habían salido a cenar. Cristina se sentó en su cama con las piernas acurrucadas lo máximo posible para poder rodearlas con sus propias manos y esconder en ellas su cara. A sus pies estaba la cajita que Sam le había dado minutos antes, así como el sobre que tanto pudor le daba abrir.

–Cristina, ¿quieres que me vaya? –preguntó Rachel con la certeza de que Cristina pudiera necesitar estar sola y descansar.

–La verdad es que no sé lo que quiero, me da miedo abrir el sobre y me da miedo descubrir el contenido de la caja.

–Nadie puede reprocharte nada. Estabas confusa y eso es todo. –dijo Rachel antes de acercarse a Cristina y darle un beso fraternal en la frente– Me voy a ir. Necesitas estar sola y aclarar un poco tus ideas. Mañana nos vemos en el desayuno.

–Está bien. Muchas gracias Rachel, no merezco a alguien como tú a mi lado.

–No seas tonta. Y abre ya el dichoso sobre. –le dijo guiñándole un ojo antes de salir por la puerta y cerrarla tras ella.

Cristina se mantuvo durante unos minutos en la misma posición, pero esta vez mirando hacia donde su temor se encontraba. Pronto recordó que tenía justo a su lado aquel osito de peluche que su tía le regaló cuando era pequeña de su último viaje a Londres. Lo cogió entre sus manos y lo miró como si esperara que aquel muñeco le dijera que era lo que tenía que hacer. Al fin dejó el peluche a su lado y, como si de una prueba de fuego se tratara, cogió primero la cajita y deshizo el lazo con cuidado. Después retiró la pequeña





tapa para descubrir el romántico detalle que albergaba el interior de la pequeña caja. Era un pequeño frasco de cristal, con forma de corazón y tapado con un corcho diminuto. En el interior de dicho frasco había tan solo arena, arena de la playa y nada más. Del frasco pendía una tosca cadena de eslabones tan larga como para poder llevar aquel corazón de arena colgado en su cuello. Notó como las lágrimas comenzaban a escaparse sin control de sus ojos y, sin más, abrió también el sobre. En su interior había una pequeña nota en la que sólo aparecían cuatro palabras: “*Nunca me olvides. Gabriel*”

Apretó con fuerza ambos regalos contra su pecho sin parar de llorar. Se quitó los zapatos y con la misma ropa que llevaba puesta, sin soltar sus nuevas pertenencias, se durmió.

Cristina había estado durante todo el día ausente, sólo pensaba en el autor del regalo que portaba colgado a su cuello. Volvía a sentirse confusa y algo dentro de ella le decía que las palabras de Gabriel traían un significado aún mayor y que no lograba descifrar. Era como si él supiera que nunca más volvería a verla, pero ella aún no había tomado esa decisión, sólo había pedido tiempo para aclarar sus ideas y olvidar a Diego. Si es que podía.

Al acabar las clases se fue directa hasta la biblioteca, pues tenía una cuenta pendiente, una pregunta que aún no había obtenido respuesta. Como

siempre abrió su sesión y comprobó con rapidez los correos recibidos. Parecía mentira la de noticias absurdas que llegaban a inundar su correo, buscó con avidez y pronto encontró lo que estaba buscando. Una entrada de Vanessa.

“Hola Cristina,

No hay nada que disculpar solo que ahora entiendo muchas cosas.

Desde que Diego recibió aquel correo también comenzó a comportarse de forma extraña conmigo. Sin embargo, nunca dejó de hablarme. Por lo que me dijiste comprobé mi bandeja de salida y pude ver que el dichoso correo salió después de que me marchara aquel día. Sólo hay una respuesta a lo que sucedió y es lo que supongo que ya te estarás imaginando. Violeta esperó a que me fuera de la sala de informática y envió el correo.

Seguramente me dejaría la sesión iniciada porque soy un tremendo desastre y me ha pasado factura.

De todas formas, creo que hay algo más importante que deberías saber. No me queda otra opción que hablar de Diego, como amiga te digo que te equivocaste al querer olvidarle y, en cierto modo, entiendo que él te dejara por, ¿cómo era? Niña malcriada que no sabe lo que quiere. Aunque yo más bien diría que no sabe lo que tiene. Lo que no entiendo es qué esperabas que sucediera. Diego decidió contarte y decirte que vuestro hijo estaba vivo y lo único que obtuvo por respuesta fue tu silencio. Y, después,

se entera de toda esa estúpida historia de amor que has tenido con vete tú a saber, de la manera más inapropiada.

Pues te diré algo Cristina, algo que quizás debieras haber sabido antes de todo esto. Diego no ha dejado de hablar de ti y, aún hoy, después de tu desprecio, sigue luchando por recuperar a su hijo. A vuestro hijo.

Cristina, Diego nunca dejó de amarte y, créeme cuando digo que sigue haciéndolo.

El tema de Violeta es aún mejor si cabe. Creo que esta chica está chiflada, más bien creo que es una loca peligrosa. No creas que hablo sin razones para escribir estas palabras pues las tengo. ¿Recuerdas mis conversaciones con Aurora? Ahora van más allá. No hace mucho soñé con el día de su muerte y reconocí al fin quién la asesinó. Cristina, Aurora no murió ahogada, fue asesinada. No obstante, sé que Violeta sabe dónde está tu hijo y he iniciado un nuevo plan. Quedaré con ella y recuperaré al bebé. Cristina, solo quiero que entiendes que todo lo que estamos haciendo lo hacemos por ti. No eches todo lo que sentiste por Diego por la borda, sé que le amas. Lo sé.

Recuerda que yo siempre estaré aquí. Por ti.

Vuelve pronto. Vanessa.”

Desde luego eran duras palabras las que recibía de su amiga, pero no había duda de que también eran una dosis de buena realidad. Estaba segura

que mi amiga encontraría la forma de devolver el río a su cauce original y hacer lo correcto, pero desde luego, lo que no me esperaba era lo que sucedió a continuación.

–Sabía que te encontraría aquí. –dijo Rachel a espaldas de Cristina–

¿Qué estás haciendo? –preguntó alarmada al ver en qué página se encontraba su amiga.

–Regreso a casa.



CAPÍTULO 19

DIEGO

Después de todo este tiempo sin tener noticias de Cristina de pronto su teléfono le anunciaba que había recibido un correo electrónico suyo. A punto estuvo de borrarlo sin leerlo siquiera, pero por alguna extraña razón terminó de por abrirlo y descubrir su contenido. No sabía si creer aquellas palabras escritas de quien un día fue el amor de su vida, pero según avanzaba en la lectura no podía más que reconocer que seguía amándola como el primer día. En el correo le hablaba de la dureza de las palabras de Vanessa y que le habían servido para abrir los ojos. Que era cierto que pudo estar con ese tal Gabriel pero que fue solo la necesidad de sentirse amada en la soledad de

encontrarse lejos de casa, de sus amigos y allegados. Justo cuando recibió el correo de su amiga, hacía poco que había puesto fin a esa relación pues comprendió que si no podía quitarse de la cabeza a Diego era porque seguía amándolo. Que sentía todo lo ocurrido y que esa misma tarde cogería un vuelo que la llevaría de vuelta a casa.

De todo lo que contenía ese correo sólo la última frase le hizo pensar a Diego en su futuro incierto con Cristina: *“Si aún sigues amándome espérame en el aeropuerto y yo recuperaré a nuestro hijo. Si al amanecer aun no hubieses venido a por mí, entenderé que nuestra historia acabó y regresaré de nuevo a esa cárcel de arena y sol.”* No vio en sus palabras reproche alguno para la decisión que Diego quisiera tomar, más bien le dejaba la opción de tomar las riendas y decidir por los dos su futuro. Quizás, para otra persona sería un acto de cobardía, un acto por el que la otra persona no es capaz de afrontar su propia vida, pero para Diego aquello era una prueba de amor. Cristina prefería desaparecer antes que arrebatarle lo que era suyo, lo que le haría feliz.

Miró el reloj del móvil, según lo que Cristina le había escrito en su correo faltaban tan sólo un par de horas para que su vuelo llegara a la ciudad. Sin embargo, Diego aun no sabía cuál iba a ser su siguiente movimiento.



CAPÍTULO 20

CRISTINA

Estaba a punto de llegar a su destino y aun no sabía muy bien si había hecho lo correcto. Deseaba que Diego la hubiese perdonado y encontrarle en el aeropuerto sería la corriente que le hacía falta a su corazón para latir de nuevo. Miraba por la ventanilla nerviosa y no paraba de jugar con el colgante que llevaba atado al cuello hasta que finalmente reparó en él. Observó entre sus manos aquella pequeña pieza de cristal con forma de corazón y una punzada en el pecho le advirtió de la culpabilidad que jamás debía olvidar. Cerró sus ojos para concentrarse en su último deseo antes de aterrizar y pensó en que Rachel leyera la carta que le dejó a su nombre en el buzón de su habitación. En ella le pedía que por favor hablara con Gabriel y le explicara todo, que descubriera que ella en realidad era una niña tonta que había olvidado lo que es amar. Que se dejó llevar por su atención, sus ojos y su sonrisa, buscando en ellos el amor que dejó escapar en su anterior vida. Que deseaba con fervor que tanto Rachel como Gabriel encontraran pronto su verdadero amor y así entendieran lo que ella había sufrido. Lo curioso de aquel deseo es que se hizo realidad pues ambos descubrieron el amor, pero

esa es otra historia, ¿no?

De pronto, Cristina notó como el avión comenzaba a temblar y el piloto luminoso anunciaba que debían abrocharse los cinturones, era la hora de aterrizar. El momento esperado estaba a punto de llegar y a Cristina parecía que el aire le comenzaba a faltar. El hombre que había al lado la observó asustado y como si aquello fuera a tranquilizarla, le tendió su mano. Cristina ni siquiera lo dudó y la tomó con fuerza, sentir que el hombre desconocido que se

sentaba a su lado le brindaba ese simple contacto pareció tranquilizarla hasta que el avión tomó tierra. El resto de los pasajeros se unieron en un escandaloso aplauso en honor al piloto que había conseguido no matarles. Eso había pensado yo siempre, ¿cuál era la razón de aplaudir en cada aterrizaje? Muy sencillo, haber sobrevivido al vuelo.

–Muchas gracias, Señor. –dijo Cristina un tanto avergonzada por su comportamiento.

–No hay de qué, a veces necesitamos un simple contacto de una persona amiga para sentirnos seguros. –contestó el hombre con una sonrisa no muy exagerada.

Cristina cogió su maleta de mano y su mochila, sus dos únicas pertenencias que había llevado consigo en el viaje y salió hasta la zona común del aeropuerto con la esperanza de ver a Diego. Buscó entre la multitud sin

encontrarlo y un fuerte nudo se había instalado en su garganta. Veía como otros

familiares y amigos abrazaban a los recién llegados con enormes sonrisas unos

y lágrimas de felicidad otros. Pero cuando ya había perdido toda esperanza, entonces lo vio. Estaba apoyado en un rincón. No parecía él, vestía con un pantalón vaquero oscuro, camisa blanca estampada con cuadros de líneas rojas y rosas y una cazadora de cuero marrón a juego con sus zapatos. Su pelo oscuro y alborotado hacía que sus ojos verdes se intensificaran y que su mirada traspasara cualquier barrera que Cristina intentara interponer entre ellos.

Se fue acercando despacio, con miedo a ser rechazada en cualquier momento. Con sus ojos humedecidos por la acumulación de sentimientos que le provocaba acercarse a él. Hasta que al fin vio como sus labios comenzaban a esbozar lo que parecía una sonrisa e Cristina no pudo más que correr hasta él y abrazarle sin importarle si iba a ser correspondida o no. Sentir su cuerpo abrazado al suyo era lo único que necesitaba, pero cual no fue su sorpresa cuando Diego le devolvió ese abrazo apretándola hacia él con fuerza. Cristina sólo podía llorar y llorar de felicidad al sentirse refugiada entre sus brazos que tanto anhelaba.

Después notó como Diego aflojaba sus brazos y trataba de separarla con delicadeza. Ella no se atrevía a alzar la mirada y encontrarse de nuevo con

aquellos ojos que hacían se perdiera en su mirada. Pero sintió como Diego alzaba su cara con ambas manos mientras Cristina mantenía los ojos cerrados por miedo a encontrar algún reproche, sin embargo, lo único que encontró fue la calidez de sus labios posándose sobre los suyos y fundiéndose en un dulce beso que le hizo estremecerse de arriba abajo como hacía tiempo no le sucedía.

–Te he echado de menos. –dijo al fin Diego.

–Y yo. Pensé que no vendrías.

–¿Cómo no iba a venir? –y, al fin consiguió aguantar la mirada de Diego que la observaba con esos ojos brillantes llenos de felicidad. “*¿Sería posible un nuevo comienzo con él?*”, se preguntó Cristina sin saber que la respuesta ya se había afirmado con el primer beso.

–Hola Cristina. –dijo a su espalda Alberto.

–¿Alberto? ¡Has venido! –exclamó ilusionada Cristina mientras abrazaba a su hermano hasta que su rostro volvió a extrañarse al no encontrar a Vanessa con ellos– Si buscas a Vanessa no ha podido venir. –dijo Alberto como si hubiera leído la mente de su hermana.

–¿Dónde está? –preguntó angustiada a sabiendas de cuál iba a ser la respuesta, ¿y si había llegado tarde?

–Ha ido a hablar con Violeta, dice que sabe dónde está vuestro hijo. – contestó Alberto confundido por la preocupación excesiva mostrada por

Cristina.

–¿Sabes dónde ha quedado con ella? –preguntó mi amiga casi histérica.

–En el lago creo, ¿qué pasa? –dijo Alberto al ver que la cara de ambos cambiaba de color.

–Tenemos que ir a buscarla de inmediato. –sentenció Diego con el beneplácito de Cristina que lo siguió sin demora.



CAPÍTULO FINAL

El coche de Diego a punto estuvo de salirse de la carretera por la velocidad que llegó a alcanzar. La noche ya formaba parte de aquel macabro escenario en el que estaban a punto de participar. Cristina bajó del coche en cuanto reconoció el lugar sin darle tiempo a Diego a frenar para que no sufriera ningún daño innecesario. Corría sin mirar atrás con la mirada clavada en un único punto fijo, justo a unos pocos metros de la orilla del lago se distinguían un par de siluetas que luchaban cuerpo a cuerpo. Tras los pasos de Cristina iba su hermano Alberto que al vislumbrar lo que su hermana estaba viendo intentaba llamar su atención para que no cometiera una locura, pero por

supuesto, sin éxito.

Diego corrió con todas sus fuerzas para alcanzar a los dos hermanos, pero, al haberse rezagado en el coche no consiguió atraparlos y sólo alcanzó a ver como ambos se lanzaban al agua. Si Cristina era rápida corriendo, Alberto era mejor y consiguió detenerla. A lo lejos escuchaba las voces de las dos chicas gritar con fuerza.

—¡Cristina, no!—gritó a pleno pulmón Diego por miedo a que se sumergiera en las aguas de ese lago infernal.

Cristina quedó petrificada justo donde la tierra daba paso al agua, sus zapatillas llenas de barro ahora quedaban inundadas y los camales del pantalón comenzaban a absorber ese líquido estancado. Su mente voló al pasado, justo en la noche en la que me perdió. Volvió a recordar, como si de un mal sueño se tratara, como llegó a la orilla exhausta y risueña porque había vencido a sus amigas, porque me había vencido a mí. Recordó como Violeta comenzó a chillar, como si mi vida le importara lo más mínimo, pidiendo que alguien me ayudara cuando sabía de sobra que ya era demasiado tarde. El rostro de Cristina no reflejaba ya nada, ni miedo, ni angustia, ni rencor. Nada. Diego llegó a su altura cuando Alberto ya se había lanzado al agua.

Miró a Cristina y la descubrió hierática, sus ojos apuntaban al frente pero no veían nada. Paso sus manos varias veces por delante de ella, pero no hubo ninguna reacción. Diego asustado comenzó a zarandearla hasta que ella lo

miró sin comprender qué estaba sucediendo.

–¿Estás bien? –preguntó Diego con la voz entrecortada.

–Sí, lo siento. Yo...

–Me has dado un susto de muerte. –dijo Diego mientras la abrazaba como nunca lo había hecho.

Cristina le devolvió el abrazo apoyando su cabeza sobre su hombro, con los ojos cerrados se dejaba querer. Era tan reconfortante sentir los brazos de la persona que quieres. Pero cuando los abrió una nueva realidad apareció ante sus ojos. Se liberó como pudo de los brazos de Diego y luchó por entrar en el agua y nadar hacia donde estaban Vanessa, Violeta y su propio hermano. Estaban aún más lejos de lo que ella creía, a pocos metros de la boya.

–¡Violeta, no! –se escuchó gritar a Alberto al tiempo que se lanzaba sobre ella. A su vez se escucharon los gritos de las dos chicas.

Cristina se liberó con rapidez del abrazo de Diego para correr al encuentro de su hermano, algo no iba bien. Lo sabía y estaba en lo cierto.

Diego la siguió nadando tras ella a la velocidad que sus brazos le permitían sin dejar de mirar al frente. La oscuridad no les dejaba ver con claridad y el chapotear de las aguas hacían aún más difícil si cabía vislumbrar lo que estaba sucediendo unos metros más adelante.

De pronto Cristina frenó, no conseguía ver nada ni a nadie. Ni a su hermano, ni a Vanessa, ni a Violeta. Se mantuvo como pudo a flote moviendo

sus piernas y brazos en círculos. Notó como Diego la alcanzaba y se quedaba a su lado sin mediar palabra, mirando hacia el mismo punto que mi amiga observaba. El miedo les cautivó por unos instantes al creer que habían perdido a Vanessa y a Alberto. Hasta que una cabeza de hombre salió de nuevo a la superficie con la fuerza de un ciclón y absorbió todo el aire que pudo.

Alberto comenzó a nadar de espaldas hacia la orilla, parecía que arrastraba algo, o a alguien. Cristina creyó escuchar a la voz de su hermano pedir socorro casi en un susurro. No sabía muy bien por qué, quizás fuera la intuición de hermana, pero decidió nadar hacia él, a la vez que Diego hacía lo propio tras ella.

–Llévárosela a la orilla, por favor. –consiguió decir Alberto casi sin voz a su hermana antes de desfallecer.

Diego llegó justo al tiempo que Alberto cerraba los ojos y lo remolcó hasta la orilla mientras Cristina hacía lo mismo con su amiga. Tanto él como ella llegaron exhaustos, pero no tenían tiempo que perder. Cristina intentó reanimar a Vanessa que rápidamente expulsó la poca agua que había tragado.



Sin embargo, en el caso de Alberto no hubo tanta suerte. Diego no hacía más que practicarle la respiración cardiopulmonar tal y como había practicado cientos de veces en los cursos de primeros auxilios impartidos por los

institutos sin éxito.

–No puedes hacer nada por él. –dijo Vanessa entre lágrimas.

–¿Por qué dices eso? –preguntó Cristina asustada.

–Violeta intentó clavarme una aguja envenenada y él se interpuso entre las dos.

–No, de eso nada. –dijo Diego levantándose con agilidad y corriendo hasta su coche. Sin pensárselo dos veces se metió con el vehículo lo más cerca que pudo del lago y bajó para coger a Alberto– Cristina, ayúdame. Nos vamos al hospital. – Cristina ni siquiera dudó en coger a su hermano por los pies y llevarlo hasta el coche, donde lo metieron en el asiento de atrás.

–Deberán esperar aquí. –dijo el celador sin dar lugar a reproche alguno.

Los tres amigos se quedaron en una pequeña sala de espera que había en la zona de urgencias. Vanessa no podía parar de sollozar mientras repetía una y otra vez lo estúpida que había sido al pensar que podría haberlo solucionado ella sola. Mientras, Diego e Cristina no podían más que apoyarla en silencio pues para mi amiga también era un golpe demasiado fuerte como para mantenerse serena.

–Todo esto es culpa mía. –se auto inculpó Cristina mientras se sentaba en una de las butacas.

–No, en todo caso es culpa mía. –le debatió Vanessa– He sido una

idiota. Él va a morir por mi culpa.

–¿Quién ha dicho que vaya a morir nadie? –intervino entonces Diego–

¿Qué ha pasado esta noche en el lago Vanessa?

–Yo... Creí que podría con ella. Lo juro. –Vanessa intentaba

mantenerse serena para poder relatar todo lo que sabía– Cuando llegué Violeta

ya estaba allí. Me recibió muy cordial, incluso diría que feliz por retomar el

contacto. Ya sabéis. Le pregunté sin tapujos por el niño y sólo recibí como

respuesta que una vieja amiga se estaba encargando de él. Ni siquiera me dio

un nombre. –respiró profundamente y continuó con su relato– Después, aún no

sé cómo, terminamos en el agua. Me dijo que le apetecía nadar un poco, que

desde lo de Aurora no había vuelto a ese lugar y necesitaba conectar con él de

nuevo. Pensé que si la seguía podría averiguar algo más pero cuando

estábamos a punto de llegar a las boyas que marcan el límite se dio la vuelta.

En su mano llevaba una aguja con un líquido dentro, algo me dijo que era el

mismo veneno que le suministró a Aurora la noche de su muerte. Intenté

zafarme de ella, pero me resultaba imposible, sus ojos, deberíais haberla

visto, sus ojos parecían estar inyectados en sangre. Jamás vi un odio igual. Y,

justo cuando las fuerzas comenzaban a fallarme, llegó tu hermano. –dijo

mirando a Cristina– Se interpuso en la trayectoria de la aguja recibiendo él el

impacto. En ese momento Violeta se volvió totalmente loca e intentó hundirme

por todos los medios, de hecho, lo consiguió. Alberto intentaba separarnos sin

éxito. –volvió a realizar una breve pausa– Entonces sucedió. Con el forcejeo quedamos atrapadas en la alambrada que define el límite para los bañistas. Alberto intentó sacarnos a las dos, pero no podía, no tenía fuerzas por culpa del maldito veneno que Violeta le acababa de inyectar. Por desgracia sólo podía salvar a una y yo comenzaba a perder el conocimiento y notaba como la vida comenzaba a escaparse de mi cuerpo. –Vanessa no pudo reprimir más sus lágrimas que comenzaron a brotar de sus ojos sin control. Ni siquiera podía respirar al pensar que habían dejado a Violeta ahogarse en el mismo lugar



donde ella me dejó morir a mí. Como una ironía del destino.

Cristina abrazó a su amiga poniéndole un brazo sobre sus hombros y ambas amigas apoyaron su cabeza junto a la otra. Diego las observaba intentando comprender como habían llegado a esta situación. Se sentó junto a Cristina quien le tendió su mano para que Diego la recibiera y entrelazaran sus dedos como señal de un amor que nunca debió truncarse.

Hacía tiempo que no entraba en los sueños de Vanessa, pero ese día no me quedaba otro remedio, necesitaba recordarle qué había sucedido para que no dejaran pasar ningún detalle.

Así es como Vanessa soñó de nuevo con lo acontecido en el lago aquella noche. Violeta descubrió demasiado tarde que no podía obligar a

Alberto a que la amase pues su corazón ya tenía nombre. Tras la decisión del hermano de Cristina de rescatar a Vanessa mientras la abandonaba a ella hizo que dejara de luchar, ni siquiera intentó soltarse y salir a la superficie. Prefirió morir allí, sola. Sabiendo que jamás conseguiría su mayor deseo.

Allí, en las profundidades del lago me vio por primera vez en mucho tiempo. Creí que vería arrepentimiento en sus ojos del mismo modo que lo vi la mirada del Señor Alcázar, pero no fue así. Violeta estaba sentenciada a pasar su eternidad en las sombras y ya nada podía yo hacer.

Después, Vanessa retrocedió en el tiempo, en el momento justo en el que Violeta le decía quién tenía al bebé. Lo repitió varias veces mientras que sus palabras parecían repetirse por el eco de la inmensidad.

De pronto, despertó.



–¿Familiares de Alberto Alcázar? –preguntó una mujer vestida con una bata blanca.

–Sí, somos nosotros. –contestó Diego que era el único que se mantenía despierto. Zorandeó con delicadeza a Cristina y Vanessa para que despertaran– Chicas, está aquí la doctora que ha tratado a Alberto.

–Buenos días.

–¿Buenos días? –preguntó Cristina sin saber muy bien donde se

encontraba— ¿Qué hora es?

—Son las ocho y media de la mañana. —contestó la doctora— Han pasado ustedes aquí toda la noche. —sonrió— Venía a comunicarles que Alberto ya se encuentra en condiciones de poder ser visitado.

Los tres se levantaron casi al unísono y siguieron a la doctora hasta la habitación en la que Alberto se encontraba ya sentado en la cama. Por el camino les informó que por suerte la cantidad de veneno inyectado no había sido letal y que habían podido contrarrestarlo.

Alberto, al verles entrar sonrió como hacía mucho tiempo que no sonreía. Por primera vez era feliz y Vanessa sólo pudo echarse encima de él. Literalmente.

—¡Dios mío, se me olvidaba! —exclamó Vanessa dándoles un susto de muerte a todos, quienes le preguntaron qué sucedía— Cristina, creo que anoche Aurora volvió a hablarme y me hizo recordar una y otra vez la frase que me dijo Violeta cuando le pregunté por tu hijo. Una vieja amiga. ¿Sabes quién podría ser?

—Pueden ser mil personas. —dijo Diego entre el cansancio de seguir buscando y la desesperación por acabar dicha búsqueda.

—No. —dijo de pronto Cristina haciendo que todas las miradas se centraran en ella— Sólo puede ser una persona. Que idiota fui. —dijo para sí— Lo he tenido enfrente durante todo este tiempo. Estaba tan ciega que ni lo vi. —

Entonces alzó la mirada buscando la de Diego y con una enorme sonrisa le dijo— ¡Sé dónde está nuestro pequeño!

» Nuestro hijo está con Jimena. —afirmó Cristina ante la atónita mirada de los que se encontraban junto a ella— ¿Cómo pude estar tan ciega? Ella misma me lo dijo. La última vez que hablé con ella me dijo: “Que pasara lo que pasara ella siempre protegería a quien tuviera que proteger, que la considerara como a un ángel guardián de mi fruto.”

EPÍLOGO

Y así es cómo terminó mi historia y la de mi mejor amiga Cristina.

¡Ah! ¿Qué quieres saber qué sucedió después con nosotras?

Pues en mi caso y gracias a Vanessa conseguí saldar mi deuda pendiente, descubrir qué me sucedió de verdad. Pero no solamente eso, sino que mi muerte tuvo una más que irónica venganza. Seguramente, estás pensando que ya no debería estar danzando por ahí como alma en pena, y que debería haber ascendido ya, allá donde vayan las almas que se encuentran en paz. Pues tienes razón, sólo que en mi caso sucedió algo increíble.

Aquella noche en el lago, cuando todo parecía haber terminado, un ángel se apareció ante mí. Sí, tal y como lo cuento. Era un hombre de mediana edad que desprendía una luz demasiado potente para mi gusto y, en su espalda, dos enormes alas sobresalían dándole un aspecto divino. Me contó que, al parecer, hay almas que deben quedarse en la tierra porque han conseguido

cierta sensibilidad para ver el perdón en las almas recién llegadas y yo, lo poseo. Por eso, vi al Señor Alcázar y sin saberlo, le abrí la puerta hacia la luz y, del mismo modo, supe que Violeta estaba sentenciada. Y ese es mi cometido, guiar a las almas hacia el lugar que les corresponde.

Por supuesto no me olvidé de nuestra amiga Cristina. Sí, ella estaba en lo cierto y Jimena había cuidado de su pequeño retoño hasta que llegó el momento de devolvérselo a su madre. Deberíais haber visto ese grandioso día en el que el pequeño Miguel, así le pusieron en honor al padre de Cristina, regresaba a los brazos de su madre. Fue evidente esa conexión existente entre una mujer y su hijo. Mi amiga no cabía en sí de felicidad, pero aún le quedaban muchas sorpresas que vivir ese día como, por ejemplo, la pedida de mano que Diego había estado preparando para ese grandioso día. No, aún no se han casado, pero Cristina ya tiene pensado que precioso vestido lucirá ese día.

Diego, Cristina y el pequeño Miguel, se fueron a vivir a un pequeño piso cercano a la Universidad donde Cristina consiguió finalmente entrar. Diego se encargó del papeleo para trasladar el expediente de su entonces prometida a un instituto público de la zona donde Cristina consiguió graduarse con honores. Ahora, ella y Vanessa son compañeras, aunque, por supuesto, Cristina se encuentra en primer año de Periodismo mientras que Vanessa consiguió pasar a segundo de Derecho.

Por cierto, hablando de Vanessa. Sí, su relación con Alberto consiguió superar los baches del pasado y ahora forman una hermosa pareja.

De Gabriel sólo podría decir que encontró la felicidad junto a la persona menos esperada y que su romance superó con creces la que os he relatado. Pero esa ya es otra historia que, curiosamente, también protagoniza nuestra ya querida amiga Rachel.

FIN

SEGUNDA PARTE

RELATO OBSEQUIO

“DESPEDIDA DE SOLTERA”



I

Había pasado dos años desde que Cristina y Diego recuperaran a su hijo y su vida. También dos años desde que le propusiera matrimonio e Cristina casi se desmayara con tanta emoción comprendida en muy poco espacio de tiempo. Pero, al fin, el gran día esperado estaba a punto de llegar y, si hace dos años casi pierde el sentido por las emociones, en menos de una semana un incontable número de *microinfartos* se pronunciaron en su corazón.

Para empezar, la semana anterior sus viejas amigas decidieron prepararle una espectacular fiesta de despedida de soltera. Palabra clave: *espectacular*. Pensaron que sería divertido pasar el fin de semana en la playa, tomando el sol por el día y la luz de la luna por la noche. Pero no podía ser cualquier playa no, debía ser una en el culo del mundo, por lo que debían salir el viernes en el primer vuelo y regresar el domingo a tiempo para ir a clase el lunes, o no ir. Claro que, la última opción era preferible dejarla como último plan, el Z como mínimo.

Así es que el mismo viernes de la semana anterior a la boda de Cristina sonó el despertador, llamado Miguel de tres años, a las seis y media de la mañana.

–Ya voy hijo. –consiguió pronunciar Cristina entre bostezos– Yo no sé para qué me molestó en programar un despertador si ya tengo a tu hijo. – dijo esta vez mirando hacia su prometido mientras se acercaba para darle un dulce beso en los labios.

Cristina se levantó medio sonámbula con los brazos extendidos frente a ella para evitar una posible tragedia, cosa que le había ocurrido en más de una ocasión. Es más, cierta noche, haría poco más de medio año, fue con tanta prisa a calmar los lloros de su hijo que no le dio tiempo ni a calzarse las zapatillas de ir por casa y, con tan mala fortuna que se dio de bruces contra el borde de la puerta que se encontraba a medio abrir. Esa pequeña anécdota

supuso para Cristina la rotura de uno de sus preciados dedos meñique de uno de sus pies, el derecho para ser exactos, y un prominente chichón con una forma y color un tanto extraños.

En fin, anécdotas aparte, Cristina llegó hasta su pequeño quien permanecía sentado en su cama con la mirada fija en la puerta mientras gimoteaba sin parar. Al ver llegar a su madre, Miguel, alzó sus bracitos en busca de un consuelo que no tardó en arroparle.

–Cariño, ¿qué pasa? –preguntó con dulzura Cristina.

–Quiero lechita. –obtuvo como respuesta del pequeño.

Aún no habían salido por la puerta, que una sombra alta y fornida les impidió el paso. Cristina, sin temor alguno, le pegó un fuerte manotazo en el pecho.

–¿Estás tonto? ¡Menudo susto me has metido! –exclamó Cristina provocando una fuerte carcajada en Diego.

–Anda trae, ya le preparo yo el desayuno al renacuajo este. –dijo Diego mientras cogía a su pequeño.

–Oye, yo no soy renacuajo. –decía el pequeño Miguel aún adormecido.

–¿A no? ¿Y qué eres? –preguntaba Diego divertido mientras desaparecían por el pasillo.

–Soy un niño. –escuchó Cristina a su pequeño antes de que salieran de su vista.

Con una sonrisa dibujada en sus labios, la joven madre comenzó a recoger la habitación. Abrió las ventanas de par en par para que ventilaran los dormitorios y recogió con un par de dobleces, las sábanas al pie de la cama. Después, se dispuso a ponerse los pantalones cortos de deporte y una camiseta pues, como cada día, aquel viernes empezaría la jornada con una buena carrera. Se acercó primero a la cocina para darle un beso a Diego y a su pequeño tras lo que se puso las zapatillas y salió a la calle. Corrió en dirección al cauce del río donde habían dispuesto algunos senderos por donde poder trotar un poco. Tenía pensado hacer unos seis kilómetros para soltar y después, haría algunas series de velocidad. Sin embargo, nunca llegó. Justo cuando giraba la segunda esquina, un grupo de encapuchados se abalanzaron sobre ella sin darle tiempo a reaccionar. No sin esfuerzo, consiguieron meterla dentro de una furgoneta con un extraño olor a flores del tipo violetas y rosas. *“Para ser una banda de secuestradores huelen demasiado bien.”*, pensó. Pero, lo increíble sucedió después, cuando la música comenzó a sonar. ¿Eso era Marc Anthony? ¿Valió la pena? ¿En serio? –Vale chicas cuando queráis me soltáis y me quitáis la venda de los ojos. –dijo Cristina mientras los “secuestradores” cuchicheaban entre sí. Ella, ya con los ojos en blanco por la evidencia, continuó– ¿De verdad pensabais que no iba a reconocerlos? ¡Si os estoy oyendo!

De pronto todas estallaron en una exagerada carcajada con los ya

rituales comentarios del estilo:

–Tías que me meo de la risa.

–Ni se te ocurra que es alquilerada.

–Pues a mí se me escapa el pipi sólo de pensarlo.

–Pagarás tú la limpieza de la tapicería. Lo sabes, ¿verdad?

–No puedo parar de llorar, creo que se me ha metido el rímel en los ojos.

–Para tía, para que me bajo. No me aguanto más.

–¿Vas a mear en la calle? ¡Que aún no hemos salido de la ciudad!

–Pues tu verás que hago.

–Yo apoyo la moción que me meo entera.

–¿En serio? Joder, a ver si hay una gasolinera cerca.

–Yo no llego a la gasolinera.

–Vale, ya está. Paradas. ¿Contentas?

Cristina no tenía muy claro cuantas puertas debía tener aquella furgoneta, pero por los portazos que escuchó debía tener, al menos, cincuenta.

–¿Hola? –preguntó Cristina buscando alguna respuesta que no llegaba–

¿No me habréis dejado sola con las manos atadas y el dichoso pañuelo

tapándome los ojos? –forcejeó como pudo para desatarse las manos para

después quitarse la venda de los ojos. Por suerte, aún no había avanzado el día

y la luz de la mañana no llegó a cegarle. Se asomó por la ventanilla a tiempo

de ver como un coche de policía se paraba justo donde se encontraban sus amigas.

–Disculpen señoritas, pero no estarán orinando en vía pública. –

preguntó uno de los agentes.

–¿Qué? No, por supuesto que no. –contestó Vanessa aguantando como una jabata para no reír.

–Y, su amiga, ¿qué está haciendo agachada tras el cubo de basura? –
continuó con el interrogatorio el mismo agente.

–¿Quién? ¿Ella? –Preguntó intentando seguir con su papel, Vanessa, mientras señalaba a Jimena sin darle demasiada importancia– Creo que está buscando algo que ha perdido.

–Ya. ¿Algo que ha perdido? –por alguna razón el policía sonrió y bajándose hasta la punta de la nariz sus gafas de sol, porque todo policía que se precie lleva gafas de sol, miró a Vanessa y dijo– Lo dejaremos pasar por esta vez, pero dígame a su amiga que la próxima vez busque sus cosas en algún baño público.

–Esto... ¡gracias! –contestó ésta con una amplia sonrisa a la par que mostraba todo el encanto del que era capaz.

–¡Dios, qué vergüenza! –dijo Jimena subiéndose los pantalones mientras Ana, una nueva amiga que habían hecho en la Universidad, no paraba de reír.

–Estás roja como un tomate. –se burló Ana, así la llamaban.

–Anda que avisas. –le dijo algo molesta Jimena.

–¿Yo? Pero si ya había terminado. ¿Qué querías que hiciera?

–Cuando queráis me explicáis por qué me habéis secuestrado. –
preguntó Cristina desde la furgoneta.

–Pero si se ha soltado. –se sorprendió Vanessa.

–¿Cómo lo ha hecho? –preguntó Ana.

–Evidente. –contestó Vanessa– Sois inútiles haciendo nudos.

Las cuatro amigas rieron juntas por fin. Tanto Vanessa, como Jimena y Ana, regresaron a la furgoneta y le explicaron a Cristina que ese fin de semana tocaba olvidarse del mundo.

–Chicas, un momento. –dijo parándose de golpe Cristina en medio del aeropuerto– Tengo que hablar con Diego. Con todo esto no le he dicho nada y el pobre...

–Tranquila. –dijo Vanessa poniéndole un dedo en los labios para que se callara y, con una sonrisa, se explicó– Diego forma parte del plan.

Y, sin más, dejó a Cristina perpleja mientras las otras dos se reían divertidas al ver su cara. Vanessa estiró a Cristina del brazo y las cuatro chicas corrieron hasta la terminal en la que debían facturar. Todas fueron pasando sus pertenencias por la cinta de control y pasaron por el detector pertinente, todas menos Ana quien se encontraba discutiendo con una de las

chicas de seguridad. Al verla, Vanessa se acercó para ver qué ocurría y la respuesta que Ana le dio fue realmente sorprendente.

–Nada, que al parecer allá a donde vayamos no podemos llevar mi neceser y es vital que lo lleve conmigo ahí tengo todas mis cremas, claro que usted no sabrá ni para qué sirve la mitad con esa cara que tiene. –espetó a la pobre mujer que la miraba con cara ya de pocos amigos.

–Ana déjalo, allí compraremos más. –intentó calmarla Vanessa.

–No me da la gana. –contestó y mirando a la chica de nuevo continuó con su discurso– Mira bonita, yo no tengo la culpa de que tengas un sueldo de mierda y necesites quedarte con los neceseres de las pobres personas que pasan por aquí para coger un puto avión, pero ya te digo que conmigo has dado

con hueso duro y no me pienso ir hasta que

–Bueno, ¡ya está bien! –gritó Vanessa– Si esta mujer no te detiene lo haré yo. Deja las puñeteras cremas o nos quedamos sin avión y te aseguro que te quedas tú solita aquí porque nosotras nos vamos.

–Haga caso a su amiga. –dijo la pobre chica de seguridad con un sueldo efímero que robaba neceseres a los turistas.

–Mira, de ésta te has librado, pero como a la vuelta no esté mi neceser tendremos más que palabras tu y yo.

–Lárguese de aquí ya. –sentenció al fin la de seguridad.

–¿Estás chalada o qué? –le dijo Vanessa en tono de reproche– Este fin de semana es para pasarlo bien tía loca.

–Claro para ti será fácil con esa piel aterciopelada que Dios te ha dado, pero yo tengo una piel de mierda que con veinte años que tengo parece que tenga cincuenta y la única solución son esas cremas.

–Lo tuyo no es normal. –dijo Jimena al escuchar el final de la conversación cuando las dos amigas al fin llegaron a la cola de embarque. Por suerte, el resto del viaje resultó sin más incidencias y llegaron hasta su destino esperado. Un resort en la Riviera Maya con todo incluido, vivirían en un precioso apartamento con piscina privada y servicio personalizado. Les debió costar un pastón, pero querían echar la casa por la ventana y allí estaban las cuatro chicas maravilladas con lo que habían reservado.

El apartamento constaba de un salón comedor cuadrado y muy amplio en cuyas esquinas se encontraban las habitaciones dobles con un baño con spa cada una y justo en frente, un gran ventanal que daba a la terraza y piscina. En la terraza había una mesa de forja blanca con cuatro sillas a juego y cuatro tumbonas con una pinta demasiado cómoda.

Las chicas habían llegado relativamente tarde por lo que decidieron darse una ducha rápida y ponerse sus mejores galas para ir a cenar al restaurante estrella del resort. Y, así, de aquella guisa hicieron aparición las

cuatro chicas. Marcaban sus pasos con movimiento de caderas exagerado con toda la intención de provocar las miradas lascivas de los hombres con los que se cruzaran. Llevaban unos vestidos cortos de vivos colores cuyas faldas con vuelo no sobrepasaban las rodillas y, los zapatos de tacón, hacían de sus figuras como si de actrices de moda se tratara. Claro que, ninguna contó con un

pequeño detalle que sólo lograron solventar Ana y Jimena. Para llegar al restaurante había que pasar una pasarela japonesa de madera y piedras, lo que no combinaba demasiado bien con las puntas de los tacones. Por supuesto, a Cristina le daba igual y no tuvo mayor reparo en deshacerse de sus zapatos y caminar descalza hasta llegar donde se encontraba el joven que les recibiría para acompañarlas hasta su mesa.

–Vanessa, quítate los zapatos te vas a matar. –le aconsejó Jimena.

–Ni muerta. ¿Tú has visto como está el niño? –dijo Vanessa refiriéndose al chico que estaba en la puerta.

–Nena, tienes novio. –le respondió Ana y señalando al muchacho continuó– Ese, es para mí. –y se largó con su mayor sonrisa haciendo alarde de su habilidad con los tacones.

–Ni lo sueñes. –gritó Vanessa e intentó correr para alcanzar a su amiga con una muy mala fortuna. Su zapato se torció y Vanessa perdió el equilibrio hasta el punto de intentar agarrarse a uno de los arbustos que franqueaban la

pasarela llenándose de pinchos la mano y, ya que el equilibrio no regresaba, siguió con su danza sin control hasta dar con el borde de uno de los pequeños lagos que decoraban todo el resort hasta caer de culo en sus aguas.

Las tres amigas comenzaron a reír sin control al ver a Vanessa sentada en el agua, cubierta hasta la cintura y rodeada de peces color naranja que se acercaban con curiosidad. El joven chico que se encontraba en la puerta del restaurante se acercó para ofrecerle la mano, pero el pobre tampoco pudo contener su risa y, aunque le pedía disculpas una y otra vez, no consiguió que Vanessa suavizara su rostro.

–¡Oh, Dios mío! –gritó Jimena entre risas mientras dirigía su rostro hacia el suelo.

–¿Qué pasa? –preguntó Cristina sin saber si asustarse o seguir riendo. Miró hacia donde Jimena observaba presa de su propia carcajada para descubrir que su amiga se acababa de mear encima– ¿En serio? No me lo puedo creer. –continuó Cristina llorando de la risa– Esta es la mejor despedida de la historia.

Sin embargo, ella no sabía que aquello aún no había terminado.

–Chicas, creo que yo me largo. –dijo Vanessa con cara de pocos amigos.

–Mujer, no es para tanto. Cámbiate y ya está. –intentó calmarla Cristina– Nosotras te esperamos aquí.

–Sí, eso te esperamos aquí. –siguió Ana mientras se acercaba a charlar con el chico del restaurante.

–Anda vamos, yo voy contigo que también me tengo que cambiar. –se apresuró a decir Jimena.

Así es como las chicas se separaron durante unos minutos que a Cristina le resultaron eternos ya que, mientras ella esperaba en la mesa, su amiga Ana se encontraba parlotando sin cesar con su nuevo ligue. Era increíble la capacidad que tenía esa chica de envolver a cualquier hombre, solo le hacía falta sonreír y enredarse el pelo una y otra vez entre sus dedos. Al fin llegaron las chicas y todas ocuparon sus sillas. Comenzaron a pedir diversos platos con intención de probar la gastronomía del país.

–¿No crees que es un poco fuerte para la noche? –le preguntó Cristina a su amiga Ana.

–Para nada, puedo soportar esto y más. –contestó desafiante al ver que su ligue las escuchaba.

–Señorita, yo haría caso a su amiga. Si ustedes no están acostumbradas a estos tipos de platos fuertes quizás el chili por la noche no le siente bien. – quiso aconsejar la camarera.

–Le he dicho que quiero esos chilis. –sentenció Ana.

–Está bien. Como guste. –se despidió la camarera.

–¿Habéis visto? –preguntó Ana

–¿El qué? –dijo Vanessa.

–Esa camarera ha sonreído a mi chico.

–¿Qué dices loca? –dijo Cristina.

–Además, no es tu chico. –intentó poner algo de cordura a la conversación Jimena.

–Aún. –contestó Ana antes de sorber por su pajita un poco de aquel mojito tan increíble que les habían servido minutos antes.

La cena siguió entre risas y mojitos hasta caer la noche más oscura. No fue hasta que la camarera les indicó que estaban a punto de cerrar el restaurante, que las chicas decidieron abandonar el local no sin dificultad.

Esta vez, Vanessa, sí se deshizo de sus zapatos al igual que sus amigas Cristina y Jimena. Por supuesto, Ana aguantó cual jabata hasta llegar a su chico del restaurante.

–Estaremos en aquella terraza tomándonos la última copa. ¿Te espero?

–consiguió decir Ana de la forma más clara posible y, para sorpresa de todas, el chico aceptó.

–Aun no entiendo cómo ha aceptado a verte con el pedal que llevas. –

dijo Vanessa perpleja mientras intentaba mantener un rumbo recto hasta la terraza que tenían en frente.

–Chica, es un don. –contestó Ana.

–Y que lo digas. –dijo Cristina– Bueno chicas, ¿qué queréis para

despedir el día?

–Yo un Daiquiri de esos con sabor a fresa tan dulces y con su sombrillita tan mona que te entran ganas de guardarla para montar un jardín paradisíaco a tus Barbies y tumbarlas en su tumbona al sol como si ... – comenzó a divagar Jimena hasta que Cristina la cortó.

–Vale, tú agua. –dijo Cristina provocando las risas de todas.

–A ver que yo no tengo Barbies es solo que ...

–Agua, sí será lo mejor para ti.

–Pide Daiquiris para todas. –gritó Ana mientras se lanzaba de espaldas en uno de los enormes butacones de mimbre que rodeaban una de las mesas de la terraza.

–Hecho. –contestó Cristina mientras se acercaba como podía hasta la barra. Al regresar ya se encontraba el chaval del restaurante sentado junto a Ana en actitud muy cariñosa. “*Vaya.*”, pensó, “*Sí que se han dado prisa*” – Chaval, a ti no te he pedido nada así que si quieres algo entra.

–Se llama Alfredo, no chaval. –contestó Ana con una mirada asesina.

–¿Ana, te encuentras bien? –le preguntó Jimena– Te veo muy roja y, cariño, creo que ese sudor no es por el calentón de Alfredo.

–Estoy bien, sólo un poco hinchada por la cena.

–¿Seguro? – Preguntó Cristina.

–Que sí, dejarme tranquila. –dijo Ana al tiempo que se lanzaba hacia

su ligue para darle un beso en esos labios que la estaban volviendo loca con la mala fortuna que el esfuerzo provocó una ventosidad inesperada.

–¿Te has tirado un pedo? –preguntó Vanessa entre risas.

–Desde luego lo tuyo es el cortejo. –dijo Jimena sin parar de reír–
Madre mía, que me meo encima otra vez.

–Disculpen, les traigo los Daiquiri que pidieron. –dijo el camarero intentando aguantar una carcajada que no pudo contener y aumentando así la vergüenza de Ana.

–Disculpa, ¿acaso me río yo de su cara? –insultó Ana presa de la ira y la vergüenza que todo aquello le estaba haciendo pasar.

–Disculpe señorita. –respondió el pobre camarero antes de marcharse, aunque la risa no la pudo borrar de su rostro.

–Bueno qué, Alfredo, ¿te sigues quedando con nosotras? –preguntó Vanessa sin parar de reír.



–Será mejor que las deje, están ustedes un poco perjudicadas y deberían descansar. –y, sin mediar más palabras que aquellas, se levantó y se marchó.

Las chicas rieron durante el tiempo que les duró el daiquiri, todas salvo Ana quien aún mantenía en su rostro el color de la vergüenza.

–Chicas, creo que empiezo a encontrarme a muy mal. –dijo Ana entre arcadas.

–Venga que te llevo a la habitación. –se ofreció Cristina levantándose ya para sujetar a su amiga indispueta.

–¡Genial! Nosotras nos quedaremos un ratito más. –dijo Jimena llena de entusiasmo por su primera escapada, porque ella jamás lo reconocería, pero desde que se casó no había vuelto a disfrutar tanto de la vida– Alex, pide un par más de estos daiquiris y tu pídetelo que quieras.

–¡Anda ésta! Y parecía tonta cuando la compramos. –soltó Vanessa según iba entrando en el bar.

–Venga llorona a la cama. –dijo Cristina mientras tapaba a su amiga con el edredón una vez le había quitado la ropa.

Justo cuando iba a salir por la puerta de la habitación vio como Ana se levantaba a toda velocidad y se dirigía hacia el baño gritando: " ¡No llego!" Cristina la dejó allí con su intimidad gastrointestinal que seguro había sido provocada por los malditos chilis de la cena que se había empeñado en probar para demostrar a saber qué al dichoso chico reserva-mesas del restaurante. Al salir vio al otro lado del ventanal la piscina privada del apartamento. Salió a la terraza para descubrir que hacía una temperatura perfecta para darse un baño. Sin pensárselo dos veces, se quitó los zapatos y el vestido quedándose en ropa interior. Por un momento, pareció dudar sobre

si debía o no ...y, por la expresión de su cara debió ser un sí porque se quitó el sujetador y el tanga en un santiamén y se lanzó al agua de cabeza. Nunca había nadado completamente desnuda y la sensación era tan gratificante que se relajó hasta el punto de abstraerse totalmente del mundo. Hasta el punto de no escuchar a sus amigas llegar...con compañía.

—Sí tranquilo, nosotras ya nos vamos a dormir así que si no haces ruido tu a tu marcha. —escuchó Cristina como le decía Vanessa a saber a quién. Se acercó hasta las escaleras de la piscina a tiempo de ver como sus amigas se introducían en el apartamento y cerraban tras de sí los enormes ventanales. Fue a salir para decirles que la esperaran, pero en ese momento vio como un chico vestido con el uniforme del hotel se acercaba peligrosamente hasta donde ella estaba. Por alguna razón que ni siquiera ella comprendía del todo, quizás fuera supervivencia para que no la viera como Dios la trajo al mundo, volvió a sumergirse con todo el sigilo del que fue capaz para huir hasta el otro extremo de la piscina. Por suerte para ella, sólo había una única luz que iluminaba de forma suave la terraza y se encontraba justo al otro lado del que ella se estaba.

El chico de mantenimiento tuvo que escuchar un pequeño chapoteo que provenía de las aguas de la piscina para acercarse muy despacio.

—¿Hola? —esperó unos segundos una respuesta que nunca llegó, pues Cristina se mantenía en total silencio con la mirada clavada en su cazador, o

así lo veía ella— ¿Hay alguien ahí?

El chico al no obtener respuesta continuó con su trabajo ajeno a la piel violácea que se le estaba poniendo a Cristina, ella notaba como sus labios comenzaban a arrugarse cual uva pasa y, a lo mejor exageraba, pero empezaba a sentir como de entre sus dedos de las manos nacían escamas. El trabajador del hotel pareció alejarse un poco, hacia las escaleras de entrada principal del apartamento e Cristina aprovechó para nadar a toda la velocidad de la que era capaz. Salió del agua y cogió su vestido para taparse de forma torpe su desnudez. Intentó abrir la puerta de la terraza, pero las chicas se habían encargado de echar el pestillo por dentro, por lo que le fue imposible. Desesperada comenzó a golpear, al principio despacio y más fuerte después, el cristal que la separaba del interior.

—Chicas abridme, soy Cristina. —decía una y otra vez en voz baja para que el chico no la descubriera— Chicas, por favor abridme. —Cristina comenzaba a golpear con mayor fuerza sin conseguir la menor reacción por parte de sus amigas. Estaba desesperada. ¿Qué iba a hacer ahora? ¡Estaba desnuda y mojada y a punto de ser descubierta por un trabajador del hotel!

—Disculpe señorita, ¿puedo ayudarla?

La voz masculina que se materializaba justo detrás de ella la paralizó.

No podía creer que ese chico le estuviera viendo el culo desnudo y ahora debía girarse y enfrentarse a su mirada. Cristina se giró poco a poco hasta

darse de bruces con un joven de unos *veintipocos* años, moreno y con una mirada que traspasaba el alma. La pobre no podía articular palabra por lo que el joven se acercó y le volvió a preguntar.

–¿Necesita ayuda, señorita?

–Yo, es que... hacía calor y el agua y yo pues...

–¿Está usted alojada en este apartamento?

–¡Sí! –dijo alegre Cristina haciendo un gesto de asentimiento con su mano derecha como para reforzar su afirmación sin caer en la cuenta que, al hacer semejante gesto, la parte de arriba de su vestido cayó en picado al no tener ya nada que se lo impidiese dejando así, sus pechos en total descubierto. Cristina intentó como pudo recuperar esa parte del vestido haciéndolo un buñuelo que le sirviera para tapar cada una de las partes de su cuerpo ante la atenta mirada del joven que no podía evitar reír ante la chica, un tanto torpe, que se había cruzado en su camino– Por favor, ¿puede hacer algo para que pueda entrar sin mostrarle a nadie más mis encantos?

–Cristina, ¿qué haces ahí fuera? –preguntó Ana abriendo el ventanal de la terraza.

–¿En serio? Ya era hora, coño.

–¿Estás desnuda? –preguntó de nuevo Ana un tanto perpleja– Y, ¿quién es tu nuevo amigo?

–Nadie, tira para adentro.

–¿Qué hacías desnuda ahí fuera con el chico mono?

–Nada, ¿estás mejor?

–Bueno, ahí ando. Creo que me estoy muriendo, pero quizás solo una percepción mía. ¿Crees que me voy a morir de tanto ir al baño?

–Sí.

–¿En serio? –el tono de la pregunta sorprendió a Cristina, ¿de verdad creía que podía morir por esto? Esta chica estaba fatal.

–Anda, vamos a la cama.

–¿Me vas a contar lo tuyo con el chico mono, o no?

–Pero si no ha pasado nada.

Al final no le quedó más remedio a Cristina que contarle a Ana lo sucedido en la piscina si quería dormir algo aquella noche.



II

El sol exótico de la Riviera Maya comenzó a filtrarse entre las cortinas de visillo blanco que protegían la estancia desde las ventanas y ventanales.

Cristina se levantó como nueva tras el episodio bochornoso de la noche anterior. Buscó entre sus cosas una rebeca que ponerse sobre los hombros y

salió hasta la terraza. Allí se encontraban sus tres amigas sentadas alrededor de la mesa de forja blanca donde las chicas se estaban deleitando con un delicioso desayuno que el servicio había dispuesto en una camarera de madera que había junto a la mesa. Había zumo de naranja natural, bollería de todo tipo, tostadas, mermeladas, leche y café, frutas ya peladas y en rodajas y un poco de embutido.

–Hombre, la bella durmiente ya se digna a aparecer. –saludó Vanessa con una amplia sonrisa.

–¿La bella durmiente? Yo diría más bien la sirenita. –dijo Ana entre risas provocando que el resto de chicas también rieran.

–¿Tú no te estabas muriendo o algo de eso? –increpó Cristina obteniendo como única respuesta de su amiga una mueca en la que le sacaba la lengua.

–Anda, siéntate y desayuna. –le aconsejó Jimena.

–Bueno, y ¿qué vamos a hacer hoy? –preguntó Vanessa.

–Hay una excursión al Chichén Itzá en una hora, sólo hay que llamar a recepción y listo. –propuso Jimena.

–¿De verdad hemos venido hasta aquí para ir a ver pirámides? –dijo Ana con desgana.

–¿Y qué propones? ¿Playa? –le replicó Jimena con sarcasmo– ¿No hay playa en España o qué? ¿No has visto nunca el mar?

–Bueno, tranquila. Vamos a ver pirámides. ¡Yuhuuu! –dijo Ana con una ilusión que en nada sentía.

–Venga, te prometo unos chilis a la vuelta. –se burló Vanessa.

–Entonces, ¿Chichén Itzá? –preguntó Jimena con ilusión para asegurarse su excursión.

–Yo apoyo Chichén Itzá. –dijo Cristina seguida de las otras dos chicas.

En un par de horas se encontraban las cuatro chicas subidas en un minibús junto a un par de parejas anglosajonas de recién casados que habían decidido pasar allí su luna de miel. Durante el viaje, Cristina no podía dejar de pensar en cómo sería ese viaje para Diego y para ella, cómo sería estar casada con él y una sonrisa boba se dibujaba en su rostro sin darse apenas cuenta.

–Madre mía, ¡qué calor! –se quejó Ana– ¿Falta mucho para llegar?

–Pero si acabamos de salir. –le reprendió Jimena.

–Perdona, ¿no tendréis por ahí un abanico o un ventilador de esos pequeñitos que van a pilas? –preguntó Ana a una de las parejas de recién casados.

–¿No ves que no te entienden? –dijo Jimena.

–Calla. –dijo como respuesta Ana– *A ver. Excuse me, do you have a abanico?*

– *I don't understand you.* – contestó el pobre marido recién estrenado.

–Para mí que esto no hablan inglés. –sentenció Ana

–O que tu *pronunciation* no es precisamente de Oxford –dijo Vanessa.

–A ver, hazlo tu lista.

–¿Yo? Ya te apañarás con tus calores.

–Claro, como vosotras no estáis enfermas. Ya podíais cuidarme un poquito que soy vuestra amiga.

–¿Les pongo el aire más fuerte? –preguntó el chófer desde su asiento haciendo evidente que estaba escuchando toda la conversación.

–Sí, por favor. –contestó con rapidez Ana.

El viaje duraba cerca de cuatro horas por lo que la agencia tenía a bien hacer una pequeña parada en una especie de kiosco de la selva donde los excursionistas podían comprar agua, refrescos y algún que otro recuerdo. Cristina vio una pequeña camiseta de color negra con el dibujo de una de las famosas pirámides de Ana dibujadas en su torso y, en letras ornamentales se podía leer Chichén Itzá. Vio que la misma camiseta se encontraba en tallas de adulto y le pareció divertido comprar una para Miguel, otra para Diego y otra para sí misma.

–Chicas, mirar lo que os he comprado. –dijo Ana bajando por las escaleras del minibús una vez habían llegado a la zona arqueológica. Llevaba una bolsa con algo rosa dentro. Sacó una y la agitó para que todas pudieran ver de qué se trataba– ¡Camisetas para todas!

–¡Gracias! Están geniales. –dijo Vanessa mientras extendía la suya para verla en su inmensidad.

–Madre mía, que Sol. Ahora vengo. –dijo Cristina escabulléndose con rapidez en una tienda cercana. Tardó unos cinco minutos en aparecer con cuatro gorras a juego.

–Ahora sí. –sentenció Vanessa mientras se ponía la gorra– Ya tenemos el kit completo de turistas, nos falta un poco de crema en la nariz y una cámara y ya nos confunden con una excursión de japoneses.

–No tientes a la suerte. –amenazó Cristina señalando a Jimena quien se estaba untando de crema solar la cara.

Al llegar juntaron a los viajeros del minibús con otros excursionistas que iban a realizar la visita. Las cuatro amigas, incluso Ana a pesar de su negativa inicial, disfrutaron de la excursión. Se empaparon de la información que el guía les iba regalando y, eso sí, caminaron como nunca. Después de decenas de fotos en cada uno de los monumentos arqueológicos que allí se levantaban y mantenían desde hacía cientos de años, regresaron al punto de inicio donde el minibús les esperaba para llevarlas hacia la ciudad de Valladolid donde podrían degustar una comida típica de la zona.

–¿No serán chilis? –preguntó Ana con cierta alteración.

–¿Perdone? –preguntó a modo de respuesta el camarero que les iba a servir el menú degustación.

–Ana relájate. –dijo Cristina mientras la obligaba a sentarse a su lado.

–Esto me recuerda a los tablaos flamencos donde llevan a los guiris cuando viajan a España. –decía Vanessa mientras observaba a su alrededor–
¿Qué baile típico será aquí?

–Pues ahí los tienes. –señaló Ana con la mirada a un grupo de chicos y chicas que vestían el que suponían era un traje típico mejicano y comenzaban a bailar con una bandeja en la cabeza mientras daban vueltas y vueltas sin parar.

Tras la comida y la exhibición de baile regresaron al fin al resort. No es que no se lo hubieran pasado bien, pero llevaban todo el día de viajes arriba y abajo con sus camisetas iguales y sus gorras a juego.

–Sólo quiero darme un baño. –suspiró Cristina según iban entrando en el apartamento.

–Por favor, esta vez hazlo tapadita. –respondió Ana enarcando una ceja.

–Muy graciosa. Podíamos llamar para que nos traigan aquí la cena, ¿qué os parece?

–Buena idea. –dijo Vanessa mientras se quitaba la ropa y se quedaba solo con el bikini.

–Sí, será lo mejor. Ya no me atrevo a mirar a la cara al chico del restaurante. –confesó Ana mientras seguía los pasos de su amiga– No os importa que haga *topless*, ¿verdad? Es que se quedan las marcas y no me

gusta.

–Yo me apunto al topless también. –dijo Cristina desatándose el cordón de la parte superior del bikini.

–No esperaba menos de ti. –le contestó Ana riendo justo antes de lanzarse al agua.

–Que manía le tengo. –dijo Cristina a Jimena que las miraba divertida.

–Bueno chicas, disfrutar del último día en la Riviera Maya. –sentenció Vanessa– Ya he llamado al catering, en una hora nos traen la cena.

El resto de la tarde pasó entre risas y conversaciones alegres. Cenaron comida italiana en México, con un vino delicioso y demasiado dulce como para desperdiciar ni una sola de las cuatro botellas que habían traído. La vida en ese momento les parecía maravillosa, sin responsabilidades, ni madrugones, ni preocupaciones. Sólo vivir, reír, comer y tomar los últimos rayos del sol.

–Chicas, siento ser aguafiestas, pero creo que deberíamos irnos ya a descansar. –aconsejó Jimena– Mañana el avión sale a las once de la mañana y tenemos que estar, al menos, una hora antes para embarcar.

–Watterparties. –se burló Ana.

–Ya está la bilingüe. –rio Vanessa– Anda Jimena, vamos a la cama y dejemos a estas dos que se vayan a la habitación.

Tras desayunar el mismo manjar que el día anterior, las chicas se

dispusieron a recoger todas sus pertenencias. Bajaron al hall y un taxi les llevó hasta el aeropuerto. El sueño mexicano quedaba atrás y las cuatro amigas emprendían el regreso a casa.

–¡Mierda! –exclamó Ana un instante antes de salir corriendo fuera de la cola de embarque.

–Ana, ¿a dónde vas? Vuelve ya, tenemos que embarcar. –gritó Jimena desesperada.

–Un segundo. Tardo cinco minutos. –gritó Ana mientras corría a saber a dónde.

–Joder, la fila comienza a moverse. –dijo Vanessa– Esta chica siempre igual.

–Tranquilas, el avión no se puede ir sin ella. ¿Verdad? –intentó calmar a sus amigas Cristina y, de paso a sí misma.

–Quedan unas diez personas. –se quejó Jimena con impaciencia.

–Tranquila, llegará a tiempo. –suspiró Cristina– Espero.

–Cinco personas. –seguía Jimena

–Cálmate tú también. –la riñó Vanessa.

–Buenos días señoritas, ¿me enseñan sus billetes, por favor? –les pidió amablemente la azafata.

–¿Puede esperar un momentito? Es que nos falta una amiga que está a punto de venir. –rogó Jimena.

–Debemos cerrar la puerta de embarque para este avión. –les informó la azafata de nuevo con su sonrisa amable.

–Por favor, sólo unos minutos. –rogó esta vez Cristina.

–Es que es la chica especial del grupo, ¿sabe usted? –dijo Vanessa haciendo un gesto con los dedos de ambas manos para remarcar un entrecomillado en la palabra especial.

–¡Vanessa! –le recriminó Jimena

–¿Qué? Es la verdad, si no, ¿a santo de qué se va justo antes de subir al avión?

–¡Ya estoy aquí! –gritó Ana mientras corría hasta sus amigas ante los ojos de reprobación de la azafata que pronto logró disimular para tomarle el embarque a la supuesta chica especial del grupo– Aquí tiene.

–Gracias. –dijo la azafata– Por favor, pasen ya por la pasarela y mis compañeras les acompañarán hasta sus asientos.

–Muchísimas gracias. –dijo Jimena especialmente agradecida.

–¿Se puede saber a dónde habías ido? –preguntó con tono de reproche Vanessa.

–Había algo importante que debía traer conmigo.

–¿El qué?

–Para ti no habrá como no cambies de actitud. –amenazó Ana mientras se dejaban guiar por las azafatas hasta sus respectivos asientos.

–Yo ya tengo curiosidad. –dijo Cristina intentando escudriñar entre las pertenencias de Ana– Abre la mochila de una vez.

–Está bien. He cogido una para cada una. –Ana abrió su mochila y sacó una gran bolsa de papel– Aquí tenéis. Tequila de verdad. –dijo triunfante.

– ¿Qué? Ya te caigo bien otra vez, ¿a que sí? –les dijo a Jimena y a Vanessa.

Las cuatro chicas rieron y se dejaron llevar de vuelta a casa.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Como siempre, llegados a este punto, quiero agradecer a toda mi familia su apoyo incondicional, pero esta vez quiero agradecer de forma muy especial a mi marido, Jonatan Romero, que haya estado junto a mí en estos momentos tan difíciles y que juntos hayamos conseguido hacer de esta novela algo muy nuestro.

Agradecer a las Musas Literarias: Ana, Cristina y Vanessa; su apoyo y fuerza. Los buenos momentos vividos, las risas en días de lluvia y los paños de lágrimas. Muchísimas gracias.

También quiero agradecer a todos los que me habéis apoyado, sois tantos que me da miedo relacionaros y dejarme a alguien en el tintero. Muchos amigos de letras que he conocido a través de redes sociales y habéis terminado siendo un gran pilar para mí, creo que vosotros sabréis quienes sois.

Y, por supuesto, a ti, que tienes entre tus manos esta novela y le estás dando la oportunidad de crecer.

Gracias.

Document Outline

- [SINOPSIS](#)
- [-PROLOGO-](#)
- [PARTE I](#)
- [Elijo Atrevimiento.](#)
- [CAPÍTULO 1](#)
- [CAPÍTULO 2](#)
- [CAPÍTULO 3](#)
- [CAPÍTULO 4](#)
- [CAPÍTULO 5](#)
- [CAPÍTULO 6](#)
- [CAPÍTULO 7](#)
- [CAPÍTULO 8](#)
- [CAPÍTULO 9](#)
- [CAPÍTULO 10](#)
- [CAPÍTULO 11](#)
- [CAPÍTULO 12](#)
- [CAPÍTULO 13](#)
- [CAPÍTULO 14](#)
- [CAPÍTULO 15](#)
- [CAPÍTULO 16](#)
- [CAPÍTULO 17](#)
- [CAPÍTULO 18](#)
- [CAPÍTULO 19](#)
- [CAPÍTULO 20](#)
- [CAPÍTULO 21](#)
- [CAPÍTULO 22](#)
- [SEGUNDA PARTE](#)
- [Elijo Verdad](#)
- [-PROLOGO-](#)
- [CAPÍTULO 1](#)
- [DIEGO](#)
- [CAPÍTULO 2](#)
- [CRISTINA](#)
- [CAPÍTULO 3](#)

- [DIEGO](#)
- [CAPÍTULO 4](#)
- [CRISTINA](#)
- [CAPÍTULO 5](#)
- [DIEGO](#)
- [CAPÍTULO 6](#)
- [CRISTINA](#)
- [CAPÍTULO 7](#)
- [DIEGO](#)
- [CAPÍTULO 8](#)
- [CRISTINA](#)
- [CAPÍTULO 9](#)
- [DIEGO](#)
- [CAPÍTULO 10](#)
- [CRISTINA](#)
- [CAPÍTULO 11](#)
- [DIEGO](#)
- [CAPÍTULO 12](#)
- [CRISTINA](#)
- [CAPÍTULO 13](#)
- [DIEGO](#)
- [CAPÍTULO 14](#)
- [CRISTINA](#)
- [CAPÍTULO 15](#)
- [DIEGO](#)
- [CAPÍTULO 16](#)
- [CRISTINA](#)
- [CAPÍTULO 17](#)
- [DIEGO](#)
- [CAPÍTULO 18](#)
- [CRISTINA](#)
- [CAPÍTULO 19](#)
- [DIEGO](#)
- [CAPÍTULO 20](#)
- [CRISTINA](#)
- [CAPÍTULO FINAL](#)
- [EPÍLOGO](#)
- [RELATO OBSEQUIO](#)
- [“DESPEDIDA DE SOLTERA”](#)

- I
- II
- AGRADECIMIENTOS